

El Plan de Dios para la Batalla

Martin Stendal



Copyright © 1993, 1994, 2019

Russell Martin Stendal

Todos los Derechos Reservados.

Porciones de esta obra pueden ser duplicadas para el uso personal o pastoral (no-comercial), siempre y cuando el contenido no sea alterado.

Publicado por Ransom Press International en Inglés bajo el título: The Beatitudes: God's Plan for Battle.

Edición en español, traducida por el profesor: Ramón Antonio Trillos Páez.

Las citas de las Escrituras son tomadas de la ***Biblia del Jubileo***.

Derechos reservados © 2000, 2001, 2010, 2013, 2017 por Russell M. Stendal. Todos los derechos reservados.

Segunda Edición Enero de 1994

Tercera Edición Agosto de 2002

Cuarta Edición Diciembre 2019

Hollywood, Florida

Paperback ISBN: 978-1-64765-008-7

eBook ISBN: 978-1-64765-009-4

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Agradecimientos.....	5
Dedicatoria.....	7
Introducción.....	11
Prefacio	17
Siguiendo el camino del Señor, no el mío	31
Adiestramiento para la batalla.....	53
La nueva alianza	81
Integridad contra hipocresía.....	105
Los pacificadores	129
Haciendo huir a Satanás	153
La virtud	175
Reconstruyendo las antiguas ruinas	195
Las siete recriminaciones de Jesús a los fariseos	223
Venciendo la maldición	237

Agradecimientos

Mi especial agradecimiento para Stephen Whyte, y para todo el personal de Dayspring Christian Fellowship de Scarborough, Ontario, por haberme invitado para que predicara en su Retiro Familiar durante el verano de 1992. La serie de mensajes que ofrecí en esa oportunidad y que, después, fueron transcritos amablemente por la señora Brenda Tuttle, sirvieron de fundamento para la elaboración de los ocho primeros capítulos del presente libro.

También quiero expresar mi gratitud a mi madre Patricia Stendal por su ayuda sabia y eficaz, así como por las tediosas horas de trabajo que le demandó la corrección de las pruebas tipográficas de este manuscrito. A mi cuñado, Bob Jackson (quien es un experto lingüista), le agradezco infinitamente su ayuda y orientación sobre el significado de los términos griegos y hebreos que merecen especial referencia en esta obra.

Gracias a Osvaldo y Diana Lara por su diseño de la carátula y a Martha Jaramillo por la diagramación.

Gracias igualmente para el profesor Ramón Antonio Trillos Páez por el eficiente trabajo de traducción que ha realizado con el fin de llevar este libro a los lectores de habla hispana.

También doy Gracias a Elías Duarte López y a Nubia Segura Lara por ayudarme con esta obra.

Pero, por sobre todo, gracias al Señor, que hizo posible la elaboración y la publicación de esta obra. Yo había llegado al retiro sintiéndome muy vacío y sin mensaje, pero, el Señor me inspiró cada vez que tomé la Palabra con una unción muy especial que ha continuado en aumento hasta el día de hoy.

“Te ensalzaré, mi Dios, mi Rey, y bendeciré tu Nombre por el siglo y para siempre.

Cada día te bendeciré, y alabaré tu Nombre por el siglo y para siempre” (Salmo 145:1,2 SEV).

Dedicatoria

Dedico esta tercera edición en Español a la memoria de mi amigo y mentor Rafael García-Herreros Unda, con quien trabajé por casi diez años. En los últimos días de su vida me ayudó a editar el manuscrito de lo que sigue (su parte favorita eran las oraciones espontáneas al final de cada capítulo). El primer mensaje que di sobre la radio en el Minuto de Dios fue Las Bienaventuranzas y el último mensaje (siete años después) fue el material contenido en el Capítulo Noveno.

También dedico esta obra a mi esposa, Marina, y a los cuatro hijos maravillosos que Dios nos ha dado. Nuestro matrimonio (hace veintidos años) marcó una línea divisoria en mi vida espiritual, en el momento en que el Señor se valió de Marina para suavizar muchas de las asperezas de mi carácter y para mantener nuestras vidas orientadas permanentemente hacia el logro interminable de Su Gracia. Ella ha sido una maravillosa compañera para mí y ha ejercido una marcada influencia en el contenido de este libro.

El nacimiento de nuestra hija Elizabeth Jean, (la llamamos Lisa) hace casi veinte años, marcó otro cambio decisivo en mi vida. Por esa época, empecé a sentir un apremiante llamado de Dios para vivir triunfalmente (con las manos limpias) ante El. Al principio, parecía que el Señor me estaba pidiendo que hiciera algo imposible, pero, desde el nacimiento de Lisa sentí renovarse en mi vida la gracia de Dios. Elizabeth significa literalmente “*Dios es mi juramento*,” en hebreo. De ahí en adelante, me di cuenta de que Dios mismo sirve de fiador a Su palabra (con el poder de Su presencia) en las vidas de los que le toman en serio.

Hace dieciseis años, mientras me hallaba en el dilema de encontrar un nombre para nuestra segunda hija sentí el impulso de darle

un nombre tomado de mi concordancia griega. Pronto encontré uno muy bello para nuestra amada hija, empleando la palabra griega que significa verdad. Alethia Joy (la alegría de la verdad) fue una gran piedra miliaria en mi vida. El Señor me ha enseñado el significado cabal de este versículo: “...y conoceréis la verdad, y ella os hará libres.” Como cristianos, nuestra arma es la verdad y, si la empleamos obedeciendo la voluntad de Dios, nos dará salvación, triunfo y alegría.

Hace diez años, el Señor me concedió la realización de uno de los más grandes anhelos de mi corazón, al traer al mundo a Russell Martin Jr. El nacimiento de mi hijo marcó el comienzo de la recolección del material que ha culminado con la elaboración de este libro. El niño nos ha proporcionado una gran alegría a mi esposa y a mí, mientras ha ido aprendiendo a sentarse, a gatear, a caminar, y a decir sus primeras palabras. Cuando edité la primera edición de este libro en 1992 estaba aprendiendo a caminar. El nacimiento de Martincito marco un gran giro en el curso de nuestro ministerio cuando por más de siete años dejamos de predicar a multitudes para pasar tiempo en quietud con el Señor (cuyo resultado fue la edición de casi cincuenta libros y dos ediciones de la Biblia).

Luego, nació nuestro segundo hijo, Dylan Andrew hace dos años y medio y el Señor nos volvió a colocar en el ministerio público por la radio y en persona (ya en una nueva dimensión).

A medida que he ido aprendiendo, poco a poco, sobre lo que significa la paternidad, he podido identificarme cada vez más con lo que Dios Padre siente mientras Sus hijos crecen y aprenden. Y a medida que he ido aprendiendo también, poco a poco, a ser esposo, he podido identificarme un poco más con el deseo de nuestro Señor Jesucristo por la restauración de una esposa triunfante (la Iglesia) sin mancha, ni arruga. Por esta razón, también dedico este libro a todos los ver-

daderos hijos de Dios que forman parte de la “esposa sin mancha, ni arruga,” por quienes nuestro Señor regresará pronto.

EL PLAN DE DIOS PARA LA BATALLA

Introducción

“Primero el obrero, después la obra”

Con esta frase, Cameron Townsend, “El Tío Cam,” fundador del Instituto de Traductores Bíblicos Wycliffe, daba a entender que Dios quería obreros de dedicación exclusiva a Su servicio, pues de este modo, Dios podría bendecir y multiplicar Su labor cristiana, basada en el modelo bíblico del amor; amor por los descarriados y por los demás obreros. Así, el mundo sabría que los obreros y la obra provenían de Dios. (1 Juan 3:14). La parte más difícil de esta labor era la de lograr que el obrero tuviera una verdadera relación con el Señor.

Mi esposa y yo trabajamos duro durante muchos años en las condiciones rudimentarias más rigurosas. El Señor hizo muchas cosas maravillosas por nosotros y removió los obstáculos para permitir nuestro acceso a la tribu de los koguis, en el norte de Colombia. Nosotros tratábamos de vivir en el Espíritu y de obedecer Su voluntad. Todos nuestros cuatro hijos crecieron en el conocimiento del Señor y en el acatamiento de Sus divinos designios. Hoy, acompañados por sus respectivos cónyuges, se encuentran al servicio de Dios en Colombia.

En 1975, después de haber permanecido 13 años al servicio del Instituto de Traductores Bíblicos Wycliffe, partimos del Instituto, con la bendición de nuestro director, con el fin de ganar para el Señor a los campesinos y a los indígenas colombianos. Esto resultó mucho más complicado de lo que nosotros imaginábamos. Conseguir de ellos un compromiso superficial no resultó difícil, pero lograr un verdadero cambio en sus vidas, tal como lo dice el Nuevo Testamento, sí fue una ardua labor. Sufrimos muchas decepciones, así como también la desertión de algunos de nuestros obreros espirituales.

De algún modo, imperceptiblemente, nuestra propia consagración al Señor comenzó a decaer en comparación con el compromiso y el empeño totales que habíamos puesto en nuestra labor inicial al llegar a Colombia en 1964.

El desaliento hizo su aparición, pero Dios es fiel y no nos abandonó en esos momentos de de-sesperación. El 14 de agosto de 1983, Martín, nuestro hijo mayor, fue secuestrado por la guerrilla. Recibí una llamada telefónica de Ricardo Trillos, el compañero de Martín en la recién iniciada campaña de Reconciliación de la Familia. “Siento informarle, Chad, que Martín ha sido secuestrado,” me dijo con tristeza.

Martín había volado en su avioneta a Caño Jabón, un pueblo pequeño situado en el límite de la selva, tratando de ayudar a los pescadores de la localidad en la organización de una cooperativa pesquera. En el mismo momento en que finalizaba mi comunicación con Ricardo, el Señor me hizo comprender que El había “llamado” un misionero para los guerrilleros comunistas.

Durante toda su vida, Martín había sido muy activo, yendo de un lado para otro, como si estuviera conectado a una línea eléctrica de alto voltaje. Aparentemente, era capaz de realizar gran cantidad de cosas, pero los resultados espirituales no correspondían al enorme esfuerzo físico que él derrochaba. Estaba demasiado ocupado para tomarse un momento de tranquila reflexión con el Señor, para acercarse al corazón de Dios y hacer más efectiva su labor.

De pronto, se vio amarrado a un árbol en plena selva, con una cuerda de nylon atada alrededor del cuello y de los hombros, y pudo disponer de todo el tiempo imaginable. El Señor simplemente lo mantuvo sentado durante 142 días, y empezó a enseñarle las cosas que necesitaba para que se consagrara completamente a El y escuchara Su voz.

Entretanto, el Señor estaba haciendo lo mismo con el resto de nuestra familia y con nuestros colaboradores. Mi esposa, Patricia, a punto de acabarse las rodillas orando; y todos los demás empeñados en andar tan cerca del Señor como pudiéramos, y El, por Su parte, uniéndonos mucho más estrechamente en el amor. Confiábamos en que Dios en Su gran misericordia, escucharía nuestras oraciones por Martín y las respondería positivamente, si cumplíamos las condiciones que establece Santiago en 5:16, *“Mucho puede la oración fervorosa del justo”*.

Por lo demás, comprendíamos que si Dios, en Su infinita sabiduría, había escogido a nuestro hijo para ser un mártir, debíamos acatar Su voluntad, teniendo en cuenta que casi todos los apóstoles dieron sus vidas, y que éste es el más alto honor que el Señor puede conceder.

Al fin, después de casi cinco meses de cautiverio, nuestro hijo fue liberado. Todos descubrimos que Dios había realizado un profundo cambio en nuestras vidas, perfeccionándonos en un grado mucho mayor del que nunca hubiéramos podido soñar o experimentar. El Señor centuplicó nuestro ministerio. Iglesias de toda Colombia, de los Estados Unidos y del Canadá habían estado orando por la liberación de Martín y, ahora, abrían sus puertas a nuestro ministerio.

Un día le pregunté al Señor por qué había recibido Martín tan grande unción para el ministerio, y El me mostró que estaba restaurando una clase de predicadores consagrados llamados “Confesores.” Durante la gran persecución en tiempos de la Iglesia primitiva, el Señor no solamente tuvo mártires de quienes pudiera decirse: “La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia,” sino que también tuvo “Confesores.” Estos eran los que profesaban públicamente su fe en medio de la persecución y la tortura. Fueron probados con el fuego y encontrados fieles y justos; muchos fueron mutilados y cegados, pero no negaron al Señor. Después de haber probado su fidelidad, el

Señor permitía su liberación; y entonces, una gran unción y poder acompañaba su ministerio por el resto de sus vidas.

Para este libro, Martín ha seleccionado los frutos más importantes de la verdad que el Señor le ha revelado durante los últimos diez años, empezando por los 142 días que permaneció en la selva. “Primero el obrero, después la obra.”

– *Chad Stendal, Bogotá, Colombia*

“ . . . Desplegó el poder
de su brazo y dispersó
a los que se engríen con los pensamientos de su corazón.
Derribó a los potentados
de sus tronos y
ensalzó a los humildes.”
– María de Nazaret (Lucas 1:51,52)

Prefacio

Permítame hacerle una pregunta: ¿Qué parte de la Sagrada Escritura es más importante, más relevante para su vida cristiana? Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, la mayoría de las personas escoge ría, posiblemente, el Nuevo Testamento y, dentro de él, creo yo, la mayor parte de los cristianos se inclinaría por los cuatro Evangelios, teniendo en cuenta que la vida, muerte, resurrección y ministerio de nuestro Señor Jesucristo es lo más trascendental del Nuevo Testamento.

De los cuatro Evangelios, si vamos a escoger los tres capítulos que compendien, que sintetizen el mensaje que Jesucristo vino a dejarnos, entonces, el candidato principal es el Sermón de la Montaña, que ha sido llamado la Constitución del Reino de Dios, la Carta Magna de la Iglesia Cristiana y el Pequeño Evangelio. Sobre el Sermón de la Montaña se han escrito más libros que sobre ningún otro texto bíblico, y con ellos podrían llenarse bibliotecas enteras. Desde el momento en que fue conocido, el Sermón de la Montaña ha sido un reto para los cristianos. La proclamación de las Bienaventuranzas que Jesucristo hizo al comienzo de su ministerio público, constituyen el clímax, la cúspide de la doctrina moral. El mundo no ha vuelto a ser el mismo después de que Jesús proclamó el mensaje del Reino de Dios no sólo con Sus labios, sino con el ejemplo de Su vida, con Su muerte y con Su resurrección. La historia de la humanidad quedó dividida en dos: antes y después de Cristo.

Desde cuando leí por primera vez el Sermón de la Montaña supe que allí había algo importante. Durante muchos años tuve la impresión de que las Bienaventuranzas de Jesús y Su Sermón habían sido escritos en clave para mí. Sabía que había algo especial, pero no podía dar con

ello. En la clase preparatoria para la confirmación me enseñaron el Padrenuestro, las Bienaventuranzas y los Diez Mandamientos. Pero, no podía entender la razón por la cual tenía que memorizar todas esas cosas. Me parecía una increíble pérdida de tiempo. Verdaderamente, nunca entendí el mensaje que Dios estaba tratando de hacerme comprender, así como estoy seguro de que muchos de los miles y miles de jóvenes a quienes se ha obligado a memorizar las mismas cosas, nunca se han dado cuenta de lo que hay verdaderamente detrás de todo aquello.

Cierto día iba yo conduciendo por la carretera que va de Miami a Minneapolis y, cuando pasábamos por Chattanooga, Tennessee, encendí la radio y oí la voz de un predicador que me era desconocido; sin embargo, sus palabras se grabaron en mi mente. El dijo: “¿Cómo podemos esperar que haya en el mundo un profundo despertar espiritual, cuando estamos tratando con una generación tan superficial?” ¿Quiere usted un profundo despertar? ¿Le gustaría verlo? ¿Le gustaría ver realmente el poder de Dios actuando en nuestra sociedad actual?

Pues bien, vamos a tener que buscar a Dios. Vamos a tener que desnudar nuestros corazones ante El. Vamos a tener que buscarlo de una manera muy intensa y profunda, porque Dios no le dará Sus valiosos tesoros ni Sus poderosos dones a quien se contente únicamente con ser un cristiano mediocre y superficial; a quien sólo busque hacer lo menos que pueda y, a pesar de eso, ir al cielo. Estar en semejante situación es terrible. Dios espera encontrar gente que le busque espiritual y verdaderamente, y que esté dispuesta a seguir Su camino, pase lo que pase.

Todos los grandes campeones de la fe pasaron por pruebas y tribulaciones. Dios le dijo a Abraham que abandonara su familia, sus amigos y su pueblo natal y que se fuera a la Tierra que El le tenía destinada. Después de que Abraham obedeció, el Señor le prometió

un hijo, un heredero, en quien serían benditas todas las familias de la tierra (Génesis 12:2,3). Veinte años después del milagroso nacimiento de Isaac, pues esto ocurrió cuando Abraham ya estaba viejo, Dios lo llamó para que le sacrificara a su hijo, que era lo que Abraham más amaba. Y Abraham pasó la prueba. La Biblia dice que él creyó a Dios y que eso le fue tenido en cuenta, según justicia. Abraham es el padre de aquellos que tienen fe. En las Escrituras, la fe (creer a Dios) está estrechamente unida a la obediencia. En resumidas cuentas, lo que tenemos que hacer todos y cada uno de nosotros es estar dispuestos a obedecer a Dios, si le creemos verdaderamente a El. Si usted no está dispuesto realmente a obedecer a Dios, entonces tampoco debe ir más lejos en la lectura de este libro sobre las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña.

Si usted lee el Sermón de la Montaña y empieza a entender el mensaje de Jesús, pero, no le da aplicación en su vida, entonces, tendrá una grande y grave responsabilidad por haberse negado a obrar según el conocimiento que ha tenido de la verdad revelada.

Digo lo anterior porque no quiero dar ocasión para que alguien pueda empeorar la condenación que ya merezca. Si usted no está dispuesto a obrar según la revelación de la verdad, será mejor que no sepa nada más sobre este asunto porque de ese modo su responsabilidad será menor.

El ministerio de Jesús fue precedido por la predicación de Juan el Bautista, que fue un profeta singular en muchos aspectos, pero no tan extravagante como muchos predicadores de hoy en día. Predicó el mensaje de una manera muy sencilla, y era ésta: *“Arrepentíos y aparejad el camino para la venida del Señor.”* Si usted está verdaderamente arrepentido, su vida cambiará, y en ella se verán los frutos de ese arrepentimiento. Juan dijo: *“Ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no hace buen fruto, es cortado*

y echado en el fuego.” (ver Mateo 3:1-11). El tiempo se está acabando, y la hora del juicio final se acerca. Esto fue lo que les aconteció a los judíos por ser los que rechazaron el mensaje, por haber rechazado a Jesús, a quien Juan el Bautista había anunciado. No tuvieron que esperar mucho tiempo para ver cómo toda su nación era destruida, y los sobrevivientes desterrados y dispersos por todo el mundo conocido.

El mensaje de Juan el Bautista marcó el fin de la época del Antiguo Testamento (la Antigua Alianza), y anunció que muy pronto iba a terminar el culto en el templo de Jerusalén. Una nueva época, la era de la Iglesia estaba a punto de nacer. En esta época, Dios promete vivir en un templo que no ha sido edificado por la mano del hombre. El templo de Dios es ahora Su pueblo.

“¿O no sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16,17 SEV).

Y ahora, después, de veinte siglos de haberse iniciado el cristianismo estamos llegando al fin de esta historia. La ciudad de Jerusalén está una vez más en poder de los judíos, después de casi dos mil años de haber sido hollada de los gentiles. (Ver Lucas 21:24). El regreso de nuestro Señor Jesucristo se acerca cada vez más. Dios se está alistando para moverse otra vez y para hacer algo especial, algo nuevo. El deseo del Señor es que Su Iglesia sea victoriosa. Esto requiere de personas que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero; quienes han abandonado sus propios planes y ambiciones, y que están dispuestas a hacer Su voluntad, cueste lo que cueste.

Seguir a Dios tiene ya un precio de por sí, pero es un precio que debemos pagar voluntariamente, por nuestra propia y libre voluntad, pues Jesús no es un terrorista. El no hace las cosas de esa manera. Si

queremos obrar a nuestro modo y seguir nuestros caprichos, El nos permite hacerlo así, pues somos libres para descubrir las consecuencias de proceder según nuestro parecer. Lo trágico es que una buena parte del cristianismo se encuentra hoy extraviado en el desierto de las buenas intenciones humanas y no ha podido ingresar en el descanso de la “tierra prometida” donde Dios lucha nuestras batallas, donde Dios guía el camino, donde Dios milagrosamente rompe el poder del mal y donde nosotros venimos detrás de El y poseemos la Tierra en Su Nombre.

Cuando echamos una mirada al mundo de hoy, vemos que el cristianismo está siendo empujado hacia la derrota en casi todos los frentes. Motivo de lamentación es el humanismo mundano que se está apoderando vorazmente de nuestras escuelas y colegios; motivo de lamentación son algunos medios de comunicación; Hollywood es motivo de lamentación; es motivo de lamentación todas las perversiones sexuales y los abortos que recorren este continente de una parte a otra; motivo de lamentación es el tráfico de drogas; motivo de lamentación es la violencia y la inseguridad en que vivimos, y la lista de nuestras lamentaciones puede hacerse interminable. ¿Por qué será que el poder del enemigo, el poder de la rebeldía y el poder del pecado se han fortalecido de tal modo que han llegado a desplazar al cristianismo? ¿Por qué será esto? Pero, la iniquidad no podrá desplazar la presencia de Dios, mientras que la presencia de Dios sí podrá desplazar las tinieblas.

En resumidas cuentas, lo que yo creo es que la presencia de Jesucristo no se está manifestando real y verdaderamente en las vidas, las actitudes, y las acciones de algunos de los que se dicen representantes de Dios, de los que se dicen miembros de Su Iglesia, de los que se ufanan de ser miembros del cuerpo de Cristo. Ellos no están librando la batalla de acuerdo con el plan de Dios. Lo que muchos

llaman cristianismo no es, en realidad, otra cosa que humanismo, humanismo religioso y, desde luego, no puede, ni podrá jamás resistir al enemigo. Hay personas y organizaciones que obran en Nombre de Dios, pero, que hacen las cosas a su manera, esperando que Dios las bendiga; sin embargo, El ni quiere, ni puede hacerlo. Sobre esto, El tiene cosas bastante terribles que decir. Leamos sólo una de ellas:

“Y clamó con fortaleza a alta voz, diciendo: Caída es, caída es Babilonia la grande, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave sucia y aborrecible. Porque todos los gentiles han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella; y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades...

...y será quemada con fuego; porque el Señor Dios es fuerte, que la juzgará”

(Apocalipsis 18:2-5,8 SEV).

Dios nos habla de la caída de “Misterio: Babilonia la Grande.” A través de la Historia Sagrada, Babilonia (confusión), ha significado muchas cosas, desde la torre de Babel, hasta el presente: Para nosotros, es la forma de vida del antiguo imperio que conocemos como Babilonia que tomó cautivo al pueblo de Israel. Para los primeros cristianos, que llamaban así a la Roma pagana, Babilonia era todo un sistema económico, religioso y político que fuera fruto de la codicia del hombre, sujetándolo al dominio del “príncipe” de este mundo: Satanás.

En pocas palabras, el imperio “babilónico” se sostiene en el egoísmo (y la soberbia) que siempre conduce a la humanidad hacia la esclavitud del enemigo. Para mí, Babilonia también representa el egoísmo y la codicia humana que pretenden conducir (y esclavizar) al Pueblo de Dios según los procedimientos (modus operandi) del mundo. La Palabra de Dios nos dice que ser amigo del mundo es ser enemigo de Dios (Santiago 4:4).

No estoy tratando de señalar a un grupo cristiano en particular, sino a todos. Todos tenemos tendencias de ser esclavos de nuestra codicia. Todos tenemos tendencias de manipular y esclavizar a los demás para tratar de satisfacer nuestro egoísmo. Todos necesitamos salir de “Babilonia” (huir a Cristo) para ser purificados por el fuego renovador del amor de Dios.

El apóstol Juan profetiza en esta lectura del libro del Apocalipsis que vendrá el día (y ya está muy cerca) cuando el demonio se llevará a todo aquel que no esté plenamente sometido a Dios. Podemos escoger sólo uno de dos caminos:

“Entrad por la puerta estrecha: porque el camino que lleva a perdición es ancho y espacioso; y los que van por él son muchos. Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida; y pocos son los que lo hallan” (Mateo 7:13-14 SEV).

O nos sometemos ahora al fuego del amor de Dios para que él nos limpie y nos purifique hasta que podamos vivir en la presencia de él por toda la eternidad; o tarde o temprano nuestra codicia nos conducirá a la trampa del demonio y nos consumirá el fuego devastador de la perdición.

¿Vamos a hacer realidad el Reino de Dios a nuestro modo, a la manera del mundo? ¿O vamos a hacerlo a la manera de Dios?

El Sermón de la Montaña nos dice cómo hacerlo a la manera de Dios. Con frecuencia, cuando oímos una buena enseñanza bíblica, respondemos: “amén” al predicador, y salimos de la iglesia diciendo: “Ese fue un buen mensaje.” Luego, nos vamos a casa y lo archivamos en nuestro babilónico sistema de archivos, en nuestra mente; lo colocamos en el compartimiento apropiado, lo ponemos encima del cimiento babilónico sobre el cual hemos edificado nuestra vida y nuestras organizaciones humanas, y después nos preguntamos ¿por qué razón no estamos viendo obrar el poder y la gloria de Dios en nuestra vida y en nuestras iglesias?

Quizá, haya alguno de ustedes que pueda recordar el día en que el Señor se manifestó realmente, el momento en que hubo una verdadera y auténtica revelación de Dios, y tal vez se esté preguntando por qué ese hecho no ha vuelto a repetirse. No podemos ordenar que Dios se manifieste, pues El no es nuestro sirviente, somos nosotros Sus sirvientes. Pero, por otra parte, si no estamos en el sitio (espiritual) donde El quiere que nos encontremos en el momento en que El desee manifestarse a través de nosotros, entonces, pasará de largo y encontrará otros que sí obren del modo que El quiere. Esto es lo trágico. A través de la historia, El ha pasado de largo junto a varias naciones, pueblos, familias, e individuos pues quiere ser recibido amorosamente por sus elegidos. Creo que la promesa que El le hizo a los judíos fue verdadera. El quería iniciar el milenio en forma conveniente, por lo que procedió a bendecir al mundo por intermedio de los judíos, pero, ellos lo rechazaron, y de las cenizas de ese rechazo surgió la Iglesia cristiana, fundada por El.

Si miramos retrospectivamente la historia, vemos que la Iglesia cristiana no ha hecho todo el gran trabajo que de ella se esperaba. Todavía, quedan inmensas regiones del mundo donde el cristianismo ha tenido muy escasa difusión. En la actualidad, existen países

musulmanes donde los cristianos pueden contarse con los dedos de la mano. Existen fortalezas del enemigo que apenas han sido tocadas por el cristianismo o, peor aún, donde los cristianos han sido derrotados una y otra vez. Pero, lo que me preocupa verdaderamente es que el predominio, la pujanza y los recursos del enemigo se estén acrecentando en naciones cristianas como los Estados Unidos, el Canadá, y los países de Europa occidental.

El apóstol Santiago dice que cuando sabemos lo que es el bien y no lo practicamos, cometemos pecado. (Santiago 4:17). Creo que una de las grandes fallas de la Iglesia cristiana ha consistido en nuestro fracaso para contrarrestar al enemigo, nuestro fracaso en combatirlo, nuestro fracaso en oponernos al mal, según el plan y los procedimientos de Dios.

Las Bienaventuranzas no son sólo algo que pueda definirse diciendo: “¿No es esto maravilloso? ¿No son lógicas? ¿No concuerdan todas bellamente?”, sino viendo en ellas un plan de batalla, algo que podemos empezar a practicar, algo que podemos hacer realidad en nuestra vida para que seamos capaces de mantenernos firmes en la lucha contra el mal que está afligiendo al mundo entero. Para que cuando todo sea estremecido no seamos conmovidos. La Biblia dice que todo lo que pueda ser movido, será estremecido. (Hebreos 12:26). ¿Quiere usted mantenerse firme? ¿Quiere usted que lo que cree como su fe cristiana caiga de bruces en el momento en que sobrevenga alguna adversidad? ¿O quiere usted perfeccionar su fe para resistir cualquier ataque del enemigo, de modo que aunque la tormenta ruja, y los vientos arrecien, y los torrentes se desborden, su casa se mantenga firme porque ha sido edificada sobre la roca? Jesús dice:

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé al varón prudente, que edificó su casa sobre la

peña; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y combatieron aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la peña” (Mateo 7:24,25 SEV).

La palabra griega *oikos*, casa, tiene un sentido latente o figurado, y puede significar casa o familia. Por tanto, Jesús nos está hablando de una casa (u obra espiritual) que también representa en verdad a nuestra familia (y a la familia de Dios). El nos dice que si ponemos en práctica Sus enseñanzas, nuestras familias (tanto como nuestras obras de fe hacia los demás) estarán edificadas en la Roca, que es El, y que no seremos estremecidos, sea cual sea la tempestad que nos amenace.

Estamos viviendo tiempos difíciles. He conocido “cristianos” que no creían en la existencia del demonio, ni en el infierno y, de pronto, alguno de sus hijos ha estado literalmente a punto de ser sacrificado al demonio por los satanistas. O gente que creía que cuando la Palabra de Dios habla contra la homosexualidad y la promiscuidad, ese mensaje no era para nosotros, ni para la época que estamos viviendo. Ahora, algunas de esas mismas personas están muriendo de SIDA, y otras están presenciando la muerte de sus hijos o de sus amigos.

Es increíble la cantidad de fuerzas del mal que se han desatado hoy en día. Satanás se ha puesto en el trabajo de arrastrar consigo a toda la gente que puede, pues comprende que su tiempo se le está terminando. Es un jugador que juega para ganar, no por pasatiempo. ¡Y él gana cuando muere alguien a quien ha logrado pervertir! Realmente, la gente está yendo a su perdición; gente que, incluso, podría pertenecer a nuestra propia familia. Las apuestas que ponemos en el juego son increíblemente cuantiosas, pues se trata de las vidas y de las propias almas de los seres humanos.

Definitivamente, nos hallamos comprometidos en una gran batalla espiritual por los corazones y las almas de aquellos que el enemigo

mantiene esclavizados. Espero que la verdad que Dios me ha revelado en las Bienaventuranzas y en la cual confío, tenga un impacto tan grande en su vida y ministerio como lo ha tenido en mí.

Esta verdad no la entendí de una manera abstracta, sino a través de mi experiencia personal con Dios y a través de la vida de hombres (y mujeres) de Dios que han ejercido una gran influencia en mi formación espiritual. Para dar el crédito debido a todos aquellos de quienes Dios se ha servido para influir en mi vida, se requeriría que escribiera otro libro aparte de éste; sin embargo, debo hacer mención especial de tres personas que Dios puso en mi vida.

La primera es mi padre, Chad Stendal, que echó los cimientos espirituales (de entrega total a la Potestad y a la autoridad de Jesucristo) para todo lo que emprendiera después en la vida. Mi padre sigue siendo mi mejor amigo y me he valido de la sabiduría que Dios le ha dado, de su perspicacia y de su entendimiento para que me asista en la elaboración y corrección de este manuscrito.

En un sentido, el material para este libro se ha ido reuniendo durante los últimos diez años, después de un memorable incidente que ocurrió a principios de 1983. Desde 1974 me encontraba empeñado en una clase de ministerio que resultó muy frustrante, cuando mi hermano y yo organizamos una finca en los llanos orientales de Colombia con la intención de formar allí misioneros que trabajaran en la evangelización de los indígenas, dándoles nuestra asistencia. No obstante, nuestro ministerio se encontraba estancado y no estábamos venciendo al enemigo en el oriente colombiano. Pandillas armadas de violentos narcotraficantes y grupos guerrilleros marxistas estaban amenazando casi todos los frentes de nuestro trabajo. Sin embargo, lo que realmente me preocupaba eran las contradicciones y las frustraciones que estaba experimentando en mi propia vida.

Hice un viaje a Bogotá y me alojé en el hotel San Diego. Un día, me encontraba solo en mi habitación del séptimo piso y, después de pasar algún tiempo orando, tomé el teléfono e, impulsiva mente, llamé a Ricardo Trillos (un viejo amigo de nuestra familia). Ricardo estaba rebotante de alegría por una luz que acababa de recibir del Señor mientras ejercía el ministerio en Venezuela. A los pocos minutos nos reunimos en el hotel y empezó a compartir su experiencia conmigo. El mensaje no era otro que el de las ¡Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña! De tal manera estuvo presente el Señor en esa reunión, que ambos nos comprometimos a trabajar juntos en la predicación del Sermón de la Montaña y a dedicar el resto de nuestra vida a la realización de tal empeño. Poco sabíamos entonces, de todas las repercusiones que tendría nuestro encuentro de esa tarde.

El mensaje de las Bienaventuranzas llegó a ser como el rollo que le fue dado al profeta Ezequiel (y posteriormente al apóstol Juan en el Apocalipsis): dulce en la boca, pero, amargo en el estómago. Apenas había empezado a predicar el mensaje de Jesús y ya era puesto a prueba (permanecí secuestrado durante casi cinco meses). El Señor me permitió poner a prueba las Bienaventuranzas (bajo circunstancias extremadamente difíciles) para que pudiera predicar las con autoridad. Desde ese momento, Dios ha abierto muchas puertas para el ministerio, en circunstancias aparentemente inverosímiles o imposibles. En los últimos diez años he aprendido mucho sobre el plan de Dios para la batalla, al seguir al Señor en escuelas públicas, universidades, cuarteles militares, prisiones, iglesias, y aún de regreso a los campamentos guerrilleros. He aprendido algo de los secretos de Dios para la victoria, y el renacimiento que ahora siento me apremia a publicar este libro.

Por último, deseo reconocer el gran impacto que mi amigo y mentor, Rafael García-Herreros, ha producido sobre mi vida, y sus

sabias orientaciones sobre el contenido de este libro (las oraciones que aparecen al final de cada capítulo, eran su parte predilecta). Tuve el privilegio de ser escogido por él (siendo yo protestante) para coordinar (junto con un católico, mi compañero Ricardo Trillos) una campaña nacional de reconciliación familiar, bajo su dirección. Durante los ocho años que trabajé con el padre García-Herreros, sus consejos y su gran ejemplo me estimularon para entregarme cada día más a los designios de Dios. La última vez que conversé con él (pocos días antes de su fallecimiento en el mes de noviembre de 1992), me animó para que terminara y publicara esta obra.

EL PLAN DE DIOS PARA LA BATALLA

Siguiendo el camino del Señor, no el mío

Hace algunos años fui invitado como predicador a una reducida comunidad eclesial de una pequeña ciudad. Esta congregación de Minnesota occidental desconocida para mí, estaba atravesando por algunos problemas, que le estaban causando daño. El pastor, que no sabía qué hacer, decidió traer a alguien de afuera para predicar con la esperanza de que Dios se valiera de un extraño (que no sabía nada de tales problemas) para resolver la apremiante situación. Después de mucha oración y reflexión, se decidió por mí. El pastor me llamó por teléfono y se alegró muchísimo cuando le confirmé que estaba disponible para la fecha que él había escogido. Incluso, anunció en el periódico local que yo predicaría en su iglesia por la mañana y por la noche del domingo siguiente.

Todo iba bien hasta la noche del sábado anterior a mi compromiso para hablar en la mencionada iglesia, pero, recibí una llamada telefónica de un amigo muy apreciado que quería saber si yo podría estar en Winnipeg, Canadá, el lunes a las 10 de la mañana, para aparecer en un programa de televisión. Años atrás, al comienzo de mi ministerio, le había prometido al Señor que no cancelaría una pequeña reunión para asistir a otra más grande, fuera donde fuere, sin dar preferencia a personas o a iglesias. Sabía que muchas veces las cosas pequeñas son más importantes en la obra del Señor que las grandes. Pero, esta vez olvidé mi promesa.

Prediqué el domingo por la mañana. El sermón estuvo bastante bien y, aunque no sabía nada de las dificultades que tenían, atiné con el

problema. El pastor estaba verdaderamente animado y entusiasmado hasta cuando le dije, después del almuerzo, que debía estar en Winnipeg el lunes a las 10 de la mañana, por lo cual quería prescindir del servicio vespertino y partir en seguida. “¡No, no haga eso!, me dijo. “Tome una siesta; puede dormir en mi cama. Predique en el servicio vespertino y después viaje durante la noche, si le urge hacerlo.”

“No, necesito tener buen aspecto cuando llegue a Winnipeg.” Estaba pensando en mi aparición en televisión y no quería llegar con ojeras. “No, tengo que irme. Esta es una gran oportunidad para servir al Señor en televisión.”

Así que me subí al carro y empecé a conducir (al menos eso creía yo) rumbo a Winnipeg. Tomé por la carretera hacia el norte de los Estados Unidos y llegué rápidamente a Montevideo, Minnesota. Allí hay una intersección triangular y estaba lloviendo muy recio. La correa del alternador empezó a patinar y se presentó una descarga de corriente en la batería que no permitía el funcionamiento simultáneo de las luces, los limpiavidrios y el ventilador. Encontré una vieja estación de servicio abandonada y entré allí para guarecerme y tratar de ajustar la correa. Cuando salí de nuevo a la carretera y tomé la intersección triangular, me equivoqué de ruta, tomando hacia el sur en lugar de hacerlo hacia el norte. En esta forma el Señor me hizo volver de prisa al punto de partida, pues, como tenía que cumplir esa cita en Winnipeg, yo iba tan rápido como podía, ¡pero en dirección contraria!

Después de casi dos o tres horas de viaje, la correa del alternador falló nuevamente, así que me salí de la carretera y encontré un mejor sitio para reparar el daño. Me puse el blue jeans, cogí una palanca, me metí bajo el carro y ajusté la correa del ventilador de tal modo que no pudiera patinar más. Después fui a hacer una llamada telefónica. El código de área de los teléfonos públicos era el mismo tanto para el extremo sur de Minnesota como para la parte norte de Iowa.

Riéndome entre dientes me decía: “Imagínese la carajadita: ¡Traer teléfonos públicos de Iowa para instalarlos a lo largo de la vía hasta aquí, en el norte de Minnesota!”

Todavía me estaba riendo cuando me embarqué en el carro para salir a la carretera principal. Encontré un aviso que indicaba dirección norte o sur; yo, por supuesto, me dirigí hacia el norte, para tomar ahora la dirección correcta, y manejé sin descanso durante otro par de horas. Finalmente, empecé a darme cuenta de que hacía bastante tiempo que había pasado por la autopista interestatal. ¿Dónde diablos me encontraba entonces? Tomé un desvío y saqué el mapa para ver dónde estaba.

No pude encontrar la carretera por donde iba en el norte de Minnesota, así que me puse a buscarla por todo el mapa. Cuando por fin la hallé, me di cuenta de que estaba a sólo 20 kilómetros al sur de Clarkfield, que era el lugar de donde había partido. ¡Y pensar que había estado manejando toda la tarde! “Oh, no, es casi la hora del servicio vespertino,” pensé, “y voy a pasar justo por Clarkfield. ¿Qué pasará si alguien me ve? Pensarán que estaba mintiendo cuando dije que iba para Winnipeg. Mejor no paso por el pueblo; mejor tomo a la izquierda por esta intersección para salir a la interestatal 29 y subo hasta Winnipeg, pasando por las Dakotas.”

Viré a la izquierda en la carretera distrital que intersectaba la nacional. Habría recorrido unos seis kilómetros cuando de pronto, apareció ante mis ojos una cabina telefónica en medio de un maizal, justo al lado de la vía. Cuando vi el teléfono, me di cuenta de que el Señor me estaba diciendo que fuera allá, así que fui y alcé el receptor del aparato para llamar al pastor, y le dije: “Si todavía quiere que hable, estoy disponible.” El estaba a punto de salir de su casa para la iglesia, y agregué: “No tengo tiempo para explicaciones, pero, si todavía quiere que participe en el servicio, puedo ir allá.” El contestó: “Sí, venga.”

Entonces, regresé a la iglesia a donde llegué con pocos minutos de atraso, pues todavía estaban cantando los himnos, y culminé mi participación enfundado en un grasiento blue jeans. Les conté a mis oyentes cómo había empleado la tarde, lo que hizo que el mensaje fuera más efectivo y diera justo en el clavo con relación a las dificultades surgidas entre algunos de sus miembros. La iglesia se reconcilió y siguió adelante en el servicio del Señor. Yo regresé al carro, viajé toda la noche hasta Winnipeg y aparecí en la televisión el día siguiente por la mañana. Cuando terminó el programa, me quedé dormido en medio del estudio de televisión, ¡y tocó contarles todo lo que me había ocurrido!

Cuando nuestros corazones están realmente comprometidos en el servicio del Señor y en hacer Su voluntad, El siempre puede acudir en nuestra ayuda aunque cometamos errores o nos rebelemos. Yo creía que iba para Winnipeg, pero, le había dicho al Señor que quería servirle por encima de todo y que se hiciera cargo de mi vida. De modo que si yo quería recorrer de arriba abajo el estado de Minnesota, ese era problema mío, pero, El me ayudaría a llegar al sitio debido y en el momento preciso. A medida que nos vamos haciendo sensibles a la influencia del Señor, que aprendemos a vivir en Su espíritu, ya no tenemos que darnos tanto contra las paredes, pues cada vez se hace más fácil seguirlo.

Dios nos ofrece completa seguridad en Jesucristo, con tal de que nos sometamos a Su autoridad. El es el único que puede vencer realmente al enemigo, y nos ha prometido vivir en todos y en cada uno de nosotros.

Me gustaría repasar brevemente la historia de Gedeón (ver Jueces, capítulos 6 y 7) para presentar una perspectiva de lo que vamos a tratar en este estudio. En los relatos del Antiguo Testamento encontramos, en repetidas ocasiones, referencias a Jesucristo, o personajes

que lo simbolizan metafóricamente. Tal es el caso del Rey David que lo simboliza en muchos aspectos. Lo mismo pasa con José, Daniel y muchos otros. El ejemplo más destacado es probablemente el de Josué. También lo es el de Gedeón. El era el hijo menor de la más humilde familia de Israel. El ángel del Señor se le apareció y lo llamó para que condujera a la victoria al pueblo de Dios. Gedeón verificó esto, pues quería estar seguro de que se trataba realmente del Señor. No quería limitarse a seguir tras cualquier espíritu que le hablara. Quería saber si verdaderamente se trataba de Dios, o no, y resolvió sus dudas poniendo un vellón de lana al sereno. Pero, una vez que estuvo seguro de que era Dios quien le estaba hablando en realidad, empezó a seguirlo de todo corazón.

Gedeón tocó la trompeta y anunció el mensaje: El pueblo de Dios se encontraba en cautiverio, y necesitaba enfrentar al enemigo. Seguramente usted conoce la historia. Al toque de la trompeta acudieron 32.000 hombres para combatir en el ejército del Señor contra Madián. Entonces, Dios le dijo a Gedeón: *“Dile a los que tengan miedo que se vayan a casa.”* Veintidós mil hombres lo hicieron así, y Gedeón se quedó con sólo 10.000 para hacerle frente a fuerzas enemigas enormemente superiores.

Cuando llegue el momento de combatir al enemigo; cuando llegue el momento de defender al Señor; cuando llegue el momento de tomar realmente las fortalezas del enemigo; cuando llegue el momento de conseguir la victoria sobre el pecado en su propia vida, ¿cuál será su actitud? ¿Tiene usted miedo hasta de intentarlo? ¿Es usted de aquellos que sólo quieren ser salvados, y nada más? ¿Alguien que sólo quiere hacer lo menos que se requiera para conseguir la salvación un poco más adelante, sin ningún deseo por verse libre de la esclavitud del pecado, aquí y ahora?

¿Cómo podemos estar seguros de la salvación y de la vida eterna en el futuro, gracias al poder de Dios, si no estamos sintiendo ese poder en nuestras vidas actualmente para salvarnos y librarnos de la esclavitud del pecado, aquí y ahora, por la presencia de la vida de Dios dentro de nosotros? Recordemos que la definición más sencilla del pecado según la Palabra de Dios, es: “Seguir nuestro propio camino, en lugar de seguir el camino del Señor.”

“Hay camino que al hombre parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12 SEV). “Porque la paga del pecado es muerte; mas la gracia de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:23 SEV).

“Jesús le dice: YO SOY el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6 SEV).

Cierto día un sacerdote amigo nos trajo un hombre que echaba espuma por la boca, rechinaba los dientes, volteaba los ojos, y vociferaba maldiciones diabólicas. A duras penas lo trajo hasta la puerta de la casa, y nosotros nos encargamos del asunto. Pasados unos segundos, me volví para saludar a mi amigo, sorprendido de que no estuviera ayudándonos, pero él ya había desaparecido. Después de dejar al tipo en el umbral, partió súbitamente, tan rápido como podía. Estoy seguro de que él era como esos veintidós mil guerreros de Gedeón: “¿Tienes miedo?” “¿Sí!” “Pues bien, vete a casa.” Y Gedeón no tuvo que decirles nada más, pues todos desaparecieron.

Quedaron diez mil hombres, y usted sabe cómo termina la historia: Dios solamente escogió trescientos. Le pidió a Gedeón que les permitiera tomar agua y que se le adelantaran. Dios dijo que aquellos que abandonaran sus armas y se acostaron en la orilla y recogieran el agua con las dos manos, no servían para Su ejército; pero los que tomaran sus armas con una mano y permanecieran vigilantes para

darse cuenta de dónde pudiera estar el enemigo y bebieran el agua lamiéndola de la otra mano, esos serían los escogidos por El, pues eran los que en verdad tenían una intención firme. Siguiendo con nuestra comparación, supongamos que el agua simboliza al Espíritu Santo.

Imaginémonos un ejército de 10.000 cristianos que pretenden saciar su sed del Espíritu Santo, pero de los que hay que retirar 9.700 que no sirven para hacerle frente al enemigo. ¿Por qué? Porque solamente están interesados en tomar el agua del Espíritu Santo (el poder, la provisión y la bendición de Dios) para satisfacerse a sí mismos y a sus necesidades. Ellos no tienen verdadero interés por sus armas o por saber del enemigo. Sólo están allí, sentados, repletos, mudos y contentos, pues simplemente se sienten demasiado bien con lo que tienen para entender el peligro real en que se hallan. Mientras recorro el continente hablando en diferentes iglesias, ese es el pensamiento que golpea mi mente cuando encuentro iglesias repletas de fieles que emplean los dones que Dios les ha dado solamente en beneficio propio, sin darse por enterados de la presencia del enemigo.

Ellos no están verdaderamente atentos e interesados en lo que están haciendo pues, en realidad, no se empeñan en avanzar y en obtener la victoria. Dios no puede servirse de ellos para Su ejército, porque si El intenta ponerlos en las líneas de avanzada de la batalla, serán aniquilados; por eso, en lugar de perderlos los envía a casa. Otra razón por la cual El no puede emplearlos en la batalla es porque, cuando El obtenga la victoria, creerán que fueron ellos quienes lo consiguieron y reclamarán el crédito por ello, enorgullecándose a tal grado que Satanás los hará caer.

Y así fue como de los 32.000 hombres que se reunieron para integrar el ejército de Dios, sólo quedaron 300. El Señor les dio un plan verdaderamente insólito: les dijo que cogieran 300 trompetas, 300 cántaros y 300 antorchas y que, cubriendo las antorchas con los

cántaros, tomaran posiciones en el campo enemigo en medio de la noche. ¿Ha oído usted alguna vez un plan más descabellado? En las Escrituras, creo que es la única vez en que se oculta la luz. El Sermón de la Montaña dice que dejemos que nuestra luz brille como las ciudades que están en la cima de la montaña (ver Mateo 5:14,15). Pero aquí, El nos dice que ocultemos la luz hasta cuando llegue el momento oportuno. Si realmente vamos a lograr la victoria, si realmente vamos a ganar la batalla, tenemos que cumplir las órdenes recibidas. Dios ha preferido trabajar a través de Su pueblo. Ha preferido servirse de gente como usted o como yo. Si Dios no puede conseguir que Su pueblo haga lo que El quiere y en el momento en que El lo quiere, entonces, ¿cómo puede pensarse en que El vaya a ganar la batalla? Hay una parte en las Escrituras que dice que El no pudo encontrar a nadie que le ayudara en lo que iba a hacer, por lo cual se recogió las mangas y lo hizo El mismo. Pero, sobre los habitantes de la tierra caerá un terrible, espantoso castigo. ¿Queremos que ocurra eso? (Ver Isaías 63:5 y Malaquías 4:6).

Los 300 hombres de Gedeón bajaron al campamento enemigo y rompieron los cántaros de barro, dejando ver la luz. Creo que los cántaros de barro son el símbolo de las vasijas de barro que somos nosotros. En verdad, Dios no está interesado en pulir y emparejar y hacer más grandes y mejores vasijas de barro. Si vamos a conseguir la victoria, tenemos que romper los cántaros de barro para que Su luz brille. Todavía estamos tratando de conservar intacto nuestro cántaro de barro y que la luz brille a pesar de eso, lo cual es una contradicción, pues las dos cosas no pueden tenerse al mismo tiempo. Para que la luz brille en la forma en que El lo quiere, tiene que romperse el cántaro de barro o de lo contrario, la luz siempre permanecerá oculta.

Tanto usted como yo necesitamos estar dispuestos a permitir que Dios rompa en nosotros todo lo que El no quiere. Tenemos que

estar dispuestos a permitir que el Espíritu de Dios mate las obras de la carne. (Romanos 8:13). Sólo entonces podrá brillar la luz de Dios (a través de nosotros) de tal modo que derrote por completo al enemigo, pues éste se confundirá y no sabrá qué hacer. Los hombres de Gedeón tocaron al mismo tiempo las trompetas, que era la clave del mensaje; ese vital Mensaje de Dios que solamente El puede poner en nuestros labios, y que hizo que los enemigos se volvieran contra sí mismos y que Gedeón ni siquiera tuviera que matarlos, pues ellos se encargaron de hacerlo por él.

Luego, cuando los madianitas estaban huyendo, dice la Biblia que los 9.700 hombres que habían sido enviados a casa, y los 22.000 que se fueron porque tenían miedo, y algunos más que nunca se habían presentado para ir a la vanguardia del ejército, salieron todos de entre los matorrales y ayudaron a exterminar al enemigo y a perseguirlo más allá de los confines de su Tierra. Todo Israel fue liberado, probablemente varios millones de personas. Por tanto, no tenemos que ser mayoría, sólo basta con algunos hombres y mujeres, incluso niños, que quieran contar con el apoyo verdadero, que es la Potestad de Jesucristo. Esto demanda sumisión total a El como Amo y Señor, y tomar la determinación de dejarlo todo y seguirlo; la determinación de decir: “Señor, hazme añicos, y conviérteme en lo que Tú quieras que yo sea.” Este es el Plan de Batalla.

No soy teólogo, pero hablando con algunos de ellos les he manifestado mi creencia de que sólo hay una doctrina esencial, por la cual vale la pena luchar: La de la Potestad de Jesucristo, pues sólo El es justo, el único justo. No se trata de que sea mi opinión contra su opinión o contra la opinión de alguien más; o de esta doctrina contra aquella. De lo que se trata es de que sepamos qué es lo que El pretende, cuál es Su parecer, qué es lo que El quiere que hagamos. Eso es lo esencial.

Si obramos de acuerdo a esa perspectiva, El congregará en torno Suyo a todos los verdaderos creyentes. (Génesis 49:10).

Las Escrituras son muy claras al respecto: “... a El (solamente) se congregarán los pueblos” (Génesis 49:10 SEV). Si tratamos de congrega al pueblo de Dios bajo una bandera diferente a la de la Potes-tad de Jesucristo, vamos a fracasar finalmente, y Satanás acorralará de nuevo a la Iglesia. No se trata de si los católicos son mejores que los protestantes; de si los bautistas están contra los presbiterianos, o de si los pentecostales están contra los carismáticos. ¿Jesucristo es el Señor? ¿El es el Rey? ¿Estamos dispuestos a obrar en consecuencia, cueste lo que cueste?

He conocido personas con una teología tan desorientada que le pondrían a usted los pelos de punta si le hablaran de ella, pero que se han convertido a Jesucristo. El bregará con esa clase de personas hasta lograr persuadirlas y, finalmente, las llevará por el buen camino, si en realidad se someten a El y aceptan Su autoridad. Pero, no solamente ocurren estas cosas cuando permitimos que El ejerza Su autoridad sobre nosotros, sino que recibiremos de El la confianza para obrar. Así fue como Gedeón obtuvo la victoria. Así es como Jesús se propone lograr la victoria, y purificar todas las cosas que anden mal en nues-tra vida, y en Su Iglesia, y en el mundo en que vivimos actualmente.

Disfrutar de la victoria es gratuito en cierto modo, porque Jesu-cristo la ha conseguido; pero, por otro lado, nos costará todo cuanto poseemos, porque para ser parte de Su ejército, para ser parte de El, tenemos que estar dispuestos a renunciar a todo. “*Porque cualquiera que quisiere salvar su vida, la perderá, y cualquiera que perdiere su vida por causa de mí, la hallará*” (Mateo 16:25 SEV). Esta es la única manera para que nos sintamos satisfechos verdaderamente.

Imagínese que usted es un “fariseo” que ha permanecido allí en el desierto, de pie, junto al río Jordán, oyendo la predicación de Juan

el Bautista y que, por inspiración del Espíritu Santo, ha llegado a la convicción de que tiene que arrepentirse de las obras muertas de su religión organizada; que usted quiere apartarse del camino que ha venido transitando; de sus “buenas” obras para seguir el camino del Señor, y que Juan el Bautista acaba de bautizarlo en el río Jordán. Después ve que Jesús está sentado en la cima del monte, a donde lo ha seguido usted, y que se dispone a escuchar lo que El tiene que decir. “Y viendo la multitud, (Jesús) subió en el monte; y sentándose, le acercaron a El sus discípulos” (Mateo 5:1,2 SEV).

Lo primero que tiene que decidir es lo siguiente: Es usted uno de los discípulos que lo dejaron todo por seguir a Cristo, o ¿es apenas uno de los integrantes de la multitud que sólo está mirando? Probablemente, aquella gente se diría: “Por cierto que Juan el Bautista es un profeta iracundo, pero, dicen que éste es todavía mejor y que hace toda clase de milagros.” Y cuando esperaban quizá que El les dijera: “A menos que os arrepintáis, todos vosotros seréis arrojados a las profundidades del infierno, donde seréis quemados.” O cuando esperaban que lloviera sobre ellos fuego y azufre, lo que encontraron fueron estas palabras: *Bienaventurados los pobres en espíritu; porque de ellos es el Reino de los cielos...*

Una paráfrasis del versículo anterior en arameo, la lengua en que Jesús lo dijo, podría ser, según el Peschitto, texto que todavía se usa en la iglesia griega ortodoxa: *Benditos sean los pobres en soberbia, porque ellos y sólo ellos tendrán a Dios como su rey*. La palabra pobre empleada aquí, no significa que usted tenga un poquito de algo como, por ejemplo, un poquito de soberbia, no demasiada soberbia. Es la palabra que se emplea para denominar al mendigo, al que está absoluta, y totalmente privado de todo; al que no tiene nada. El mendigo que permanece allí, de pie, desnudo, sin alimento, ni dinero, ni nada de nada; aquél que se encuentra desposeído de todo.

También he podido saber que, según el contexto del original, hay un matiz de significación que podría traducirse por: *“Benditos sean aquellos que prefieren renunciar a su soberbia, cueste lo que cueste, porque ellos serán los únicos que tendrán verdaderamente a Dios como su rey.”* En el Reino de los Cielos las cosas suceden así, y no de otra manera. Mientras creamos que pensamos mejor que Dios; mientras creamos que podemos bastarnos sin necesidad de recurrir a El; mientras creamos que Dios nos debe favores; mientras creamos que podemos aplacarle devolviéndole un poquito de lo que El nos ha dado; mientras creamos que podemos imponerle a Dios nuestra voluntad, rindiéndole culto indirecto mediante intermediarios, no recibiremos la bendición plena del Señor.

La única manera de entrar verdaderamente en el Reino de Dios es la de reconocer que nos encontramos desvalidos ante El y confesar que no tenemos nada fuera de El; que necesitamos depender de El para todo; que queremos inclinarnos ante El; que es El quien va a reinar sobre nosotros.

Si pudiéramos salvarnos memorizando algún versículo de la Biblia, o repitiendo alguna oración; o, incluso, participando en los sacramentos y tradiciones de nuestra iglesia, sería mediante las obras como nos salvaríamos y no solamente por la gracia de Dios a través de la fe de Jesucristo.

“Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó, para que andemos en ellas” (Efesios 2:8-10 SEV).

No permitamos que nadie nos engañe sobre esto. Sólo podemos salvarnos por Jesucristo, invocando el nombre de nuestro Señor Jesús

el Cristo, invocándole como nuestro Señor y decirle: “Señor, quiero que Tú estés al mando; quiero apartarme de mi camino, para seguir el Tuyo. No permitas que nada se interponga en el camino, Señor. Que nuestro camino sea Tu camino...” Saber también que El siempre tiene la razón, y que nosotros estamos equivocados. Proceder de manera diferente, es volver a las andadas. Debemos apartarnos (arrepentirnos) de nuestro propio camino y poner nuestra confianza (fe) en Jesucristo para que, por Su gracia (poder) y Su fe (vida) podamos vivir (haciendo Sus obras) en las que El se complazca.

He oído comentarios de gente que dice que el arrepentimiento ya no es necesario, y que todo lo que se necesita es creer, tener fe. ¿Cómo podemos tener fe sin arrepentimiento? ¿Cómo podemos seguir el camino del Señor, si no abandonamos antes nuestro propio camino? Hubo una época en que hablar de arrepentimiento significaba para muchos de nosotros, incluso, para mí mismo, que sentíamos dolor de haber hecho todas aquellas cosas negativas que la Biblia y la iglesia consideran como pecado. En otras palabras: No mentir, no engañar, no cometer homicidio, no cometer adulterio, no fornicar, no esto, no aquello. Cuando se cometían estos pecados, debían confesarse y hacer propósito de enmienda. Todo esto es necesario, pero nos falta tomar un paso adicional para ser restituidos a la plena comunión con Dios. ¿Qué hizo caer al hombre? ¿Qué hizo caer a Adán en el Paraíso? ¿Cómo perdió el hombre la gracia de Dios?

Y dijo Dios: “...De todo árbol del huerto comerás; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás de él...” (Génesis 2:16-17 SEV). A Adán y a Eva les advirtió: “No intentéis decidir sobre lo que es bueno y lo que es malo por vosotros mismos. Dejadme esa decisión a Mí. Y el día en que resolváis por vuestra cuenta comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, moriréis con seguridad.” Satanás dijo entonces: “...No moriréis...seréis como dioses, sabiendo el bien y

el mal.” (Génesis 3:4-5 SEV). Ellos creyeron que eso era bueno; que no morirían, y que tendrían la luz del entendimiento. Por eso comieron el fruto y murieron espiritualmente. Perdieron la gracia de Dios y se hicieron mortales. Y nosotros seguimos cayendo, y ¡la maldición sigue cumpliéndose! Los efectos de la maldición no terminaron con Adán y Eva, pues Dios había puesto la creación bajo su mando. Literalmente, su pecado firmó la escritura de propiedad de la Tierra para Satanás, dándole tremenda influencia sobre el hombre.

La caída de Adán y Eva consistió en que se apropiaron del conocimiento del bien y del mal. ¡Pecaron por hacer algo que creyeron que era bueno! Continuamos predicando un arrepentimiento de componendas: Dejamos que Dios juzgue lo que está mal, pero, nosotros determinamos qué es lo que está bien; pagamos el diezmo al Señor, pero decidimos lo que haremos con el 90% sobrante; vamos a la iglesia los domingos, pero, disponemos lo que haremos en los seis días restantes. En fin, queremos que el Señor nos bendiga, pero, no estamos dispuestos a pagar el precio de restituirle a El, el poder de decidir sobre el bien y el mal. Y lo más trágico de todo esto es que de ese modo no podremos alcanzar la restitución, no podremos recuperar la bendición de Dios. Hay una palabra novedosa que está circulando en las congregaciones cristianas, la palabra “renovación.” ¿Qué es exactamente lo que estamos tratando de renovar? Existen muchas cosas de diversa índole que Dios no quiere renovar, así como hay otras que El quiere suprimir, aunque nosotros nos empeñemos en renovarlas.

“Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de ti;

que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mateo 5:29,30 SEV).

Dios quiere restituírnos a su gracia y renovar los corazones de su pueblo (que somos Su Iglesia). Restitución (depurarnos hasta recuperar lo perdido) no es lo mismo que renovación (dar nueva vida). La restitución cala tan profundamente como lo requieran las cosas para retornar a su verdadero fundamento. La restitución significa abolir todo lo que sea abominable para el Señor, con el fin de que El pueda empezar y terminar lo que originalmente se propuso (haciendo de nosotros hombres y mujeres íntegros, renovados a su imagen). Dios no quiere que renovemos necesariamente todos nuestros planes, tradiciones y programas humanos, que intentamos llevar a cabo en Su nombre; lo que El quiere es restituírnos a Su benéfica amistad y a la permanente comunión con El por medio de Su Espíritu Santo para renovar aquellas cosas que El juzgó buenas en un principio.

La palabra “renovación” es un término clave que aparece menos de doce veces en las Escrituras. La primera vez que se utiliza es para hacer referencia a la renovación del reino de Israel, en tiempos del rey Saúl, renovación que aunque tuvo su buen comienzo, terminó en desastre. (Ver I Samuel 11:14). En su carta a los Romanos donde San Pablo hace uso positivo de esta palabra, su sentido está cuidadosamente modificado por el contexto, para significar la renovación (nueva vida) que nos conduce a obedecer la perfecta voluntad de Dios.

“Y no os conforméis a este siglo; mas transformaos por la renovación de vuestra alma, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2 SEV).

La nueva vida (renovación) en Cristo está fundamentada en restitución. El verbo “restituir” se emplea centenares de veces en la

Palabra de Dios y tiene connotaciones de consumación, purificación y recuperación de la salud. También está directamente relacionado con el saludo hebreo, *shalom*, que significa paz. La paz que sólo viene mediante una relación verdadera con el Príncipe de la Paz, y no simplemente por ausencia de conflicto. Dios quiere devolver (restituir) el corazón de los padres a sus hijos y devolver (restituir) el corazón de los hijos a sus padres antes que sea demasiado tarde para alcanzar Su paz, (ver Malaquías 4:6).

Benditos sean los pobres en soberbia, aquellos que optaron por renunciar a su soberbia, aquellos que resolvieron permitir que Dios los despojara de su orgullo, porque ellos y sólo ellos tienen a Dios como su Rey. ¿Quiere usted tener a Dios como su Rey? ¿Quiere usted pertenecerle? ¿Quiere usted que El diga: “Sí, ese es Mi pueblo, el que Me pertenece”? ¿O quiere usted que El le mire, y diga: “Bueno, hicieron toda clase de obras maravillosas, profetizaron, y también expulsaron los demonios en mi Nombre, pero, yo nunca los conocí. Ellos se pertenecen a sí mismos. Pertenecen al mundo y, finalmente al príncipe de este mundo. Apartaos de Mí, obradores de iniquidad?” (Ver Mateo 7:22,23). Esto funciona de un modo o del otro, pues no hay forma intermedia de acción. ¿Quiere usted ponerse frente al Señor, mirarlo directamente a los ojos, y que El le diga: “...Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor?” (Mateo 25:21 SEV). ¿Quiere usted que esto le suceda realmente?

Oremos:

Padre nuestro del Cielo, ayúdanos a entender la diferencia que hay entre obrar según Tu modo, y en hacerlo según el nuestro. Señor, por favor, ayúdanos a entender la importancia de permitir que seas Tú nuestro Rey. Tú que nos

has creado a imagen Tuya, y que nos has dado poder sobre nuestra propia y mezquina voluntad para que seamos capaces de decidir si vamos a seguir Tu camino, o vamos a desviarnos hacia otro distinto. Necesitamos de Tu gracia, de Tu Espíritu, de ser ungidos por Ti, de que Tú estés al mando para que podamos ser transformados en lo que Tú quieres que seamos, para que podamos adiestrarnos para la guerra, para que podamos resistir al enemigo.

Señor, te pido que podamos estar dispuestos a renunciar a nuestras buenas ideas, que podamos estar dispuestos a desprendernos de las cosas que consideramos legítimamente nuestras: Nuestro tiempo, nuestro dinero, nuestro talento, nuestra familia, nuestras posesiones, nuestra profesión, en fin, todo cuanto pueda impedirnos que logremos hallar Tu perfecta voluntad. Estamos dispuestos a devolver totalmente lo que Te quitamos en el jardín del Paraíso. Que Tú puedas ser Dios no solamente de lo que esté mal, sino también de lo que esté bien. Que nosotros podamos decir: “Señor, se me ha ocurrido esta maravillosa idea, pero si Tú crees que no es buena, entonces la desecharé. Si Tú tienes una idea mejor, entonces, yo quiero que esa idea Tuya sea la mía.”

Señor, no quiero extraviarme en el desierto de mis buenas intenciones. No quiero verme encerrado en la jaula de mis ideas mediocres, cuando las mejores ideas Tuyas están desparramadas en la mesa delante de mí; cuando puedo comer en Tu presencia y seguir adelante con Tu unción y conseguir Tu victoria. Señor, que podamos entender la diferencia entre los procedimientos babilónicos de este mundo y los Tuyos. Que podamos entender que el tiempo es poco, y la necesidad es mucha. Cólmanos con Tu amor y Tu poder; úngenos y reúne un ejército que pueda resistir al enemigo y derrotarlo en Tu Nombre, bajo Tu comando.

Señor, Tú que miras escrutadoramente a nuestra gran nación, decide si vas a permitir que coseche lo que ha sembrado y que se hunda hasta consumirse en la destrucción y en el caos, como ha ocurrido a tantos otros países y pueblos en la historia del mundo; o si, por el contrario, vas a librar a nuestra nación de las fuerzas demoníacas y de las manos del enemigo, porque ves en ella a hombres y mujeres que se han sometido totalmente a Ti y que están dispuestos a permanecer en la brecha y a pagar el precio de enfrentar al enemigo en Tu Nombre, a Tu manera.

Señor, que podamos hacernos dignos ante Ti de ser llamados hijos Tuyos; que Tú puedas mirarnos, y decir: “Son míos, Me pertenecen. Yo los compré. A pesar de todas sus debilidades e imperfecciones humanas, ellos quieren verdaderamente que Yo esté al mando; realmente quieren someterse a Mi autoridad; efectivamente quieren hacer las cosas a Mi manera, por lo cual voy a bendecirlos. Van a salir victoriosos frente a sus enemigos, que los atacarán en una dirección, pero que igualmente huirán en otras siete. Ningún arma que forme contra ellos saldrá victoriosa. El enemigo disparará sus flechas desde las sombras y tenderá emboscadas, pero Yo lo descubriré y dispararé Mis flechas contra él y no escapará y no será hallado.”

Señor, sabemos que Tú puedes cambiar la suerte de este país. Sabemos que puedes cambiar nuestra vida, nuestras familias y nuestras iglesias. Señor, permite que este mensaje no sea sólo otro más, no sea sólo una sucesión de mensajes, no sea sólo alguna información adicional que nos limitamos a encasillar y archivar en nuestro sistema babilónico de archivos; pero, Señor, que tengamos noticias Tuyas y que nos arriesguemos por Ti; que te entreguemos todo cuanto tenemos; que esperemos recibir Tus órdenes; que escuchemos Tu suave y tenue voz; que permitamos que

Tu Espíritu nos guíe y nos comande en la batalla; que el enemigo sea derrotado ante nuestros propios ojos.

Señor, queremos que Tú nos hagas tal como realmente quieres que seamos. Queremos ser Tu pueblo; queremos que Tú puedas obrar en nosotros y a través nuestro. Queremos ser una luz deslumbrante para las naciones. Queremos gente que pueda mirarnos y tener esperanza y querer lo que nosotros tenemos para que atraigamos a los que no sean cristianos, como la llama a las polillas y el imán a las limaduras.

Señor, estamos hastiados por la forma como hemos evangelizado, por la forma como hemos estado tratando de hacerlo a nuestro modo. Estamos hastiados de tratar de que los demás traguen a la fuerza nuestra opinión, nuestra filosofía o nuestra teología. Señor, que Te vean en nosotros; que la convicción de Tu Espíritu Santo descienda sobre la ciudad; que los hombres que acudan a Ti, lo hagan con un deseo ardiente, con una profunda convicción y que no puedan hallar descanso hasta cuando reposen verdaderamente en Ti. Oh, Señor, que podamos presenciar estas cosas, ¡sin importar el precio que paguemos por ello!

Señor, por favor, haz lo que tengas que hacer para transformarnos en la clase de gente que Tú quieres que seamos. Estamos dispuestos a someternos a Tu disciplina, a cumplir Tu entrenamiento. Adiéstranos para la batalla, entrénanos para la guerra. No permitas que Satanás se escape con las cosas que se está llevando de aquí. Prepáranos para perseguirlo, para enfrentarlo, y para reconquistar el campo de batalla. Señor, estamos cansados de retiradas y derrotas, y de ver que los cristianos sufren un traspié tras otro y muerden el polvo de la derrota.

Señor, sabemos que Tu juicio ha comenzado por Tu propia casa y que estás limpiando Tu templo, que somos nosotros.

Por favor, límpianos por completo. Si hay algo que necesites enderezar en nosotros, hazlo, por favor. Queremos lavar nuestras vestiduras con la sangre del Cordero. Queremos mantenernos firmes. No queremos ser cristianos sólo por pasatiempo. No queremos ir a la iglesia los domingos por la mañana como si fuéramos al club. Señor, hablamos en serio, queremos buscarte mientras nos sea posible encontrarte. Queremos aferrarnos a Ti como lo hizo Jacob cuando luchó contigo; y no dejarte ir hasta cuando nos bendigas, sin que nos importe el costo. Jacob cojeó por el resto de su vida, pero fue bendecido; y, en lugar de llamarlo tramposo y cómplice, le dijiste Israel, Príncipe de Dios. Señor, eso es lo que nosotros queremos, que Tú nos bendigas.

Señor, si algo se ha torcido en nuestra vida, haz que nos sacudamos hasta lograr enderezarlo.

Señor Jesús, Te damos gracias y Te imploramos; Te adoramos, Señor; queremos servirte, queremos hacer lo que Tú quieres que hagamos; queremos dejar una puerta abierta para que se cumpla en nosotros lo que Tú quieres que se haga; queremos estar disponibles para Ti, queremos que Te sirvas de nosotros. Queremos partir de aquí sabiendo que te hemos encontrado, sabiendo que hemos visto Tu rostro, sabiendo que hemos sido ungidos de nuevo; que tenemos poder para dominar al enemigo en Tu Nombre, para destruir sus fortalezas, para decirle que su tiempo se ha terminado, y que ya no va a reinar sobre este país. Nosotros vamos a enfrentarlo en Tu Nombre.

Por favor, Señor Jesús, Te pedimos que reconstruyas todo lo que ha sido destruido, arrasado por la violencia, por el narcotráfico, por el egoísmo y por la corrupción. Satanás nos ha despojado de tantas cosas, que necesitamos un despertar espiritual que recorra el mundo entero. Estamos

cansados del statu quo. No queremos contentarnos sólo con las motivaciones de ser cristianos, queremos calcular los riesgos y avanzar. Queremos ser como esos 300 hombres de Gedeón que estuvieron dispuestos a dar la batalla a Tu manera. Queremos darte el crédito y la gloria, pero, estamos cansados del abatimiento y de ver la mano del enemigo donde quiera que miramos. Señor, háblanos, dinos lo que Tú quieres que hagamos. Queremos escucharte. Amén.

EL PLAN DE DIOS PARA LA BATALLA

Adiestramiento para la batalla

“Vosotros habéis dicho que servir a Dios es cosa inútil. ¿Qué ganaríamos con hacer lo que El manda y en andar como dolientes delante del Señor Todopoderoso? Si vemos que los soberbios son dichosos, y que los malvados prosperan ciertamente, y que también los que tientan a Dios, escapan al castigo.”

Entonces los que temían al Señor hablaron entre sí, y el Señor escuchó con atención; y le fue presentado un escrito en el que se hacía memoria de los que temían al Señor y honraban Su nombre.

El Señor Todopoderoso dice: “Serán míos el día en que Yo tome posesión de mi tesoro, y me llenaré de indulgencia hacia ellos, como indulgente es uno para el hijo que le sirve. Entonces veréis de nuevo la diferencia que hay entre el justo y el malvado, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.”

El Señor Todopoderoso dice: “En verdad, se acerca el día, ardiente como un horno; y todos los soberbios y los obradores de maldad serán la paja, y el día que viene le prenderé fuego, y de ellos no quedará ni una raíz ni una rama. Pero para vosotros los que reverenciáis Mi nombre, un sol de justicia se alzará y traerá en sus rayos la salud, y saldréis y saltaréis como becerros que salen del establo. Entonces pisotearéis a los malvados, que serán como polvo bajo la planta de vuestros pies, el día que Yo haga estas cosas.”

“Acordaos de la Ley de Moisés, mi siervo, a quien di en Horeb preceptos y mandatos para todo Israel. Ved que Yo mandaré al profeta Elías antes de que venga el día del Señor, grande y terrible. El devolverá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; o de lo contrario, vendré y castigaré la tierra con mi maldición.”

(Malaquías 3:14; 4:6, Paráfrasis).

Juan el Bautista vino como una especie de Elías para preparar el camino para el ministerio del Señor. Mirando retrospectivamente, también vino para anunciar el fin de una era, la del Antiguo Testamento, que estaba para terminar. La mayoría de los judíos rechazó el ministerio del Señor, pues se volvieron contra El. Por eso dijeron: “¡Crucifícale! ¡Que Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” Y eso fue exactamente lo que ocurrió. La Iglesia cristiana surgió de las cenizas del rechazo judío a Cristo, fundada por el Espíritu Santo, y el Evangelio fue predicado posteriormente a los gentiles. Sólo hasta hace pocos años se produjo el regreso de la nación israelita a la Tierra Santa, después de casi dos mil años de obcecación y de rechazo del Evangelio de Jesucristo (su Mesías).

La Biblia dice que Jerusalén sería pisoteada por los gentiles hasta cuando el tiempo de estos se hubiera cumplido (ver Lucas 21:24). Ahora, con el regreso de los judíos a Jerusalén, se ve claramente que el fin de la era de la Iglesia se está aproximando, y que cada día que pasa, ese momento se acerca un poco más. No sabemos exactamente cuando, pero lo que sí sabemos es que el Señor está de nuevo en la puerta y que estamos esperando Su segunda venida. Esta es la esperanza que tenemos todos los creyentes.

El profeta Malaquías dijo: “Ahora los soberbios son dichosos.” Estamos viviendo en una época en que los soberbios son ciertamente dichosos, en que la gente puede buscar el modo de burlar a Dios, de estafar, de mentir, de robar, cosas éstas que en muchos lugares son miradas con cierto grado de respeto. Pero, el Señor dice que se está acercando el día en que El va a venir para hacer justicia, para que las cosas vuelvan a estar en su puesto.

Se está acercando el día que será como un horno, y todo el pajonal se quemará; y solo el oro, y la plata, y las piedras preciosas quedarán intactos. Solo lo que hayamos hecho obedeciendo el llamado de Cristo tendrá valor eterno y duradero. El profeta Malaquías dice que aquellos de nosotros que reverenciamos el nombre de Dios veremos el amanecer de un nuevo día, el advenimiento de una nueva era de justicia. Nosotros saldremos adelante ese día, pero los malvados serán como polvo bajo la planta de nuestros pies. “He aquí, Yo os envío a Elías el profeta, antes que venga el día del SEÑOR, grande y terrible. El convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; para que Yo no venga, y hiera con destrucción la tierra” (anatema o completa destrucción, tal como le ocurrió a Jerusalén en el año 70 D.C.) (Malaquías 4:5-6 SEV).

La reconciliación de la familia es esencial para el plan de Dios. Está en el propio centro del plan de Dios para la redención. El nos compró a un precio muy alto, pues dio Su vida por nosotros, y Su plan es unirnos íntimamente con Su propia familia. Vamos a hacer una sagrada (justa) nación (familia) de reyes y sacerdotes. Existen dos aspectos en la reconciliación familiar: uno tiene que ver con la familia de Dios; el otro, con nuestras familias carnales y con la nece-

sidad de que el corazón de los padres y de los hijos se devuelva los unos hacia los otros. Esto tiene aplicación para todos nosotros, pues no hay nadie que no sea o padre o hijo. Todos nosotros o tenemos hijos, o nacimos en el seno de una familia, en algún lugar. Por eso nos incumbe a todos.

Desde otra perspectiva, consideremos el acercamiento de Dios Padre hacia nosotros, y Su deseo de que volvamos nuestro corazón hacia El, pues de no hacerlo así (y de que permitamos que El nos transforme interiormente), no escaparemos a la terrible destrucción que sobrevendrá al mundo entero al final de la era presente.

Lo que no sea puro, lo que no sea santo, no puede permanecer en la presencia del Señor. En el Antiguo Testamento, la gente creía que moriría si alguna vez veía a Dios. Por eso, cuando en algunas ocasiones se les apareció el Angel del Señor, decían: “¡Desgraciado de mí, voy a morir!, pues he visto a Dios.” Sabían que no podían permanecer en la presencia de Dios y seguir con vida. Esta es la razón por la cual en el templo judío había un velo que separaba el Santo de los Santos de la parte anterior del templo, pues moría quien miraba directamente el lugar donde Dios estaba presente. Pero, con la muerte de Jesucristo ese velo se rompió de arriba abajo. Si usted lee los capítulos 40 a 47 del libro de Ezequiel, verá que no hay velo en el templo que él describe, pues el Santo de los Santos ya no está separado del resto del templo.

Jesús nos ha abierto el camino para que lleguemos directamente a la presencia de Dios Padre, pero nosotros tomamos esto a la ligera, lo damos por supuesto. Oramos muchas veces y repetimos la misma monserga de siempre: yo quiero esto, yo quiero aquello; tal y tal cosa me preocupa... Me pregunto cómo sonarán algunas de estas oraciones en los oídos de Dios, o si es que El no se ve obligado a cambiar de canal, porque sólo decimos necedades; o porque nos hemos alejado

de Su presencia por no haberle devuelto nuestro corazón, haciendo lo que El quiere.

Un día iba conduciendo y pasé por una iglesia en la que había un aviso que decía: “Háblale a Dios. El te escuchará.” Eso suena bonito, ¿cierto? Sin embargo, hay mucha gente que le habla a Dios, pero, la certidumbre que tienen de que El los escucha es muy poca. Creo realmente que un aviso más bíblico sería: “Necesitamos poner toda nuestra atención en escuchar a Dios, porque El tiene cosas muy importantes que quiere decirnos.” El quiere hablarnos. Nosotros entendemos la oración como un medio para expresarnos ante Dios, para hablarle a El; en tanto que para Dios también significa lo que El quiere compartir con nosotros. No se trata solamente de decirle a Dios lo que El tiene que hacer.

¿Alguna vez ha permanecido usted arrodillado durante un par de horas diciéndole a Dios cómo conducir Su universo? Yo lo hice, diciéndole que El tenía que hacer esto y lo de más allá; que yo necesitaba esto y aquello; ordenándole, en fin, un montón de cosas que yo quería que El hiciera, sin percatarme de quién era El y de quién era yo. ¡Qué gran privilegio es el que yo tengo de poder acercarme a El! Necesito averiguar qué es lo que El está tratando de decirme. ¿Qué quiere El de mí?

“...buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33 SEV).

Muchas veces, cuando me he encontrado confundido por no saber cuál es la voluntad de Dios, o cuando no he podido conseguir una respuesta clara sobre algo que le estaba pidiendo, una de las principales causas que ha interferido mi comunicación con El, ha sido la de que Dios quería decirme algo que yo, precisamente, no estaba escuchando. El tenía algo importante que quería decirme, pero, todo

lo que yo quería hacer era lamentarme por mis problemas e insistir en convencer a Dios para que cumpliera mi voluntad.

Necesitamos ver las cosas desde la perspectiva de Dios. Muchas veces El, en Su misericordia, llega hasta nosotros para darnos Sus dones, para concedernos favores y para hacer por nosotros infinidad de cosas que no merecemos, comenzando por Su plan para la redención. Pero, a medida que crecemos y maduramos en el Señor, El nos tolera hasta cuando llega el momento de poner las cosas en su sitio; hasta cuando nos damos cuenta de quién es El; hasta cuando nuestra relación con El deja de ser algo que tomamos de una manera frívola y superficial.

¿Qué pasaría si timbrara el teléfono de su casa y le dijeran que el presidente de Colombia lo estará esperando tal día a tal hora para hablar con usted durante 15 minutos? ¿Cómo procedería usted en esa entrevista? ¿Iría para hablar sobre el estado del tiempo, para quejarse de su vecino, para esto, o para lo otro; o, por el contrario, expresaría usted algunos pensamientos serios para no malgastar su tiempo, ni hacérselo perder al presidente? O para que, una vez terminada la entrevista, la impresión del presidente no fuera como ésta: “¡Qué tipo tan superficial, egocéntrico y egoísta el que acaba de pasar por mi despacho!”

Creo que muchas veces cuando nos acercamos a Dios, sólo estamos preocupados por nosotros mismos, sólo estamos interesados por las cosas que nos conciernen, sin importarnos lo que Dios quiere, y sin preocuparnos por las necesidades de quienes nos rodean. De esta clase de situaciones es de las que habla el profeta Malaquías. El nos dice que para recibir la bendición del Señor, para ver el día en que los soberbios serán humillados, para que de nuevo haya distinción entre los justos y los malvados, entre los que sirven a Dios y los que

no lo hacen, y para que las prioridades de nuestra vida estén en orden, tenemos que poner a Dios en el primer lugar.

En el capítulo anterior tratamos de la primera Bienaventuranza: los pobres de espíritu, los pobres en soberbia. Aquellos que deciden dejar que Dios se encargue (los libre) de su soberbia. Nosotros no podemos librarnos de nuestra soberbia. Siempre que me da por creer que en mi vida no ha quedado nada de soberbia, ¿adivinen lo que pasa? Que el Señor permite que me ocurra algo que me hace comprender que todavía hay mucha soberbia en mí. Por naturaleza, todos nosotros somos soberbios. ¿Cuál es la razón de esta soberbia? Fuimos creados a imagen de Dios, lo que significa también que tenemos la capacidad de poseer, aunque en grado mucho menor, las cualidades y atributos de Dios. Y, del mismo modo como El tiene dominio sobre el universo, así también ha permitido que tengamos nosotros dominio sobre nuestra mezquina voluntad. Podemos escoger, pues, entre servir a Dios o seguir nuestro propio camino, que terminará finalmente en servidumbre a Satanás.

Dios siente emociones. La Biblia está llena de referencias al amor, a la ira de Dios; a Sus celos cuando Su pueblo se extravía por seguir a alguien más, o por otra causa. El desea cambiar nuestro corazón hasta el punto de que Sus emociones fluyan a través de nosotros. En noches pasadas estuve leyendo una cita de Oswald Chambers, un misionero del siglo pasado. El decía: “No podéis hallar una solución razonada a la confusión espiritual. La única salida es la obediencia a Dios.”

Cuando las cosas están confusas, cuando no sabemos qué hacer, cuando no oímos claramente la voz del Señor, es imposible encontrar una solución razonada a nivel del pensamiento humano. La única solución, el único camino para recuperar esa íntima comunicación con Dios, la única forma de recuperar esa completa paz y tranquilidad que resulta del sometimiento a la voluntad del Señor, es empezar

por obedecerle, dando los pasos necesarios para lograrlo. Es la única manera que podemos tener noticias de Dios en forma permanente. Si no estamos dispuestos a obedecerle en las cosas pequeñas, tampoco sabremos de El en las cosas grandes. Si solamente le consultamos cuando se requiere tomar una decisión importante, andaremos siempre desorientados por no saber cuál es la voluntad del Señor, y diremos como tantos otros: “No puedo oír la voz de Dios. Me encuentro confundido. No estoy seguro de si estoy oyendo la tenue y suave voz del Señor, o no.”

Ahora veamos la siguiente Bienaventuranza: “*Bienaventurados los que lloran (enlutados), porque ellos recibirán consolación*” (Mateo 5:4 SEV). La palabra que significa lamento, *pénthos*, es muy importante. Es el término que se emplea para deplorar la muerte. También puede significar una aflicción impetuosa que lleva a la acción. Los mansos son aquellos que mueren para sí mismos, y viven para seguir a Cristo como su amo. Para esto se requiere tomar decisiones muy difíciles. Debe renunciarse a todo propósito mundano que conlleve placeres fugaces. Jesús nos dice: “Nadie puede servir a dos señores.” Los que verdaderamente se entregan a Dios y se someten a la autoridad de Cristo, se lamentarán por el estado actual del mundo que los rodea; renunciarán a las riquezas mal habidas, así como a perseguir el poder y los placeres terrenales.

Serán consolados aquellos que renuncien a su propio camino y a los caminos del mundo para tomar su cruz y seguir a Cristo. La palabra griega *parakaléo*, que traduce “consolado,” tiene una amplia gama de significaciones. Puede entenderse como pedir auxilio, suplicar a Dios en la oración, o ser animado, estimulado, consolado en momentos de aflicción. Tiene la misma raíz que la palabra Consolador empleada en el Evangelio del apóstol Juan para nombrar al Espíritu Santo.

Cuando escogemos apartarnos de los caminos del mundo para renunciar a todo lo que pertenezca al reino de las tinieblas, Dios responde dándonos al Consolador como pago anticipado de nuestra herencia en Cristo. El Espíritu Santo nos animará y nos estimulará para seguir el camino del Señor. El nos convencerá con la verdad.

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, aquel os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he dicho” (Juan 14:26 SEV).

“Y conoceréis la Verdad, y la Verdad os libertará” (Juan 8:32 SEV).

Cuando el Espíritu Santo hace resplandecer la verdad de Dios en nuestros corazones, se produce una transformación en nosotros. La confusión, la tristeza y la desesperación tienen que desaparecer a la luz de Su presencia. Los que son “consolados” tienen un corazón tierno, un corazón sensible, un corazón que funciona desde la perspectiva de Dios y siente las cosas tal como Dios las siente, porque es un corazón que está lleno de Su presencia. Es un corazón que está arrepentido de los pecados que cometió en el pasado y que comprende las consecuencias de sus errores. Es un corazón que se lamenta y clama diciendo: “Señor, renuévame, ya no quiero seguir siendo el mismo,” cada vez que el Espíritu Santo lo ilumina sobre algo que necesita ser ofrendado y consumido en el altar.

Es un corazón que cuando se pone en contacto con alguien que está afligido, derrama lágrimas y se identifica con esa persona. ¿Qué tal si fuera yo? ¿Cómo querría que me trataran? ¿Qué quiere el Señor que yo haga por esta persona? Es un corazón que empieza a sentir del mismo modo que siente Dios cuando se pone en contacto con el pecado y con toda la devastación y la perdición que éste ocasiona en derredor nuestro. Es un corazón que puede empezar a poner en prác-

tica la estrategia suprema de Dios para la victoria: amar a nuestros enemigos, orar por los que nos persiguen, vencer el mal con el bien. Es un corazón que comprende la importancia estratégica de “poner la otra mejilla” y de “caminar otra milla más.”

Existen otras formas de lamentación. Podemos lamentarnos con amargura porque no encontramos nuestro camino. Todos sabemos lo que ocurre cuando un niño no puede hacer lo que le viene en gana: Hace pucheros, patalea y empieza a llorar, porque su voluntad ha sido contrariada. Esa clase de lamentación, esas lágrimas no son benditas, pues constituyen el otro atajo. No es de eso de lo que Dios nos habla. El se refiere al corazón que está resuelto a seguirle; al corazón que está listo para que El lo renueve; al corazón duro que El ha ablandado. Dios empieza ese ablandamiento en el mismo momento en que ocurre una verdadera conversión, un cambio total de corazón.

Tan pronto como haya arado la tierra dura y estéril, El sembrará Su humildad, Su mansedumbre, Su ternura, Su justicia y Su misericordia en nuestros corazones. Como experto labrador, cultivará buenos frutos y, al mismo tiempo, arrancará de raíz la mala hierba, hasta cuando nuestros corazones estén purificados, pues su propósito es formar hombres y mujeres íntegros, que venzan el mal con el bien.

Renunciar a nuestra propia voluntad, abandonar nuestro propio camino y renunciar a los placeres del mundo, puede hacernos llorar algunas veces, pero Jesús promete consolarnos y, para eso, nos enviará Su Espíritu Santo, el Consolador.

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No cometerás homicidio; y cualquiera que cometiére homicidio, será culpado del juicio. Mas yo os digo, que cualquiera que se enojare descontroladamente con su hermano, será culpado del juicio; y cualquiera

que dijere a su hermano: Raca, será culpado del conejo; y cualquiera que dijere: Fatuo, será culpado del infierno...

...Oísteis que fue dicho a los antiguos: No adulterarás. Mas yo os digo, que cualquiera que mira a la mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:21,22; 27, 28 SEV).

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Los mansos son aquellos que se someten a Dios. La palabra griega *praüs* es muy interesante. Esta es la palabra empleada por los antiguos griegos para describir sus corceles de guerra, entre otras cosas. El caballo que estaba perfectamente entrenado y listo para la batalla, que iba al combate y pisoteaba a los enemigos; que participaba en la lucha al igual que su jinete. Las palabras manso y *praüs* no son idénticas, aunque los traductores hacen al respecto lo mejor que pueden; sin embargo, la palabra griega tiene diferentes matices de significación.

Les explicaré la razón por la cual los griegos llamaban a sus caballos *praüs* o mansos. La razón era que, cuando el caballo alcanzaba el grado de entrenamiento requerido, obedecía al amo, al jinete, sin importar lo que estuviera ocurriendo a su alrededor y podía confiarse también en que, en lo más recio del combate, no iba a cometer ninguna tontería. Cuando el jinete estaba seguro de que podía confiar en el animal y que éste lo obedecería a pesar de todo, entonces lo consideraba como un caballo manso, aunque se tratara en realidad de un poderoso padrón de pura sangre, capaz de matar enemigos en el campo de batalla.

Este caballo aunque poseía toda esa tremenda fuerza, esa capacidad y esa destreza, había renunciado a su propia voluntad, sometiéndose a la conducción y al mandato del amo. Esto es lo que significa la palabra *praüs*, sumisión al amo, y no sumisión a cualquier otro aparecido. En el

sentido bíblico de la palabra, las personas mansas no son solo aquellas que permiten que otra les ordene lo que deben hacer, que permiten que cualquiera las atropelle, que se limitan a seguir la corriente. Son las que se someten a Dios y ponen bajo Su control todos sus dones y habilidades, todo lo que han recibido de El para que, aun en la peor crisis imaginable, no tengan que morder el bocado, tragar entero y seguir su propio camino, sino que sigan el camino del Señor aunque estén sometidas a intensa presión, se vean perseguidas o se hallen en peligro y necesidad. Esto es lo que significa ser manso.

Veamos lo que les ocurre a los mansos: *“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”* (Mateo 5:5 SEV). Ellos recibirán la herencia de Dios. Ellos son los que van a tener en sus manos la creación de Dios bajo el mando de Jesucristo; son los que se someten a El ahora y dejan que se haga Su voluntad en todo, hasta en el más insignificante detalle.

En el libro de Job hay unos apartes interesantes que me gustaría compartir con usted. Conozco personas que evitan citar este libro porque gran parte de él se refiere a las palabras que dicen los “consoladores” de Job. ¿Cuál sería la razón para que la filosofía y la doctrina de estos consoladores que al final resultan equivocadas, aparezcan incluidas en la Palabra de Dios? Si se analiza detenidamente lo que ellos dicen, se verá que casi todo es verdad y que resulta muy difícil refutar algo de lo que expresan. El único problema estriba en que hacen mal uso de la verdad. Lo que dicen es la verdad, pero empleada de manera equivocada, en el momento equivocado, y según su propia mentalidad humana.

Cuando los hombres toman las leyes de Dios y deciden aplicarlas de acuerdo con su leal saber y entender, no dan resultado, no hacen posible Su bendición. Por eso, los consoladores de Job no fueron una bendición para él. El colmo de su aflicción fue que tuvo que

escucharlos encima de todo lo que ya le había ocurrido. Pero, yo no voy a detenerme en las palabras de estos personajes, voy a referirme a las palabras de Dios, que brotan del “torbellino” en el libro de Job, capítulo 39:

¿Das tú al caballo la fuerza, o adornas su cuello con ondulantes crines? ¿Le enseñas tú a saltar como la langosta, y a infundir terror con su soberbio resoplido? Golpea furiosamente la tierra con sus cascos, regocijándose con su fortaleza, y se lanza a la refriega. Se ríe del miedo, no se asusta por nada, ni retrocede ante la espada. La aljaba tabletea contra sus lomos, y la lanza y la saeta centellean. Con ímpetu frenético devora las distancias, y no puede estarse quieto cuando suena la trompeta. Al toque de corneta responde con bufidos. Huele de lejos la batalla, y oye los gritos de los comandantes y el ajeteo de la contienda” (Job 39:19-25, Paráfrasis).

Esa es la descripción que Dios hace de un caballo “manso.” El caballo que está atento al toque de corneta; el que se desvive por salir al ataque en el momento de la batalla, al mando del amo que cabalga sobre sus lomos. De esto es de lo que nos habla Jesús cuando dice: “*Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad*” El se refiere a los que están esperando a que suene el toque de trompeta; a los que están anhelando recibir órdenes; a los que no se limitan a esperar el momento en que Dios tenga que enviarlos, en medio del fragor de la batalla, a un sitio imprevisto; a los que no sienten miedo, porque están totalmente sometidos a Cristo. Cuando nos sometemos completamente a Dios, encontramos en El, el amor perfecto que rechaza el temor, pues El es ese amor perfecto.

Cuando estamos con Dios, el temor no existe. No confundamos el temor a Dios con otros sentimientos análogos, pues no se trata de sentir pavor hacia El, sino de sentir un respeto reverencial, un temor de ofenderlo. Pero, si el miedo hacia algo nos domina hasta el extremo de alterar nuestro comportamiento y de hacernos actuar bajo las circunstancias determinadas por ese temor; si resulta tan grande que nos obliga a tomar decisiones basadas en él, entonces, no nos hemos sometido totalmente a Jesucristo. Eso nos ocurre porque no estamos actuando de una manera “mansa” en Su seguimiento para que El sea absolutamente nuestro Amo y nuestro Señor. Puede existir algo que le haga creer a usted que se ha sometido a Dios y que, sin embargo, no signifique una verdadera sumisión al Señor.

Hace apenas unos meses, nuestro hijo de quince días de nacido enfermó gravemente y estuvo cinco días en cuidados intensivos. No estábamos seguros de lo que iba a suceder con el niño, y una sombra de temor acongojaba mi corazón cuando lo llevábamos al hospital. Entonces cruzó por mi mente este pensamiento: ¿De quién es este niño? ¿Es mío, o del Señor? ¿Lo he puesto totalmente en las manos de Dios? ¿Estoy dispuesto a aceptar lo que El disponga sobre la vida de este niño, mi único hijo varón? Cuando estuve conforme con la voluntad de Dios, cuando me ratifiqué delante del Señor, el temor desapareció. Fue un momento difícil, en verdad. Tuvimos que ir y venir entre el hospital y la casa, y hacer todo cuanto fue necesario. La experiencia resultó agotadora, extenuante, pero el temor, el pánico ya no existían.

El temor sólo puede dominarnos y hacer que obremos a su antojo cuando no estamos totalmente sometidos a Dios. Si estamos dispuestos a hacer lo que Dios quiere, pase lo que pase, sin importar si lo perdemos todo, sin importar si nos matan, sin importar si nos sobrevienen todas las calamidades que Job tuvo que sufrir, Satanás

ya no podrá aterrorizarnos más, si estamos resueltos a actuar de esta manera.

El libro de Job comienza con una descripción de la maravillosa relación que el patriarca mantenía con Dios, y con una descripción de sus admirables hijos, de las propiedades y de las posesiones que el Señor le había dado en abundancia. Desde el punto de vista de Satanás, Job lo tenía todo. Por eso protesta ante Dios pues, según él, la única razón que Job tenía para servir al Señor era la de haber sido protegido y bendecido en extremo. Desde el punto de vista de Dios, a Job todavía le faltaba algo fundamental y, por consiguiente, necesitaba aprender una lección muy importante. Esto es lo que se relata en el capítulo tercero.

“Todo lo que yo temía, lo que más miedo me causaba, ha caído sobre mí. No tengo descanso ni sosiego; no encuentro paz, sino inquietud” (Job 3:25,26, Versión Dios Habla Hoy).

La paz de Dios no depende de circunstancias externas, pues es algo íntimo. Job tenía que aprender a vencer sus temores antes de que pudiera llegar a ser lo que Dios quería que fuera. Esta es una de las razones por la cual el Señor quitó la barrera de protección que había colocado en torno suyo, para permitir que Satanás lo atacara, aunque Job era inocente antes, durante y después de su experiencia. Dios lo liberó de sus temores, lo guió en medio de sus peores pesadillas y lo sacó a la otra orilla sin que sufriera daño alguno.

Cuando me secuestraron, los guerrilleros amenazaban con matarme. Las primeras veces que ocurrió esto, me atemoriqué, pero, después oré al Señor y tomé una resolución: ¿Estoy dispuesto a hacer y decir lo que Dios quiere que haga y diga, aunque ellos me torturen, aunque me disparen? Así lo hice, y ya no pudieron amedrentarme más. Así los despojé de sus armas terroríficas.

Creo que cuando Dios habla de liberarnos de nuestros temores, lo consigue llevándonos hasta el punto en que estemos dispuestos a enfrentar nuestros miedos más terribles, porque nos hemos sometido a Jesucristo, que es todo lo que importa. Entonces, seremos como el corcel de guerra, al cual no le gusta permanecer en el establo.

El corcel de guerra no se contenta sólo con comer avena o heno. No se contenta con llevar una vida fácil en el establo. Aguza el oído a la voz de ataque en el combate. “Hace burla del espanto, y no teme, ni vuelve el rostro delante de la espada. Contra él suena la aljaba, el resplandor de la lanza y de la pica; y él con ímpetu y furor escarba la tierra, sin importarle el sonido del shofar; antes los toques del shofar le infunden ánimo; y desde lejos huele la batalla, el estruendo de los príncipes, y el estruendo de la consigna de la batalla” (Job 39:22-25 SEV). Aguza el oído, porque quiere saber lo que ordenan los comandantes para cumplirlo sin demora. No quiere esperar para encontrarse en lo más recio del combate. Esta es la clase de gente que Dios quiere reclutar; la clase de gente que El quiere bendecir. El no quiere que vivamos siempre en esta época en que los soberbios son dichosos. El quiere bendecir a Su pueblo y llevarlo a la victoria.

La mansedumbre tiene que ver con la fe en Jesucristo, con el sometimiento y la obediencia a El. En verdad, la fe y la obediencia no pueden estar separadas. Cuando el apóstol Santiago dice que la fe sin obras es una fe muerta, no se está refiriendo a cualquier clase de obras, sino a las que Dios nos ha ordenado que hagamos. En otras palabras, si decimos que tenemos fe en Dios, pero, no hacemos sus obras, no cumplimos aquello para lo cual fuimos llamados, para lo que El nos ha dado poder, entonces, no estamos jugando limpio. (Ver Santiago 2:14-26). Tampoco podremos enfrentar la batalla verdadera, si nos dejamos dominar por nuestros temores, pues ellos se apoderarán de lo mejor de nosotros. Satanás nos acorralará y nos

mantendrá prisioneros en la jaula del temor que nosotros mismos le ayudaremos a construir.

He tenido algunos pájaros enjaulados durante tanto tiempo que, al darles la libertad, permanecen inmóviles y tiemblan de miedo, pues no saben qué hacer. Algunos mueren cuando se les saca de la jaula, porque han perdido su seguridad, la seguridad que les daban los barrotes de su pequeña prisión y ya no pueden vivir fuera de ella.

Por el contrario, existen otros animales tan acostumbrados a su libertad, que se mueren si se les mete en una jaula, porque no saben vivir prisioneros. ¿A cuál de estas dos clases quiere pertenecer usted? ¿Quiere vivir en una jaula y no ver nunca las bendiciones de Dios, ni lograr la victoria sobre el enemigo? ¿Realmente quiere vivir con un miedo permanente hacia lo que pasa fuera de los barrotes tras los cuales usted mismo se ha metido, a los temores que Satanás ha utilizado para atraparle? El espíritu maligno puede valerse de muchos recursos: el temor por lo que pueda ocurrirle a nuestros hijos; el temor a un descalabro económico, o a la pérdida de nuestros ahorros. Cualquier aspecto de nuestra existencia que no esté totalmente sometido a la Potestad de Jesucristo, está expuesto al ataque. No sé cuál puede ser su lado flaco, pero sí sé que si usted quiere que sea Dios quien intervenga en el asunto, sólo tiene que depositarlo en el altar y dejar que sea El quien se encargue de todo.

Si en verdad, usted quiere poner bajo la Potestad y la Autoridad de Jesucristo todas sus áreas de conflicto, El lo entrenará para la lucha, con el fin de que usted pueda triunfar sobre sus malos deseos, sobre sus temores, sobre el mundo y sobre el enemigo común, el demonio. Entonces, podrá decirse de usted lo mismo que dice Dios del corcel de guerra, en el libro de Job: No siente miedo, está atento al toque de corneta, a los gritos de los comandantes y al ajetreo de la contienda. Sus cascos devoran las distancias y está listo para entrar en la batalla

tan pronto como se le ordena. Quiere hallarse en lo más reñido del combate, allí donde Dios lo disponga, y en el momento en que El quiera, ayudándole a derribar cualquier fortaleza del enemigo. Lo único que le preocupa, lo único que teme es no seguir oyendo la voz del Señor, perder la íntima y sincera comunión con El. Actúa en el instante en que se produce la más ligera indicación de Dios, y parte, y acomete, obedeciendo a su jinete.

En Mateo 5:17, Jesús dice: *No penséis que he venido para desatar la Ley o los Profetas...* ¿Cuál era esa Ley? Era la palabra escrita de Dios, tal como los judíos la llamaban, o las Escrituras que contenían la Ley y las enseñanzas de los profetas. Era la Palabra revelada por Dios. Jesús dijo: *“No he venido a cambiar la ley, sino a cumplirla.”* Todas las leyes sobre los sacrificios del templo se cumplieron con la muerte y resurrección de Jesucristo, y esa es la razón por la cual nosotros quedamos exentos de todo aquello para siempre si nos encontramos identificados con el.

Entre las muchas cosas escritas en los libros del Antiguo Testamento, hay algunas que la Biblia dice que deben observarse por siempre como, por ejemplo, los Diez Mandamientos, es decir, las normas y preceptos que Dios ha establecido como Su ley moral y que escribirá en las tablas de nuestro corazón y de nuestra mente en la Nueva Alianza. El va a darnos el poder de sentir y de pensar del mismo modo que El, para que no tengamos que estar consultando ese gran manual, con el fin de ver si nos hemos apartado o no de él; si algo está bien o está mal, como hacían los fariseos en tiempo de Jesús. Todo lo que tenemos que hacer ahora es estar seguros de que nuestro corazón están totalmente sometidos al Señor, y de que El se siente muy feliz por habernos permitido que sintamos como El y de que esos sentimientos tengan la confirmación de Su Palabra escrita y del testimonio de los demás cristianos.

Cuando me asalta de repente un sentimiento repugnante y siento que se debilita mi íntima comunicación con Dios, puedo determinar en seguida el motivo de lo que me pasa, porque hay algo que ocurre en mi corazón. Se trata de algo que hice o que dije a alguien y que afectó mi íntima relación con Dios. El solo hecho de encontrarme en tal situación, hace que me arrodille y pase unos momentos con el Señor. Necesito librarme de todo el barullo de las cosas que me rodean y dejar que el Señor me hable y señale con Su dedo el lugar donde empecé a desviarme de Su camino. Necesito encontrar dónde está lo que hizo que empezara a causarle aflicción a Su Espíritu Santo, y saber qué es lo que El quiere que yo haga para enmendar la situación, pues, cumpliendo Su voluntad me siento nuevamente muy feliz.

“No penséis que he venido para desatar la Ley o los profetas; no he venido para desatarla, sino para cumplirla. Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde perecerá (será desapercibida) de la Ley, hasta que todas las cosas sean cumplidas.

De manera que cualquiera que desatare uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el Reino de los cielos; mas cualquiera que los hiciere y los enseñare, éste será llamado grande en el Reino de los Cielos. Porque os digo, que si vuestra justicia (rectitud) no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mateo 5:17-20 SEV).

Los fariseos se sabían de memoria muchos versículos y deliberaban para decidir si tal o cual acción estaba de acuerdo con las Escrituras. Tenían mucho cuidado en seguir la ley al pie de la letra. Por eso dijo Jesús, al referirse a los fariseos: “Haced lo que ellos digan, pero no seáis

como ellos.” Es decir, que cuando hablaban de los Diez Mandamientos y todo lo demás, cuanto decían era bello y sublime, pero no se les debía imitar en su conducta. ¿Por qué? Porque querían valerse de la razón humana, de su entendimiento para darle cumplimiento a los mandamientos de Dios en sus vidas. De este modo, la letra mataba el espíritu de la ley hasta el punto de que, cuando Dios mismo vino a vivir entre ellos, no fueron capaces de recibirle.

Jesús anduvo entre ellos y ni siquiera le reconocieron. Los hechos portentosos que El realizó, los atribuían al poder del diablo pues, según ellos, El arrojaba los demonios por el poder de Beelzebú. Jesús dijo: *“Y cualquiera que hablare contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; mas cualquiera que hablare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero”* (Mateo 12:32 SEV). ¿Por qué? Porque cualquiera puede equivocarse y no darse cuenta de lo que Jesús es realmente, pero, cuando se empieza a decir que las obras de Dios no son de El, que las maravillas hechas por el Espíritu de Dios son obra del diablo, y viceversa, no hay nada más que se pueda hacer con una persona así porque está rechazando a Dios con los ojos bien abiertos.

Cuando conducimos por una carretera, encontramos en la vía avisos de este tipo: Despacio, curva peligrosa más adelante, obreros en la vía, puente fuera de servicio, velocidad límite, etc., de tal modo que mientras usted avanza, pueda decidir por sí mismo y decirse: “Soy más inteligente que esos avisos. El puente no está dañado realmente. Allí dice que vaya a 60 kilómetros por hora, pero yo puedo ir a 150.” Cuando razonamos de esta manera, nos domina el orgullo, nos jugamos la vida y ponemos en peligro la de quienes nos acompañan. Muchos accidentes terribles se producen porque la gente no presta atención a los avisos.

Mientras avanzamos por la carretera de la vida, Jesucristo mismo, por medio de Su Espíritu Santo, pone avisos a lo largo de la ruta. El nos habla, nos advierte, nos dice: “¡Cuidado!, empieza a frenar. Estás llegando a zona peligrosa.” Si con esto no hacemos caso, enviará a alguien para que nos advierta que estamos patinando sobre hielo delgado. El nos llama la atención una y otra vez, pero, llega el momento en que si seguimos desoyendo Sus advertencias, sobrevendrá el accidente.

Esto es lo que ocurrió con el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Dios les propuso la bendición y la maldición, (ver Deuteronomio 30:19). Cuando siguieron el camino del Señor, fueron bendecidos, pero, cuando se desviaron, sufrieron toda clase de desgracias que terminaron con la destrucción de la bella ciudad de Jerusalén, en dos oportunidades distintas.

Dios es el mismo de ayer, de hoy y de siempre. Pero ahora, debido a la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, podemos sentir Su presencia dentro de nosotros mismos. En esta era de la Iglesia tenemos una mejor oportunidad de vivir de acuerdo con la voluntad de Dios que las que hubo en las épocas ya transcurridas. Se nos brinda la ocasión de mirar retrospectivamente todo lo sucedido antes de nosotros y aprender de los errores cometidos. En Colombia se han colocado carros completamente destrozados en sitios estratégicos, para que la gente pueda verlos y se diga: “¡Mira lo que les ocurrió a ellos! Nosotros no queremos que nos pase lo mismo!”

Algunos de los más grandes hombres de Dios cometieron faltas horribles y perdieron por ello muchas bendiciones. El rey David fue un hombre afecto al corazón de Dios pero, a causa de su pecado de adulterio y asesinato, el Señor le dijo que en su casa nunca cesaría el derramamiento de sangre y que tendría que afrontar toda clase de problemas por la violencia que se desataría en su familia de ahí en adelante, aunque él sería restituido. Entonces, le sobrevino ese ter-

rible conflicto con su hijo Absalón. Dios ha permitido que ocurran todos estos casos para que no caigamos en faltas similares; para que aprendamos de lo que les ha sucedido a otros. Si estamos dispuestos a ser pobres de espíritu y a permitir que Dios se haga cargo de nuestra soberbia; si estamos dispuestos a ser mansos y a someternos completamente a Jesucristo, Dios dice que el Reino de los Cielos será nuestro y que heredaremos la Tierra.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o rectitud), porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6 SEV). Nacer de nuevo, nacer para el reino del espíritu, producirá hambre y sed de justicia (para sentirnos hartos con las cosas de Dios), así como los bebés sienten hambre y sed por la leche materna. Sentiremos que los impulsos de nuestro corazón han cambiado y que nuestra naturaleza tiene hambre y sed de justicia (para ser como Dios quiere y para hacer lo que El ordene). Debemos alimentar diariamente esta nueva naturaleza, permitiendo que el Espíritu Santo obre en nuestras vidas. Esto es lo que necesitamos para que la presencia desbordante del Espíritu de Dios nos llene continuamente. De otro lado, los que pretendan vivir exclusivamente según sus pasadas experiencias con Dios, se quedarán estancados.

Ahora, nos encontramos con la novedad de que en muchas iglesias se prepara a los fieles para el “bautismo” en el Espíritu Santo, repitiendo frases graciosas después del instructor. Se les dice que hablen como bebés, y ellos apenas abren la boca para emitir cualquier sonido raro que se les ocurre. No obstante, las cosas no pueden ser tan simples. Hay un hambre y una sed de justicia que deben ser satisfechos. Tiene que haber una verdadera búsqueda de Dios. Tenemos que permitirle a Dios que quebrante nuestro endurecido corazón. Cuando El cambia nuestro corazón nos da el Suyo, que viene rebosante de hambre y de sed de justicia y que despierta en nosotros el deseo de hacer las

cosas a Su manera. Esta es la clase de personas que El quiere para llenarlas con Su Espíritu Santo. Quien está verdaderamente harto (lleno) interiormente con la presencia de Dios, no tiene que andar tras manifestaciones superficiales de espiritualidad, pues lo que le ocurre es que la presencia de Dios y Su amor lo están rebosando, lo están desbordando. Jesús nos promete una fuente de “agua viva” que fluirá desde lo más profundo de nuestro ser. (Ver Juan 7:38).

El mundo está lleno de falsas, de ilusorias promesas. Hay muchos que tratan de evitar la única y verdadera entrada al Reino de los Cielos, pues no quieren entrar por la puerta estrecha, y se niegan a permitirle a Dios que se haga cargo de su soberbia. Se rehusan a abandonar su propio camino. Quieren tener prosperidad y recibir bendiciones, pero, se niegan a abrazar la cruz de Cristo. Son de los que creen falsamente que han sido salvados, cuando en verdad no lo han sido; son los que creen falsamente que están llenos del Espíritu Santo, cuando en verdad el Espíritu de Dios no está en ellos. Algún espíritu diferente es el que los ha llenado, algún espíritu de pacotilla que apareció de cualquier modo, un espíritu que ni producirá, ni saciará el hambre verdadera y la verdadera sed de justicia. Existen comunidades enteras de “cristianos” que se dedican a hacerse jugarretas unos a los otros, con el trágico resultado de que en ellas no se encuentra fruto alguno. No han ganado la batalla. Han edificado su casa en la arena, y cuando llegue la tormenta, todo aquello en lo que han puesto su confianza se derrumbará con gran estrépito. (Ver Mateo 7:27).

Existen grandes sectores de la cristiandad donde, en lugar de estarse dando un verdadero testimonio del Señor, ocurre lo contrario, pues el testimonio que se da es en contra de El. Conspicuos ministerios se han venido estrepitosamente a tierra ante los ojos asombrados del mundo, pues todo lo que han conseguido es ponerle un ojo morado al Señor. La sal ha perdido su sabor y ha sido pisoteada. (Mateo 5:13). Dios quiere

que cambie este estado de cosas. Quiere darnos la victoria. Quiere que podamos atacar en la batalla como lo hace el caballo descrito en el capítulo 39 del libro de Job. El no quiere que nuestros temores nos dominen, ni que vivamos en la jaula que nosotros mismos nos hemos construido; El no quiere que Satanás pueda seguir acorralándonos. El quiere que podamos salir victoriosos y que no quede rastro de temor en nuestros corazones, Dios dice: El (el caballo manso) “se burla del espanto, y no teme...el sonido del shofar le infunde ánimo; y desde lejos huele la batalla, el estruendo de los príncipes, y el estruendo de la consigna de la batalla.” El caballo manso no puede esperar para enfrentar al enemigo.

Porque los ídolos dicen mentiras, y es falso lo que ven los adivinos; sus predicciones son sueños y vanos sus consuelos. Por eso el pueblo vaga como un rebaño, y sufre por falta de pastor. Por eso se enciende mi cólera contra los pastores y castigaré a los machos cabríos (guías). Porque el Señor de los ejércitos visitará su rebaño, la casa de Judá, y hará de él Su magnífico corcel de guerra. De él saldrá la piedra angular, la estaca para la tienda, el arco para la batalla.

Y los caudillos serán como héroes que pisan a sus enemigos en el lodo de los campos de batalla. Combatirán porque el Señor está con ellos, y pondrán en vergüenza a los que cabalgan sobre los caballos (Zacarías 10:2-5, Paráfrasis).

En la tipología del Antiguo Testamento, el caballo representa el esfuerzo y la fortaleza del hombre. Por tanto, los jinetes que van a la batalla confiando en sus caballos en lugar de confiar en Dios, se verán expuestos a la vergüenza; en cambio, a quienes le hacen entrega al Señor de sus dones, habilidades y fortaleza, El les promete convertirlos en su magnífico corcel de guerra, que El mismo cabalgará para conseguir la victoria.

“Y vi el cielo abierto; y he aquí, un caballo blanco; y el que estaba sentado sobre él, era llamado Fiel y Verdadero, el cual en justicia juzga y pelea” (Apocalipsis 19:11 SEV).

Oremos:

Padre celestial, queremos ser tu corcel de guerra. Queremos ser mansos ante Ti. Queremos ser como Moisés que estaba dispuesto a escucharte y que, además, tenía paciencia para tratar a los que le rodeaban. El no hacía valer su autoridad, sino que dejaba que fueras Tú quien lo respaldaras, al confirmarlo como el guía que, en verdad, Tú mismo habías escogido. Señor, estamos dispuestos a lograr la victoria pero, primero que todo, Señor, queremos estar seguros de que nuestros corazones son los que realmente Tú quieres que sean.

Señor, si todavía queda algo de dureza en nuestros corazones, queremos que Tú la quebrantes. Queremos que vendas y ares la tierra dura y estéril; queremos que ablandes nuestros corazones. Queremos que nos des Tu corazón. Señor, queremos sentir de qué manera nos libras de las cosas que nos hacen daño. Queremos sentir de qué manera nos das los dones, las habilidades y todas las cosas maravillosas con que nos has bendecido. Queremos poder administrar estas cosas para Ti y, por tal razón, necesitamos sentir Tu presencia dentro de nosotros.

Señor, queremos entregarte nuestros corazones. Escudriña nuestras vidas, oh Dios, y si encuentras algo malo dentro de nosotros, límpianos, Señor, límpianos por completo. Si nos domina el miedo, ayúdanos para que podamos hacerte entrega de nuestras zonas de conflicto. Te pedimos que vendas nuestros temores con Tu amor, para que podamos acompañarte en la batalla; para que podamos aguzar los

oídos al toque de trompeta y recibir tus órdenes; para que nuestros pensamientos y nuestros sentimientos no estén sujetos a condiciones como éstas: ¿Qué pasaría si Dios me pidiera que hiciera algo que yo no quiero hacer? ¿Y si Dios me pidiera que atravesara el mundo para ser un enviado suyo en un país al que no quiero ir? ¿Qué ocurriría si Dios me pidiera que dejara mi trabajo, o prescindiera de mi carro, o que abandonara mi hogar? Señor, que el miedo no nos ate, ni nos paralice.

Señor, cambia nuestros corazones para que nuestros pensamientos y nuestros sentimientos sean totalmente diferentes a lo que ahora son, para que estemos atentos y alcancemos a oír los gritos de los comandantes y el fragor de la batalla; que estemos atentos para oír desde lejos el sonido de la trompeta. ¿Será para mí ese toque de trompeta? ¿Habrá en algún lugar una batalla en la que Dios quiere que yo tome parte? ¿Cómo puedo llegar allí? ¿Qué tan rápido puedo hacerlo? Señor, que podamos desplazarnos a donde quiera que haya acción, a donde quiera que tenga lugar la batalla, y que estemos con el oído atento para recibir nuestras órdenes, para cabalgar en cualquier momento, contando contigo. Señor Jesús, que estemos listos aun para las cosas más insignificantes del mismo modo que lo está el caballo que tiene que someterse a todos los rigores del entrenamiento para poder enfrentar la verdadera batalla cuando llegue el momento.

Señor, ayúdanos a tener en cuenta cualquier detalle por insignificante que parezca, como si se tratara de algo importante que necesitamos para ser fieles; para que no seamos cristianos mediocres, sino que sobresalgamos en el cumplimiento de cualquier orden que Tú nos des; de cualquier responsabilidad, por pequeña que sea, en la que Tú quieras que demostremos nuestra fidelidad, y así puedas encargarnos cosas más importantes, mientras vamos madu-

rando. Para que llegue el día en que podamos hacer frente a todos los ataques de que pueda valerse el enemigo, aun los más poderosos; para que podamos mirar a los ojos al peor de los demonios, sin sentir ningún temor. Que sólo estemos listos para oír atentamente Tus órdenes sobre qué hacer y cómo hacerlo, para poner al enemigo bajo nuestros pies. Cambia nuestra manera de pensar, renueva nuestra mente. Que pensemos con Tus pensamientos, que sintamos con Tus sentimientos. Que avancemos jubilosos y triunfantes en Tu servicio. Amén.

EL PLAN DE DIOS PARA LA BATALLA

La nueva alianza

La Ley de Dios escrita en nuestros corazones

En el capítulo anterior hablábamos del corcel de guerra, entrenado para la batalla, que resopla, pateo y aguza el oído al toque de corneta y al grito de los comandantes. Ese caballo al que los griegos describen con la palabra *praüs*, o manso, porque es el caballo perfectamente entrenado, perfectamente sometido a su amo, y en el que se puede confiar porque obedece a su jinete, aun en lo más reñido del combate y en la confusión de la batalla.

Me gustaría dar otro ejemplo de mansedumbre: “Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Números 12:3 SEV).

Moisés inició su carrera haciéndose justicia por su propia mano, dando muerte a un egipcio. Es decir, que tomaba la ley en sus propios manos antes de que Dios entrara en tratos con él en el desierto y lo preparara y entrenara para dar la batalla según la estrategia divina. Moisés se sometió al Señor y se volvió manso. Entonces, Dios se sirvió de él mucho más allá del potencial máximo que el mismo Moisés hubiera creído poseer.

Tal vez, Moisés tartamudeaba porque no creía que pudiera hablar en nombre de Dios. Sin embargo, el Señor tomó a Moisés y lo enfrentó al Faraón que era el personaje más temible de su época. El Faraón había esclavizado al pueblo de Dios, llegando al extremo de ordenar la matanza de niños inocentes. Para enfrentarlo, el Señor envió a Moisés,

apoyándolo con una de las demostraciones más aterradoras del poder divino de que se tenga memoria en la historia de la humanidad: Las diez plagas, cuyo epílogo terminó con la humillación del Faraón y de su ejército, cuando Dios los destruyó totalmente en el Mar Rojo para libertar a Su pueblo.

Si nos sometemos verdaderamente a Dios y dejamos que se haga Su voluntad en nosotros y en los demás por intermedio nuestro, veremos la realización de hechos maravillosos. Dios empezará por servirse de nosotros sobrepasando el potencial que nosotros mismos creemos poseer. Todos hemos sido creados por Dios y dotados por El de dones y aptitudes especiales. Somos únicos, pues no tenemos par. Nunca seremos verdaderamente felices, ni estaremos completamente satisfechos hasta cuando hagamos uso de los dones y aptitudes que recibimos de Dios, empleándolos hasta su máximo potencial, cosa que no podremos lograr si no nos sometemos totalmente a Jesucristo, con la condición de que seamos mansos, de que El sea nuestro Amo, de que estemos dispuestos a hacer las cosas a Su modo. Cuando Dios decidió poner fin al relajamiento de la decadente moral humana, mediante la inequívoca revelación de Su voluntad (Ley), vemos que escogió al hombre más manso de la tierra (Moisés) como medio para manifestar Su poder.

Hablándole a un grupo de jóvenes, compartí con ellos la experiencia que tuve cuando tenía quince años de edad al herirme en un pie con un rifle calibre .22. En ese tiempo, le había estado pidiendo al Señor que interviniera en mi vida y me ayudara a terminar a tiempo mis estudios secundarios. (Estaba haciendo el bachillerato por correspondencia y tenía dificultades en la distribución del tiempo disponible). Sin embargo, seguía holgazaneando y sólo hacía lo que me parecía mejor, por lo cual me atrasaba cada vez más en el programa de estudios. No me hacía ninguna gracia tener que convencerme a

mí mismo de coger los libros, y continuaba pidiéndole desesperadamente al Señor que me ayudara. Finalmente, una tarde, durante una cacería, ocurrió el accidente al dispararme yo mismo con el rifle (por hacer tonterías). Esto me mantuvo en el hospital un buen rato, pues la herida se infectó hasta el punto de que los médicos pensaron en practicarle una amputación. El final feliz fue que adquirí buenos hábitos de estudio con el percance, pues descubrí que cuando le daba duro a los libros, el pie se mejoraba, y cuando holgazaneaba, se me ponía peor. Además de finalizar mi curso a tiempo, obtuve una calificación muy alta en los exámenes de ingreso a la universidad.

Al finalizar la charla, se me acercó una muchacha y me dijo: “Nunca voy a entregarle totalmente mi voluntad al Señor, como usted lo hizo pues, ¿qué pasaría si algo semejante me ocurriera a mí? Y pensé: “¿Qué hubiera pasado si Dios no hubiera intervenido en mi vida? ¿Y si no me hubiera corregido cada vez que lo necesité? ¿Qué sería de mí ahora? Sería un cristiano mediocre que haría cosas igualmente mediocres y me sentiría incapaz de enfrentar al enemigo, incapaz de lograr la victoria; andaría extraviado en el desierto de mis buenas intenciones; posiblemente nadaría en la abundancia, y estaría incapacitado por completo para formar parte del ejército de Dios.”

Realmente, fueron la misericordia de Dios y Su amor por mí los que le permitieron hacerme sentir intranquilo en los momentos claves de mi vida, para que se desinflara el globo de mi soberbia, de mi voluntad y de mi modo de obrar, hasta cuando llegó el momento en que estuve dispuesto a inclinarme ante El y decirle: “Bien, Señor, puedes hacerlo a Tu manera. Reconozco que mis ideas no son tan buenas como yo creía; por eso, prefiero las Tuyas y Tu modo de obrar, que son mejores.”

Es imposible evangelizar eficazmente sin verdaderos cristianos y sin la presencia de Jesucristo viviendo en nosotros. La Biblia dice que,

a menos que el Padre atraiga a los hombres, ellos ni siquiera podrán acercarse a Jesucristo. (Juan 6:44). ¿Cómo puede el Padre atraerlos hacia Cristo, si la gente no ve a Cristo en nosotros, que somos Sus representantes? ¿Qué se supone que pueda ocurrir? (Mateo 5:14).

Dios dice que El quiere escribir Sus Mandamientos en las tablas de nuestros corazones, para que no tengamos que estar sometidos al procedimiento legalista de lo permitido y de lo prohibido. Mediante Su gracia (poder). El puede cambiar nuestros corazones y motivarnos desde adentro. Entonces, cuando quiera que nos encontremos en una situación difícil, automáticamente estaremos listos para responder de la manera como Dios quiere que lo hagamos.

Veamos los Diez Mandamientos en el capítulo cinco del Deuteronomio:

Y llamó Moisés a todo Israel, y les dijo: Oye, Israel, los estatutos y derechos que Yo pronuncio hoy en vuestros oídos; aprendedlos, y los guardaréis, para ponerlos por obra. EL SEÑOR nuestro Dios, hizo pacto con nosotros en Horeb. No con nuestros padres hizo el SEÑOR este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos.

Cara a cara habló el SEÑOR con nosotros en el monte de en medio del fuego. (Yo estaba entonces entre el SEÑOR y vosotros, para denunciaros la palabra del SEÑOR; porque vosotros tuvisteis temor del fuego, y no subisteis al monte)...

(Deuteronomio 5:1-5 SEV).

Solamente un hombre subió a la cumbre del monte para recibir los Mandamientos de Dios, y ese hombre fue Moisés, el hombre que nos ha sido dado como ejemplo de mansedumbre. Fue el único que no sintió miedo del fuego de la presencia de Dios. Subió al monte mientras sonaba la trompeta, y el relámpago y el trueno que anun-

ciaban la presencia del Señor hacían que el resto de los hijos de Israel agacharan temerosos sus cabezas.

¿Cuál es nuestra reacción cuando llega el momento de tener noticias de Dios? ¿Es de temor? Veamos cómo reaccionaban los hijos de Israel: “¡No, no, no, eso no se hizo para mí. No tengo nada que ver con la trompeta, ni con el fuego, ni con el trueno, ni con el relámpago! No quiero hablar cara a cara con Dios. No puedo seguir escuchando a Dios. ¿Qué pasaría si El me dijera que hiciera algo que no quiero hacer? ¿Y si El quiere que yo renuncie a algo a lo cual no quiero renunciar?” Las cosas tampoco han mejorado mucho que digamos con relación a la Era cristiana. La mayoría de los creyentes prefieren permanecer tranquilos y contar con alguien que les dé noticias de Dios, bien sea su pastor o su párroco los que se encarguen de esto. Eso era lo que decían los israelitas: “Lo escucharemos cuando regrese, pues no queremos saber verdaderamente de Dios por nosotros mismos; en realidad, no queremos acercarnos a ese fuego que puede quemar algo que sea muy apreciado por nosotros.” ¿Alguna vez ha sentido usted algo parecido a esto?

En esta forma dio Dios los Diez Mandamientos a Moisés: ¡Los escribió con Su propio dedo en dos tablas de piedra y se las entregó! La Biblia es la Palabra de Dios, y todos los cristianos estamos más o menos de acuerdo en que ella fue escrita por inspiración divina. Pero, hay una partecita de ella que fue escrita realmente por el dedo ardiente de Dios en dos tablas de piedra: Los Diez Mandamientos, que son el fundamento moral de la Antigua Alianza. Ahora, Dios Padre nos ha ofrecido una Nueva Alianza, mediante el advenimiento de Jesucristo. Nos está ofreciendo escribir Sus Mandamientos con Su llameante dedo en las tablas de nuestros corazones y de nuestras mentes, (Jeremías 31:33). El quiere purificar y regenerar nuestros corazones y nuestras mentes por medio de Su gracia; El quiere sembrar

Su Espíritu dentro de nosotros. Las Bienaventuranzas constituyen la Nueva Alianza, así como los Diez Mandamientos fueron el fundamento de la Antigua Alianza.

Continuando con las Bienaventuranzas, espero que ustedes se hayan dado cuenta de que ellas tienen en sí mismas su propio fundamento. Conseguir una bendición no es algo que requiera poco tiempo. La bendición debe ser sembrada y cultivada antes de que empiece a dar sus frutos (Gálatas 6:7). La bendición de Dios no es algo que pueda institucionalizarse; no es algo que permanece automáticamente en una nación, en una iglesia o en un ministerio, generación tras generación, haciendo caso omiso de lo que haya sido sembrado. Hay toda una serie de bendiciones divinas, pero condicionadas a la perseverancia con que sigamos los caminos de Dios. No es posible recibir la bendición del Señor y que ella permanezca para siempre, a menos que se cumplan ciertas condiciones. En verdad dice el dicho: Dios tiene hijos, pero no tiene nietos.

Eliseo recibió una doble porción del espíritu (bendición) de Elías, pero con una condición muy importante: tenía que estar mirando a Elías en el momento en que éste (su maestro) fuera arrebatado de su lado. Esto quiere decir que Eliseo tenía que observar con suma atención la manera como Elías obraba según el Espíritu de Dios. Eliseo siguió al Señor con la misma obediencia de Elías, y fue bendecido con una “doble porción.” La verdadera Bendición de Dios y Su Reino se multiplicarán siempre (recuerde la parábola de Jesús sobre la semilla de mostaza). Sin embargo, Dios pone condiciones para cumplir con Sus promesas, pues, nunca da Su poder, ni Su unción, ni Su bendición a quienes no viven según Sus mandatos.

Algunas de estas condiciones se encuentran en los tres primeros Mandamientos, que se refieren a las relaciones del hombre con Dios.

El dijo: “YO SOY el SEÑOR, tu Dios, que te saqué de tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses extraños delante de mí. No harás para ti escultura, ni imagen alguna de cosa que está arriba en los cielos, o abajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni les servirás; porque yo soy, el SEÑOR tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y que hago misericordia a millares, a los que me aman, y guardan mis mandamientos.

No tomarás en vano el nombre del SEÑOR tu Dios; porque el SEÑOR no dará por inocente al que tomare en vano su nombre.

Guardarás el día del sábado para santificarlo, como el SEÑOR tu Dios te ha mandado. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; y el séptimo, es sábado, al SEÑOR tu Dios; ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni tu peregrino que está dentro de tus puertas; para que descanse tu siervo y tu sierva como tú. Y acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que el SEÑOR tu Dios, te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual, el SEÑOR tu Dios, te ha mandado que guardes el día del sábado”

(Deuteronomio 5:6-15 SEV, Ver Notas de Autor p. 13).

Egipto es otro símbolo de nosotros mismos, de la carne, de nuestra naturaleza humana y de los sistemas esclavistas del mundo, que imperan dondequiera que reine el egoísmo humano. El plan de Dios es librarnos de la tentación de hacer las cosas a nuestra manera; es librarnos de la tentación farisaica de sentirnos inmaculados; es la de

librarnos de la esclavitud de la carne (de Egipto), que siempre termina por ser esclavitud al faraón (al diablo). El nos ha liberado de Egipto, nos ha sacado de la tierra de la esclavitud del pecado, de la carne y del demonio. Ahora, El quiere mostrarnos el camino por donde debemos transitar en medio del desierto de las pruebas y de las tentaciones de nuestras inclinaciones humanas, para purificar nuestros corazones, para que podamos entrar a la tierra prometida de Sus bendiciones (su descanso sabático).

Después de haber atravesado el Mar Rojo (símbolo del bautismo cristiano en nuestro Señor Jesucristo), los hijos de Israel llegaron al Monte Sinaí, donde Dios les dio los Mandamientos, e hizo un convenio con ellos (la Antigua Alianza), dando así inicio a la era de la Ley. El apóstol Pablo dice que la ley es el maestro que nos lleva hasta Cristo (Gálatas 3:24). Ahora, bajo la Nueva Alianza, en la era de la Iglesia, El promete escribir esos mismos Mandamientos “...*amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y de toda tu mente... amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mateo 22:37,39 SEV), en las tablas de nuestros corazones y de nuestras mentes. Promete poner Su Espíritu dentro de nosotros y darnos la gracia (el poder) de hacer Su voluntad.

El primer mandamiento dice: *No tendrás dioses ajenos delante de Mí*. Pero vemos que en la Iglesia hay cantidad de dioses que hemos puesto delante del solo y único Dios. Textualmente se nos prohíbe inclinarnos ante ellos y rendirles culto; sin embargo, lo hacemos porque cualquier posesión material que sea para nosotros más importante que Dios, también es un ídolo. Cuando gastamos más tiempo leyendo el periódico, la revista o la novela del que dedicamos a la lectura de la Palabra de Dios, algo está pasando con nuestras prioridades. Nos apresuramos a ver lo que los medios de comunicación profanos quieren infundir en nuestras mentes; los programas que pueden estimular en nosotros el miedo y la desesperación, pero, no leemos las promesas

de Dios sobre lo que El quiere hacer (hay más de treinta mil de estas promesas en la Biblia) por nosotros. No olvidemos que El quiere bendecir a los que guardan Sus Mandamientos.

¿Alguna vez se ha dado cuenta de que el pecado se alimenta de sí mismo y de que el mal empeora progresivamente? Quizá, haya visto las gráficas en que se representa la ganancia que produce un centavo colocado a interés compuesto durante 200 años, rendimiento que asciende a varios millones de millones de pesos. Pues bien, esa es la forma en que obran el bien y el mal, pero, con la diferencia de que mientras el bien está mejorando siempre, el mal empeora progresivamente.

¿Por qué se castigan los pecados de los padres hasta la tercera y la cuarta generación? ¿Alguna vez ha visto de qué manera afectan a sus hijos, a los nietos y aun a los biznietos, los drogadictos, los alcohólicos y los divorciados? En el desempeño de nuestro ministerio como misioneros, frecuentemente nos encontramos con casos en los que la persona ha sufrido traumas severos y ha quedado emocionalmente afectada porque sus padres o sus abuelos dieron la espalda al Señor. Dios quiere acabar con esto.

“Y que hago misericordia a millares, a los que me aman, y guardan Mis mandamientos” (Deuteronomio 5:10 SEV). Cuando rechazamos lo que Satanás está haciendo en nosotros y empezamos a obrar en la forma en que el Señor quiere, podemos iniciar una reacción en cadena del amor de Dios que plantará semillas de santidad en nuestros hijos. Podemos sembrar una semilla de bendición que se multiplicará y crecerá por sí misma en nuestros hijos, en los hijos de nuestros hijos, y así hasta el infinito. Esta es la promesa del Señor para las generaciones futuras.

El versículo 11 dice: *“No tomarás en vano el nombre del SEÑOR tu Dios; porque el SEÑOR no dará por inocente al que tomare en vano su*

nombre.” Tradicionalmente, en la Iglesia cristiana hemos entendido que esas palabras se refieren sólo al hecho de jurar en nombre de Dios, pero, no se trata únicamente de eso. Hacemos mal uso de Su nombre si afirmamos: “El Señor dijo esto...”, cuando El no lo dijo; si decimos: “Aleluya, alabad al Señor,” cuando no acatamos Sus palabras; si vamos a la iglesia y cantamos todos los himnos y proclamamos nuestra fe cristiana y nos identificamos con el pueblo de Dios pero, en realidad, no estamos viviendo una vida de sometimiento al Señor.

Imagínese al gerente de una gran empresa que maneje la libreta de cheques de la compañía. Se supone que los cheques que gire son para financiar las necesidades de la empresa y para cumplir los objetivos de la misma. Sin embargo, de un momento a otro, empieza a girar cheques no autorizados para comprarse una casa y un carro nuevos, para construirse una flamante piscina y para adquirir cualquier otra cosa que le venga en gana. ¿Qué cree usted que le pasaría? Quien procediera de esa manera, sería encarcelado muy pronto. El Señor promete que todo lo que pidamos en Su nombre nos será concedido, pero no se trata de una fórmula mágica. Algunos creen que podemos pedir cualquier cosa que se nos antoje y que basta con agregar al final de la oración, “en el nombre de Jesús,” para que todo se cumpla.

Cuando invocamos al Señor, quiere decir que nuestra petición la hacemos en Su nombre. En otras palabras, lo que esto significa es que cuando El nos llama, cuando El nos da Sus órdenes y cuando nosotros le obedecemos, entonces, nos concederá lo que le pidamos porque eso estará de acuerdo con Su voluntad. Nos dará todo cuanto necesitemos por permanecer fieles a El y para que hagamos Su obra. Esto es lo que El nos dice. No podemos valernos de Sus promesas para forzar Su voluntad, ni para utilizarlas en beneficio personal, tal como lo haría el gerente de una empresa que se apropiara de los dineros de la Corporación para todo lo que él quisiera.

La Iglesia cristiana está llena de gente que pide de todo cuanto hay bajo el sol en nombre de Jesús cuando, en realidad, lo están haciendo en su propio nombre. Algunos de nosotros poseemos el don y la unción necesarios para convencer a los demás de la verdad; el talento suficiente para ser predicadores, maestros, evangelizadores, o para oficiar por medio de la música. Si nos valemos de los dones que hemos recibido de Dios para nuestro propio beneficio; si nos valemos de la unción de Dios para derramarla sobre nuestras propias cabezas, estaremos interceptando la bendición del Señor y seremos culpables por tomar Su nombre en vano.

También estamos tomando el nombre del Señor en vano, si sólo lo utilizamos para ponerlo en todo lo alto de nuestros planes egoístas y de nuestras ambiciones (individuales o de grupo) con el fin de encubrirlos y de hacer que luzcan atractivos y aceptables. Puede que no tengamos ídolos, hablando literalmente, pero, si estamos gastando tiempo y dinero en cosas “buenas” que nos impiden dedicarnos a la obra de Dios en forma eficiente, esas cosas “buenas” se convierten en verdaderos ídolos.

Dios quiere escribir Sus Mandamientos en las tablas de nuestros corazones; esos Diez Mandamientos que los judíos no pudieron guardar fielmente y cuya esencia quiere grabar el Señor en nuestros corazones para cambiarlos, para transmitirnos Sus sentimientos. El quiere motivarnos desde nuestro interior para que sintamos hambre y sed de justicia, para que quedemos hartos y satisfechos. El no habla de saciarnos con cualquier antigualla, sino de hartarnos de El mismo. Cuando estemos llenos del Señor, cuando empecemos a tener un leve vislumbre de cuáles son los sentimientos de Dios sobre ciertas cosas, entonces, se producirá un tremendo impacto en nuestro modo de obrar.

Los primeros tres Mandamientos fueron escritos en la primera tabla, y se refieren a nuestra relación con Dios. Los siete siguientes iban en la segunda tabla, y tratan de la relación entre los hombres. Si nuestra relación con Dios no es buena, tampoco podremos mantener una relación satisfactoria unos con otros.

Cuando nos entregamos al Señor y mantenemos una apropiada relación con El, nos dice: “...*mi yugo es fácil, y ligera mi carga*” (Mateo 11:30). Los hijos de Israel creían que si subían al monte donde estaba Dios, todo lo que amaban podía ser incinerado por el fuego divino; podían perder hasta sus mismas vidas, pues no era posible llegar hasta la presencia de Dios y seguir viviendo. Esto es lo que Satanás tratará de hacernos creer; tratará de decirnos que, a menos de que dependamos de las cosas que queremos, no seremos felices. Esto no es cierto. La única manera de ser felices es que muramos para nuestro proceder egoísta y le entreguemos todo a Jesucristo. Las personas más felices que conozco son aquellas que sin tener mayores posesiones materiales, viven para los demás y para el Señor.

“Honra a tu padre y a tu madre, como el SEÑOR tu Dios, te ha mandado, para que sean prolongados tus días, y para que te vaya bien sobre la tierra que el SEÑOR tu Dios te da.

No cometerás homicidio.

No cometerás adulterio.

No hurtarás.

No dirás falso testimonio contra tu prójimo.

No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni codiciarás la casa de tu prójimo, ni su tierra, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni ninguna cosa que sea de tu prójimo”

(Deuteronomio 5:16-21 SEV).

En el Sermón de la Montaña, Jesús le da una nueva dimensión a los Diez Mandamientos. *“Oísteis que fue dicho a los antiguos: ‘No cometerás homicidio, y cualquiera que cometiere homicidio será culpado del juicio.’ Mas yo os digo que cualquiera que se enojare descontroladamente con su hermano, será culpado del juicio...”* (Mateo 5:21,22). Aquí, Jesús amplía la aplicación de la ley para que penetre hasta la intimidad de nuestro ser. El odio hacia nuestro hermano es el equivalente moral del asesinato en la Nueva Alianza, y codicia es lo mismo que adulterio. Jesús nos dice que el estado interior de nuestros corazones determina nuestro comportamiento exterior. (Ver Mateo 15:18).

Veamos lo que dice Moisés al final del Decálogo:

“Estas palabras habló el SEÑOR a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube y de la oscuridad, a gran voz; y no añadió más. Y las escribió en dos tablas de piedra, las cuales me dio a mí.

Y aconteció, que cuando vosotros oísteis la voz de en medio de las tinieblas, y visteis el monte que ardía en fuego, llegasteis a mí todos los príncipes de vuestras tribus, y vuestros ancianos; y dijisteis: He aquí, el SEÑOR nuestro Dios nos ha mostrado Su gloria y Su grandeza, y hemos oído Su voz de en medio del fuego; hoy hemos visto que el SEÑOR habla al hombre, y éste vive. Ahora pues, ¿por qué moriremos? Que este gran fuego nos consumirá; si volvemos a oír la voz del SEÑOR nuestro Dios, moriremos.

Porque, ¿qué es toda carne, para que oiga la voz del Dios viviente que habla de en medio del fuego, como nosotros la oímos, y viva? Acércate tú, y oye todas las cosas que dijere

el SEÑOR nuestro Dios; y tú nos dirás todo lo que el SEÑOR nuestro Dios te dijere, y nosotros oiremos y haremos”

(Deuteronomio 5:22-27 SEV).

Bueno, todo está muy bien. Creo que Dios habló y que la Biblia es inspirada por Dios, pero yo voy a continuar con mis propios planes. Voy a continuar obrando según mis propias ideas. Cuando el pastor haya sentido algo que él considere como una revelación del Señor, lo compartirá con nosotros el domingo por la mañana, y yo le escucharé. Pero siento miedo de esa íntima comunicación, de ese contacto íntimo con Dios, porque las cosas que yo quiero (mi propio camino) pueden ser quemadas realmente por Su fuego.

Hubo toda una generación de hombres que mantuvieron esa misma actitud, después de tan tremenda revelación de Dios. ¿Adivina usted lo que les pasó? Todos murieron en el desierto y ninguno entró en la tierra prometida. Fue necesario que naciera una nueva generación comandada por Josué y por Caleb para que se cumpliera la promesa de Dios. Los israelitas nunca pudieron librarse totalmente de la mentalidad de esclavos que habían traído de Egipto; nunca pudieron librarse de la dependencia de los bienes terrenales, de la jaula en que habían vivido. Aunque Dios los liberó físicamente, sacándolos de la tierra de Egipto, con una pavorosa demostración de Su fuerza y de Su poder, El no pudo sacar a Egipto de la mente de la mayoría de ellos, y anduvieron errantes por el desierto hasta cuando murieron todos, con excepción de dos hombres.

Dios no quiere que nos ocurra algo semejante. En el Nuevo Testamento se hace clara mención de estas cosas para que podamos aprender de ellas (ver Judas 5), y no nos suceda a nosotros. Dios quiere hablarnos. Quiere que Su Palabra viviente permanezca en nuestros corazones; quiere tener plena autoridad sobre nuestras vidas; quiere

poder disciplinarnos cuando sea necesario; quiere poder bendecirnos y hacernos prosperar; quiere abrir y cerrar puertas para nosotros; quiere poder valerse de nosotros eficazmente. Pero, El no puede hacer nada de esto mientras nosotros sigamos dependiendo de otras cosas que no provengan de El.

Si realmente queremos vivir una vida triunfante; si en verdad queremos valernos de Dios eficazmente, no nos queda otro camino que ofrendarle todas nuestras cosas en el altar. No hay más remedio que decirle: “Señor, existen aspectos de mi vida que todavía no puedo comprender, pero, quiero que Tú dispongas lo que sea necesario para hacerles frente. Aun más, si queda en mi vida una zona de la que yo no esté dispuesto o no sea capaz de renunciar, haz que pueda hacerlo. Para eso eres Dios. Eres el Rey. Todo lo puedes.”

Sin embargo, Dios mismo se ha puesto límites en su relación con los hombres. El es un caballero, que tiene buenos modales. No es rudo, ni impertinente. No quiere imponérsele a quien no quiera tenerlo a su lado. Si usted quiere que su relación con Dios sea una relación a distancia, El respetará esa decisión. El no quiere imponerse por la fuerza, pero, también dice: *“Allegaos a Dios, y El se allegará a vosotros...”* (Santiago 4:8 SEV) y *“Bienaventurados los mansos; porque ellos recibirán la tierra por heredad”* (Mateo 5:5 SEV). Los mansos verán cumplirse con creces sus sueños más ambiciosos, pues, no hay nada más satisfactorio que obedecer a Dios.

Hasta cuando ocurrió mi secuestro, yo no tenía, ciertamente, mucho de que hacer gala como misionero, a no ser por un puñado de personas en las que había influido para que conocieran a Dios. Pero, a partir de ese momento (el de mi secuestro), el Señor me ha dado la alegría de ser capaz de trabajar con numerosísimas personas y de tener la satisfacción de ver la forma en que muchas de ellas crecen espiritualmente cada día más. Esta es una verdadera y per-

manente satisfacción. La satisfacción de que ese sello divino que nos distingue se vaya perfeccionando en nosotros y en los demás, y de tener la seguridad de que nos pertenecerá para siempre y de que lo disfrutaremos por toda la eternidad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o rectitud), porque ellos serán saciados. (Mateo 5:6 SEV). ¿Tiene usted hambre y sed de justicia? ¿O la justicia es para usted algo opcional? ¿O es algo así como el postre, que puede tomarse o dejarse? O, por el contrario, ¿la justicia es para usted algo esencial, algo sin lo cual no puede vivir? Recuerde que la justicia significa no sólo hacer lo que Dios quiere, sino también ser lo que El ha dispuesto que seamos. Dios quiere que sintamos hambre y sed por lo que esté bien, por lo que El aprueba y por lo que él promete para saciarnos.

No se conforme con ser mediocre. No se conforme con vivir sólo una experiencia superficial con el Señor. No se conforme con oír lo que alguien le diga de lo que él sepa sobre el Señor. No se conforme con vivir una revelación prestada. No permita que nadie se interponga entre Dios y usted. No se aparte del fuego. No sea como tantos otros hoy en día, que quieren estar llenos del Espíritu Santo; que quieren hablar en lenguas; que quieren vivir experiencias emocionantes, pero se alejan del fuego porque puede quemarles algo muy apreciado por ellos. Juan el Bautista dijo:

“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; mas el que viene tras de mí, más poderoso es que yo; los zapatos del cual yo no soy digno de llevar. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador en Su mano está, y aventará Su era; y recogerá Su trigo en el alfolí, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:11,12 SEV).

¡Practicamos a medias el mensaje de Juan el Bautista sobre el arrepentimiento! Hemos resuelto permitir que Dios sea Dios sólo para que nos advierta sobre lo que esté mal; por ejemplo, si quebrantamos cualquiera de Sus Mandamientos, entonces nos arrepentimos. Pero, por lo demás, continuamos resolviendo qué es lo que está bien, según nuestro criterio. Nos rehusamos a exponer nuestros “magníficos” planes y nuestros “buenos” deseos al fuego de Dios; nos rehusamos a ver si hay en ellos algo que no sea más que hojarasca. Continuamos aferrados a un pedazo del fruto del árbol del bien y del mal; y nos negamos a desprendernos de esa media manzana que representa el “bien,” que es la parte del conocimiento que hemos escogido, pero, que nos está impidiendo el acceso al árbol de la vida (el poder y la gloria del Cristo resucitado).

Queremos divertirnos cuando llega el momento del bautismo en el Espíritu Santo; queremos sentirnos emocionados e impresionar a los demás con nuestra espiritualidad. Queremos ser bautizados en el Espíritu Santo, pero no queremos el fuego. Por tanto, tomamos la mitad de lo que la Biblia enseña sobre el arrepentimiento y la mitad de lo que Jesús nos ofrece (queremos Su Espíritu, pero, no su fuego). ¿Y después nos preguntamos por qué será que Satanás nos está venciendo; por qué no podemos resistir la tentación; por qué hay tanto mal a nuestro alrededor; por qué no llega el tiempo de la cosecha; por qué nuestros hijos o nuestros padres no se encuentran donde nosotros creemos que deberían estar? Eso ocurre porque nosotros tampoco estamos donde deberíamos estar. Necesitamos regresar al camino que nos señaló nuestro Señor Jesucristo. Necesitamos arrepentirnos verdaderamente por haber seguido nuestro propio camino, por nuestras buenas ideas, por las cosas que sabemos que están mal hechas.

La Iglesia ha perdido el fuego de Dios, pues el fuego que ahora tiene no es el mismo de antes. Tenemos que recuperar ese fuego; tenemos

que regresar al monte sagrado y tener noticias de Dios; necesitamos arrojarnos en medio del fuego y meternos entre los relámpagos de los cuales querían huir los hijos de Israel, que decían: “¡Oh, no! ¡No queremos saber nada más de Dios! No queremos estar cerca del fuego, no sea que muramos.” Precisamente se trata de eso. Tenemos que morir para llegar a ser verdaderamente de Dios; tenemos que participar en la muerte y resurrección de Jesucristo; tenemos que morir completamente para nuestras propias inclinaciones, para nuestros corruptos deseos carnales. Deseos que debemos clavar en la cruz de Jesucristo, para que el poder de Su resurrección pueda brotar desde el fondo de nuestro ser y manifestar el poder de Su gracia a un mundo perdido y agonizante.

Este es el Evangelio del Reino, según Jesucristo. Este es el Evangelio que Jesucristo mismo proclamó en las Bienaventuranzas. Primero enseñó sobre los pobres de espíritu, sobre los que han preferido librarse de su soberbia; luego sobre los que lloran y reciban consuelo del Espíritu Santo y después sobre los mansos, aquellos que se han sometido totalmente a Su Amo y que son los únicos que en verdad heredarán la Tierra. No es posible ser verdaderamente mansos sin estar bajo el control del Espíritu de Dios. Ellos son los integrantes del equipo ganador, los que vencerán al enemigo.

Los que lloran con un corazón contrito serán consolados. Dios les enviará el Consolador para su alivio y recuperación. El Consolador now ayudará a terminar de arrepentimos (apartándonos de nuestro propio camino) y a tener la fe de Cristo (hasta obedecer a Dios) para confiar plenamente en el Señor para poder seguir Su camino; así empieza a operarse una transformación en nuestros corazones. Dios empieza a hacernos partícipes de los deseos de Su corazón; y nosotros comenzamos a sentir hambre y sed de justicia, porque eso es lo que Dios desea infundirnos ardientemente. El nos dará ese mismo deseo,

esa misma hambre, esa misma sed para que hagamos el bien y para que seamos buenos. Dios promete llenarnos de El mismo, con Su Espíritu Santo.

Cuando el Espíritu Santo entra en nosotros ¿qué es lo que hace? Quebranta el poder de la carne (circuncida nuestros corazones) y escribe los Mandamientos de Dios en las tablas de nuestros corazones. Entonces, nosotros empezamos a responder del modo que Dios quiere que respondamos, manifestando un renovado sentido de Su justicia, de Su misericordia y de Su fidelidad.

“Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5:7 SEV).

La misericordia no es sólo perdonar a los demás. Misericordia es tratarlos del mismo modo como quisiéramos que Dios nos tratara, si estuviéramos en las mismas condiciones que ellos. ¿Se ha preguntado usted alguna vez cómo tratar a los demás? Creo que cualquier cristiano verdadero puede saber instintivamente cómo quiere Dios que nos portemos con aquellos que se encuentran cerca de nosotros, sin importar cuán difícil sea la situación. Dios dice que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. ¿Qué pasaría si me metiera en la grande por tratar de arreglar ese problema? ¿Cómo querría que el Señor me tratara, si me encontrara en la misma situación en que se halla esa persona? ¿De qué modo querría ser corregido, si necesitara una corrección? Todos sabemos cómo desearíamos que se nos tratara, así que todo lo que tenemos que hacer es ponernos en el lugar de los demás, y Dios nos revelará de qué manera debemos actuar para que nuestra decisión sea tan justa como misericordiosa.

Obrar misericordiosamente, no significa en modo alguno que siempre dejemos que los demás escapen a las consecuencias de sus faltas. Algunas veces lo más misericordioso que podemos hacer por

nuestros hijos es corregirlos muy severamente. Pero, a menos de que esa corrección salga de un corazón amante y de que se haya establecido una verdadera relación amorosa entre nosotros y nuestros hijos, ese intento por disciplinarlos puede fallar, porque los hijos no sienten el respeto debido a nuestra autoridad. Entonces, en lugar de solucionar el conflicto, nuestra rigurosa aplicación de la justicia causará una verdadera explosión y el resentimiento de nuestros hijos aumentará. Esta es la razón por la cual la Biblia dice que los padres no deben provocar la ira de sus hijos.

“Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.” Lo que esto quiere decir realmente es que debemos sembrar la misericordia, que debemos tratar a los demás del mismo modo como quisiéramos que Dios nos tratara. La Biblia dice que cosecharemos lo que hayamos sembrado. Si le pedimos a Dios que nos conceda lo que pedimos y que resuelva nuestros problemas, pero le volvemos la espalda a alguien que ha recurrido a nosotros en busca de ayuda, ¿cómo cree usted que el Señor va a sentirse con respecto a nosotros? ¿Se sentiría en condiciones de ayudarnos? ¿No se sentiría como si estuviera ayudando a unos desagradecidos? ¿Continuará bendiciendo a alguien que quiere participar de Su bendición y de Su misericordia, pero, que se niega a compartirlas con alguien más? Muchas veces Dios continúa ayudándonos aunque no lo merezcamos, pero hay un límite para Su paciencia.

Otro aspecto de este asunto es el que tiene que ver con el perdón. Humanamente hablando, podemos perdonar a quien vuelva arrepentido a nosotros y nos diga: “Perdóneme, por favor. Lamento lo ocurrido, pero, le prometo que no lo haré nunca más y que obraré correctamente.” A lo anterior podemos responder: “Muy bien, pero no vuelva a hacerlo. Lo perdono por esta vez, aunque no olvidaré lo que hizo.” Pero, ¿cómo vamos a proceder con alguien que no sólo nos

haya hecho daño, sino que continúe en su empeño de perjudicarnos públicamente? ¿Perdonaríamos a quien así procediera? Humanamente, nos resultaría imposible hacerlo. Jesús fue el único que pudo perdonar estando colgado en la cruz y decir: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”* Si verdaderamente vamos a perdonar a los demás de corazón, necesitamos poseer la clase de misericordia que sólo Dios puede poner en nuestros corazones. Si permitimos que El siembre Su perdón y Su misericordia en nuestras vidas, ellos tendrán un efecto purificador en nuestros corazones. Pero, debemos recordar algo muy importante: Nuestro deseo de perdonar a los demás debe manifestarse en palabras y en actos indulgentes para quienes nos hayan hecho daño, con el fin de que la bendición eficaz de Dios llene nuestras vidas y alcance a los que nos rodean. Así es como venceremos a nuestros enemigos con los procedimientos de Dios.

Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios. (Mateo 5:8 SEV). ¿Alguna vez se ha sentido confundido e incapaz de ver a Dios? ¿No sabe por qué le están sucediendo tantas cosas difíciles? ¿Se encuentra confundido porque parece que todo se está derrumbando en torno suyo, y se pregunta dónde está Dios? Si usted no puede sentir la presencia de Dios en su vida en los momentos difíciles por los que está atravesando, revise su corazón, pues puede suceder que no esté limpio delante del Señor. Puede suceder que haya quedado en él una raíz de amargura o un poco de dureza, o que no haya misericordia en su corazón. Aunque usted sea una “víctima inocente” de los desprecios, del egoísmo o de los abusos de quienes le rodean, si se niega a perdonar a los que le hicieron daño; entonces, todavía no ha cicatrizado totalmente la herida causada por lo sucedido, y usted no podrá ver a Dios con claridad.

El corazón es el espejo del alma. Nuestros corazones están hechos para reflejar la imagen de Dios. Si el espejo está sucio, no podrá reflejar

claramente Su imagen. Entonces, no solamente nos veremos privados de Su presencia, sino que los demás tampoco lo verán reflejado en nosotros. ¿Los demás ven en usted la verdadera imagen de Cristo? ¿O lo que ellos ven es la imagen distorsionada del Señor, reflejada en un espejo sucio y deformado que desfigura a un Dios bello y amado y lo hace aparecer grotesco? Si nuestros corazones son puros, reflejarán a Dios. La Biblia dice que fuimos creados a imagen de Dios. Así fuimos creados y después caímos. El Señor quiere restaurar a la perfección Su imagen dentro de cada uno de nosotros, purificando nuestros corazones. El quiere que respondamos al mal y a la injusticia del mundo que nos rodea reflejando Su imagen. El bien es el arma que tenemos para vencer al mal.

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48 SEV).

Es difícil, si no imposible, ser perfectos con nuestras limitaciones humanas. Entonces, ¿por qué nos pide Dios tal cosa? Porque existe una parte de nuestro ser que puede alcanzar la perfección: nuestro corazón (nuestra voluntad y motivación). Dios quiere reemplazar nuestro corazón de piedra por un corazón sensible como Su corazón, que es perfecto. Si así lo queremos, podemos tener un corazón puro. Podemos tener el corazón de Dios y formar parte del cuerpo de Jesucristo. Su corazón es suficientemente grande para albergarnos a todos nosotros.

Si usted ha excluido a otros de su corazón, si los ha echado de él a patadas, recuerde que es imposible odiar a su hermano y amar a Dios al mismo tiempo. (1 Juan 4:20). Si quiere tener a Jesús en su corazón, tiene que abrirlo a todos los demás; tiene que estar dispuesto a reservar en él un lugar para su peor enemigo, y el Señor preparará ese lugar, porque ese es Su corazón. Si quiere saber cómo puede relacionarse

con los que están a su alrededor, es muy fácil, pues lo único que tiene que hacer es abrirles un lugar en su corazón. Trátelos cordialmente, y el Señor le mostrará cómo debe obrar.

Medite por unos minutos para ver en que estado se encuentra su corazón. ¿La imagen de Dios que en él se refleja es nítida o, por el contrario, es borrosa? ¿Tiene dificultades para su comunicación con el Señor, pues, a diferencia de lo que le ocurría antes, ya no puede oír Su voz clara? Si le está sucediendo esto, su corazón necesita ser sometido a una cirugía mayor. Dios no quiere restaurar superficialmente a su viejo corazón. El quiere cambiarlo por el Suyo, haciendo un trasplante de corazones; quiere darle Su corazón para renovar Su imagen en usted. ¡Permítale hacerlo! Dígale que puede obrar libremente para purificar su corazón hasta remover cualquier rastro de dureza, amargura, o soberbia que en él encuentre.

Oremos:

Padre Nuestro del Cielo, haz que nos arrepintamos, pues, ni siquiera podemos hacerlo apropiada y verdaderamente por nosotros mismos. Necesitamos Tu ayuda para apartarnos de nuestro propio camino. Necesitamos Tu ayuda para poder entregarte nuestras buenas ideas y permitir que Tú las cambies tanto como se requiera. Señor, no queremos tener una superficial y emotiva experiencia con el Espíritu Santo, lo queremos a El; queremos sentirlo de verdad; queremos que se cumpla en nosotros la promesa Tuya a través de Juan el Bautista.

Envíanos Tu fuego, Señor, y líbranos de nuestros temores. Purifica nuestros corazones de todo lo que no sea bueno, circuncídalos para que podamos complacernos en Ti; para que podamos llegar a ser el templo de Tu Espíritu Santo. Escribe Tus Mandamientos en las tablas de nuestros cora-

zones y de nuestras mentes. Muéstranos Tus caminos, para que podamos andar por ellos. Llénanos con Tu amor y con Tu unción para que podamos alcanzar lo que Tú te propones; para que podamos hacer uso apropiado de Tus dones, y no los empleemos únicamente para tratar de conseguir cosas para nosotros mismos; para que podamos establecer verdaderamente Tu Reino y edificar Tu templo. En estos tiempos en que Tu casa se encuentra en ruinas, haznos parte de Tu restauración, Señor. Que seamos piedras vivientes de Tu templo, que no es obra humana. Señor, que muramos para nosotros mismos y que vivamos para Ti. Amén.

Integridad contra hipocresía

En cierta ocasión le hablaba a un grupo de reclusos en una penitenciaría, y terminé explicándoles precisamente lo que dice el Señor Jesucristo en Mateo 5:21-23 sobre los sentimientos de amargura y de cólera y cómo los equipara con el asesinato. También les decía cómo puede romperse nuestra relación con los demás cuando empezamos a humillarlos, censurando sus intenciones. Al terminar la charla, se me acercó uno de los reclusos para decirme: “Tiene razón, hermano, esa es la pura verdad, así pasa.” Conversé con él un poco más y entonces dijo: “Eso fue lo que me pasó a mí. Comencé a sentir odio contra mi hermano y contra mi padre; empecé a insultarlos y a discutir con ellos, hasta que un día cogí una escopeta y les disparé a los dos. ¡Esa es la razón por la que estoy aquí!” Se dejó dominar por la amargura, por la rabia, por la cólera y, en una fracción de segundo, mató a su padre y a su hermano. Ahora tenía que pasar el resto de su vida en una prisión. Su caso me impactó y no sabía qué decir. Un hecho tan espantoso como éste puede en verdad horrorizarnos; sin embargo, cuando juzgamos a alguien, condenamos sus motivos y lo echamos a patadas de nuestro corazón, Dios considera esto como si realmente lo hubiéramos asesinado.

La sexta bienaventuranza dice: *Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios.* Si yo pudiera resumir en una sola palabra la frase “los de limpio corazón,” me decidiría por el término integridad, porque se acerca mucho a la significación de la palabra hebrea “shalom” o paz, cuya raíz quiere decir “seguridad” o “salubridad.” La integridad es clave para lograr la bendición de Dios, porque

eso es lo que El quiere infundir en nosotros. El quiere que seamos hombres y mujeres íntegros. De los 111 versículos del Sermón de la Montaña, más de la mitad están dedicados a las consecuencias de la lucha entre la hipocresía y la integridad.

La posibilidad de caer en la hipocresía es el gran peligro en que nos encontramos los que pertenecemos a la Iglesia cristiana y hemos conocido la gracia salvadora de Dios. Un caso muy diciente ocurrió en la Iglesia primitiva, cuando el apóstol Pablo tuvo que reprender públicamente a Pedro, porque lo que éste hacía o decía en privado era diferente a lo que hacía o decía en público. Pedro aceptaba a los creyentes gentiles en privado, pero, renegaba de ellos cuando se hallaban presentes los judíos.

Y los otros judíos consintieron también con Pedro en su hipocresía, tanto que hasta Bernabé se dejó arrastrar por ella.

Por eso, cuando vi que no se portaban conforme a la verdad del Evangelio, le dije a Pedro delante de todos: “Tú eres judío; sin embargo, vives como gentil y no como judío, ¿por qué, pues, obligas a los gentiles a vivir como si fueran judíos?”

(Gálatas 2:13,14, Paráfrasis).

Si esto sucedió entre los apóstoles, ¡cuánto mayor riesgo hay de que nos ocurra a todos y a cada uno de nosotros! Afortunadamente, el conflicto se resolvió por obra y gracia del Señor. Pedro no sólo llegó a convencerse de la verdad que Pablo estaba proclamando, sino que cambió su comportamiento y dio su pleno respaldo al ministerio y a las epístolas de Pablo, como se evidencia en Hechos, capítulo 15, y en la segunda epístola de Pedro 3:15,16.

Veamos lo que el Señor tiene que decir al respecto. La hipocresía es exactamente lo contrario de la integridad. El capítulo sexto de Mateo empieza así:

“Mirad que no hagáis vuestra limosna {Lit. actos de misericordia} delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis salario acerca de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para tener gloria de los hombres; de cierto os digo, que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha; para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en secreto, él te pagará en público.

Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas, y en las esquinas de las calles en pie, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo, que ya tienen su salario. Mas tú, cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto, te pagará en público. Y orando, no seáis prolijos, como los mundanos que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6:1-8 SEV).

Luego, continúa con el Padrenuestro, que debería llamarse también la Oración de los Apóstoles, porque El quiere que todo discípulo verdadero ore según Sus enseñanzas. Es una oración que glorifica a Dios y pide que se cumpla Su voluntad. Si correlacionamos las primeras siete premisas del Padrenuestro con las Bienaventuranzas, veremos que concuerdan perfectamente. (Volveremos sobre esto en el capítulo décimo). Si hemos recibido verdaderamente el mensaje de Jesús (las Bienaventuranzas), ésta es la respuesta que El está esperando de nuestros corazones:

“Vosotros pues, oraréis así: ‘Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre. Venga tu Reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Danos hoy nuestro pan cotidiano. Y suéltanos nuestras deudas, como también nosotros soltamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; ...Porque si soltareis a los hombres sus ofensas, os soltará también a vosotros vuestro Padre celestial. Mas si no soltareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os soltará vuestras ofensas” (Mateo 6:9-15 SEV).

El Padrenuestro se encuentra justamente en medio de la enseñanza de Jesús contra la hipocresía. Es trágico que tantas personas repitan por costumbre el Padrenuestro, sin darle ninguna importancia.

“Y cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas, austeros; porque ellos demudan sus rostros para parecer a los hombres que ayunan; de cierto os digo, que ya tienen su pago. Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro; para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre, que está en secreto, y tu Padre que ve en secreto, te pagará en público” (Mateo 6:16-18 SEV).

El precepto del Señor en el Sermón de la Montaña es éste: No seáis de este modo, sed de aquel otro; no obréis como enseña el mundo, hacedlo como os digo Yo; no viváis según los preceptos del mundo, sino según Mis preceptos. Sed como Yo quiero que seáis.

Desafortunadamente para los Cristianos de hoy, muchas veces se da más importancia a lo que se cree. Creemos que la Biblia es la Palabra escrita, inspirada por Dios; creemos en el nacimiento virginal de Cristo, y vamos bien. Pero, el excesivo énfasis que damos a la creencia en dogmas y en credos doctrinales (diferentes a la Palabra de Dios),

abre una brecha entre nosotros y las otras comunidades cristianas, si se da el caso de que creamos (de buena fe) en algo distinto. Así, cada pequeña comunidad tiene creencias distintas por las cuales se lucha encarnizadamente.

Esencialmente, no hay ningún mal en que creamos firmemente en la sana doctrina, pero eso no es el centro. Lo fundamental del cristianismo es que lleguemos a ser la clase de personas que Dios quiere que seamos, y para eso, Cristo tiene que convertirse en el verdadero centro de nuestro ser. No es tarea fácil la de poner orden en la confusión de nuestras mentes, si antes no permitimos que el Señor obre en nuestros corazones, y Dios quiere obrar primero en ellos. El quiere poner Sus intenciones, Sus sentimientos, Su corazón dentro de nosotros. Luego, trabajando desde allí, El podrá empezar a elaborar los elementos lógicos del dogma y de la doctrina en nuestras mentes. Los apóstoles Pedro y Pablo pudieron arreglar sus diferencias doctrinales, porque tenían el mismo Espíritu en sus corazones.

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan: Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón” (Mateo 6:19-21 SEV).

Observe que Jesús no dice que donde estén sus tesoros, ahí también estará su mente. El dice que donde estén sus tesoros, ahí también estará su corazón. El Sermón de la Montaña se centra en las intenciones de nuestros corazones, en aquello donde ponemos nuestro corazón. Luego, continúa diciendo:

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que, si la lumbrera que hay

en ti son tinieblas, ¡cuántas serán las mismas tinieblas! Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro; no podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:22-24 SEV).

Usted no puede servir al mismo tiempo a Dios y a las cosas de este mundo. No puede gozar aquí y poseer todas las cosas que el mundo puede ofrecerle y, a pesar de eso, consagrarse al servicio de Dios. Tiene que tomar una decisión: o hace lo que Dios quiere, lo que significa que tomará su cruz y seguirá al Señor, haciendo los sacrificios que El le pida; o seguirá tras las cosas de este mundo, perdiendo los tesoros verdaderos del cielo. Nadie puede servir a dos señores.

Uno de los principales problemas que he observado entre el Pueblo de Dios, es que hay muchas personas que tratan de servir a dos señores. Existe un pasaje del Antiguo Testamento donde Dios le explica al profeta Ezequiel por qué destruyó el templo de Jerusalén.

“Y me dijo: Hijo de hombre, éste es el lugar de mi asiento, y el lugar de las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre; y nunca más contaminará la Casa de Israel mi santo nombre, ni ellos – ni sus reyes, – con sus fornicaciones, y con los cuerpos muertos de sus reyes en sus altares.

Poniendo ellos su umbral junto a mi umbral, y su poste junto a mi poste, y una pared entre mí y ellos, contaminando mi Santo Nombre con sus abominaciones que hicieron, y yo los consumí en mi furor, y los cuerpos muertos de sus reyes, y habitaré en medio de ellos para siempre”

(Ezequiel 43:7-9, Paráfrasis).

“Poniendo ellos su umbral junto a mi umbral y su poste junto a mi poste...” En otras palabras, se suponía que al atravesar el umbral del

templo tenían el propósito de servir a Dios y de someterse solamente a El, pero ellos practicaron sus abominaciones en el mismo lugar sagrado, dando así un doble significado al templo. Algunos iban al templo para rendir culto a Dios, pero, otros lo hacían para adorar a sus “ídolos.” Dios les hizo muchas advertencias y tuvo paciencia durante siglos, pero, finalmente destruyó el templo de Salomón, porque no podía coexistir con la perversión que allí se estaba practicando.

Después del regreso del resto de los judíos de Babilonia, el templo fue reconstruido bajo la dirección de Esdras y Nehemías. Aunque este templo reconstruido ya no fue escenario del mismo tipo de idolatría que motivó la destrucción del de Salomón, los mercaderes se habían apoderado de él, en tiempos de Cristo. Ellos utilizaban el Nombre de Dios y Su Casa solamente para hacer dinero. La gente acudía desde todas las partes del mundo para hacer sus ofrendas; y los mercaderes, que tenían leyes que reglamentaban el cambio de moneda extranjera por moneda corriente, ganaban comisiones por el trueque y, además, hacían buenas ganancias con la venta de las ofrendas y de las víctimas para los sacrificios, que debían ser compradas. Se ganaba mucho dinero en el templo.

Nota: Fue justamente después de que Jesús arrojó a los mercaderes del templo (por segunda vez en Su ministerio) cuando el pueblo que le había dado la bienvenida el Domingo de Ramos decidió crucificarle; y que, cuando se le dio la oportunidad de escoger entre Jesús y Barabás, el ladrón, prefirió a éste en lugar de Cristo, el Mesías. Esto ocurrió antes de que el templo fuera destruido por segunda y última vez.

Poco antes de que el rey Josías hiciera sus reformas, probablemente durante los primeros siete años de ministerio del profeta Jeremías, ni siquiera existía una copia de las Escrituras (de la Ley del Señor) en la Tierra. Entonces, ocurrió que un día, mientras un sacerdote y un escriba estaban contando el dinero que había depositado en el

templo, encontraron el Libro de la Ley refundido entre el dinero. Uno de ellos lo llevó al rey, y le dijo: “Encontramos este libro.” El rey Josías lo leyó, y rasgando sus vestiduras, dijo: *“Grande es el furor del SEÑOR que ha caído sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron la palabra del SEÑOR, para hacer conforme a todas las cosas que está escrito en este libro.”* Las consecuencias del aparente descuido del escriba y del sacerdote no habrían podido ser mayores, pues sólo vinieron a encontrar el libro revuelto con el dinero después de transcurridas varias décadas de hallarse sin la Palabra de Dios. Por alguna razón, el libro se había “perdido” en el tesoro del templo. (Ver II Crónicas 34:14-21).

Esto es exactamente lo que está ocurriendo hoy en muchas iglesias y comunidades cristianas. La Palabra de Dios se ha revuelto con el dinero. Está siendo empleada como medio para conseguir dinero valiéndose del nombre de Dios, algunos hombres han hecho grandes fortunas. Hombres famosos que, incluso, han logrado la conversión de mucha gente. A esta tentación están expuestos no solamente los evangelizadores que aparecen en programas de televisión, o los predicadores famosos, o los pastores de grandes iglesias o de grandes comunidades. Todos y cada uno de nosotros seremos probados y juzgados, pues, adolecemos de una tendencia natural hacia la hipocresía, a proceder de una manera en público y de otra distinta en privado.

Alguien dijo que la verdadera prueba de nuestro carácter es lo que hacemos cuando creemos que nadie nos está mirando (aunque siempre nos hallamos ante el escrutinio de Dios). Si usted quiere saber realmente cómo se comportan sus hijos y cuál es su carácter, obsérvelos cuando ellos crean que usted no los está mirando. Dios siempre sabe lo que hacemos y lo que somos, y puede evaluar constantemente nuestro carácter. Muchos de nosotros afligimos continuamente al Espíritu Santo, porque creemos que nadie ve nuestras actuaciones.

El Sermón de la Montaña continúa hablándonos sobre aquello por lo cual no debemos preocuparnos. (Mateo 6:25-34). La preocupación por algo es el principal obstáculo que encontramos los cristianos para hacer la voluntad de Dios. Esto les ocurre de manera especial a las mujeres, pues, parece que siempre hay algo que motiva sus preocupaciones y ansiedades y que las hace pensar en cosas como: “¿Qué pasaría si sucede esto, y aquello y lo otro?”

Cuando mis padres estaban haciendo los preparativos para venir a Colombia como traductores bíblicos, mi madre se vio asediada por preocupaciones típicas del qué pasaría si..., ¿Y qué pasaría si uno de los niños se enferma? ¿Y qué pasaría si no nos envían dinero ¿Y qué pasaría si quedo embarazada allá? Finalmente, se dio cuenta de que esto era una especie de ataque del enemigo y consideró tales pensamientos como “dardos ardientes del maligno”(Efesios 6:16), que llevaban como punta de lanza el “qué pasaría si”. Cuando estaba a punto de caer en la desesperación y de renunciar al empeño de seguir al Señor en el campo misional, vio que la respuesta estaba en defenderse con el “escudo de la fe.” Por eso, cada vez que la acometía uno de tales pensamientos, levantaba el escudo, y decía: “El Señor se encargará de eso.” Y los ataques terminaron. Sin embargo, cuando llegamos a Colombia, la mayoría de sus preocupaciones se cumplieron, pero, ¡el Señor se encargó gloriosamente de ellas y cuidó de nosotros!

Los hombres experimentamos violentas tentaciones, pues somos más susceptibles en lo referente a las fantasías sexuales. Sin embargo, tanto los hombres como las mujeres podemos ser tentados en casi todos los aspectos. La preocupación, el temor, los deseos libidinosos, los malos pensamientos nos hacen perder una oportunidad tras otra de ser útiles al Señor. Si nuestros pensamientos no son los que Dios quiere que sean, entonces, no podremos encontrar las palabras precisas, ni el momento oportuno en que Dios quiere que ejerzamos

nuestro ministerio con alguien o que enfrentemos algún problema. No estaremos sintonizados en la longitud de onda correcta y, para el momento en que nos libremos de nuestras fantasías y estemos listos para actuar, ya puede ser demasiado tarde.

Satanás tratará de hacernos caer en la trampa con pensamientos que aparentemente pueden ser buenos, pero que resultan equivocados al ponerlos en práctica. Dios no quiere que nos dejemos dominar por esta clase de pensamientos. Lo que El quiere es que hagamos Su voluntad sin dilaciones, que pensemos en lo que El piensa. Cuando nuestros pensamientos empiezan a extraviarse, escapan al control de nuestras mentes; por eso, El quiere que nos dejemos guiar por Su mente y por Sus pensamientos. Existen muchas enseñanzas falsas y peligrosas en lo referente a la “meditación” y al “control mental.” La mayoría de estos programas son muy costosos y su finalidad es la de conseguir que las personas pongan en blanco sus mentes y se concentren (esto puede llevar a una interacción con los espíritus del mal y a una posible posesión maligna). Jesús quiere que llenemos libremente nuestras mentes con Sus pensamientos e ideas, si estamos dispuestos a aceptarlo.

Cuando finaliza con el tema sobre la preocupación, Jesús continúa con el del juicio sobre los demás. El juicio que hacemos sobre los demás comienza, normalmente, en nuestros pensamientos. Cuando vemos algo, hacemos una mala interpretación de la evidencia e iniciamos un juicio contra alguien. Es muy fácil que procedamos de esta manera, porque no poseemos todos los antecedentes, ni nos es posible que podamos mirar dentro del corazón de los demás, lo que nos impide comprender sus motivaciones. Por eso, el Señor nos exhorta para que le demos el beneficio de la duda a los motivos ajenos.

En algún momento he tenido que enfrentarme con enemigos declarados, como me ocurrió con los guerrilleros comunistas o con

algunas personas poderosas que han tratado de obstaculizar nuestras campañas de evangelización o nuestro ministerio. Sin embargo, he descubierto que, aun así, no estaría bien que yo juzgara sus motivaciones, porque ellos podrían estar confundidos, razón por la cual produjeron ese amargo fruto. En otros casos, no hubo duda de que eran nuestros enemigos. Pero, el Señor nos pide que amemos a nuestros enemigos, que perdonemos a los que nos persiguen y que oremos por ellos; nos exhorta para que pongamos la otra mejilla y para que caminemos un kilómetro más. Todas estas tácticas efectivas de guerra están escritas en el Sermón de la Montaña.

Como cristianos, al enemigo le gustaría que cayéramos en la trampa de uno de estos dos errores: El primero sería que cerráramos las puertas de nuestro corazón y que rechazáramos a todo el que hubiera procedido mal con nosotros, a quien nos hubiera maltratado o nos hubiera ocasionado algún problema, negándole la posibilidad de ocupar un lugar en nuestro corazón. El segundo, que tratáramos a nuestros enemigos como si fueran nuestros amigos, y le brindáramos una abierta e íntima confianza a gente cuyo corazón no estuviera verdaderamente con Dios. Jesús dice:

“No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen” (Mateo 7:6 SEV).

Esta es una dura advertencia. Cuando los judíos estaban ofreciendo sus sacrificios, uno de los sacrilegios más grandes consistía en que alguien cogiera alguno de los pedazos (sagrados) de la víctima y se los echara a los perros que merodeaban por allí en busca de comida. Por otra parte, los cerdos eran considerados como animales impuros, y el hecho de que los judíos les arrojaran sus perlas era el colmo del

despilfarro ante sus ojos, pues ellos poseían cosas de gran valor a las que apreciaban verdaderamente.

Antes de que compartamos experiencias íntimas de gran valor, necesitamos estar seguros de que lo estamos haciendo con la persona adecuada. Hay cosas íntimas que nos han ocurrido, o cosas secretas que sabemos de otras personas y que, si las compartimos con quien no conviene, podríamos causar más daño que bien. Hay ciertas verdades que deben mantenerse ocultas, ciertas cosas que podemos saber acerca de un hombre o de una mujer, pero que una persona íntegra no se atrevería a revelárselas a nadie más. La verdad es una espada de dos filos que puede emplearse para sanar o para herir. Volvamos sobre la integridad. La integridad es el santo y seña, lo que Dios quiere poner de manifiesto en cada uno de nosotros. El quiere formar integralmente nuestro carácter.

Después de que Jesús termina de decirnos que no nos preocupemos por la cosas de este mundo, dice: “*...No os acongojéis por lo de mañana; que el mañana traerá su congoja: basta al día su aflicción*” (Mateo 6:34 SEV). Poco antes había dicho que nuestro Padre celestial sabe lo que necesitamos. Luego dice: “*...buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*” (Mateo 6:33 SEV). De nuevo, todo es cuestión de prioridades. ¡Es tan fácil hundirse en las necesidades y prioridades de este mundo!

Hay algo que está complicando grandemente las cosas hoy en día, y que Jesús no tuvo necesidad de señalar con tanta claridad en aquel tiempo (porque todos sabían ya lo que disponía la Ley a ese respecto). Se trata del préstamo de dinero con usura, práctica contra la cual estaban la Ley de los judíos y los escritos de los Profetas. Tal cosa era considerada como una completa abominación, y sólo se permitía prestarle dinero a interés a los gentiles, pero, nunca a su propia gente.

El sistema económico judío no se basaba en el rédito de capitales, en la banca, tal como la conocemos hoy.

El hecho de endeudarnos es una de las cosas que nos causa mayor preocupación sobre el mañana. Cuanto mayor sea la deuda, tanto mayor es la preocupación. Conozco a muchas personas a quienes les gustaría verdaderamente servir al Señor, a quienes les gustaría ayudar a la obra de Dios, pero, que no pueden disponer de un solo centavo, porque su presupuesto mensual ya está comprometido. Tienen que pagar su casa, su carro, su tarjeta de crédito, amortizar el préstamo y comprar a crédito en los almacenes. Aun la gasolina se compra con tarjeta de crédito. Los intereses que se pagan son increíbles. Puede que estemos llegando al momento en que todo el sistema económico de Norte América haga crisis, porque no está cimentado en la realidad, que ha sido sustituida por el poder del crédito. Por cada dólar emitido por los gobiernos de Estados Unidos y Canadá, los bancos comerciales pueden, teóricamente, prestar 10 ó 12 veces más.

¿Qué pasará si todo el andamiaje empieza a derrumbarse y se produce la ruina? ¿A dónde irá a parar la gente que ha puesto su fe en el dinero, o en el mercado de acciones, o en sus cuentas de ahorros? Podría suceder que despertaran una mañana y se encontraran con que todo aquello en lo que pusieron su confianza ha desaparecido. Pero, si ponemos nuestra fe en el Señor e invertimos nuestros tesoros terrenales en lo que El quiere, en Su reino, El nunca nos fallará. Con El, usted puede conseguir el más maravilloso rendimiento de todo cuanto invierta.

No podemos encontrar un mejor lugar que el Reino de Dios para invertir dinero, tiempo, recursos o lo que tengamos, siempre y cuando lo hagamos según justicia, es decir, siendo justos y haciendo lo que Dios cree justo. Si usted emplea su tiempo preparándose para ser la clase de persona que Dios quiere que sea y para hacer las cosas que El

quiere que usted haga con los dones y recursos que El le ha dado, el Señor proveerá para sus necesidades, y cuando el sistema económico del mundo se derrumbe, usted permanecerá incólume. No habrá dinero para derrochar, pero el Señor proveerá y nos sacará adelante. Yo he comprobado la providencia de Dios en mi vida una y otra vez.

Librarme de deudas y abstenerme de contraer nuevos compromisos ha resultado ser una de las cosas más difíciles para mí. Incluso, hace algunos años, tuve problemas por tratar de atender el ministerio con préstamos. Con el pretexto de que era para el ministerio, tomé prestado más dinero del que hubiera necesitado únicamente para mí. Tenía el propósito de realizar grandes cosas para Dios, y pensaba que El me ayudaría a pagar la deuda. Excepto que a Dios no se le conmueve de ese modo, y no me ayudó a salir milagrosamente del compromiso. El impacto que sufrí fue grande y tuve que trabajar duro durante años para pagar lo que debía.

Después de haber contraído una deuda todavía mayor, me di cuenta de que el Señor no quería que tuviera tarjetas de crédito, por lo cual me deshice de ellas y las cancelé; sin embargo, las tentaciones continuaban. Siempre había algo maravilloso que yo podía hacer por el Señor, pero como no tenía suficiente dinero, me quedaba el recurso de girar cheques posdatados, o de pedir un préstamo. Siempre que hice esto, terminé metido en un atolladero, con excepción de una o dos veces en que el permiso y la aprobación del Señor fueron evidentes. El Señor estaba tratando de enseñarme a evitar la esclavitud del crédito, a no venderme como esclavo, a no colocarme en una posición que me mantuviera encadenado e imposibilitado para actuar libremente y El pudiera guiarme de otra manera. Son muchas las personas que se me han acercado para decirme: “Usted lo sabe, me gustaría servir al Señor todo el tiempo, pero tengo que pagar la casa, o este o aquel

vencimiento y verdaderamente no puedo hacerlo. ¿Quién pagaría todos mis compromisos, si sólo me dedicara al servicio de Dios?”

No estoy diciendo que para tener la bendición del Señor tengamos que abstenernos totalmente de contraer deudas. Lo que digo es que creo que Dios quiere que, quienes le pertenecemos, le consultemos primero antes de tomar un crédito. Cualquier deuda es una forma de esclavitud, y Jesús ha dicho muy claramente que nadie puede servir a dos señores. Cuando le prometí al Señor que nunca más tomaría prestado un solo centavo a menos de que obtuviera primero Su permiso y aprobación, pasó mucho tiempo antes de que El me autorizara para pedir un préstamo. Yo me estaba volviendo adicto a los créditos y llegué hasta el extremo de que no había terminado de pagar una obligación, cuando ya estaba adquiriendo otra. Era algo así como si me hubiera vuelto adicto a las drogas. Fue algo terrible. Hay muchos cristianos adictos a las deudas, y se pasan la mayor parte de su vida dando de comer a los bancos, a las compañías de seguros y a las corporaciones financieras, pagando primas y recargos sobre los intereses que suben indefinidamente. Estas instituciones están haciendo una ganancia fabulosa con el Pueblo de Dios.

La Palabra del Señor es muy clara. Ella dice que si le seguimos y obedecemos Sus Mandamientos y hacemos lo que El nos dice que hagamos, entonces, no seremos de aquellos que toman dinero prestado, sino de los que lo prestan a quienes no conocen a Dios. El quiere que seamos la cabeza y no la cola. El Señor no ha establecido una ley que condene expresamente el hecho de pedir o de dar prestado (El dice: *“Al que te pidiere, dale; y al que quisiere tomar de ti prestado, no se lo rehuses”*) (Mateo 5:42 SEV), sino que El quiere que eso se haga de la manera que sea más conveniente. El quiere que seamos nosotros los que tengamos los recursos, porque tenemos Su Bendición para dar

prestado a quienes lo necesiten. El quiere que ellos estén sometidos (económicamente) a nosotros, y no nosotros a ellos.

La Biblia dice muy claramente que el deudor es el siervo del acreedor. En realidad, es el esclavo del acreedor (Proverbios 22:7). Aunque hoy no exista la esclavitud, existe mucha gente que vive todavía en ella, pues, se han vendido al poder económico, a la esclavitud financiera. Como cristianos, ésta es una manera muy triste de vivir. Si usted tiene que preocuparse por sus finanzas; por no tener suficiente de esto o de aquello; por tener que pagar el próximo vencimiento de la tarjeta de crédito, le sugiero que lleve estos problemas ante el Señor y que los ponga en Sus manos, para que no tenga que pedir o gastar un solo centavo a menos que cuente con Su aprobación; que le consulte a El antes de realizar cualquier transacción financiera. Si tiene que pagar tarjetas de crédito o deudas y siente que está metido en un atolladero y que eso le está impidiendo sentirse libre ante el Señor, confíe en El y deseche sus preocupaciones y temores. Después querrá pagar esos compromisos y verse libre de ellos; querrá que El le ayude a encontrarse en una situación en la que no haya más deudas, para que sea usted el que haga los préstamos, ¡no el que los pida!

El Señor quiere que miremos la otra cara de la moneda. Creo que cuando llegue la hora del derrumbe económico, si nos encontramos donde El quiere que estemos, entonces, seremos los únicos que recojamos los frutos cuando todos los demás estén arruinados. Los recursos caerán en nuestras manos, en lugar de hallarnos entre aquellos que lo pierdan todo cuando se produzca la quiebra.

Si usted analiza los grandes desastres financieros del pasado, verá que la mayoría lo perdió todo, pero que hubo algunas personas que resultaron quedándose con la riqueza de los demás porque, cuando los precios se derrumbaron, los que tenían los recursos, los que eran solventes, lo compraron todo. Así se hicieron inmensas fortunas al

tiempo que muchísima gente perdía hasta la camisa. Los que se encontraban agobiados por las deudas nunca salieron a flote, y fueron los que se suicidaron, saltando desde los edificios más altos.

Necesitamos tener la seguridad de estar donde Dios quiere que estemos. No me hace ninguna gracia oír decir a timoratos traficantes “cristianos” que deberíamos ocultar el oro debajo de nuestros refrigeradores o guardar provisiones para siete años, si queremos afrontar la “gran tribulación.” Lo que Dios quiere es que administremos nuestros recursos, nuestras finanzas de acuerdo con Su voluntad. El quiere hacerse cargo de eso. El quiere que nos acostumbremos a colaborar para socorrer las necesidades de los que están cerca de nosotros. Si empezamos por apegarnos a las cosas, formaremos un cuello de botella en la economía de Dios.

Podemos vivir sin temor al día de mañana y recibir la bendición del Señor, si disponemos libremente de nuestros recursos, no para llegar al extremo de contraer deudas, sino para decirle: “Aquí estoy, Señor, y lo que poseo es Tuyo. ¿Cómo quieres que lo emplee?” Entonces, El podrá bendecir a los demás a través de nosotros; y ellos, a su vez, podrán ver a Dios en nosotros, podrán sentir Su mano. Y a nosotros nos protegerá y nos hará prosperar verdaderamente. ¿Cómo vamos a vencer al mal con el bien, si atesoramos egoístamente nuestros recursos? Dios no quiere que Su pueblo tenga que emprender la retirada. Lo que El quiere es conducirlo a la batalla y lograr la victoria.

Cuando oramos, ¿para qué lo hacemos? Se supone que uno de los fines de la oración es el de que escuchemos al Señor, y esto es algo que la mayoría de los “cristianos” no hace. Se nos ha dicho que no oremos como los paganos, que creen que serán oídos porque hablan mucho. Dios quiere hablarnos cuando oremos. Podemos hablar explícitamente con El, podemos compartir lo que guardamos en nuestros corazones y en nuestras mentes, pero es necesario que escuchemos al Señor. Es

necesario que empecemos nuestra oración diciendo: “*Padre nuestro que estás en los cielos...*” Así, empleando un pronombre colectivo, no un pronombre en singular: Padre Nuestro. Es necesario que nos interese por las necesidades de los demás, del mismo modo en que nos interesamos por las nuestras. Dios no se siente complacido con las oraciones egoístas que muchos de nosotros hacemos.

Si sus hijos se acercaran continuamente a usted y le pidieran cosas para ellos, queriendo algo más cada vez, usted se cansaría de tanta exigencia. Pero, ¿qué pasaría si sus hijos estuvieran pendientes de los demás y sus peticiones fueran en favor de otro niño necesitado? ¿Qué pensaría usted de sus hijos? ¿Se conmovería su corazón y estaría dispuesto a darles su ayuda para socorrer a los demás? Seguramente que usted desearía que algo parecido a esto ocurriera con sus hijos. Creo que también es lo mismo que Dios siente cuando nos acercamos a El para presentarle las necesidades de los demás y para pedirle Su ayuda para ellos.

*“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; tocad, y se os abrirá.
Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y
al que toca, se le abre” (Mateo 7:7-8 SEV).*

Aquí se nos habla de la perseverancia, pero, no de una perseverancia para conseguir las cosas del mundo. Jesús nos habla de pedir, de buscar, de insistir para conseguir la verdadera abundancia y las riquezas que Dios tiene para ofrecernos: sabiduría, comprensión, entendimiento, los frutos y los dones del Espíritu Santo. Todas las cosas valiosas que El quiere darnos verdaderamente y que sólo están a disposición de los que empeñan sus corazones en seguirlo con perseverancia y en buscar lo que El les ofrece, que es siempre lo mejor.

Dios no arrojará sus perlas a los cerdos, ni le echará las cosas sagradas a los perros. No le dará dones poderosos a los que pretenden

abusar de ellos; no compartirá Su sabiduría, Su entendimiento y los íntimos secretos del Reino con los indignos. El no arrojará las perlas preciosas de la verdad a cualquiera que desee conocerlas superficialmente. Si usted quiere ser en verdad un instrumento de Dios, necesitará perseverancia para pedir, buscar, y llamar a la puerta.

“¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo pidiera pan, le dará una piedra? ¿Y si le pidiera un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará buenas cosas a los que le piden? Así que, todas las cosas que quisiereis que los hombres hicieren con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas” (Mateo 7:9-12 SEV).

Aparece de nuevo el tema de la justicia (ser y hacer lo que Dios quiere) en nuestras relaciones con los demás, es decir, hacer con ellos lo mismo que quisiéramos que ellos hicieran con nosotros. Para saber cómo quiere Dios que tratemos a otra persona, basta con que nos pongamos en su lugar, pues así sabremos cómo querríamos ser tratados en circunstancias parecidas.

Muchos de los que se dicen cristianos no buscan verdaderamente lo que es justo. Hacen cualquier cosa para salirse con la suya, pero, como siempre sienten un poco de culpa en su conciencia, acuden a pedir consejo para salvar las apariencias o para adquirir respetabilidad. Van en busca del pastor o del consejero para reforzar el racionalismo materialista que han elaborado a su propia medida.

Es asombroso ver la cantidad de hombres que vienen en busca de la consejería familiar, porque su esposa no se porta bien. Si se trata de las mujeres, entonces es el esposo el que necesita enmienda; si se trata de los padres, entonces son los hijos los que dan problemas.

Siempre se anda buscando a quien encargar de la corrección de los seres amados. En Colombia, cuando estábamos empeñados en una campaña nacional por la reconciliación de la familia casi todos tenían problemas familiares, pues no es raro que alguno de los miembros de nuestra familia necesite enmienda. Por eso, cuando anunciábamos que daríamos consejos sobre asuntos relacionados con la familia en nuestras reuniones, las personas acudían no tanto porque necesiten algo para ellas mismas, sino porque tienen en su familia una pobre alma en cuya regeneración estaban interesados. Dios mira estas cosas desde una perspectiva diferente. El dice en el versículo 13:

“Entrad por la puerta estrecha: porque el camino que lleva a perdición es ancho y espacioso; y los que van por él, son muchos. Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida; y pocos son los que lo hayan” (Mateo 7:13,14 SEV).

Dios se interesa por todos y cada uno de nosotros. Se interesa por poner en orden las prioridades, y porque lleguemos a ser hombres y mujeres íntegros. Precisamente cuando creemos que estamos muy bien; cuando creemos que hemos llegado; cuando creemos que somos los únicos depositarios de la verdad, es cuando estamos al borde de caer en la hipocresía. Esto fue lo que sucedió con los judíos, y lo que ha sucedido siempre en toda la historia de las comunidades cristianas. La etapa culminante de la hipocresía consiste en atribuirse el mérito por lo que Dios ha hecho.

La historia de la Iglesia cristiana está llena de tristes episodios de líderes religiosos que se han atribuido el mérito por lo que Dios ha hecho y, con su proceder, han interceptado el poder del Señor y han hundido a la Iglesia en espesas tinieblas durante largos períodos de tiempo. Ahora mismo, en la época actual, la situación de la Iglesia

no es muy buena, pues se halla dormida. Es muy poca la gente con entendimiento despierto que se haya entregado totalmente al poder y a la autoridad de Jesucristo. No quedan muchos hombres íntegros que prediquen la palabra verdadera del Señor, sin que haya ingerencia del dinero en lo que hacen.

El profeta Daniel dijo que habría de venir un tiempo en que la abominación y la desolación se establecerían en el mismo Lugar Santo, y eso fue exactamente lo que ocurrió antes de la destrucción de Jerusalén en el año 70 D.C., cuando los cambistas y los mercaderes se adueñaron del templo en el que habían establecido grandes tiendas para el expendio de alimentos, apoderándose también del tesoro del mismo. A tal extremo llegó la situación que, según relata el historiador judío Josefo, hubo una terrible batalla dentro de los propios muros de la ciudadela del templo entre dos facciones judías. El Santuario fue profanado por la sangrienta matanza de judíos por judíos (ver Daniel 11:31 y Mateo 24:15). Esta era la señal para que los cristianos huyeran hacia las montañas y no fueran alcanzados por la destrucción de Jerusalén llevada a cabo por los romanos.

Muchas de estas lecciones del pasado en el aspecto material, también se han cumplido en el campo espiritual. Todavía hay abominación en el Lugar Santo. Existen muchos creyentes al igual que sectas o denominaciones “cristianas” que han puesto sus umbrales al lado de los del Señor por lo cual, cuando usted entra a su “iglesia,” no lo hace para someterse a la Potestad de Jesucristo, como se dice en la Palabra de Dios, sino para aceptar la doctrina de ellos y para participar en sus ritos religiosos. Las personas que no se han sometido a la Potestad de Jesucristo, corren el riesgo de haber estado expuestas muchas veces a la posesión de un espíritu falso en lugar de recibir el Espíritu Santo. Hoy se practican muchas abominaciones en nombre del Señor por gente hipócrita, que dice una cosa y hace otra.

Algunas de las figuras más destacadas del evangelismo internacional han mordido el polvo recientemente por proceder hipócritamente, ya que sus vidas privadas eran una cosa, y su ministerio público otra distinta, de tal modo que los dos eran completamente diferentes, pues no estaban de acuerdo, ni existía correspondencia entre ellos. La abominación que estaban cometiendo era tan grande que cuando se descubrió, echó por tierra todo su ministerio.

No queremos que algo como eso nos ocurra a nosotros. Queremos entrar desnudos por la puerta estrecha, sin llevar ninguna otra cosa con nosotros. Allí no hay sitio para que nos acompañen nuestra soberbia, o nuestras cosas o algo a lo cual desearíamos aferrarnos. Unicamente hay sitio para nosotros, despojados de todo, dispuestos a entregarnos a Dios y a hacer lo que El quiera. Esta es la puerta estrecha, el camino a la vida, y Jesús dice que son pocos los que le encuentran.

“Entrad por la puerta estrecha: porque el camino que lleva a perdición es ancho y espacioso; y los que van por él, son muchos. Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida; y pocos son los que lo hallan” (Mateo 7:13,14 SEV).

¿Qué vamos a hacer? ¿Es nuestra meta la integridad? Si queremos que Dios continúe purificando nuestros corazones, si vamos realmente tras Su bendición por sobre todo y más allá de cualquier otro cosa, si en verdad queremos ser pacificadores, entonces las dos últimas Bienaventuranzas nos dicen:

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (o rectitud), porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os vituperen y os persigan, y se dijere toda clase de mal de vosotros por mi causa, mintiendo. Gozaos y alegraos; porque vuestro galardón es

grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas que estuvieron antes de vosotros” (Mateo 5:10,11 SEV).

Amigo, si todos los demás hablan siempre bien de usted, eso podría ser un mal indicio, porque así les sucede a los hipócritas. Pidámosle al Señor que nos libre del espíritu de la hipocresía y que nos envíe su fuego para quemar en nosotros todo lo que no sea bueno, para que seamos hombres y mujeres íntegros y podamos resistir cuando llegue el momento del sacudimiento y del juicio que, estamos seguros, sobrevendrá sobre la Iglesia. Dios dice que la paja y la maleza serán quemadas el día de Su juicio, y que sólo permanecerán el oro, la plata y las piedras preciosas.

Oremos:

Padre Nuestro del Cielo, te pido que seamos el oro, y la plata, y las piedras preciosas que Tú quieres emplear para construir Tu verdadero reino; que te permitamos, Señor, darnos Tus verdaderos tesoros, que no pueden ser destruidos; que seamos hombres y mujeres íntegros, y que los que estén a nuestro lado puedan verlo. Sabemos que los que rebosan hipocresía pueden actuar depravadamente cuando se encuentran con alguien que esté lleno de Tu integridad, pues no pueden tolerar esto, porque los pone al descubierto. Sin embargo, Señor, haz que, si somos perseguidos, lo sea por Tu causa; porque hayamos permanecido firmes para ser lo que Tú quieres que seamos y para hacer lo que Tú quieres que hagamos.

Por favor, Señor, no permitas que seamos perseguidos sólo a causa de nuestra estupidez, porque hayamos ofendido innecesariamente a otra persona, apoderándonos de Tu verdad y usándola en forma equivocada; porque en vez de haberla empleado para sanar, la hayamos utilizado para destruir

a otros. Ayúdanos Señor, a comprender Tus prioridades, a ser perseverantes para pedir, para buscar y para llamar a la puerta, pero que lo hagamos por los tesoros verdaderos, que duran para siempre.

Ayúdanos a entrar por la puerta estrecha y a no detenernos en la entrada, sino que la atravesemos, despojándonos de todo lo que nos retenga, para que así podamos acceder a Tu bendición, a Tu júbilo, a Tu descanso; para que lo que estemos haciendo permanezca como la casa construida sobre la roca; para que no nos importe cuán recia sea la tormenta o cuán violenta sea la inundación o cuán fuerte soplen los vientos que sacudan nuestra casa; que lo que estemos haciendo permanezca, porque es parte de lo que Tú estás construyendo. Amén.

Los pacificadores

A quien Dios identifica como sus hijos

Bienaventurados los pacificadores; por que ellos serán llamados hijos de Dios. (Mateo 5:9 SEV). Este es el punto central de las Bienaventuranzas, pues tiene que ver con el propósito del ministerio de Jesús aquí en la Tierra. Lo que El se propuso al venir a este mundo fue que nosotros pudiéramos ser llamados hijos de Dios. Obsérvese que no se dice: Bienaventurados los pacificadores, porque ellos se llamarán hijos de Dios. Se dice, porque serán llamados hijos de Dios. Lo mismo ocurrió con la palabra “cristiano” cuando se empleó por primera vez en Antioquía para designar a los seguidores de Cristo, por ser como El.

Si las Bienaventuranzas se han arraigado verdaderamente en nuestros corazones, y si hemos puesto sinceramente nuestra voluntad al servicio de Dios, El empezará a obrar dentro de nosotros y, por intermedio nuestro, en los demás; haciéndose evidente para ellos que, en verdad, somos hijos de Dios. Esta Bienaventuranza también significa, implícitamente, que El nos llamará hijos Suyos.

En el mundo cristiano de hoy y, aun en el de otras religiones no cristianas, hay muchos que se autodenominan hijos de Dios. Así como también hubo un tiempo en que Satanás era tenido como tal. En el libro de Job se dice que los hijos de Dios se encontraban reunidos y que entre ellos estaba Satanás (ver Job 1:6). Es decir, que hasta el mismo Satanás ha creído conveniente identificarse como hijo de Dios en algún momento. El hecho de que alguien se identifique como

hijo de Dios, no tiene mayor importancia. Lo importante es serlo verdaderamente ante los propios ojos de Dios. ¿A quienes identifica Dios como Sus hijos?

“También guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conoceréis. ¿Se cogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? De esta manera, todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol podrido lleva malos frutos. No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol podrido llevar frutos buenos” (Mateo 7:15-18 SEV).

La última frase de esta cita es algo confusa. He estudiado este pasaje palabra por palabra y frase por frase. Lo que estos versículos significan para mí (que no soy muy versado en griego, pero, que cuento en mi familia con dos expertos en ese idioma), es que un árbol bueno es un árbol sano; en tanto que un árbol malo es aquel que está podrido (carcomido). Podemos tener dos árboles de la misma especie (dos manzanos o dos cerezos, por ejemplo), pero, uno de ellos está podrido hasta la raíz, mientras el otro está bueno y saludable. Lo que el Señor nos dice es que así como es obvio que no podemos obtener racimos de uvas de los espinos, ni higos de los abrojos, tampoco podremos conseguir que un árbol enfermo nos dé un fruto sano. Un manzano podrido dará manzanas pequeñas, secas y dañadas; en tanto que otro que esté bueno y saludable, producirá frutas sanas y deliciosas.

Tengo un amigo en Canadá que participa en competencias de trineos tirados por perros y, en cierta ocasión, le comentaba sobre lo amigables que eran sus perros, en comparación con los de otros competidores, que me parecían malgeniados. Entonces, me reveló su secreto: A tierna edad (unos 28 días de nacidos), los perros pueden ser condicionados psicológicamente. Si los cachorritos se crían entre per-

sonas amigables, éstas influirán en ellos, y los perros se comportarán amistosamente por el resto de su vida con los seres humanos. Por el contrario, si andan con una madre esquiva, retraída y desconfiada, ellos actuarán de igual manera. Por esto, cuando llega el momento crítico, mi amigo lleva a todos los cachorros a su cabaña y permite que sus hijos jueguen con ellos. Por lo que sé, él nunca ha tenido un perro malgeniado. Este mismo principio es igualmente aplicable en la cristiandad. Jesús quiere llevarnos impresos en El, a nosotros y a quienes lleguen a El por intermedio nuestro, en grado igual a como El se refleje en la vida de cada uno de nosotros.

En mis recorridos misionales, he tenido oportunidad de hablar ante agrupaciones muy diferentes, y he observado que, a semejanza de lo que ocurre con los perros que arrastran trineos, los nuevos cristianos tienden a reflejar las características del grupo en el cual tuvo lugar su renacimiento. Por ejemplo, si el líder del grupo es orgulloso y arrogante, esos mismos rasgos se diseminarán entre los demás integrantes. Cuando influimos en la vida de los demás, ellos, a su vez, reflejarán nuestro ejemplo hasta cierto punto. Si somos un árbol podrido, sólo produciremos frutos descarnados, pequeños y dañados, y aquellos a quienes tratemos de convertir para el Señor y de llevarlos ante El, acabarán por ser del mismo modo que nosotros.

En el primer capítulo del Génesis, el Señor dice que creó el mundo para que todo ser viviente se reprodujera según su especie. Así entonces, si nos encontramos con una iglesia donde el liderazgo es ejercido por alguien que sea superficial y se sienta inclinado a las apetencias de la carne, esa iglesia producirá cristianos superficiales y propensos a la carne, que no podrán mantenerse firmes el día de la batalla, el día del mal. Por el contrario, si los demás ven en nosotros el reflejo de Jesucristo, porque demos un testimonio divino, un testimonio

de verdadera sumisión a Su autoridad y a Su Potestad, entonces, la imagen de Cristo se grabará en ellos.

En la selva he cazado algunas loras. Como es sabido, estas aves aprenden a repetir ciertas palabras o frases (en promedio hasta unas treinta palabras), bajo determinadas circunstancias; sin embargo, no siempre aprenden lo que uno quiere enseñarles aunque, en algunos casos, dan la impresión de que estuvieran empleando su vocabulario de una manera aparentemente inteligente. Si se da el caso de que estén a la intemperie y se mojen con la lluvia, entonces, dicen lo que se les ocurre de cuanto han aprendido, sin orden ni concierto. Es decir, que hablan cuando están mojadas y tiritando de frío.

Cuando la lora está seca, usted puede pasarse horas enteras tratando de enseñarle algo, pero para que ella lo entienda se requiere que se encuentre bajo la lluvia, pues es en circunstancias aparentemente adversas cuando estas aves aprenden lo que van a repetir por el resto de sus vidas. Después de que ha perdido su tiempo tratando de enseñarle lo que quería que aprendiera, en el momento menos pensado, usted lanza una palabreja y eso es lo que le oírás repetir para siempre, incluso con su mismo tono de voz. Todo lo que tiene que hacer es decir una palabra airada contra su esposa o contra sus hijos, o lanzar un juramento, y es eso lo que la lora repetirá, sin posibilidades de rectificación, a menos de que usted se libre de ella para no oírla.

“Todo árbol que no lleva buen fruto, se corta y se echa en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:19,20 SEV).

Uno de los árboles produce manzanas pequeñas, secas, gusano-sas, podridas; en tanto que el otro las da grandes, dulces, deliciosas. Son de la misma especie, pero uno de ellos está podrido hasta la raíz.

Estamos hablando de seres humanos creados a imagen de Dios. Algunos permiten ser remodelados y que se imprima en ellos el sello distintivo de Dios, mediante un cambio total de corazón. Otros pretenden lograr lo mismo, pero su corazón permanece inmutable. Del corazón brota lo que sale de nuestras bocas (ver Mateo 15:18). No podemos tener la misma fuente con dos clases distintas de agua: no podemos ser amargos y dulces al mismo tiempo. (Ver Santiago 3:11).

“No todo el que me dice: ‘Señor, Señor,’ entrará en el Reino de los cielos, sino (sólo) el que hiciere la voluntad de Mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ‘Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre sacamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas grandezas?’ Y entonces les confesaré: Nunca os conocí; apartaos de Mí, obradores de maldad” (Mateo 7:21-23 SEV).

¿Alguna vez ha mordido usted un pedazo de fruta y ha descubierto que estaba dañada y que sabía horriblemente, o que había un gusano dentro de ella, por lo que tuvo que escupirla? ¿Esto le produjo asco y no acabó de comerse la manzana? De esto es de lo que nos está hablando el Señor, de una fruta dañada que El no puede seguir comiéndose.

Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios. La palabra pacificador es un término que puede entenderse o bien como el que arregla, el que hace la paz; o también como el que la crea, el que la trae consigo. Los pacificadores son los que irradian o proyectan en torno suyo la paz de Dios, dondequiera que van. La verdadera paz nos viene de Dios, no de nosotros mismos.

Una vez, durante el tiempo en que estuve retenido por los guerrilleros comunistas, me encontraba hablando con la enfermera y, de repente, ella me miró y, con lágrimas en sus ojos, me dijo: “Lo envidio, porque usted tiene su propia paz, y yo no.” En ese momento, quien

tenía las armas materiales, la ametralladora con que me apuntaba y la granada de mano era ella; y yo, el que me encontraba atado y amenazado. Todas las razones del mundo estaban de su parte para que se sintiera segura y en paz, y yo no. Sin embargo, las cosas eran a otro precio, y fue ella quien lo dijo, pues yo no tuve necesidad de decir una sola palabra.

Los pacificadores son gente que irradian la paz del Señor. La paz no es sólo la ausencia de la guerra. La palabra hebrea *shalom*, que significa paz, es uno de los términos más complejos y amplios de la Biblia, y quiere decir descansar segura y saludablemente. Gozar del descanso en Dios, es encontrarse en paz. La paz no es sólo la tranquilidad superficial que nos dice que no tenemos nada de qué preocuparnos por el momento, pues todo está en calma. En sentido bíblico, significa que puede haber paz aun en medio del estallido de la guerra, justo en medio del más tremendo conflicto que pueda uno imaginarse; en medio del mayor desastre, si la verdadera paz está dentro de nosotros. La paz es el resultado de la proyección del poder de Dios dentro de las profundidades de nuestra alma, para convencernos de que nada de lo que ocurra en este mundo puede causarnos daño mientras lo tengamos a El.

Estar en paz con Dios es empezar nuestra comunión con El; es tener una conciencia libre de culpa; es un estado de perfección interior, derivada directamente de la pureza del corazón, pues, sólo los de corazón puro verán a Dios cara a cara. Es la clase de paz que sólo puede dimanar de la presencia de Dios; es la paz que sólo se encuentra donde El está, sin que importen las circunstancias exteriores. Es la paz que está disponible en el instante en que cualquiera de nosotros la necesite, sin tener en cuenta las dificultades o los problemas, sin que nos importen las pruebas o tribulaciones que tengamos que afrontar.

Es la paz que los demás pueden ver reflejada en nosotros, aunque nos encontremos en medio de circunstancias adversas.

El verbo hebreo que significa “restituir,” tiene la misma raíz que la palabra shalom (paz). Es uno de los verbos empleados con más frecuencia en la Biblia y, en muchos casos significa que Dios quiere restituirnos (y, desde luego, a la creación entera) en paz y armonía con El mismo. También es la raíz de la palabra “alianza” y tiene además las connotaciones de purificar, de limpiar.

Cuando yo era niño, mi padre solía decirme: “Las circunstancias de la vida no tienen tanta importancia como tu reacción ante ellas. Al final, recordaremos los problemas y las injusticias de la vida según la forma como los hayamos enfrentado. Lo que se registre en la historia, lo que aparezca en los libros de Dios, será nuestra respuesta a las circunstancias de la vida. ¿Cómo respondimos cuando ocurrió esto o aquello?”

Esto es lo que sucede con muchas de las manifestaciones superficiales de la existencia. Tomemos como ejemplo las series mundiales de béisbol. ¿La gente recuerda cómo se hizo cada lanzamiento? No, no lo recuerda. Solamente recuerda cuando alguien bateó una carrera o cuando ocurrió algo espectacular. ¿Se recuerdan todos los lanzamientos al hombre en primera base? No, pero si éste dejó caer la pelota, entonces ¡sí se le recuerda!

Si nuestros corazones son puros ante Dios, si Su presencia y Su paz llenan nuestras vidas, sin que importe cuán violento sea el lanzamiento con que se nos sirva la pelota, responderemos a la manera divina. Nuestra reacción natural será divina porque nuestro ser interior está lleno de Dios y de Su poder. Cuando me sucede algo horrible o cuando me encuentro en dificultades lo único que yo deseo es disponer de unos minutos para encontrarme conmigo mismo, para arrodillarme y orar, para buscar al Señor y encontrar así la forma de responder

a las circunstancias. Cuando me hallo ante una emergencia y tengo que tomar una decisión inmediata, ese es el momento en que se pone de manifiesto a la vista de todo el mundo lo que soy realmente en mi interior. ¿Pierdo la chaveta, me descontrolo, o es la paz del Señor la que toma el control de los acontecimientos?

Esta vida es un campo de entrenamiento. Es una oportunidad de practicar para la realidad que está por venir. Al final del Sermón de la Montaña se dice: “*aquel, pues, que escucha mis palabras y las ponga en práctica en su vida...*” La palabra práctica no se emplea sólo para calificar a las personas diestras en algo, sino también a las que están adquiriendo alguna habilidad como, por ejemplo, practicar el tiro al blanco y que, aunque no se ejecute perfectamente, se continúa practicando. Cuando más se practica, tanto más se aprende.

Pero todo el que permanece en pecado está contra Dios, porque el pecado se comete contra la voluntad de Dios. Y vosotros sabéis que El se hizo hombre para quitarnos nuestros pecados y que no hay pecado en El, ni omisión de la voluntad de Dios en ningún momento ni en modo alguno.

De tal modo que si permanecéis junto a El, y le obedecéis, no habrá pecado en vosotros; pero los que permanecen en pecado comprenderán esto: Pecan porque realmente nunca lo han conocido, o llegado a ser Suyos.

Oh, queridos hijos, que ninguno os engañe sobre esto: Si perseveráis en hacer lo que es bueno, es porque sois buenos, así como El lo es. Pero si persistís en el pecado, eso demuestra que pertenecéis a Satanás, que desde que pecó por primera vez, ha permanecido en el pecado. Pero los hijos de Dios vienen para destruir las obras del diablo.

Quien ha nacido en la familia de Dios, no practica el pecado, porque ahora la vida de Dios está en él, por tanto no puede persistir en el pecado, porque esta nueva vida que ha nacido en él lo controla, ya que ha nacido de nuevo.

De este modo, ahora podemos decir quien es hijo de Dios, y quien pertenece a Satanás. Cualquiera que viva una vida de pecado y no ame a su hermano, demuestra que no pertenece a la familia de Dios”

(1 Juan 3:4-10, Versión “Living Bible” traducido del Inglés).

Este es un pasaje muy inquietante y que me ha causado mucha preocupación. Aquí, el apóstol Juan nos dice que si pertenecemos a Dios, no podemos pecar. ¿Alguna vez se ha preguntado usted sobre esto? ¿Cómo es posible que no pequemos en este mundo, si ninguno de nosotros es perfecto y, de cuando en cuando, hacemos cosas de las que necesitamos arrepentirnos y enmendarnos? Algunos han tomado estos versículos y los han convertido en una doctrina de inmaculada perfección, hasta el extremo de afirmar que cuando se ha producido nuestro encuentro con el Señor, podemos hacer todo cuanto queramos, sin que ello sea pecado. Esto no es más que una terrible herejía. De nuevo necesitamos analizar el significado de los términos empleados, pues el idioma no es invariable y cambia con el transcurso del tiempo. El recurso de que me he valido para entender este pasaje, es el de reflexionar sobre el término empleado aquí, *hamartia*, para significar el concepto de pecado. Este término se deriva de una palabra griega que expresa las consecuencias de equivocarse al blanco o la meta. No significa exactamente “errar el tiro,” pues se puede lograr un blanco perfecto y, sin embargo, estar en pecado *hamartia*, si se le apunta al blanco equivocado.

Mi interpretación sobre este asunto es la siguiente: Si pertenecemos al Señor, si El está dentro de nosotros, si es El quien está al mando en nuestro ser íntimo, entonces, ya no seguiremos errando el blanco; ya no andaremos tras metas equivocadas; ya no malgastaremos nuestras vidas por amor al dinero, ni nos tentará la codicia, el egoísmo o la satisfacción de nuestro orgullo; ya no pretenderemos el cumplimiento de nuestros deseos, sino que ansiaremos poseer la virtud de Dios, la perfección de Dios. Si hablamos de entrenamiento para practicar el “tiro al blanco” en esta vida, puede ser que no lo logremos perfectamente y, ni siquiera, convenientemente. Puede ser que no demos en el blanco cada vez que disparemos nuestro arco, pero, al menos le habremos apuntado al blanco verdadero y no al falso. Creo que éste es el sentido que debemos darle a las palabras del apóstol Juan cuando dice que, si estamos con Cristo, no podemos pecar. Se trata de nuestros propósitos y ambiciones no de una perfección inmaculada que sobrepase nuestra condición humana.

No se puede pretender acertar en un 100% a todo examen de matemáticas, por ejemplo, y nunca podemos recordar exactamente lo que dijimos o lo que hicimos. Puedo citarme con alguien para las 5:00 de la mañana y olvidarme de cumplir el compromiso, porque soy un ser humano; o porque me propongo engañar deliberadamente a esa persona diciéndole que estaré en el sitio indicado, cuando ni siquiera tengo la intención de ir. Estas dos situaciones son tan diferentes como las manzanas y las naranjas. La primera, es atribuible a mi condición humana; la segunda, es una transgresión deliberada que interrumpirá mi íntima relación con Dios y que necesitará ciertamente de mi arrepentimiento ante el Señor y ante la persona a quien engañé intencionalmente. La rectificación ante la persona a quien hemos disgustado es necesaria aún en el caso de que nuestro error o nuestra falta hayan sido meramente humanos. Si me cito con alguien

a las 5:00 de la mañana y mi despertador no funcionó, o sucedió algo por lo cual me olvidé del compromiso o me retrasé, no hay en ello transgresión deliberada que me aparte de mi relación con Dios; sin embargo, persiste una situación inconveniente entre nosotros y la persona a quien hemos causado la molestia, y esto requiere una disculpa, algo así como decirle, por ejemplo: “Lo siento, no fue culpa mía, pues ocurrió esto o aquello. La próxima vez trataré de ser más cumplido.” No es lo mismo cometer un pecado premeditado que mancha nuestros corazones y entorpece nuestra íntima comunicación con el Señor, que cometer una falta debido a nuestras limitaciones humanas.

Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios. Ellos son los que irradian paz, porque el Príncipe de la Paz está en Su trono. Esta es la meta, éste es el objetivo que Dios persigue. Vamos a ser Sus embajadores, vamos a representarle a El, que es el Príncipe de Paz. Cuando es El quien está al mando en nuestras vidas, podemos enfrentar las circunstancias más difíciles, sobreponernos a los más abrumadores conflictos o dificultades, a las persecuciones más encarnizadas, pues Su paz no nos abandonará, porque El dice: *“No te desampararé, ni te dejaré.”*

Uno de los caminos por donde el Señor me ha llevado, es precisamente el de Su paz. Siempre que esa paz se ha interrumpido en mi corazón, cuando algo ha afectado la presencia de Dios dentro de mí, sé que es tiempo de escapar de mí mismo, de ponerme de rodillas ante el Señor y de no levantarme hasta cuando El haya puesto Su dedo en aquello que anda mal. Podría ser algo que dije, o que hice, o que dejé de hacer, o que pensé o que estaba planeando hacer. Dios quiere que refrenemos el paso, que nos detengamos antes de que las malas inclinaciones puedan apoderarse de nosotros, antes de que las palabras repugnantes puedan salir de nuestras bocas, antes de que tengamos que enmendar lo que hayamos hecho o dicho. ¿Le gustaría que nos

volviéramos tan sensibles a Su presencia que pudiéramos descubrirla antes de que hicieran su aparición los malos pensamientos o las malas inclinaciones, y que le permitiéramos detenernos o corregirnos antes de que dejemos de hacer Su entera voluntad y terminemos haciéndonos daño o haciéndonoselo a los demás?

Si ya hemos comenzado a estropear las cosas, nuestro error puede ser subsanado todavía, porque todos cuantos nos rodean, especialmente nuestra familia, necesitan del buen ejemplo. Mi padre suele decirme que ninguna vida humana se pierde del todo pues, por lo menos, sirve para dar mal ejemplo a los demás. Así, aún cuando demos mal ejemplo, nuestras vidas pueden servir todavía para la gloria de Dios, si estamos dispuestos a someternos a El y a hacer lo que El quiere que hagamos, pidiéndole perdón y poniendo en Sus manos nuestro orgullo para enmendar el mal que hayamos hecho. Muchas veces podemos ganar más terreno para el Reino de Dios, sirviendo como ejemplo de arrepentimiento y de verdadera sumisión al Señor, que valiéndonos de cualquier otra cosa que podamos hacer o decir. Nuestros errores y debilidades son oportunidades magníficas para demostrarle a los que nos rodean que lo esencial es el arrepentimiento verdadero y la completa sumisión a Jesucristo.

Es significativo el número de personas, si no lo somos todos, que tienen dificultades para arrepentirse verdaderamente y para someterse a la voluntad de Dios, si no ven un ejemplo patético. Me di cuenta de que los guerrilleros que me secuestraron no tenían ni idea de lo que era el arrepentimiento; sin embargo, cuando empecé por admitir ante ellos cuando me había equivocado, algunos depusieron su actitud arrogante y reconocieron sus errores. Uno de ellos me pidió que lo perdonara, con lágrimas en los ojos, antes de mi partida. Estos eran los mismos individuos que al principio se erguían y decían en tono

beligerante: “Nosotros no cometemos errores. Cualquier otro puede equivocarse, pero nosotros no.”

¿Alguna vez ha estado usted cerca de alguien que no cometa errores? Me han llegado casos de padres que traen a uno de sus hijos a la consejería, y dicen: “Este muchacho nunca admite los errores que comete.” Pero, cuando empiezo a interrogarlos, me doy cuenta de que ellos tampoco aceptan que se han equivocado. Nuestra actitud influye en los que nos rodean. Una manzana dañada puede echar a perder todas las que contiene el barril. Una persona conflictiva que ande suelta en una iglesia o en un lugar de trabajo, puede inficionar la atmósfera para los que allí se encuentran. El espíritu conflictivo que poseen esas personas, causa estragos en todas partes. Por el contrario, una persona que irradie la paz de Dios, puede producir un profundo impacto en quienes la rodean. Un poquito de sal puede salar y preservar el contenido de todo un contenedor de alimentos.

La paz de Dios es contagiosa. Podemos ir por ahí contagiando a la gente, del mismo modo que si tuviéramos una enfermedad (benigna) contagiosa. Cuando nuestra actitud es recta, ella habla más alto que nuestras palabras. Si queremos ser verdaderamente eficaces para el Señor, necesitamos poseer dos buenas condiciones: Que nuestra actitud (nuestro corazón) sea recta como nuestra doctrina (nuestro conocimiento). Sin embargo, es definitivamente mejor contar con alguien cuyo corazón sea recto ante Dios, aunque su doctrina no lo sea tanto. O dicho de otro modo, no importa que sus conocimientos doctrinales sean perfectos, si su corazón está dañado.

Comparando esto con la aviación, lo esencial para lograr un buen pilotaje es controlar una actitud de vuelo correcto. Usted no puede realizar maniobras de precisión o hacer un aterrizaje con instrumentos de aproximación, a menos que pueda controlar la posición del avión, especialmente si trata de aterrizar en una pista corta. Si no

puede controlar la posición del aparato, es posible que sobrepase la pista o que no la alcance y termine sufriendo un serio accidente. Los pilotos inexpertos no pueden aterrizar en una pista corta, a menos que hayan dominado la posición de la nave. Por otra parte, también se necesita saber todo lo relacionado con los sistemas mecánicos y de la navegación.

Hay muchas cosas que un buen piloto necesita tener en la cabeza y dominarlas de tal manera que, en una emergencia, pueda actuar apropiadamente según la información recibida. Muchos accidentes trágicos han sucedido, porque algo falló en el avión, y el piloto no pudo precisar si el inconveniente tenía que ver con el sistema eléctrico o con el hidráulico, e inhabilitó el sistema que no era, ocasionando más dificultades. Algunos pilotos (de avión bimotor), con reflejos relámpago, cuando se presenta la falla de un motor, paran el motor bueno por equivocación, en vez de embanderar el motor malo, resultando en un accidente trágico. No es teniendo reflejos relámpago como una persona puede convertirse en el mejor piloto en momentos de crisis; por el contrario, es actuando calmada e instintivamente y haciendo bien las cosas en los momentos de apremio. Esto también se aplica en el cristianismo.

Cuando nos encontramos en situaciones difíciles que exijan de nosotros una decisión rápida y acertada, y no sabemos qué hacer por no tener la paz del Señor, lo mejor que podemos hacer es detenernos y buscar Su ayuda para encontrar lo que El quiere, antes de precipitarnos y de tomar una decisión apresurada que quizá tengamos que lamentar más tarde.

Me gustaría sugerirle que se valiera de las Bienaventuranzas como de una lista de verificación (chequeo), semejante a las que se usan en los aviones. Hay pilotos que creen que no necesitan tales listas, pues piensan que pueden valerse por sí mismos. Todo marcha bien hasta

cuando olvidan algún detalle importante, como disponerse a aterrizar ¡sin bajar primero el tren de aterrizaje! Muchos aviones lindos (y costosos) han rechinado en el asfalto, destruyéndose la hélice y averiándose el motor produciéndose, a veces, una explosión o un incendio, y todo porque los pilotos olvidaron este sencillo procedimiento.

Existen cosas importantes que Dios quiere que verifiquemos. Las Escrituras son claras a este respecto. Cuando alguien habla en nombre del Señor, bien sea para enseñar, para predicar, para cantar, o para lo que sea, debe dar la oportunidad a los que tengan discernimiento espiritual para que evalúen lo que está ocurriendo, y comparen lo que resulte dudoso con la Palabra de Dios, escrita o revelada. No es diciendo solamente: “Así dice el Señor,” y que nadie pueda hacer objeción alguna. En todas partes se encuentran personas que han recibido dones de discernimiento y de sabiduría, pero que no pertenecen, por naturaleza, al tipo de las personalidades carismáticas sobresalientes, sino que son de aquellas personas que gustan del anonimato, personas con verdadera vocación de servicio, pues no se sienten auto suficientes. Estas personas necesitan que se les haga hablar para que hagan uso de sus dones, los cuales son importantes para mantener el equilibrio de la balanza.

Si usted es una persona que posee dones, estudie las Bienaventuranzas y asegúrese de que lo que está haciendo está de acuerdo con las enseñanzas de Jesús. Estudie la primera Bienaventuranza y pregúntese: ¿Cuando hago uso de mis dones, estoy alimentando mi soberbia? ¿El hecho de que pueda ponerme de pie y ejercer el ministerio sólo para divertir a los demás es una traición del subconsciente? Si es así, usted va en camino de verse en dificultades. Más tarde o más temprano, Satanás le tenderá su trampa y usted caerá de bruces en ella. ¿Sus dones son para someterse al Señor, para hacer Su voluntad y sólo Su voluntad? ¿Hace uso de sus dones temblando y con temor? ¿No está

dispuesto a respaldar nada de lo que Dios quiere manifestar por su intermedio pero, al mismo tiempo, sólo quiere decir aquello que el Señor disponga? ¿O está haciendo uso de sus dones para manipular a los demás y para imponerles su voluntad?

Existen personas que suelen usar los dones dados por Dios para hacer juegos espirituales de salón, empleándolos en forma indebida. He asistido a grupos de oración en los que se jugaba al “¿Puede usted alcanzar este espíritu?” Y fueron muchos los traicionados por el subconsciente. Incluso los líderes pueden caer en la tentación de utilizar frases como: “Así dice el Señor,” cuando lo que quieren realmente es imponer su propia voluntad a los demás. ¿Adivina lo que pasa cuando ocurren cosas como éstas? La gloria, el poder y la bendición del Señor empiezan a alejarse. Lo que empieza en el Espíritu, no debe terminar en la carne. Peor aún, Satanás puede hacer su entrada en forma engañosa y sustituir al espíritu verdadero por el falso, y los que están promoviendo su propia gloria, ni siquiera se darán cuenta del momento en que el Espíritu del Señor les abandone. Esto fue lo que le ocurrió al rey Saúl, que terminó su trayectoria ¡consultando a la pitonisa de Endor!

En tiempos de Jeremías había muchos profetas falsos que vaticinaban todo lo que la gente quería oír. Nadie escuchaba ya a los profetas verdaderos, porque eso les resultaba desagradable. Tengo un amigo que dice que aunque uno de los principales propósitos de la Iglesia es consolar al afligido, si su ministerio no aflige al cómodo, perderá al fin la bendición de Dios. Cuando los “cristianos” se vuelven complacientes y cómodos, siguiendo su propio camino, necesitan ser sacudidos un poco. A menudo, Dios envía a alguien para que venga y les estremezca.

“Bienaventurados los que lloran (enlutados), porque ellos recibirán consolación” (Mateo 5:4 SEV). ¿Está usted haciendo uso de sus dones

para manifestar un corazón tierno, contrito y humilde ante el Señor; un corazón sensible a los intereses y necesidades de quienes le rodean, sensible a su propia necesidad de ser guiado por el Espíritu de Dios? ¿O usted se siente autosuficiente, porque es tan educado, tan calificado y tan talentoso?

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o rectitud), porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6 SEV). ¿Tiene usted hambre y sed por ser y hacer lo que Dios quiere? ¿Por tratar con justicia a los demás? ¿O solamente quiere que lo traten con justicia a usted? ¿Se desanima cuando alguien no lo trata justamente? ¿O se siente rebotante de hambre y sed de justicia para tratar a los demás justamente? Cuando es Jesús quien está al mando, lo importante no es “la forma como me tratan,” sino “la forma en que trato a los demás. ¿Estoy obrando para mi gloria o para Su gloria?

Si usted piensa: “No me porté bien con esas personas, no les hice justicia, y eso le causa desasosiego y no puede esperar para enmendar lo que hizo; si se preocupa porque alguien haya podido entender mal lo que usted dijo; si usted tenía que decirle algo a alguien y no lo hizo en la forma conveniente, pues dijo más de lo que el Señor puso en su corazón. Si estas cosas lo intranquilizan, entonces, usted va por buen camino, pues está haciendo uso de su don con temor a Dios, y tiembla ante el Señor. Si usted se preocupa y se aflige cuando alguien no lo trata muy bien que digamos, entonces, usted está todavía en dificultades y hay muchas cosas que aún necesitan ser puestas en orden en su vida.

“Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5:7 SEV). Si usted tiene que reprender a alguien, ¿lo hace misericordiosamente? Piensa, “Si eso me hubiera sucedido a mí, ¿cómo habría querido que me trataran?” ¿Está usted lleno de perdón, o siempre está listo para criticar ásperamente a los demás, sólo porque le causan alguna molestia?

Todo se reduce a esto: *Bienaventurados los limpios de corazón; porque ellos verán a Dios.* ¿Está usted obrando con un corazón limpio, o su corazón está manchado? Lo que Dios se propone, en último término, es darnos dones y aptitudes tanto naturales como espirituales para que podamos producir en abundancia frutos buenos y sanos. El árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego, sin tener en cuenta su lozano y exquisito follaje.

Otra cosa que necesitamos tener en cuenta es que Satanás también tratará de comunicarse con nosotros. Cuando Jesús ayunó y oró durante cuarenta días en el desierto, la Biblia no nos relata lo que Dios le dijo, sino que se limita a narrarnos que El fue bautizado por Juan el Bautista, que el Espíritu Santo descendió sobre El en forma de paloma, y que el Espíritu lo condujo al desierto para ser tentado. (Ver Mateo, capítulo 3). Mientras Jesús se encontraba en el desierto, apareció Satanás y empezó a tentarlo. Asegurémonos de que las tentaciones de Satanás sean lo máximo que él pueda hacer, después de todo, trató de tentar a Jesucristo. El diablo le dijo: “¿Tienes hambre?, entonces, convierte estas piedras en pan, y come.”

¿Qué había de malo en convertir esas piedras en pan? Era una “buena idea,” cierto? Si Jesús multiplicó después el pan y los peces y dio de comer a la multitud, ¿por qué entonces no podía alimentarse El mismo? Hay dos errores claves, por lo menos, en esta clase de razonamiento que debemos analizar. El primero, es que la idea no procedía de Dios Padre, y Jesús dijo que El sólo había venido para hacer la voluntad de Su Padre celestial. Esta “maravillosa” idea (convertir las piedras en pan) era de Satanás, que tratará de proporcionarnos “buenas” ideas sobre cómo hacer uso de nuestros dones. Pero, si la idea no viene de Dios Padre, entonces, no es buena. Jesús le respondió, citando las Escrituras: “Porque está escrito, *‘El hombre no vivirá sólo de pan, sino de toda palabra que salga de la boca de Dios (Padre).’*”

El segundo error es también muy importante y tiene que ver con el primero. Jesús nunca hizo uso de sus dones para conseguir algo para Sí mismo o para Su propia gloria. Podría haberlo hecho, pero, prefirió no hacerlo. Si utilizamos nuestros dones para glorificarnos o para conseguir bendiciones para nosotros mismos, interferiremos la bendición y el poder de Dios. De ese modo, sólo recibiremos lo que podamos conseguir humanamente, y nada más.

Si cuando somos atacados o se nos calumnia concentramos el poder de nuestros dones y de nuestras capacidades para defendernos o para tomarnos la justicia por nuestras propias manos, tendremos cualquier clase de protección que seamos capaces de conseguir por nuestros propios medios, pero, no tendremos la plena intervención de Dios. Si nos dedicamos a revolver y a enturbiar las aguas, (tomando la ley en nuestras propias manos) no podemos esperar la clara y limpia intervención de Dios en nuestro favor.

Así es como Jesús fue tentado para que pusiera en práctica una “buena idea” que se le ocurrió a Satanás, no a Dios Padre. Jesús sabía que esa “buena” idea que provenía de Satanás, no lo era tanto. También demostró que no iba a utilizar Sus dones para bendecirse El mismo. Las Escrituras dicen que después de que El fue tentado, el Padre envió a los ángeles para que le sirvieran y para que solventaran sus necesidades. Dios también solventará nuestras necesidades. No tenemos que tomar nuestros dones para tratar de suplir nuestras necesidades personales. Nuestros dones no son para esto, son para edificar el cuerpo colectivo de Cristo (Su Iglesia). (Ver Efesios 3:11-13).

Lo trágico es que algunos individuos que han recibido de Dios poderosos dones de evangelización, en lugar de utilizar su poder de persuasión para llevar a los hombres hacia el Señor, empleen esos dones para convencer a la gente de que les dé dinero para ellos y para

“su” ministerio. Y de repente la sal ha perdido su sabor y está siendo pisoteada por los hombres.

Satanás también puede citar la Biblia. Cuando llevó a Jesús al pináculo del templo, le dijo, “...*Si eres Hijo de Dios, échate abajo; que escrito está: A sus ángeles mandará por ti, y te alzarán en las manos, para que nunca tropieces con tu pie en piedra*” (Mateo 4:6 SEV). Satanás citará las Escrituras y hará todo cuanto pueda para valerse de nuestro orgullo. Cuando es él quien cita las Escrituras, necesitamos identificar el origen del mensaje, pues el hecho de que se trate de una referencia bíblica tomada fuera del contexto para ser aplicada, no quiere decir que sea Dios quien nos esté hablando. Asegurémonos que proceda de Dios realmente. Jesús respondió a Satanás con otra cita bíblica: “...*Escrito está además: No tentarás al Señor tu Dios*” (Mateo 4:7 SEV). Satanás hubiera querido que El dijera: “Bien, Yo soy Supermán. Allá voy desde el pináculo del templo.” Dios no está buscando superestrellas. Lo que El está buscando son los humildes y contritos de espíritu que tiemblan ante Su Palabra. (Isaías 66:2).

Jesús no hizo uso de Sus dones para alimentar Su propio orgullo. Cuando hacía algo milagroso, como sanar a alguien o resucitar a una niñita, por ejemplo, decía: “No se lo contéis a nadie. Glorificad a Dios, no digáis que fui Yo.” La actitud de Jesús contrasta violentamente con la de algunos de nuestros actuales ministros que trafican con “señales y maravillas.”

La última tentación fue ésta: “Te mostraré todos los reinos del mundo. Sólo tienes que reverenciarme y aceptarme, y serán Tuyos. No tienes que morir en la cruz. No tienes que dar Tu vida. Puedes poseerlo todo sin necesidad de ningún sacrificio, o dolor o sufrimiento.” Satanás está ahí todavía, ofreciéndonos esta tentación. Usted puede poseerlo todo. Ser “hijo del Rey”, si quiere. Nada será suficientemente bueno para usted. No tendrá que morir a sus propios

deseos; no tendrá que pagar un precio o sufrir. Puede tenerlo todo. Sólo pídalo, porque usted es “hijo del Rey.” Jesús rechazó la oferta y siguió Su camino con humildad. El dijo: “...*Las zorras tienen cavernas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar Su cabeza*” (Mateo 8:20 SEV). También dijo: “...*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su madero, y sígame*” (Mateo 16:24 SEV).

Por ahí andan muchos que dicen ser discípulos de Cristo, y se proclaman como hijos de Dios, pero, los que verdaderamente son hijos de Dios, son aquellos que toman su cruz y siguen al Señor a donde quiera que El vaya. Sin embargo, El dice: “...*Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga*” (Mateo 11:30 SEV). Su cruz es alegría, porque no hay nada que pueda competir con la paz que sólo El puede darnos.

La paz de Dios proviene directamente de la proyección de Su poder. Piense en el inmenso poder que mantiene el orden en el universo, y que sólo es una pequenísima fracción de Su poder ilimitado. Este es el poder de que disponen los hijos de Dios, poder que puede capacitarlos para proyectar, para irradiar Su paz. Se acerca el día en que Jesucristo revelará toda Su gloria. La Biblia dice que toda la creación gime y se conmueve esperando la manifestación (revelación) de los hijos de Dios (Romanos 8:19). Cuando llegue el gran día, los hijos de Dios no solamente irradiarán la paz, sino que le darán cumplimiento. Toda la creación recuperará la armonía con Dios, y nosotros (Sus hijos) seremos coherederos con Jesucristo, (Romanos 8:17).

Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios. ¿Cómo lo llamará la gente a usted? ¿Cómo lo llamará Dios?

“Porque si viviereis conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales

son hijos de Dios. *Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre (esclavitud) para estar (otra vez) en temor; mas habéis recibido el Espíritu de adopción (de hijos), por el cual clamamos, ¡Abba, Padre!*

Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; ciertamente de Dios, y coherederos con Cristo; si empero padecemos juntamente con El, para que juntamente con El seamos glorificados.

Porque tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece, no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada. Porque la esperanza solícita de las criaturas espera la manifestación de los hijos de Dios. Porque las criaturas sujetas fueron a vanidad, no de su voluntad, sino por causa del que las sujetó, con esperanza que también las mismas criaturas serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:13-21 SEV).

Oremos:

Padre Nuestro del Cielo, queremos que Tú nos llames hijos Tuyos. Señor, clarifica las ideas que tenemos sobre nosotros mismos. Queremos saber lo que Tú piensas de nosotros; queremos saber lo que somos ante Tus ojos. Quienes nos rodean, ¿pueden verte en nosotros? ¿Tu huella está impresa en nosotros? ¿Todos y cada uno de nosotros se hace cada día más semejante a Ti? ¿O somos como el árbol que está podrido hasta la raíz y que sólo produce frutos secos y pequeños que empeoran año tras año? ¿Qué clase de fruto estamos produciendo?

Señor, ayúdanos a producir un fruto saludable, un fruto sano. Ayúdanos a llevar a los demás hacia Ti y a estar pendientes después de que caminen sana y saludablemente en pos de Ti, para que ellos, a su vez, produzcan buenos frutos; para que puedan mirarnos y vean reflejada Tu imagen en nosotros, y así hagamos nacer en ellos Su esperanza; para que sembremos en sus corazones el deseo de Ti. Para que seamos el tormento del mundo, como lo sería una jugosa y deliciosa manzana de un árbol inaccesible, con la que todo el mundo quisiera deleitar su paladar. Que cuando ellos logren alcanzar la manzana inaccesible y la muerdan, no tengan que escupirla y alejarse con asco, porque algunos de los que nos proclamamos como Tus representantes estemos tan podridos y llenos de gusanos que nadie pueda insistir en participar de lo que estamos ofreciendo en Tu Nombre.

Señor, ayúdanos. Que nos arrepintamos de todas las cosas Tuyas que hayamos hecho a nuestro modo; de todas las equivocaciones cometidas y de todos los errores perpetrados, y de aquellas actitudes equivocadas de las que no nos hayamos arrepentido; de todas las cosas que hayamos hecho en Tu nombre, pero, que no lo eran realmente, puesto que las hacíamos en nuestro nombre. Señor, queremos volver a tomar la cruz; queremos dejar que seas Tú quien escojas las buenas ideas, y quien uses nuestros dones para que los demás tengan una apropiada relación Contigo y sean parte de Tu cuerpo.

Señor, líbranos de usar los dones y aptitudes que Tú nos has dado para cimentar nuestra soberbia, nuestro ego, nuestro nombre o aún el nombre de nuestra institución. Por favor, líbranos de usar los dones que nos has dado para llenar nuestros bolsillos y para establecer nuestros reinos propios en Tu nombre. Queremos hacer uso de nuestros dones para exaltar Tu nombre; para glorificarte; para que

puedas atraer a todos los hombres hacia Ti. Que hagamos todos los sacrificios necesarios para allegarnos hasta los demás y rescatarlos del reino de las tinieblas. Sin embargo, Tú nos dices que es mejor obedecer que hacer sacrificios. Por favor, libra a Tu pueblo de sacrificarte cosas que Tú nunca le dijiste que Te sacrificara. Que nuestros sacrificios sean gratos a Tus ojos; que podamos sacrificarte sólo aquello que sea grato y placentero para Ti en obediencia a Tu llamado.

Señor, deseamos que quienes estén alrededor nuestro en este mundo puedan mirarnos y decir: “Sin duda, deben ser el pueblo de Dios, porque dondequiera que ponen su atención hay bendición. En todo lo que ponen sus manos, prospera. Deseamos tener esa bendición, deseamos ser como ellos.” Que se sientan atraídos hacia nosotros y hacia Ti. Señor, por favor, danos Tu gracia, que es en verdad Tu poder, para que podamos ganar realmente la batalla en Tu Nombre. Estamos cansados de bregar en este mundo sin Tu poder y sin Tu paz. Queremos seguir tras de Ti, Señor, y dar testimonio del poder de Tu presencia en nosotros, Tu pueblo, derrotando al enemigo; queremos entrar en posesión de la tierra en Tu Nombre; queremos ver la restitución, la purificación de Tu pueblo, de Tu Iglesia; queremos librar a los que se encuentran en las tinieblas entre los tentáculos del enemigo; queremos ver que nuestra nación vuelva hacia Ti. Haz uso de nosotros, Señor. Queremos ser una pequeña parte de Tu Gran Plan Maestro. Amén.

Haciendo huir a Satanás

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o rectitud), porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6 SEV).

La promesa que hay al final de la octava Bien aventuranza, es exactamente la misma con la que finaliza la primera de ellas. Es como si Dios hubiera diseñado toda esta serie de actitudes, promesas y bendiciones para que fueran una especie de circuito cerrado dentro del cual nosotros demos vueltas y vueltas, tal como lo hacemos al subir por una escalera de caracol.

Me he dado cuenta de que las Bienaventuranzas son una excelente lista de verificación. Cuando algo anda mal en mi vida, o necesito evaluar mi desempeño en una actividad determinada; cuando trato de buscar un buen medio para estar seguro de que mi vida se afianza en una base sólida, tengo necesidad de revisarla para ver si lo que estoy haciendo está motivado por la soberbia o por la humildad de mi corazón; para ver si quiero seguir realmente mi camino, tomando la Ley en mis propias manos, o si me encuentro totalmente sometido a la Potestad y a la voluntad de Jesucristo. ¿Es el Espíritu Santo quien está haciendo resplandecer la verdad de Dios en mi corazón y lo está ablandando? ¿O mi corazón se está endureciendo? ¿Tengo hambre y sed de justicia por hacer lo que Dios quiere que yo haga, o hay alguna otra motivación en mi corazón? ¿Estoy verdaderamente interesado en tratar a los demás de la misma manera en que quisiera que Dios me tratara, con una actitud misericordiosa; o hay alguna raíz de amargura que empieza a desarrollarse en determinada relación o

actividad? ¿La paz de Dios está por encima de todo en mi corazón? Porque si no es así, y siento que la paz de Dios me ha abandonado, lo mejor que puedo hacer es ponerme de rodillas hasta cuando el Señor me muestre lo que necesito para recuperar Su paz, para estar dispuesto a hacer todo lo que El me indique.

Hacer y ser lo que Dios quiere, nos acarreará persecución, nos ocasionará la oposición del enemigo. Oigamos la novena Bienaventuranza:

“Bienaventurados sois cuando os vituperen y os persigan, y se dijere toda clase de mal de vosotros por mi causa, mintiendo. Gozaos y alegraos; porque vuestro galardón es grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas queestuvieron antes de vosotros” (Mateo 5:11-12 SEV).

La mejor señal y la evidencia más segura de que usted está cumpliendo la voluntad de Dios, es el hecho de que sea perseguido por causa de hacer lo justo. Una de las tácticas predilectas de Satanás es la de fomentar mentiras y rumores, pues es un experto para echarlos a correr. Si puede conseguir que nos aprestemos para defendernos de las mentiras y rumores para salvar nuestra reputación, entonces, puede sacar ventaja de la situación, porque así consigue que desistamos de atacarlo por empezar a defender algo que sea “nuestro”, algo que debíamos haber colocado en el altar delante de Dios, desde hace tiempo. Si nos hemos compenetrado verdaderamente con el espíritu de las Bienaventuranzas; si hemos entrado al Reino de Dios por la puerta estrecha, nuestra soberbia y nuestros deseos por lograr una buena reputación habrán quedado atrás.

Las Bienaventuranzas se escuchan con facilidad, pues son agradables y sorprendentes. Hay algo dentro de nosotros que nos dice: “Sí, esa es la manera de obrar. Así deben ser mis relaciones personales.” Pero, cuando las ponemos en práctica, son como el rollo que se le

pidió al profeta Ezequiel que comiera, dulce en la boca pero, amargo en el estómago. En el capítulo 10 del Apocalipsis también se le pide al apóstol Juan que coma la misma clase de rollo, o mensaje. El Sermón de la Montaña es así: dulce en la boca, pero, puede ser amargo en el estómago, mientras lo digerimos y lo ponemos en práctica.

Para recibir la bendición, se requiere poner en práctica las enseñanzas de Jesucristo. *“Aquel, pues, que escucha Mis palabras y las pone por obra, será como el varón prudente, que edificó su casa sobre roca.”* Recuerde que la palabra casa tiene un doble significado. Puede referirse tanto a casa y familia, como también a las cuatro paredes y al techo. De este modo, el Señor nos está dando un ejemplo de la casa (o familia) que está edificada sobre la roca. Los ríos crecieron, los vientos soplaron y golpearon contra la casa, pero, no cayó, porque estaba cimentada sobre la roca. Lo que necesitamos para edificar nuestra casa sobre la roca, es cimentarla en las actitudes de Jesús, en Su vida, en Su corazón, perfeccionando estas cosas con el poder y con la presencia de Su Espíritu Santo dentro de nosotros, y convirtiéndonos en un ejemplo viviente de Jesús y de Su mensaje.

Un bien intencionado maestro de la escuela dominical me enseñó que con sólo creer en Jesús ya tenía mi casa edificada sobre la roca. Este es un buen comienzo, pero la Biblia dice que aun los demonios creen y que tiemblan y temen (ver Santiago 2:19). Pero, no viven de acuerdo con las Bienaventuranzas, y no tienen la bendición, pues están bajo una maldición. No es suficiente con que sólo creamos racionalmente en los hechos que conocemos sobre Dios para que nuestra casa esté edificada sobre la roca. Tenemos que poner por obra el mensaje de Jesús. Cometeremos errores a lo largo del camino y, cuando esto ocurra, tendremos que volver a la primera Bienaventuranza y estar dispuestos a admitir nuestras equivocaciones, a renegar de nuestros pecados y a dejar atrás nuestra soberbia. Debemos someter las zonas

de conflicto de nuestra vida al Señor y pedirle que haga una limpieza de nuestro interior, empezando por las profundidades de nuestro corazón. Que nos purifique de todo lo que no sea bueno y nos dé hambre y sed para que seamos como El quiere y para que hagamos lo que El quiera.

Ser es más importante que hacer. Vivimos en un mundo al que le gusta hacer cosas, pero, el mensaje que Dios nos envía es el de que El quiere que seamos un pueblo especial. Todo cuanto podamos hacer por Dios tendrá un final. El apóstol Pablo dice que aunque todas las cosas son perecederas, hay tres que permanecerán: la fe, la esperanza y la caridad – el amor divino – (ver 1 Corintios, capítulo 13). Todas ellas tienen que ver con Jesucristo, pues El es Su autor. Se trata de nuestra fe en El, de nuestra esperanza en El, y de esa clase de amor que solamente El puede sembrar en nosotros. Estas son las tres únicas cosas que van a permanecer para siempre.

Es muy difícil vivir la novena Bienaventuranza, pues la gente puede calumniarnos en dondequiera que nos encontremos; en cualquier parte podemos estar expuestos al ataque frontal del enemigo y, sin embargo, debemos tener fuerzas para continuar en la lucha siguiendo el rumbo que Dios nos ha trazado y que debemos emprender sin vacilaciones, ¡manteniéndonos regocijados durante todo el tiempo que dure el ataque que estemos recibiendo! Esto me ha ocurrido demasiadas veces. En algunas oportunidades, cuando el enemigo me está atacando, me queda difícil manifestar el regocijo que el Señor quiere que demuestre y, aunque trato de sonreír, interiormente no me siento verdaderamente regocijado. ¿Quiere saber lo que he descubierto? Que cuando, aparentemente, no siento alegría por los ataques y las calumnias de que Satanás me está haciendo objeto, es porque queda algo que todavía es mío, algo a lo que estoy subconscientemente atado, algo que temo estar a punto de perder. Se trata de MI reputación, de MI ministerio,

de MI familia, en fin, de cualquier cosa que todavía considere mía y que no haya sido puesta en el altar del sometimiento total a Cristo, y que está entorpeciendo mi capacidad de regocijo en el Señor cuando tengo que soportar un ataque. Jesús dijo: *“Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por causa de mí y del Evangelio, éste la salvará”* (Marcos 8:35 SEV).

Es la defensa de lo que considero “mío” lo que ha hecho que, la mayoría de las veces, suspenda mi hostigamiento al enemigo en la forma en que Dios quiere que lo haga, por permanecer a la defensiva, le doy tiempo suficiente a Satanás para que reorganice y reagrupe sus defensas y pueda contra atacar. Satanás obra muy sutilmente, tratando de provocarnos y de hacernos reaccionar, para lo cual ensaya y explora en busca de una zona nuestra que no esté totalmente sometida a Dios, y a la cual pueda atacar.

Volvamos a la epístola de Santiago. Quiero citar uno de los versículos de la Biblia más mal interpretados que conozco. Seguramente usted lo ha oído citar (o tal vez lo haya hecho usted mismo). Se trata del versículo dedicado al diablo en los momentos de tribulación o cuando él nos está atacando: *“...resistid al diablo, y (él) huirá de vosotros”* (Santiago 4:7 SEV). Pero, si miramos unas cuantas líneas más arriba, encontramos que dice en Santiago 4:6, *“...Dios resiste a los soberbios, y da la gracia a los humildes. Estad pues sujetos a Dios; resistid al diablo, y (él) huirá de vosotros.”* Esta partecita sobre resistir al diablo y verlo huir de nosotros depende de dos condiciones, por lo menos. La primera es que debemos ser humildes (pobres de espíritu), y la segunda, que debemos someternos a Dios (ser mansos bajo el gobierno de Dios). Y, precisamente, éstas son las primeras tres Bienaventuranzas. Estos son los requerimientos indispensables para que podamos resistir a Satanás y hacerlo huir de nosotros.

He visto a muchos “cristianos” que tratan de resistir a Satanás, pero, en lugar de hacerlo huir de ellos, él regresa y los atrapa. Esto es algo que ocurre frecuentemente en el campo misionero, y también me ha sucedido a mí, una o dos veces. Cuando he vuelto en mí, apaleado y magullado, he tratado de averiguar cuál fue el error que cometí y en qué momento lo hice. Satanás tratará de atacarnos aprovechando cualquier zona de nuestra vida que no esté sometida a Dios, o en aquella donde nuestra soberbia se esté incrementando. Estos son los primeros blancos que buscará.

Si estamos espiritualmente dormidos y no estamos siendo útiles ni productivos en el servicio de Dios, entonces, Satanás continuará tentándonos dulce y suavemente para alejarnos cada vez más de Dios, pero, no se nos enfrentará abiertamente. El no malgasta su tiempo ni sus limitados recursos para eso. Sin embargo, en el momento en que empecemos a ser efectivos para Dios; en el instante en que Dios comience a transitar por nuestras vidas; tan pronto como el carácter de Jesucristo comience a imprimirse en nosotros; cuando empecemos a participar del ilimitado poder y de la autoridad de Cristo, y seamos lo suficientemente fuertes como para ocupar las fortalezas del enemigo en nombre del Señor, entonces, Satanás tendrá que hacer algo, o de lo contrario perderá, y su pérdida será grande.

Realmente, sus defensas no son buenas. Cuando los hijos de Israel, bajo las órdenes del Señor, marcharon alrededor de las murallas de Jericó haciendo sonar las trompetas, Dios las derribó fácilmente.

Cuando Dios derriba las murallas de una fortaleza enemiga, podemos despojar al enemigo de todo lo que tiene allí. La única manera que tiene Satanás para defenderse del ataque es la de explorar los alrededores y encontrar algo que hayamos guardado para nosotros mismos. ¿Recuerda lo que ocurrió después de la batalla de Jericó? ¿Lo que sucedió en el combate siguiente? Que los hijos de Israel sufrieron

una terrible derrota y fueron rechazados. Ellos no podían comprender la razón por la cual, después de haber conseguido inicialmente tan tremenda victoria, ahora se encontraban huyendo del enemigo que los estaba destrozando. Todo el descalabro se reducía a que uno de sus hombres había tomado, según dice el libro de Josué, “...*un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro...*,” sacándolos de los despojos de la batalla que, se suponía, debían ser ofrendados al Señor en su totalidad, y los había enterrado en el piso de su tienda. Esta fue la causa para que todo el ejército perdiera la bendición del Señor. (Ver Josué 7:21).

Esto es lo que pasa si tomamos para nosotros mismos lo que ha sido dedicado completamente al Señor. Simbólicamente, el manto babilónico representa la confusión del razonamiento humano (justificación y engaño) con que el soldado estaba tratando de encubrir su pecado; de otra parte, con la plata se representa la redención en la Biblia. Por eso, Acán (que significa tribulación en hebreo) estaba tratando de redimir a su familia (proveyendo lo necesario para ellos en la Tierra Prometida) con procedimientos humanos; sin embargo, terminó metiéndolos a todos en dificultades. Un solo individuo de corazón perverso puede acarrear el desastre para toda una agrupación. La bendición de Dios sólo retornó cuando Acán sufrió su castigo, muriendo apedreado y quemado. (Ver Josué 7:25).

En el capítulo 3, versículo 13 de la epístola de Santiago se dice: “¿*Quién es sabio y avisado entre vosotros? Muestre por la buena conversación sus obras (realizadas) en mansedumbre de sabiduría.*” Al leer esto, usted se habrá dado cuenta de que Santiago estudió el Sermón de la Montaña.

“Pero si tenéis envidia amarga, y contención en vuestros corazones, no os gloriéis, ni seáis mentirosos contra la ver-

dad. Porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino que es terrenal, animal, diabólica.

Porque donde hay envidia y contención, allí hay perturbación, y toda obra perversa. Mas la sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora, no fingida. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz”

(Santiago 3:14-18 SEV).

He descubierto algo que pasa entre los muchos grupos de oración que se reúnen en casas de familia o en las iglesias donde he tenido oportunidad de ejercer el ministerio durante muchos años. Por regla general, los que buscaban poder en lugar de santidad (su interés se centraba en poseer dones de poder: señales, milagros, maravillas), mordieron el polvo en medio de algún escándalo, o se descarriaron en el error, o cayeron en manos de alguien que hizo uso de sus dones espirituales solamente para manipular o para explotar a los demás. En cambio, los que buscaban desinteresadamente hacer la voluntad de Dios con un corazón puro, llegaron a sentirse motivados para salir a la calle y dar su ayuda a personas necesitadas, algunas de las cuales también hicieron lo mismo, iniciando así una reacción en cadena de la bendición de Dios. No solamente fueron bendecidos por el Señor, sino que también recibieron el poder tras el cual andaban aquellos otros grupos que, según parece, no pudieron encontrar la forma de conservarlo.

La Santidad en su definición mas completa es ser separados para ser utilizados exclusivamente por el Señor. Si es así obviamente estaríamos alejados del pecado.

Volvamos nuevamente con el versículo 17 en otras palabras: *“Mas la sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora, no fingida. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz.”* Junto con la justicia viene el poder de Dios. Si tuviéramos tiempo, podríamos hacer un estudio de este término, justicia, de principio a fin, y ver cómo, muchas veces, a través de la Biblia, la justicia está unida a manifestaciones de verdadero y auténtico poder de Dios. El no derrama Su poder sobre los injustos (a menos que se trate de un juicio). Si usted quiere ver que el poder de Dios se manifieste en su vida, debe esforzarse por ser íntegro delante del Señor y esto se obtiene solamente mediante la intervención directa de Dios en nuestra vida. Si quiere acostumbrarse a ser como un vaso, como un conducto para el Espíritu Santo, su corazón tiene que ser puro ante Dios, pues, de otra manera, corre el grave riesgo de recibir algún otro espíritu; de verse atrapado en alguna de las múltiples facetas de las trampas de Satanás, y de tomar la vía paralela o la desviación o, aún peor, de extraviar a otros que están siguiendo su ejemplo.

“¿De dónde vienen las guerras, y los pleitos entre vosotros? De aquí, es decir, de vuestras concupiscencias, las cuales batallan en vuestros miembros. Codiciáis, y no tenéis; matáis, y tenéis envidia, y no podéis alcanzar; combatís y guerreáis, y no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís; porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. Adúlteros, y adúlteras, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios?...” (Santiago 4:1-4 SEV).

Recordemos que Santiago estaba escribiendo para gente que se suponía era cristiana. Sin embargo, está hablando de conflictos y de peleas entre lo que se supone como la cristiandad.

“...Cualquiera pues que quisiere ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios. ¿Pensáis que la Escritura lo dice sin causa, El espíritu que mora en vosotros codicia para envidia? Mas El da mayor gracia...” (Santiago 4:4-6 SEV).

En otras palabras, Dios siente que nosotros le pertenecemos cuando hemos hecho un compromiso con El y nos llamamos por Su nombre.

Por lo cual dice (la Escritura):

“...Dios resiste a los soberbios, y da la gracia a los humildes. Estad pues sujetos a Dios; resistid al diablo, y (él) huirá de vosotros” (Santiago 4:6,7 SEV).

Estos versículos resumen los triunfos que hemos conseguido sobre las fuerzas demoníacas. Esta es la promesa clave que Dios ha utilizado en nuestras vidas. Hemos tenido enfrentamientos directos con los poderes de las tinieblas. No pretendemos ser completamente perfectos, pero, sí nos hemos sometido a Dios en todos los aspectos para que El nos limpie el corazón. Tenemos que obrar rectamente ante el Señor y estar dispuestos a admitir nuestras faltas y nuestros errores, en lugar de ocultarlos cuando la verdad de Dios descubre las cosas que están fuera de lugar en nuestras vidas. Cuando nuestro hermano tiene algo contra nosotros, tenemos que estar dispuestos a obrar con actitud humilde y a hacer cuanto sea necesario para enmendar la situación.

Es importante que permanezcamos unidos. Si Satanás puede dividirnos, individualmente puede conquistarnos. A él le gusta dividir para reinar. Sus ataques van dirigidos contra nuestra personalidad, contra nuestra integridad, poniendo en tela de juicio todas las virtudes que Dios está moldeando en nuestras vidas. Si en verdad no hemos muerto para nosotros mismos, entonces, reaccionaremos y empezaremos a defendernos. Si gastamos nuestras energías en defendernos, Satanás tomará un segundo aire y podrá reagrupar a su

gente, impidiéndonos ganar la batalla o conseguir la victoria por la que estamos luchando. He comprobado que esto ocurre muchas veces. Cuando viajamos por Colombia, trabajando en nuestras campañas de Paz, cada una de ellas ha significado sostener una dura batalla con las fuerzas demoníacas, antes de que nos sea posible entrar en determinado colegio para llevarle a miles de jóvenes un mensaje claro del Evangelio; o antes de que podamos entrar en tal o cual ciudad para predicar en las iglesias; o antes de que podamos lograr el permiso de las autoridades.

Satanás no cede un terreno de esa clase sin dar la batalla. El no quiere perder sus dominios; no quiere perder a los que mantiene en esclavitud. El quiere hacer caer a tanta gente como pueda y frustrar los propósitos de Dios. Tal vez piensa que procediendo de esa manera, Dios tendrá que brindarle amnistía. No sé, pero, no solamente sigue empeñado en su total rebelión contra Dios, sino que busca el modo de conseguir tanta gente como puede para él. Es un jugador que no arriesga sus ganancias. Por eso, la situación para aquellas personas que mueren cuando él ha logrado engañarlas, es muy grave. Todos somos responsables de la verdad que poseemos.

Escuchemos lo que dice Santiago:

“Allegaos a Dios, y El se allegará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad los corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante de la presencia del Señor, y El os ensalzará” (Santiago 4:8-10 SEV).

Este: *“Humillaos delante de la presencia del Señor y El os ensalzará,”* corresponde al contexto de la lucha espiritual. Es otro de los versículos que se cita siempre fuera de contexto, como si estuviera

solo, pero, viene justo en medio de cómo hacerle frente, cómo resistir al demonio y cómo ponerlo en fuga.

El versículo 17 al final del capítulo dice:

“El pecado pues está todavía en aquel que sabe hacer lo bueno, y no lo hace.”

Para nosotros es posible dar la batalla en nombre del Señor, así como triunfar y rechazar las fuerzas de las tinieblas. También es posible apoderarnos de las cosas que tiene el enemigo, lo mismo que atar al hombre fuerte y arrebatarle los que tiene en su casa (ver Lucas 11:20-22). Por eso, si el Señor nos ordena ir a la batalla, y no lo hacemos, estamos pecando ciertamente.

Me gustaría compartir brevemente dos de los encuentros que hemos realizado en Colombia en diferentes épocas. Satanás obra muy sutilmente y trata de distraer nuestra atención; trata de hacernos pensar que no tenemos tiempo disponible para ir tras el demonio que está poseyendo a determinada persona, pues nos demoraríamos mucho en ese trabajo. Quizá tendríamos que ayunar durante semanas enteras para expulsar a ese demonio particular. Entonces, lo mejor sería que lo dejáramos tranquilo y que nos dedicáramos a algo más fácil. Sin embargo, Dios puede darnos sabiduría para que salgamos victoriosos en todas y cada una de las circunstancias en que nos encontremos.

Una vez nos disponíamos a salir para una campaña y acabábamos de abandonar nuestra casa, llevando los tiquetes para el viaje en avión, pues los mineros de una zona esmeraldífera nos estaban esperando. En ese preciso momento apareció un sacerdote católico acompañado de un hombre que daba señales de estar poseído por el demonio, pidiéndonos ayuda. En seguida pensé: “Oh, no. No tenemos tiempo para ocuparnos de esto.” Luego de reflexionar y de orar, me pregunté: “¿Qué es lo que Dios quiere que hagamos?” Empezamos a orar para

que el hombre pudiera recuperar la razón el tiempo suficiente para decirnos qué era lo que quería. Pues, eso fue lo que ocurrió precisamente. El hombre salió de su manifestación demoníaca y pudimos hablar con él, y nos dijo: “Ayúdenme, por favor. Estos demonios están tratando de matarme, me están lastimando.” Entonces le dije: “¿Quiere usted someter su vida totalmente a Dios? ¿Quiere usted renunciar al demonio y a sus obras?” El respondió, “Sí!” A la pregunta: “¿Quiere usted recibir el Espíritu Santo?” contestó: “¡Sí!” Esto me sugirió una buena idea, pues supuse que si el Espíritu Santo entraba en él, a los demonios no les quedaba otro camino que largarse.

Seguimos orando, y parecía que no iba a suceder nada cuando, de repente, se me vino la idea de ungirlo con aceite. Pedí, pues, el aceite, puse un poquito en mi dedo y extendí el brazo para tocarle. En el instante en que mi dedo tocó su frente, se acabó todo para los demonios. Sólo se produjo un olor y un extraño grito cuando salió el espíritu maligno. Mi esposa, que se hallaba de pie en la puerta de la casa, dice que ese grito pasó junto a ella con dirección a la calle donde desapareció. Después tuvimos tiempo para alcanzar el avión y para realizar una serie de maravillosas reuniones con los mineros en lo que se conoció después como La Paz de Quipama. Pero, yo pensé: “Satanás tuvo que sacrificar a uno más de los suyos.” Probablemente envió a ese demonio, a sabiendas de que no podría resistirnos (pues ya habíamos triunfado sobre otros), para ver si podía hacernos perder el avión. A pesar de todo, Satanás pensó que valía la pena perder a uno de los suyos si, de ese modo, podía impedir nuestro viaje, retrasándonos lo suficiente para que el avión nos dejara y hacernos perder así la oportunidad de predicar a todos esos mineros.

Encontré otro versículo de la Biblia que con frecuencia se cita mal, y es el que se refiere al momento en que Jesús baja del monte donde tuvo lugar la transfiguración en la que Moisés y Elías aparecen junto

a El, que estaba acompañado por Pedro, Santiago y Juan. Los otros discípulos, que se habían quedado al pie del monte, estaban tratando de expulsar un demonio que había poseído a un niño, sin lograrlo. Cuando Jesús bajó, expulsó al espíritu inmundo. Entonces, los discípulos le piden que les diga por qué fallaron ellos. Existen muchas versiones de la Biblia que traen esta respuesta del Señor: *“Mas este linaje de demonios no sale sino por oración y ayuno.”* (ver Mateo 17:21 y Marcos 9:29). La clase de oración de que aquí se habla no tiene que ser necesariamente larga, algo de nunca acabar. El Señor nos dice que no oremos como los paganos con mucha palabrería y frases insustanciales (Mateo 6:7). La palabra oración significa hablar con el Señor y escucharle, dentro del contexto de una íntima relación con Dios Padre y el verdadero ayuno es hacer la voluntad de Dios y no la nuestra.

Creo que lo que el Señor quiere decir en ese versículo es que esa especie de demonios salen solamente cuando oyen y reciben órdenes provenientes de Dios Padre, que es lo que usted tiene que hacer. De nada sirve que usted se apreste con una elaborada fórmula para expulsarlos. Lo que tiene que hacer es escuchar a Dios para saber cómo quiere El que lo haga. Si El le dice que ayune, ayune; pero, si El no lo dice... Recurriendo al error de interpretación ya señalado, Satanás nos ha hecho perder mucho tiempo. Siempre que nos disponemos para enfrentarnos con algún demonio tenaz, alguno de los integrantes del grupo dice: *“Olvidemos eso y hagamos otra cosa, pues no disponemos de tiempo para ayunar durante dos semanas.”* Jesús ayunó al comienzo de Su ministerio, pero, en el caso comentado no lo hizo. Sólo se limitó a practicar la expulsión. Pues El también dijo que no había venido para hacer Su voluntad. El no vino para hablar con Sus palabras; para hacer lo Suyo. El vino para decir y para hacer solamente lo que el Padre le ordenara hacer o decir. Debemos mantener una apropiada relación con Dios (Padre), si vamos a hacer una

demostración de Su autoridad. Si en verdad aprendemos a transitar por la senda de la obediencia a Dios, según Su Espíritu, El podrá darnos las órdenes precisas, en el momento conveniente y en lugar apropiado para que nos sea posible lograr una victoria tras otra sobre las fuerzas del enemigo.

Siempre que nos equivoquemos y nos demos cuenta de nuestro error y de que la presencia de Dios y de Su fuego ya no son los mismos de antes en nosotros, volvamos al principio del Sermón de la Montaña; volvamos a ser pobres de espíritu; despojémonos de nuestro orgullo, y estemos dispuestos a admitir nuestras equivocaciones no sólo delante de Dios, sino también delante de quienes nos rodean para que al Señor le sea posible seguir bendiciéndonos. A Satanás le gustaría tenernos amarrados y conseguir que malgastáramos nuestras energías en toda clase de fruslerías, haciéndonos perder el tiempo, mientras él reagrupa sus fuerzas. El Señor quiere que no desmayemos en el ardor de la batalla; que seamos exactamente como el corcel de guerra que acata Sus órdenes; que, aun en medio de la más espantosa confusión, podamos seguir cumpliendo Sus órdenes precisas para lograr victoria tras victoria hasta cuando los enemigos rueden bajo los pies del Señor. Para esto es para lo que El nos ha llamado.

Aun cuando parezca que hemos sido superados o vencidos, si nos mantenemos firmes en nuestro puesto, puede que estemos próximos a conseguir la victoria. En cierta ocasión, durante el verano, una congregación episcopal me pidió que predicara en su retiro juvenil. Para las pláticas, reunieron a un grupo selecto de los jóvenes que andaban verdaderamente con Dios. Dentro del grupo también había algunos muchachos problemáticos, de esos que nadie sabe qué hacer con ellos en la época del verano. Decidí dar mi enseñanza sobre el Sermón de la Montaña durante toda la semana. Se aproximaba la noche en que echaría la red para ver cuánto había pescado realmente, y quienes eran

los que responderían al llamado de Jesucristo y se comprometerían bajo Su Potestad. Parecía que todo iba bien. Mi mensaje había sido bien recibido y podía sentir la unción y el poder del Espíritu Santo. Pero, entonces, sucedió algo que me dejó completamente desolado.

Uno de mis pecados más dominantes era el de la exageración. El Señor tuvo que intervenir por causa de ella cuando me encontraba cautivo en el campamento guerrillero. Antes de esa experiencia, siempre que caía en una exageración, y el Señor me declaraba culpable por ella, me arrodillaba y le pedía que me perdonara; sin embargo, mi soberbia era demasiado grande para ir en busca de la persona ante la que hubiera exagerado y decirle “Sabe usted, esa historia que le conté está inflada y, de hecho, el 50% de ella son puras mentiras. Lo siento. La verdad significa algo más que eso.” Pero, me dominaba el orgullo y no me dejaba hacerlo. Por eso tenía que contentarme con decir: “Oh, Señor, no lo haré más.” Sin embargo, mi arrepentimiento no lo era tanto como para que las cosas marcharan en línea recta, de manera que seguía dominado por mi problema y, en verdad, no podía controlar mi lengua.

Cuando repentinamente me vi cautivo en el campamento guerrillero, el Señor empezó por hacerme pesar cada palabra que decía. Por la noche no podía dormir si durante el día había dicho algunas cosas que no estaban bien. Me sentía culpable. Sabía que debía contar con la bendición del Señor, pues me encontraba bajo presión suficiente como para verme obligado a buscar cualquier cosa que hubiera exagerado para corregirla. Aun en el caso de que hubiera hecho el enredo con el fin de salvar mi vida y de evitar que mis captores descubrieran algo que pudiera prevenirlos en mi contra. Así fue como el Señor me hizo andar derecho con respecto a la verdad, pero a un costo tremendo para mi orgullo. Esto también tuvo bastante efecto sobre mis captores, pues cuando vieron que me arrepentía de mis mentiras, empezó a

producirse en ellos un cambio que conmovió su propio orgullo e hizo que comenzaran a valorar más la verdad.

Creía que el Señor me había librado de mi problema hasta cuando llegué a ese retiro. Faltaban pocos minutos para continuar con mi tema y me encontraba sentado mientras terminaba la alabanza y los cantos cuando, de repente, Satanás empezó a hablarme. Usted se preguntará como puede hablar Satanás con un cristiano. Pues sí, él puede hacerlo. El puede hablar con cualquiera de nosotros. El habló con el Señor. Cuando Jesús estaba en el desierto, Satanás vino para tentarle y se comunicó con El. Satanás puede sugerir pensamientos. El es el acusador de los cristianos y eso fue lo que pretendió hacerme durante aquel momento.

Así que me dijo: “¿Creías que ibas a realizar un buen trabajo aquí, verdad? Pues no es así. ¿Creías que algunos de estos muchachos iban a venir al Señor? Pues no lo harán. No estás en nada. ¿Qué le acabaste de decir al sacerdote episcopal al mediodía?” Entonces, pensé: “Cierto, el sacerdote es buzo profesional, y yo tengo licencia para bucear, y le conté una historia sobre esta clase de buceo.” Continué pensando: “Oh, no. Hace tiempos que no hablo con nadie sobre eso y la última vez que lo hice, la historia que conté era un 50% verdad y el otro 50% fantasía.” No lo hice conscientemente. Se lo conté tal como lo había hecho la última vez, hace varios años, antes de que el Señor tuviera que intervenir por causa de mis exageraciones. Hasta entonces apenas era algo sutil, pues la exageración no alcanzó al 50% la primera vez, sino que empezó por un 4 ó 5% y fue aumentando a medida que refería el cuento, que iba mejorando de oportunidad en oportunidad. Después de haberlo referido unas diez veces, el cuento estaba plagado de mentiras enormes, pero, yo había llegado a creérmelas, pues las había estado elaborando poco a poco.

Por eso me decía Satanás: “Te apartaste de la verdad, exageraste, y Dios no bendice al mentiroso. Posiblemente esperas ponerte de pie frente a esos muchachos y predicarles y lograr que algunos de ellos se arrepientan. Te atrapé. Ahora te atrapé, y no podrás irte de aquí con algo útil para el Señor.”

Sentí que había crecido una pulgada; y lo menos que deseaba era ponerme de pie frente a esos muchachos. Sólo quería cavar un agujero donde meterme o salir en busca de un sitio donde pudiera estar a solas conmigo mismo y con el Señor. Luego, se me ocurrió la idea de ir en busca del sacerdote para enmendar lo hecho y para disculparme, pero, en ese momento anunciaron mi intervención. El lugar estaba completamente lleno de muchachos, y el sacerdote se encontraba en la última fila, mientras que yo me hallaba al frente y no había modo de que pudiera llegar hasta allá. Así que empecé a hablar. El corazón se me había bajado a los talones y me pesaba como si fuera de plomo. Seguí hablando, pero, sentía por dentro que no contaba con la bendición ni con la unción del Señor.

Cuando subí al púlpito, empecé a orar, y el Señor me dio sabiduría para hacer lo que debía. Hablé precisamente sobre la verdad, y tomé como ejemplo lo que acababa de ocurrir. Me disculpé delante de todos ante el sacerdote por mis exageraciones. Me enfrenté cara a cara con Satanás y acepté su reto. El Espíritu Santo tocó la conciencia de esos muchachos, los conmovió, y muchos de ellos llegaron a conocer profundamente a Dios en esa oportunidad. El Señor los cambió por completo. Tuvieron ante sus ojos el ejemplo de que debían ser honrados y sinceros y de lo que tenían que hacer para lograrlo, permitiéndole al Señor que se encargara de todo lo que no marchara bien en sus vidas. Lo que para Satanás significaba mi derrota; con lo que pretendía triunfar, se volvió en su contra y perdió la batalla. En una fracción de segundo se trocaron los papeles, justamente cuando

yo pensaba que todo estaba perdido y me disponía a tirar la toalla, convencido de que nada podía hacerse. Lo único en que pude pensar fue en orar y decir: “Señor, no sé qué hacer, y si Tú no me ayudas, estoy perdido.”

Orar es algo que hago siempre. Muchas veces, cuando no encuentro qué hacer ni qué decir (lo que generalmente ocurre cuando me preparo para una reunión o cada vez que predico), me gusta hablar brevemente con el Señor y decirle: “Señor, no sé qué hacer. Si Tú no me das un mensaje y no me orientas exactamente sobre lo que Tú quieres que yo diga o haga, resultará inútil que me ponga de pie y diga sencillamente cualquier cantidad de anécdotas (o cosas graciosas) para divertir a los asistentes y para que ellos puedan comentar después sobre el maravilloso predicador que tuvieron, pero, nadie se arrepentirá de sus pecados ni será tocado por el Espíritu Santo. No puede conseguirse nada que tenga verdadero valor eterno, si Tú no muestras el camino.”

Vivir el Sermón de la Montaña significa enfrentar cara a cara al enemigo. Significa tragarnos nuestra soberbia, y no buscar renombre; significa poder seguir al Señor a donde quiera que El nos lleve; significa sumisión a Dios; significa desafiar al enemigo. Pero, también significa gran alegría y satisfacción.

Normalmente, Satanás no ataca a menos que se sienta acorralado. Es como una serpiente. Y las serpientes huyen de usted. He andado mucho por la selva y sé, por experiencia propia, que la mayoría de ellas prefiere huir. Sólo atacan cuando se sienten acorraladas. Una vez me paré sobre la cola de una serpiente y no sé lo que pasó, pero lo cierto es que sólo trataba de escapar y ¡no se volvió para mordirme!

Cuando usted empieza a vivir del modo que Dios quiere que viva, y a ser como El quiere que sea, entonces, usted ha acorralado al diablo, y él no tendrá más remedio que volverse y atacarlo pues, de otra

manera, usted le ocasionará un grave perjuicio. Entonces, el Señor le dará a usted un plan de batalla. Le dará Su gozo sobrenatural cuando su reputación esté arruinada; cuando sea perseguido; cuando digan contra usted mentiras y calumnias. Así sabrá usted lo que ha ocurrido; sabrá que tiene acorralado a Satanás, y que usted está listo para quebrantarle la cabeza, logrando una grandiosa victoria que dará libertad a mucha gente y la ganará para Cristo, si usted mantiene la presión. Usted tiene que escoger entre defender su reputación o seguir haciendo lo que Dios le diga que haga. Cuando haya puesto en fuga al diablo, no desista de perseguirlo. Regocíjese en el Señor. El apóstol Santiago dice:

“Humillaos delante de la presencia del Señor, y El os ensalzará.”

No tenemos que defendernos nosotros mismos, pues, Dios se encarga de hacerlo. Habrá ocasiones en que tengamos que poner las cosas en claro, pero, no debemos obsesionarnos por buscar nuestra defensa. No hay necesidad de que arrinconemos a alguien para decirle: “Está sucediendo tal cosa y se está diciendo esto y aquello, pero, quiero que usted sepa desde ahora que eso no es cierto.” No tenemos que llegar a eso. Todo lo que tenemos que hacer es seguir imperturbables hacia adelante y recibir las órdenes del Señor. En la hora de tinieblas, cuando parezca que Satanás nos tiene por su cuenta y se está riendo de nosotros, en nuestras propias narices, diciéndonos que todas las cosas que hemos tratado de hacer por el Señor no van a servir, porque él nos ha cogido en falta en algún momento, no le hagamos caso, pues nos espera una grandiosa victoria, justo a la vuelta de la esquina, si mantenemos nuestra mirada fija en el Señor Jesús, le escuchamos y hacemos lo que El quiere que hagamos en esos cruciales momentos.

Oremos:

Padre Nuestro de Cielo, pedimos Tu victoria. Pedimos, Señor Jesús, que podamos seguir Tus pasos y que no nos preocupemos por nuestro buen nombre. Que estemos dispuestos a aceptar el reto de Satanás siempre que nos amenace, siempre que trate de poner al descubierto nuestras faltas, o hacernos perder nuestra reputación ante los hombres.

Señor, queremos que lo único importante para nosotros sea lo que Tú consideres como tal. ¿Quiénes somos nosotros ante Tus ojos? Queremos tener la alegría de agradarte y, mientras Te agradamos, queremos que nos reboses con Tu júbilo para que ningún ataque del enemigo pueda arrebatárnoslo; para que podamos regocijarnos cuando el enemigo haga llover sobre nosotros calumnias y mentiras, sabiendo que lo hemos acorralado y que nuestra fidelidad hacia Ti es la causa de su intranquilidad. Para que podamos regocijarnos en Ti, y seguir adelante, sabiendo que la victoria se aproxima.

Te pido, Señor, que sean muchos los que hagan realidad en su vida el Sermón de la Montaña, y que lo pongan en práctica para que edifiquen su casa sobre Roca sólida y no pueda ser sacudida a pesar de los empeños de Satanás. Que su familia, sus hijos y todos aquellos a quienes aman, Te pertenezcan y sepan que Satanás no podrá arrebatarnos de Tus manos.

Te doy gracias porque no nos importe ganar grandes ascensos en nuestra lucha contra el enemigo, sino que tengamos, de verdad, un corazón puro ante Ti. Te pido, Señor, que tengamos hambre y sed por la justicia, por la pureza, por Ti, y que no ambicionemos el poder. Que podamos humillarnos, y que permitamos que nos ensalces. Amén.

EL PLAN DE DIOS PARA LA BATALLA

La virtud

La clave que activa las promesas de Dios

Cada Bienaventuranza, además de establecer una norma para nuestro comportamiento, también tiene una promesa al final. A los que viven las Bienaventuranzas se les prometen todas estas cosas: Que el Reino de los Cielos será suyo; que heredarán la Tierra; que serán consolados (recibirán al Consolador, que es el Espíritu Santo); que estarán hartos (llenos) de justicia; que alcanzarán misericordia; que verán a Dios; que serán llamados hijos de Dios, y que recibirán una gran recompensa en los Cielos.

Todas estas maravillosas promesas están condicionadas. Debemos cumplir con los requisitos de Dios, si esperamos alcanzar Su bendición. Los temas centrales del Sermón de la Montaña están contenidos implícitamente en todos los libros de la Biblia. El profeta Miqueas dijo:

Bien te ha mostrado el Señor, ¡Oh hombre!, lo que es bueno, y qué es lo que El espera de ti: que hagas justicia, que seas misericordioso, y que te humilles ante tu Dios. (Miqueas 6:8, Paráfrasis).

Estos son los tres requisitos centrales de las Bienaventuranzas. Me gustaría que viéramos esto desde la perspectiva del capítulo primero de la segunda epístola del apóstol San Pedro, comenzando por el versículo 3.

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos son dadas de su divina potencia, por el conocimiento de aquel que nos ha llamado por su gloria y virtud, por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fuerais hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia” (2 Pedro 1:3,4 SEV).

A medida que usted estudia las Escrituras, observa que la mayoría de las promesas de Dios son condicionadas. Condiciones que deben ser cumplidas por nosotros para que podamos reclamar Sus preciosas y ricas promesas. Teniendo en cuenta estas condiciones, dice el versículo 5:

“Vosotros también, poniendo toda diligencia en esto mismo, mostrad en vuestra fe, virtud; y en la virtud, ciencia; y en la ciencia, templanza; y en la templanza, paciencia; y en la paciencia, temor de Dios; y en el temor de Dios, amor fraternal; y en el amor fraternal, caridad (amor). Porque si en vosotros hay estas cosas, y abundan, no os dejarán estar ociosos, ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas, es ciego, y anda tentando el camino con la mano, habiendo olvidado de la purgación de sus antiguos pecados” (2 Pedro 1:5-9 SEV).

Esta es una síntesis de lo que Dios quiere hacer en cada una de nuestras vidas. El quiere que participemos de Su naturaleza divina; que participemos de Sus sentimientos y de Sus pensamientos. Nuestros pensamientos y nuestros sentimientos nos traicionarán tarde o temprano, pero los Suyos nos bendecirán y nos llevarán a la victoria. El quiere vivir dentro de nosotros y manifestarse en nosotros y por intermedio nuestro. El quiere darnos el triunfo, porque El es la

victoria. Debemos tener mucho cuidado, pues, cuando reclamemos las promesas de Dios, tenemos que cumplir Sus condiciones. Si no estamos dispuestos a esto último, San Pedro nos dice que permaneceremos ociosos y estériles en nuestro conocimiento de Jesucristo.

Si hacemos un análisis del cristianismo, especialmente a la norteamericana, veremos que permanece trágicamente ocioso y estéril (sin hacer mención de su cortedad de vista y de su ceguera). Encontramos una enorme cantidad de gente que se dice cristiana, pero, que parece estar adormecida cuando llega el momento de obedecer a Jesucristo. Gente que sólo está interesada en sí misma y en sentirse bien, y que pretende servirse de Dios para conseguir lo que quiere, en lugar de estar dispuesta a hacer lo que Dios quiere. (Ver Apocalipsis 3:14-22).

Al comienzo del versículo 5, Pedro nos habla de las condiciones para conseguir las promesas de Dios. *“Poniendo toda diligencia en esto mismo, mostrad en vuestra fe, virtud;”* Nuestra fe es el compromiso fundamental que cada uno de nosotros ha contraído con Jesucristo. Lo que la Biblia llama fe es la entrega y el sometimiento a Jesucristo como Amo y Señor de nuestras vidas. Esa voluntad de entrega y de sometimiento nos lleva a confiar en El y a cumplir lo que El se propone para nuestras vidas, hasta llegar al extremo de sentirnos llenos de Su presencia y de empezar a irradiar Su testimonio. Creo que cometen un grave error los cristianos que colocan en su doctrina el sometimiento a la Potestad de Jesucristo (la fe en El) como el último peldaño (opcional, por supuesto) en la escalera de la teología ideada por el hombre. Esa teología superficial que se basa sólo en el conocimiento racional de los hechos bíblicos o en dogmas de la iglesia y en el convencimiento que de ello se derive, se aplica repitiendo oraciones, o participando mecánicamente en los ritos religiosos que han reemplazado la verdadera fe (sumisión a nuestro Señor Jesucristo), que

es tener fe en esa persona, no en una doctrina, ni en una creencia, ni en una teología, ni en algunos hechos. La verdadera fe es una íntima y sincera relación de confianza en Jesucristo y de obediencia a El.

El apóstol San Pedro dice que a esta fe le añadamos primero que todo la virtud. Esta palabra, no significa cualquier cosa que se nos ocurra aprobar, o que nos resulte conveniente en un momento dado. La virtud significa lo que Dios aprueba o lo que Dios cree que es bueno. El propósito de las Bienaventuranzas es el de que podamos desarrollar en nosotros la virtud y el carácter piadosos de Jesucristo para que podamos recoger el fruto de las eficaces promesas de Dios.

La virtud, según San Pedro está antes que la ciencia (conocimiento intelectual). Creo que lo que el Espíritu de Dios le está diciendo a los cristianos en este momento, es que para ganar la gran batalla espiritual que se enardece en torno nuestro, se requiere que nuestra fe se afiance en la roca sólida de la obediencia a Jesucristo como Amo y Señor, y que debemos añadir virtud a nuestra fe fundamental, antes que agregarle cualquier otra cosa. Las virtudes son actitudes del corazón. Las Bienaventuranzas son virtudes que Dios quiere inculcar en nuestros corazones para poder bendecirlos con el cumplimiento de Sus grandes y preciosas promesas. La Virtud es fruto del Espíritu Santo, y este fruto es mucho más importante que nuestros dones. Existen muchas personas que poseen dones y que, sin embargo, irán a la perdición el día del juicio, según la Palabra de Dios. Ellas dirán: “Hicimos obras maravillosas, profetizamos y también expulsamos demonios en Tu nombre.” Pero el Señor les replicará: “Apartaos de mí, obradores de iniquidad, nunca os conocí.” (Ver Mateo 7:21-23).

La razón por la cual Dios nos da dones espirituales y aptitudes naturales es para que podamos producir buen fruto. El Señor nos dice en Su Palabra que ve nuestros corazones. Por eso está buscando gente que tenga Su mismo corazón, como el rey David. Basta con leer los

Salmos para ver lo que brota de un corazón que late al unísono con el corazón de Dios. La mayoría de los Salmos del rey David tienen que ver con actitudes y virtudes del corazón antes que con alguna complicada teología racional. Son muchos los conceptos teológicos que pueden derivarse de las Bienaventuranzas o de los Salmos, pero, el propósito fundamental de ellos no es el de enseñar complicadas doctrinas. El Señor va en pos de enmendar primero nuestros corazones. Antes que nuestras mentes, son nuestros corazones los que necesitan andar bien. Dios nos pide que creamos con nuestros corazones (no con nuestras mentes para salvarnos).

“Que si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para alcanzar justicia; mas con la boca se hace confesión para alcanzar salud (salvación)”
(Romanos 10:9,10 SEV).

La prioridad número uno para Dios es que enmendemos nuestros corazones. *“...Porque de la abundancia del corazón habla la boca”* (Mateo 12:34 SEV). Observamos que, según las Escrituras, la primera consecuencia de creer en Dios con nuestros corazones es la de que nuestra boca empieza a confesar a Jesús como Señor. La Biblia enseña claramente que es nuestro corazón (no nuestra mente) el que predomina en el control de nuestra boca.

“El buen hombre del buen tesoro de su corazón saca bien; y el mal hombre del mal tesoro de su corazón saca mal; porque de la abundancia del corazón habla su boca” (Lucas 6:45 SEV).

Las virtudes salen del corazón, no de la mente. Dios quiere que nos relacionemos unos con otros de corazón y no, precisamente, en un plano intelectual, tratando de analizar racionalmente todo lo que se diga o se haga. El puede darnos Su sabiduría verdadera sólo

cuando nuestros corazones sean rectos. Cuando usted adquiere un conocimiento racional de las Escrituras, de la teología o de cualquier otra rama del saber académico que se le antoje, sin verdadera fe en Jesucristo y sin virtud en su corazón, ese conocimiento raramente le resultará provechoso, pues sólo alimentará su soberbia y lo volverá petulante.

El conocimiento que no se afianza en los fundamentos de la fe y de la virtud es un desastre. Sólo hay que mirar lo que pasa en cualquier universidad importante, sea cristiana o secular, para darse cuenta de la cantidad de gente que adquiere un apreciable cúmulo de conocimientos desprovisto del sólido fundamento de la fe en Jesucristo. Cuando el fundamento de las cosas no está en El y cuando Su virtud no es el objetivo principal, los centros educativos llegan a convertirse en refugio de lo detestable y de lo mezquino. En ellos no hay sitio para los que no estén de acuerdo con sus procedimientos y no den extensas disertaciones que alimenten su egolatría. El conocimiento intelectual es algo relativamente fácil de adquirir, pero la verdadera sabiduría procede únicamente de una apropiada relación con Dios. La sabiduría tiene dos componentes: 1) Debemos tener los sentimientos de Dios en el corazón, y 2) tener Sus pensamientos en nuestra mente. Para conseguir la sabiduría divina debemos permitir que Dios restituya primero nuestros corazones y, después, renueve nuestra mente.

En el transcurso de los años han sucedido cosas increíbles en el mundo científico. Cuando la gente no quiere admitir sus errores, puede cometer inauditos disparates. Esto es lo que ha ocurrido repetidamente con algunas verdades fundamentales que se han mantenido ocultas, a veces, durante centenares de años. Casi todos los grandes descubrimientos de la ciencia han tenido lugar porque alguien ha persistido, porque alguien se ha tragado su orgullo y ha seguido en la lucha, aunque los demás lo calumniaran y menospreciaran la ver-

dad. Cuando se lee la biografía de los grandes hombres a quienes se deben los adelantos científicos, no sólo en la teología cristiana, sino en cualquier otro campo, se ve que casi todos ellos sufrieron persecución en su tiempo.

“En la ciencia, templanza.” Nos preguntamos por qué no tenemos templanza (esto es, mantener nuestro comportamiento bajo el control del Espíritu de Dios, en lugar de ser esclavos de nuestro pecaminoso egoísmo carnal). Muchas veces la religión de los hombres prefiere prohibir ciertas cosas del todo (tal como la cerveza, el baile, el cine o aun el matrimonio) ante la imposibilidad para ellos lograr la templanza con esfuerzo propio. Lo daríamos casi todo por conseguirlo. El mundo cristiano está lleno de seminarios de hágalo-usted-mismo. Allí, usted llena su mente de conocimientos, pero, cuando vuelve a casa se encuentra con que todavía tiene muy poca templanza; puede ser todavía un cristiano frustrado que continúa cediendo ante todos los deseos pecaminosos y ante los vicios de la concupiscencia egoísta. La templanza sólo llega cuando se le permite a Dios que obre en nuestras vidas; que su Espíritu Santo nos llene primero con Sus virtudes y después con Su sabiduría. Nuestra voluntad debe ajustarse a la voluntad de Dios, si queremos tener templanza. El sometimiento a la Potestad de Jesucristo es el punto de partida del compromiso cristiano; es la entrada que tenemos que atravesar; es la puerta estrecha que da acceso al reino de los cielos.

“Entrad por la puerta estrecha: porque el camino que lleva a perdición es ancho y espacioso; y los que van por él, son muchos. Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida; y pocos son los que lo hallan” (Mateo 7:13,14 SEV).

Hay una “nueva” teología que dice que, como cristianos, podemos ser tan “carneles” como nos plazca, y que más adelante, en algún momento, si así lo deseamos, podemos hacer que Cristo sea el Señor de nuestras vidas. Pero, esto es completamente opcional, pues, no tenemos que hacerlo si no queremos. No permita que nadie le engañe. No podemos hacer que Cristo sea el Señor, El ya es el Señor. No tenemos poder para hacer de El, el Señor. Lo único que puede hacer nuestra mezquina voluntad es aceptarlo o rechazarlo como Señor. Podemos decidir si deseamos obedecerle, o no; si El va a tener autoridad sobre nuestra vida, nuestro corazón, nuestra mente, y todo cuanto poseemos, o no.

Es difícil someter conscientemente todo lo que poseemos al Señor. Sin embargo, El sólo exige que respondamos por lo que sea de nuestro conocimiento. Muchas cosas nuevas pueden llegar a nuestras vidas (una nueva posesión, un nuevo hijo, una nueva situación, un don o una aptitud que desconocíamos), pero, todo se reduce, en última instancia, a si estamos dispuestos a poner estas cosas en el altar y a dejarlas al pie de la cruz, o si vamos a reservarnos el derecho de ser nuestro propio dios y a decidir lo que es bueno por nosotros mismos.

Cuando Pedro habla de añadir virtud a nuestra fe, no se trata necesariamente de lo que nosotros consideramos como bueno. Debemos dejar que sea el Espíritu Santo quien examine nuestra “bondad” y nos revele lo que sea realmente virtuoso a los ojos de Dios, o lo que no lo sea, para que lleguemos a ser la clase de personas que podamos responder espontáneamente ante cualquier circunstancia del modo que Dios quiere que respondamos, porque El está reinando en nuestros corazones y en nuestras mentes. Para esto son las Bienaventuranzas. Para darle a Dios dominio, autoridad y control sobre nuestras vidas, para que nos cambie desde adentro, y así podamos reclamar sus promesas y caminar hacia la victoria.

La vida cristiana no puede aprenderse intelectualmente. No es así como ella obra. Esta es la razón por la cual muchos de los seminarios y de los formalismos del cristianismo actual no están produciendo en nuestras vidas, ni la virtud, ni el carácter de la piedad. Continuamos siendo derrotados por el enemigo en casi todos los frentes, porque hemos invertido los papeles. Muchos de los principios cristianos que se están enseñando son maravillosos, y la mayoría de ellos son verdaderos, pero, Dios nunca pretendió convertir la Nueva Alianza en otra Antigua Alianza de normas y reglamentos para nosotros. El quiere vivir como Señor en nuestros corazones y reinar y gobernar desde allí para que todo lo que salga de ellos sea una fuente de agua viva que emane de El mismo. Luego, El se gozará abriendo nuestro entendimiento para que podamos llegar a ser más eficientes y productivos en Su Reino. El aprendizaje intelectual es algo de suma importancia para la cristiandad, pero, con la condición de que obremos según las prioridades de Dios, y no según las nuestras pues, en este caso, los logros intelectuales alimentarán nuestra soberbia y frustrarán los propósitos del Señor para nosotros.

La vida cristiana es impredecible desde nuestro punto de vista humano, en el sentido de que Dios puede darnos una respuesta inmediata cuando nosotros menos lo esperamos. El puede darnos un mensaje que nunca hubiéramos podido imaginar. Dios puede darnos amor por alguien a quien no hubiéramos podido manifestárselo en el momento de crisis, dada nuestra condición humana, sin contar con Su presencia en nuestros corazones.

El plan perfecto que Dios tiene para nosotros no es para que lo utilicemos sólo cuando suframos una derrota o nos encontremos dominados por las malas pasiones, la rebeldía, la amargura o la soberbia, o cuando tengamos que explotar y necesitemos pasar unas cuantas horas en Su compañía antes de que podamos calmarnos por

completo, y estemos en condiciones de afrontar todo lo que haya pasado en menoscabo de nuestra reputación. Lo que El se propone es que cuando nos encontremos frente a una crisis inesperada, sea el momento propicio para que Su voluntad esté presente en nuestros corazones y que nuestra respuesta sea una fuente de agua viva que brote de nosotros. Así es como podremos llegar a ser eficientes para el Reino de los Cielos. Veamos las cosas que sucederán cuando edifiquemos según Sus planos y sobre Sus cimientos. El es la Roca. El es el único cimiento firme.

“...en la templanza, paciencia; y en la paciencia, temor de Dios; y en el temor de Dios, amor fraternal; y en el amor fraternal, caridad (amor)” (2 Pedro 1:6,7 SEV).

La palabra griega para significar caridad es *ágape*, que quiere decir amor que nace desde sacrificio, y no solamente sentir una emoción. Esta clase de amor significa decisión. Es la decisión que tomó Jesús cuando murió en la cruz por nosotros, cuando todavía éramos pecadores. Es la decisión de llegar hasta los demás, respondiendo al llamado de Dios, sin importar el costo para nuestra soberbia, para nuestro ego, para nuestro tiempo, o para nuestros recursos. Es estar dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para llegar hasta los demás y demostrarles que ellos le importan realmente a Dios.

“Porque si poseéis estas cualidades y en ellas abundáis, no os dejarán ellas ni ociosos, ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que de ellas carece es corto de vista, es un ciego que ha olvidado que ha sido purificado de sus antiguos pecados. Por tanto, hermanos, procurad todos asegurar vuestra vocación y elección, pues si hacéis esto nunca caeréis y tendréis una esplendorosa bienvenida

al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:8-11, Paráfrasis).

Aquí hay otra promesa. Si hacéis esto nunca caeréis. Dios nos garantiza que podemos vivir triunfalmente y que El servirá de apoyo a esa victoria tanto en nosotros como en los demás por intermedio nuestro, si estamos dispuestos a vivir a Su manera, a edificar sobre Sus cimientos y a cumplir Sus condiciones. El Antiguo Testamento está lleno de ejemplos de lo que le ocurre a los hijos de Dios cuando rehusan seguirle según la orden divina; cuando quieren vivir sus vidas de manera diferente. Los hijos de Israel tuvieron que soportar toda clase de terribles calamidades porque no quisieron vivir de acuerdo con lo ordenado por Dios.

Las epístolas del apóstol San Pablo también están relacionadas con el Sermón de la Montaña. Pablo da por hecho que las Bienaventuranzas son fundamentales para el Evangelio, del mismo modo que aquellos a quienes se dirige conocen suficientemente el Evangelio, como para hacer frecuentes referencias a él, teniendo la seguridad de que lo entienden cabalmente porque él estuvo allí y ha vivido y practicado el Evangelio frente a ellos.

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros entendimientos en el Cristo Jesús.

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si alguna alabanza, en esto ejercitaos. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros”

(Filipenses 4:7-9 SEV).

El Evangelio del reino de Dios, que es el que predicó el apóstol Pablo, no siempre es el mismo que se predica hoy en día. Algunos predicán el evangelio de la “prosperidad”, o el evangelio del “nómbrelo y pídale.” Otros predicán el evangelio de la “seguridad eterna.” En todos ellos hay algo de verdad, pero son incompletos, sus promesas son solamente para los que se han comprometido totalmente como discípulos de nuestro Señor Jesucristo.

Hay otros que lo que predicán es el establecimiento de sus propios reinos, en lugar del Reino de Dios. Hay por ahí muchos evangelios que compiten con el verdadero Evangelio del Reino de Dios. El Evangelio del Reino de Dios es sencillo: Jesús es el Rey. El es el Rey y el Señor. No hay otro. Dios dice que en tiempos de ignorancia, El disimuló, pero, ahora está llamando al arrepentimiento a todos los hombres (ver Hechos 17:30). ¿Arrepentirnos de qué? De seguir nuestro propio camino, de ser nuestro propio dios.

En Hechos 5:32 se dice que El da Su Espíritu Santo a los que le persuaden (SEV). Esta es una cláusula exclusiva, por lo que también hubiera podido decirse: El da Su Espíritu Santo sólo a los que le persuaden. Los que le persuaden de que sí quieren vivir en pacto con El. Los que le persuaden de que sí quieren ser tratados y corregidos como hijos Suyos. Si usted tiene el Espíritu Santo y prefiere insistir en no obedecerle, usted mismo apagará al verdadero Espíritu. La peor parte de la trágica historia del rey Saúl es que el Espíritu lo abandonó y él ni siquiera se dio cuenta en qué momento sucedió eso. (Ver Gálatas 3:3).

Reflexione sobre estos dos casos: ¿Alguna vez se ha preguntado por qué el rey David no perdió el Espíritu Santo aun después de haber cometido adulterio y asesinato? Sin embargo, vea lo que le ocurrió a Saúl. Todo lo que El hizo fue que dejó vivos a todos los enemigos de Dios, cuando se suponía que debía exterminarlos y destruir todo cuanto les perteneciera, sin dejar nada. Pero, El los dejó vivos y,

además, se apoderó de sus bienes y también de sus animales con el pretexto de que los iba a sacrificar más adelante al Señor. Sólo destruyó a los débiles y a los desechables; y, luego, ¡erigió un monumento en su honor! (Ver 1 Samuel 15:7-26).

Saúl quería ser su propio dios. Quería decidir por sí mismo lo que iba a hacer y cómo y cuándo lo haría. Lo que decidió le pareció bueno en su momento. Lo único malo fue que sus actos y las cosas que dejó para él no eran buenos a los ojos de Dios. Cuando la palabra del Señor vino hasta él, diciéndole: “¿Qué has hecho?,” él no se arrepintió como sí lo hizo el rey David. No dijo: “Lo siento. Pondré más atención a lo que diga el Señor.” No le pidió al Señor que le limpiara y le restituyera. Lo que dijo fue: “Todo lo he hecho bien. ¿Cuál es el gran problema? Soy el Rey. ¿No puedo decidir?” ¡El rey enemigo (a quien Saúl dejó con vida) no lo hubiera podido hacer mejor! Siglos después en el libro de Ester su descendiente casi acaba con el pueblo de Dios. Saúl se había valido de su posición en el ejército de Dios para ¡acrecentar su soberbia y para llenar sus bolsillos! (Ver 1 de Samuel, capítulos 13-15).Entonces fue despojado del reino que pasó a manos de David, un hombre según el corazón de Dios.

Aunque David no era perfecto y también cometió graves errores, buscó a Dios con todo su corazón. David puso a Dios en primer lugar y valoró grandemente la presencia del Espíritu Santo. Después de cometer su pecado, suplicó al Señor que no lo privara del Espíritu Santo, y Dios no solamente le perdonó, sino que lo purificó completamente. Además de restituirlo en Su servicio, el Señor le dio una victoria tras otra sobre sus enemigos.

Ahora tenemos algunos líderes religiosos que pretenden utilizar el Reino de Dios para establecer sus propios reinos. En lugar de servir a las ovejas del Señor, las están trasquilando y llenándose los bolsillos. Han mezclado el dinero con la palabra de Dios. Estamos llegando al

momento (y creo que está próximo) en que va a comenzar el juicio en la casa de Dios. Nada de lo hecho permanecerá oculto. Estas cosas que ahora se hacen en secreto, van a ser pregonadas desde los tejados de las casas. Todo lo que pueda ser sacudido, será estremecido, porque el Señor regresará por una Iglesia que sea pura; por una esposa que sea limpia y hermosa. Ahora, la Iglesia es una horrible mezcla de planes humanos con planes divinos que produce división y separación entre cristianos. Esto tiene que ser corregido antes de que el Señor regrese y la corrección puede resultar demasiado dolorosa para alguien. Pero, los que se sometan a la disciplina de Dios, los que permitan al Señor que los limpie del pecado y de las huellas de seguir su propio camino, obtendrán la victoria. Cristo regresará por una iglesia gloriosa, sin mancha y sin arruga. (Efesios 5:27).

La Biblia habla de *“los que han lavado sus luengas ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero.”* ¿Cuál es la sangre del Cordero? ¿Qué significa ser limpiado por la sangre? Cuando hablamos del poder de la sangre y de ser cubierto por Su sangre, no se trata sólo de emplear un término místico. La preciosa sangre de Jesús no fue derramada para que pudiéramos utilizarla como una fórmula mágica para hacer todo lo que quisiéramos y, luego, justificar nuestras malas acciones con una plática piadosa sobre el tema de “justificación por la sangre.” La sangre no es un término mágico. La Biblia dice que la vida está en la sangre (Levítico 17:14). Cuando hablamos de la sangre de Cristo, estamos hablando de Su vida. Es la misma sangre que El derramó por nosotros, así que cuando hablamos de Su sangre, también nos referimos a Su muerte. Este es un término que comprende tanto la vida como la muerte de Jesucristo.

“Porque el alma (o la vida) de la carne en la sangre está; y yo os la he dado para reconciliar vuestras personas (almas)

sobre el altar; por lo cual la misma sangre reconciliará la persona” (Levítico 17:11 SEV).

Cuando hablamos de poner la sangre de Cristo sobre nosotros, para ser cubiertos por ella, estamos queriendo decir que hemos muerto para seguir nuestro propio camino y que vamos a permitir que Cristo viva dentro de nosotros para que nos guíe y para que nos fortalezca para vivir una triunfante vida cristiana. Hemos tomado la sangre de Cristo y hemos hecho de ella una palabra clave de mágicos resultados, pues, cuando la proferimos suena como algo sagrado, mientras continuamos haciendo lo nuestro, siendo nuestro propio dios y siguiendo nuestro propio camino. Sin embargo, esto no es lo que Dios tiene en mente.

“...Dios es luz, y en El no hay tinieblas. Si nosotros dijéramos que tenemos compañía con El, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos (según) verdad; mas si andamos en luz, como El está en luz, tenemos comunión con El, entre nosotros, y la sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:5-7 SEV).

En el Antiguo Testamento, al ofrecer un sacrificio, la persona que lo hacía tenía que poner su mano sobre el animal antes de que éste fuera sacrificado, antes de que su sangre fuera derramada, y entender: “Merezco morir. Este debería ser yo. Esta es mi muerte. Quiero ser muerto ante el pecado.” (ver Romanos 6:2).

Esta fue la diferencia entre David y Saúl: Cuando el profeta Natán fue donde David y le habló sobre sus pecados, David no dijo: “Yo soy el Rey. Yo puedo decidir. ¿Quién, yo? No, yo no he hecho nada malo.” No trató de justificarse o excusarse. El dijo: “He pecado.” Rasgó sus vestiduras y cayó rostro en tierra ante el Señor. Le pidió al Señor que le limpiara e hiciera con él todo lo que quisiera. Estas eran las conse-

cuencias y el castigo para su pecado. Después ocurrieron horribles incidentes con respecto a cuatro de sus hijos que, posiblemente fueron provocados por David, viéndose envuelto en un asesinato. El profeta dijo que el derramamiento de sangre no abandonaría su casa, pero, Dios restituyó al rey David y lo dejó en el trono de Israel.

Dios mantuvo la promesa hecha a David de que uno de sus descendientes sería el Salvador y el Mesías. El no hizo a un lado a David, así como tampoco quiere hacer a un lado a ninguno de nosotros por nuestras faltas, si tenemos un corazón abierto ante El. Cuando El señala nuestras deficiencias, errores y pecados, debemos estar dispuestos a arrepentirnos y a pedir perdón, diciendo: “No quiero hacerlo otra vez. Quiero enmendarme. Quiero que Jesús encienda la luz de Su Espíritu Santo en las sombras de mi corazón para que yo sea limpiado y restituido.” Pero, si decimos: ¿Quién, yo?, y tratamos de justificarnos, podemos seguir el mismo camino que el rey Saúl. Dios puede suspender la unción de Su Espíritu Santo y, si nosotros nos empeñamos en seguir tercamente nuestro propio camino, ni siquiera nos daremos cuenta del momento en que Su Espíritu nos abandone.

San Pedro dice que necesitamos poner todo nuestro empeño por añadir a nuestra fe, virtud, y a nuestra virtud, templanza... Observemos la frase: “poner todo empeño,” y veamos lo que ocurre en algunas iglesias, donde se ha impuesto otra mentira. Se dice que, puesto que nuestra salvación no se consigue por medio de obras, no tenemos que hacer nada, pues ella es un don gratuito de Dios. También se dice: “¿Cuándo es vuestro el don gratuito? Cuando ‘lo’ recibís.” De pronto resultan hablando de un “lo” en lugar de un “Le.” El “lo” no nos va a salvar, pues, solamente el “Le” (cuando Le recibís a El). Solamente El puede hacer por nosotros aquellas cosas que no podemos hacer por nosotros mismos. Esta es otra definición de la gracia de Dios. Es también una definición de Su poder. La gracia y el poder de Dios

no son “mágicos” tampoco. Si nosotros no ponemos toda nuestra voluntad, todo nuestro empeño en seguirle y en enmendar nuestro corazón para seguir Su camino, nos volveremos ociosos, estériles e improductivos en nuestro conocimiento de Jesucristo. Llegar a ser un cristiano victorioso requiere de todo cuanto podamos aportar y, aun así, no es suficiente, porque necesitamos de El, de Su gracia y de Su poder. Necesitamos aprender a descansar en el Señor y a confiar en El. Dios no dice, en ninguna parte, que no aportemos cuanto nos sea posible para tratar de llegar a ser lo que El quiere que seamos. La Biblia no dice, en ninguna parte, que se nos llamará para ser mediocres, para que hagamos exactamente lo menos que podamos para ser cristianos.

La total e inmovible seguridad de salvación que nosotros tengamos se deriva solamente del sometimiento a Su potestad. Si no reconocemos Su autoridad sobre nosotros, ¿cómo puede suponerse que El nos corrija cuando lo necesitemos, o que ejerza el control de todas las circunstancias de nuestra vida para moldearnos y hacer de nosotros lo que El quiere que seamos? ¿Cómo puede suponerse que nos proteja? ¿Cómo puede suponerse que nos libre de nuestras zonas restringidas de esclavitud al enemigo, donde no queremos Su intervención? ¿Cómo puede suponerse que El pueda evitar que seamos derrotados por el enemigo, si insistimos en permanecer expuestos al ataque?

Para poder perseverar, para llegar a ser lo que Dios quiere que seamos; para tener el futuro asegurado, es esencial que nos sometamos a Su autoridad y le permitamos ejercer Su soberanía sobre nuestras vidas. Debemos recordar que Dios es un caballero en el sentido en que El no nos obligará a nada. No tenemos que volvernos perfectos o purificarnos nosotros mismos para llegar a Dios, pues El está dispuesto a recibirnos sin tener en cuenta la clase de problemas que tengamos.

Pero, necesitamos tener muy en claro una cosa: ¿Quién es el jefe? ¿Quién tiene la última palabra? ¿Estamos dispuestos a permitir que Dios intervenga incondicionalmente en nuestros asuntos?

Si usted va a un hospital para que le practiquen una operación, tiene que firmar unos formularios en los que autoriza a los médicos para tomar todas las medidas necesarias con el objeto de salvar su vida. Si lo abren y encuentran que hay alguna otra cosa (diferente a aquella por la cual usted buscó ayuda médica) que anda mal, ellos están autorizados para arreglarla también. En varias oportunidades, cuando he estado hospitalizado, he tenido que firmar esta clase de autorizaciones; y, una vez que no lo hice, el hospital se negó a atenderme. El Señor actúa de la misma manera. No podemos decirle: “Solamente voy a permitirte que hagas esto, y nada más,” porque entonces El no practicará la operación. No veremos Su poder. No experimentaremos el cumplimiento de la verdadera unción de Su Espíritu Santo, si estamos tratando de limitar Su acción en nuestras vidas.

Usted no puede conseguir únicamente aquello que desea. No puede llegarse a El y decirle: “Solamente quiero que me soluciones este problema, y nada más.” Tiene que estar dispuesto a decir: “Señor, aquí estoy. Arregla todo lo que necesite compostura en mí. Yo cooperaré contigo y haré cuanto sea necesario.” Esta es la receta para poder reclamar el cumplimiento de esta promesa: *“Porque si hacéis estas cosas nunca fallaréis.”* ¿Cuáles cosas? *“...poniendo toda diligencia...mostrad en vuestra fe, virtud; y en la virtud, ciencia; y en la ciencia, templanza; y en la templanza, paciencia; y en la paciencia, temor de Dios; y en el temor de Dios, amor fraternal; y en el amor fraternal, caridad.”* No solamente no fallaremos nunca, sino que las promesas de Dios nos harán útiles y efectivos en nuestro conocimiento de Jesucristo.

Existe una gran diferencia entre obedecer la ley (obras muertas de la carne) y la obediencia según la fe (vida victoriosa en el Espíritu). En

la obediencia de la ley, tratamos de emplear nuestros propios medios. Para la obediencia según la fe, ponemos nuestra confianza en Cristo que nos da el poder (la gracia por medio del Espíritu Santo) para cumplir Su voluntad.

Me gustaría que pensara ¿qué tan útil y productivo soy para Jesucristo? ¿Le gustaría ser más útil y más productivo, o cree que ya lo es suficientemente? Pase algún tiempo en compañía del Señor, escúchelo y examine todos los aspectos de su vida, las relaciones con su familia, con sus amigos y, aún, con sus enemigos. Pídale que le muestre dónde quiere que usted sea más útil y productivo para El. Pídale que le muestre cómo vivir las Bienaventuranzas, y pídale también que las siembre profundamente en su corazón.

Si las Bienaventuranzas sólo están en su mente, entonces, cuando se halle frente a una asechanza del enemigo, no tendrá tiempo para profundizar en ellas y para encontrar la forma de aplicarlas. Eso no servirá. Ellas tienen que ser sembradas profundamente en su corazón para que fluyan automáticamente de su ser interior cuando usted se encuentre amenazado. Esto sólo sucederá mediante la práctica, mediante la experiencia adquirida al superar una crisis tras otra, y evaluando después su comportamiento con el Señor. Usted necesita preguntarle: “¿Cómo lo hice? ¿Qué Te gustaría que cambiara? ¿Cómo podré hacerlo mejor la próxima vez?”

Oremos:

Señor, el rey Salomón construyó un magnífico templo con los despojos de la guerra, con todo el botín que el rey David, su padre, tomó de sus enemigos. Señor, te pido que nosotros también podamos despojar al enemigo, que se ha apoderado de inmensos recursos y mantiene como rehenes a miles de millones de personas que ha atrapado en los

sistemas de confusión inventados por el hombre. Señor, que podamos entender la manera como trabaja y opera realmente Tu reino. Que no nos limitemos a ir de un lado para el otro haciendo “cosas buenas” a nuestra manera, sino que estemos dispuestos a hacer Tus cosas, y a Tu manera. Que te permitamos venir a circuncidar nuestros corazones y a cortar con Tu espada de dos filos los controles de nuestra naturaleza carnal y pecadora; a escribir, con Tu dedo ardiente, Tus Mandamientos en las tablas de nuestros corazones y en nuestras mentes. Permítenos participar de Tu naturaleza, para que Tus sentimientos y Tus pensamientos puedan dominar todos los aspectos de nuestro ser, para que Tú vivas en nosotros y seas nuestro Dios, y nosotros seamos Tu pueblo y vivamos en íntima comunión y confraternidad Contigo. Que Tu presencia y Tu paz resplandezcan en nosotros e influyan en todos aquellos con quienes estamos en estrecha relación. Amén.

Reconstruyendo las antiguas ruinas

“Bienaventurados los perfectos de camino; los que andan en la ley del SEÑOR. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan” (Salmo 119:1,2 SEV).

“Todas estas cosas por escrito de la mano del SEÑOR que fue sobre mí, dijo David, y me hizo entender todas las obras del diseño.

Dijo más David a Salomón su hijo: Anímate y esfuérzate, y ponlo por obra; no temas, ni desmayes, porque el SEÑOR Dios, mi Dios, será contigo; él no te dejará, ni te desamparará, hasta que acabes toda la obra del servicio de la casa del SEÑOR” (1 Crónicas 28:19,20 SEV).

“Y el SEÑOR engrandeció en extremo a Salomón ante los ojos de todo Israel, y le dio gloria del reino, cual ningún rey la tuvo antes de él en Israel” (1 Crónicas 29:25 SEV).

Lo que se narra en este pasaje del libro de las Crónicas resulta, al final, bastante trágico. El rey David, que se hallaba en su lecho de muerte, le hizo a Salomón, su hijo, estas peticiones postreras. Es este momento, Israel se encontraba en el apogeo de su gloria espiritual y moral y era bendecido por el Señor. Dios había escogido a Salomón para que edificara el templo. El primer libro de las Crónicas termina con la entrega jubilosa que hacen los hijos de Israel (libre y voluntari-

amente) del oro, la plata y las piedras preciosas que poseían para la construcción del templo. El rey David también donó toda su riqueza personal; y hubo gran regocijo ante la sola idea de edificar el templo del Señor.

El libro segundo de las Crónicas empieza con la soberbia construcción del templo de Salomón y con la dedicación jubilosa de él al Señor, iniciando así la edad de oro de Israel; sin embargo, el libro tiene uno de los finales más trágicos de las Escrituras.

“Y también todos los príncipes de los sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la rebelión, rebelándose conforme a todas las abominaciones de los gentiles, y contaminando la Casa del SEÑOR, la cual El había santificado en Jerusalén.

Y el SEÑOR el Dios de sus padres, envió a ellos por mano de sus mensajeros, levantándose de mañana y enviando; porque El tenía compasión de su pueblo, y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió el furor del SEÑOR contra su pueblo, y no hubo ya remedio.

Por lo cual trajo contra ellos al rey de los caldeos (babilónicos) que mató a espada a sus jóvenes en la Casa de su santuario, sin perdonar joven, ni doncella, ni viejo, ni decrepito; todos los entregó en sus manos. Asimismo todos los vasos de la Casa de Dios, grandes y chicos, los tesoros de la Casa del SEÑOR, y los tesoros del rey y de sus príncipes, todo lo llevó a Babilonia.

Y quemaron la Casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalén, y consumieron al fuego todos sus palacios, y

destruyeron todos sus vasos deseables” (2 Crónicas 36:14-19 SEV).

¡Qué final tan trágico! ¡Qué cosa tan terrible para el pueblo de Dios y para el santuario del Señor, para Su templo! La destrucción fue total, y la causa de todo fue la infidelidad del pueblo de Dios. Aunque los judíos siguieron haciendo sus sacrificios y practicando su religión; aunque cumplían con los ritos del culto al Señor y se tenían por muy piadosos cuando lo hacían, no se sometían a la voluntad de Dios. No dieron oídos a lo que el Señor les dijo por intermedio de los profetas. Realmente, no entendieron lo que El quería de ellos cuando les dijo que la obediencia era el mejor de los sacrificios.

Ahora, el templo estaba en ruinas y las murallas de Jerusalén completamente destruidas, por la desobediencia y la rebeldía del pueblo de Dios. Sin embargo, el Señor no dejó que las cosas se quedaran así. Reunió lo que quedaba del pueblo israelita bajo el mando de Esdras para emprender la reconstrucción del templo y, por intermedio de Nehemías, animó a Su pueblo para que volviera a levantar las murallas de Jerusalén. Nosotros también estamos viviendo una época en que el templo (espiritual) de Dios necesita ser reconstruido y en que las murallas de protección (espiritual) en torno de Su pueblo se levanten de nuevo. Veamos lo que dice el profeta Isaías sobre esto.

“Y dirá: Allanad, allanad; barred el camino; quitad los tropiezos del camino de mi pueblo.

Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita en eternidad, y cuyo nombre es El Santo, que tengo por morada la altura y la santidad; y con el quebrantado y abatido de espíritu habito, para hacer vivir el espíritu de los abatidos, y para hacer vivir el corazón de los quebrantados. Porque no contenderé para

siempre, ni para siempre me enojaré; porque el espíritu por mí vistió el cuerpo, y yo hice las almas.

Por la iniquidad de su codicia me enojé, y le herí; escondí mi rostro y me ensañé, y fue él rebelde por el camino de su corazón. Miré sus caminos, y le sanaré, y le pastorearé, y le daré consolaciones, a él y a sus enlutados. Crío fruto de labios, paz; paz al lejano y al cercano, dijo el SEÑOR, y le sanó. Mas los impíos, son como el mar en tempestad, que no puede reposar; y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi DIOS, para los impíos”

(Isaías 57:14-21 SEV).

“Abrid, abrid camino, allanadlo, quitad los tropiezos (obstáculos) del camino de Mi pueblo.” Esto es lo que Dios quiere hacer por nosotros, individual y colectivamente. Para el Señor es mucho más fácil obrar en un individuo, que hacerlo con todo un pueblo para incitarlo a que siga los caminos por donde El quiere llevarlo; pero, todavía resulta más difícil, aunque no imposible, lograr la colaboración perfecta entre las iglesias, las órdenes religiosas y las diferentes denominaciones. Para poder derribar las fortalezas del enemigo que todavía subsisten, se necesita que Dios movilice a todo Su ejército como un solo hombre.

“Quitad los obstáculos para que pase Mi pueblo.” Esto es lo que Dios está haciendo ahora. El se ha dado a la tarea de remover los obstáculos que se interponen en el camino de Su pueblo. Si estamos dispuestos, el Señor apartará lo que nos impida avanzar individual y colectivamente para llegar a ser útiles y productivos en Su Reino. Del otro lado, encontramos a los que se han encerrado dentro de su propia jaula dorada, en los estrechos límites de su comunidad o denominación religiosa. El Señor no quiere esto. Por eso, golpeará y

sacudirá esas jaulas hasta despedazarlas para librar a Su pueblo del yugo de la esclavitud en que lo han mantenido durante tanto tiempo.

El capítulo 58 del libro de Isaías es uno de mis favoritos, oigámoslo:

“Clama a alta voz, no te detengas; alza tu voz como shofar, y predicad a Mi pueblo su rebelión; y a la casa de Jacob su pecado” (Isaías 58:1 SEV).

Siempre que Israel se apartaba del Señor, El le daba el nombre de “Jacob” en lugar de llamarlo Israel, pues Jacob significa simulador o suplantador. Esto era lo que hacía el pueblo de Dios. Pero, a nosotros también nos gusta la simulación. Por eso pensamos: “¿Qué es lo menos que puedo hacer para salvarme? ¿Qué es lo menos que puedo hacer sin perder la bendición de Dios? ¿Qué es lo menos que puedo dar para seguir contando con la bendición del Señor para mis negocios? ¿Cuál es el menor tiempo que puedo gastar para seguir contando con Su bendición cuando la necesite? ¿Qué es lo menos que puedo hacer por mi iglesia y contar con su ayuda, si la necesito alguna vez?” Así procede el hombre materialista. En el caso de Israel, Dios quería insistir y por eso le echaba en cara a Su pueblo la rebeldía de su proceder. La Biblia dice que la rebeldía es un pecado tan grave como la brujería y la resistencia (a la voluntad de Dios) tan pertinaz como la idolatría (ver 1 Samuel 15:23). Nosotros tal vez pensemos que eso de ser tercios y rebeldes no es tan grave; sin embargo, la terquedad y la rebeldía no sólo entorpecen nuestra relación con Dios, sino que nos someten a la esclavitud del enemigo. Por eso, son dos de los peores pecados que puedan cometerse.

“Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiera obrado justicia, y que no hubiera dejado el derecho de su Dios; me piden derechos de justicia, y quieren acercarse a Dios. ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no

hiciste caso? ¿Humillamos nuestras almas, y no lo supiste?...”
(Isaías 58:2,3 SEV).

Nosotros rendimos culto de una manera algo diferente hoy en día, incluso, también podríamos decir: “¿Para qué ir a la iglesia, Señor? Tú no has sanado nuestra tierra pues, aunque pagamos el diezmo, su rendimiento disminuye.” Las motivaciones para rendir culto a Dios permanecen en nosotros; sin embargo, el pensamiento que cruza por mi mente cuando observo lo que pasa en Norteamérica, por ejemplo, es que la nación que debería ser la fortaleza y la ciudad de Dios, se ha convertido en el centro de la religión organizada. En lugar de edificar el Reino de Dios, nos hemos dedicado a construir una increíble maquinaria religiosa, gran parte de la cual ha usurpado el lugar de Dios, arrogándose el poder de bendecirnos, de salvarnos y de sanar nuestra Tierra.

Todos nos dejamos influenciar por este tipo de cosas. A nivel familiar, por ejemplo, resulta más fácil elaborar una serie de normas y de reglamentos para dirigir nuestras familias, que volvernos realmente sensibles al Espíritu Santo y permitir que El sea el verdadero jefe de nuestros hogares. Reflexione sobre su propia familia y sobre su propia vida y pídale al Señor que le muestre si existe alguna forma de esclavitud a la que usted haya contribuido y que esté impidiendo que su hogar se encuentre bajo la Potestad de Jesucristo y reciba la unción del Espíritu Santo, hasta el punto de que Satanás esté causando estragos en su familia. Para lograr la victoria, tenemos que estar dispuestos a desembarazarnos de aquellas cosas de nuestra propia invención que no sean del agrado de Dios. Estoy convencido de que este mismo procedimiento debe emplearse con relación a las estructuras organizativas de nuestras iglesias. Debemos estar dispuestos a prescindir de todas aquellas estructuras tradicionales que hayamos

instituido, que no sean verdaderamente del agrado del Señor; y asegurarnos también de que no hemos establecido algunas formas de esclavitud que impidan Su bendición.

“¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso? ¿Humillamos nuestras almas, y no lo supiste? He aquí que en el día de vuestro ayuno halláis lo que queréis; y todos demandáis vuestras haciendas. He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualemente. No ayunéis como hasta aquí, para que vuestra voz sea oída en lo alto”
(Isaías 58:3,4 SEV).

Hoy en día, muchas iglesias (y familias igualmente) terminan divididas. Cada cual coge su camino, pues es más fácil encontrar nuevos amigos que intentar la reconciliación. Las peleas y las rivalidades se han enseñoreado de nuestras familias, así como también de nuestros negocios. Se requiere muy poco para que todas estas cosas ocurran. En el momento en que haya algo que ponga en peligro nuestro reconocimiento de la Potestad y de la autoridad de Jesucristo para que sea El quien limpie y purifique nuestros corazones; en el momento en que haya algo que ponga en peligro nuestro compromiso de verdadero servicio a Jesucristo, entonces, estaremos expuestos al ataque de Satanás, pues, lo primero que él hace siempre es poner a prueba nuestras relaciones personales.

En el momento en que nuestras relaciones personales empiezan a descomponerse, Satanás se vale de los mecanismos que el hombre ha establecido para acelerar el conflicto. “Bueno, usted no cumplió el compromiso que habíamos hecho. Usted no me trata en la misma forma en que yo lo trato. Se suponía que haría esto, y no quiso hacerlo,” Y así, interminablemente. Lo que él se propone es que nuestras relaciones personales tengan lugar en un plano de normas y de regla-

mentos por el estilo de los siguientes: ¿Quién hizo esto y cuándo? ¿Quién dijo aquello y dónde? ¿Quién hizo daño a quién, y cómo?, en lugar del sincero fluir de los “ríos de agua viva” en las relaciones que se originan en el corazón de Dios.

“He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualemente. No ayunéis como hasta aquí, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo escogí? ¿Para que el hombre aflija su alma? ¿Que encorve su cabeza, como junco; y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable al SEÑOR?” (Isaías 58:4,5 SEV).

Para mucha gente esto es lo que significa ir a la iglesia. Es una obligación, algo que se sienten forzados a realizar con la esperanza de que Dios reconozca y acepte su sacrificio por haber concurrido a la iglesia, en lugar de irse a cine o a cualquier otro sitio.

Dios no quiere esto en modo alguno. Si usted es de los que practican la religión porque se siente obligado; si ello constituye para usted un gran sacrificio, entonces, está procediendo en la misma forma en que lo hacían los judíos, que ayunaban vistiendo sacos de arpillera y cubriéndose de ceniza para aplacar a Dios. Esta es una motivación equivocada. Lo que el Señor busca es el cambio en nuestros corazones. El quiere almas que se llenen verdaderamente de júbilo al reunirse con sus hermanos en Cristo para rendirle culto a Dios y para disfrutar de Su compañía.

Esta es la razón por la cual resulta tan difícil la paternidad. Según el orden sagrado, se requiere que inculquemos en nuestros hijos cierto grado de disciplina. Pero, si la única razón para que los niños vayan a la iglesia es la de obedecer un mandato, entonces, cuando crezcan y puedan disponer libremente de sus vidas no irán a la iglesia o, si lo

hacen, habrá en ellos una desmotivación que los acompañará por el resto de su existencia, y no podrán lograr nunca lo que Dios quiere para ellos. Si los padres no viven una jubilosa experiencia cristiana con la bendición y con la unción del Señor, a los hijos les será más difícil conseguirla.

El versículo 6 dice:

“¿No es antes el ayuno que Yo escogí, desatar los líos de impiedad, deshacer los haces de opresión, y soltar libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?”

Como cristianos, necesitamos estar seguros, tanto a nivel familiar como en lo relacionado con nuestra comunidad religiosa, de que no somos de esas personas legalistas, cuya única finalidad en la vida es la de hacer más pesados los yugos y más fuertes las cadenas para los demás. Así procedemos en todas las cosas por nuestra naturaleza y condición humanas. Cuando surge algún problema, o se ha cometido algún abuso, nos inventamos una media docena de preceptos para estar seguros de que eso no volverá a suceder, apretando aún más la camisa de fuerza de la religiosidad y recortando, de paso, la libertad del Espíritu Santo.

Dios se proponía hacer de los judíos un pueblo que viviera en libertad y que se expresara espontáneamente ante El cuando le adorara o le honrara. Con el paso de los siglos añadieron tal cantidad de normas y de reglamentos a la ley mosaica que, hasta el momento de la venida de Jesús, nadie podía hacer prácticamente nada sin que infringiera algún precepto. Creían que estaban sirviendo a Dios si cumplían meticulosamente todo aquello, aunque la bendición del Señor los había abandonado desde hacía mucho tiempo. La situación había llegado a tal extremo que, aún cuando Jesucristo estuvo entre ellos y curó a los ciegos y resucitó a los muertos, haciendo milagros

que ellos nunca antes habían visto ni oído, eso no fue suficiente para que glorificaran a Dios, por el hecho de que Jesús no se interesó por sus normas y reglamentos prolijos. El vino a compartir el corazón de Dios con ellos, pero, esta oferta les resultó demasiado extraña y la rechazaron de plano, porque no cabía en la jaula dorada del legalismo en que ellos se habían aprisionado.

Debemos estar en guardia constantemente para que no nos ocurra algo semejante. Debemos tener cuidado con los yugos y las cadenas para estar seguros de que no pertenecemos a los esclavistas. Debemos estar seguros de que no somos de los que dicen: “Bueno, puesto que me ha sucedido esto, y he tenido esta experiencia negativa, lo mejor que puedo hacer, para que no haya posibilidad de que nadie pueda hacerme daño, es que establezca esta norma y aquella otra.” Así es como se cambia la Palabra de Dios. Al final del Apocalipsis aparece una terrible maldición para el que agregue o quite algo a la Palabra de Dios.

Es evidente que tiene que existir un orden en todas las cosas. Nuestras iglesias y nuestras familias no pueden quedar totalmente a la deriva. Pero, debemos estar seguros de que el orden que queremos imponer sea de origen divino, sea el orden que Dios dispone, y no otro cualquiera del que nos valemos para sustituir el establecido por Dios. Tenemos que asegurarnos de que estamos asumiendo verdaderamente la responsabilidad de dar nuestras órdenes en nombre del Señor. Si usted es el jefe de la familia, tiene la responsabilidad de asegurarse de que ella está actuando de acuerdo con lo dispuesto por Dios, y no según otro orden cualquiera que usted se haya inventado o que haya aprendido en cualquier lugar. Si usted hace parte de la jerarquía de su iglesia, tiene la responsabilidad de asegurarse de que ella está participando verdaderamente del orden de Dios, y no de otro cualquiera.

En el versículo 7 se dice:

“Que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes metas en casa; que cuando vieres al desnudo, lo cubras; y no te escondas de tu hermano. Entonces nacerá tu luz, como el alba; y tu sanidad reverdecerá presto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria del SEÑOR te recogerá. Entonces invocarás, y oirás al SEÑOR; clamarás, y dirá El: Heme aquí...” (Isaías 58:7-9 SEV).

Mientras recorro el continente, tengo la oportunidad de oír las oraciones que los fieles hacen en muchas iglesias para pedir a Dios la realización de grandes cosas: “Señor, santifica nuestro país; Señor, sáname cuando me enferme; Señor, no tenemos suficiente dinero; Señor, protege nuestras escuelas...” Pero muy pocas veces he visto una clara y contundente respuesta donde se manifieste el poder de Dios en respuesta a la oración; y es aquí donde se aprecia la evidente diferencia entre los que están al servicio de Dios, y los que no lo están. Creo que esto ocurre porque los que pretenden pertenecer al Señor, no cumplen Sus condiciones; no han permitido que El haga lo que quiere hacer a través de ellos.

“Que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes metas en casa.” Hubo un tiempo en que mi familia y yo éramos muy pobres y vivíamos en un campamento misionero, donde yo crecí. Mi padre empezó por aplicar allí estas condiciones y pudo ver el cumplimiento de sus promesas. El tenía todo un libro lleno con las promesas que hay en las Escrituras; y, poniéndose de rodillas, le pedía al Señor que le manifestara lo que quería que él hiciera para cumplir algunas de las condiciones que hicieran posible la realización de Sus promesas. Papá empezó entonces, por hacer algunas cosas “raras” por las que fue objeto de severas críticas.

Una de ellas ocurrió cuando nos encontrábamos preparando un gran banquete que daríamos a unos altos dignatarios del Ministerio

de Gobierno. Los misioneros se hallaban a punto de ser expulsados del país, y la misión quería causarle una buena impresión a los funcionarios oficiales, por lo cual se envió un avión para que los trajera desde la capital al centro misionero. Por otra parte, el fondo destinado para relaciones públicas se agotó prácticamente con la compra de alimentos y de suministros para ofrecerles un banquete muy especial. Todos los misioneros colaboraron aportando sus mejores manteles y sus servicios de porcelana. Toda la actividad se concentraba en torno de nuestra casa, pues mi padre era el encargado de los trabajos técnicos de la misión, por lo cual le correspondía atender a los dignatarios gubernamentales. Mi madre y algunas de las esposas de los misioneros, consideradas como las mejores cocineras se hicieron cargo de preparar la cena. Sacamos todo el mobiliario de la sala y pusimos mesas adicionales en la sala y en el comedor; pero, cuando todo estaba listo, llamó el Director de la misión para informar que, debido al mal tiempo, el vuelo había sido cancelado y la prometida visita se aplazaba hasta la próxima semana. Así que nos quedamos con los crespos hechos. El Director también quería saber si nuestra familia estaba en condiciones de comerse todo eso, ¡reembolsando, desde luego, los costos al fondo de relaciones públicas!

Papá y Ricardo habían estado leyendo precisamente, en esos días, aquel pasaje de la Biblia que dice que si los invitados a la boda no asisten, usted debe salir a las vías públicas y a las veredas y recoger a todos los que encuentre por allí para traerlos al banquete. Ricardo opinó que esto era lo que debíamos hacer. En las vecindades de nuestra sede misionera vivían muchos pobres, pero se suponía que no debíamos meternos con ellos, pues nuestra labor estaba circunscrita a la evangelización de los indígenas, y muchos de nuestros misioneros opinaban que si intentábamos algo con estos indigentes de habla hispana, infringiríamos las condiciones de nuestro contrato con el

gobierno. Así que, según eso, teníamos que dar la espalda a grandes necesidades que se presentaban entre esos humildes campesinos prácticamente en la puerta de nuestra casa. Papá informó al Director que, con respecto al banquete, íbamos a poner en práctica lo que decía la Biblia, es decir, que recogeríamos a todos los vecinos pobres y hambrientos para darles de comer.

En cumplimiento de lo dicho, mi padre salió, llevándose los vehículos de la misión, y los llenó con los pobres que pudo encontrar para traerlos a nuestra casa, donde se sentaron alrededor de las mesas cubiertas con manteles de encaje, ¡y nosotros les servimos el banquete en fina porcelana!

Todavía recuerdo que cuando estábamos sirviendo el banquete, llegó un viejito, que venía cojeando cuesta arriba, y a quien nunca habíamos visto antes, que nos preguntó si podíamos darle un poco de agua. Andaba con muletas, pues le faltaba una pierna, y tenía el cabello y la barba largos y canosos. Su aspecto era bastante extraño, debido a su forma de vestir. Mi padre le respondió: “¡Seguro! De hecho, ¡podemos darle todo un banquete!” Y cogiéndolo por un brazo lo sentó en la cabecera de una de las mesas. Después le dimos un sitio para descansar, y él nos bendijo antes de partir al día siguiente por la mañana. Nunca lo volvimos a ver. Aunque yo era muy joven, sabía que en algún lugar de mi Biblia se decía que: “*No olvidéis la hospitalidad, porque por ésta algunos, habiendo hospedado ángeles, fueron guardados*” (Hebreos 13:2 SEV).

Algunos de los misioneros aprobaron lo ocurrido y disfrutaron con el acontecimiento, pero, otros lo criticaron con dureza y amargura, y llegaron a formar un comité para decidir sobre el asunto, el cual determinó que mi padre debería pagar todo lo gastado, pues el fondo de relaciones públicas había quedado casi en saldo rojo, y

¿cómo iban a sufragar los gastos del banquete de la semana siguiente cuando llegaran los dignatarios invitados?

Los hostiles funcionarios gubernamentales llegaron en la nueva fecha prevista. Los llevamos por todas partes para mostrarles lo que estábamos haciendo. Esta vez, el banquete con que los agasajamos nos resultó de puro milagro. Como el fondo de relaciones públicas estaba en cero, cada una de las familias misioneras preparó un plato y lo sirvió en nuestra casa. Milagrosamente, los funcionarios que, en un principio, estaban predispuestos en contra de la misión y buscaban la forma de hacerla desaparecer de su país, decidieron, a su regreso, prorrogar el contrato. Después de todo, Dios había tocado sus corazones. Estoy convencido de que la verdadera batalla espiritual la habíamos ganado la semana anterior, cuando servimos el primer banquete a nuestros vecinos pobres.

“Y dijo también (Jesús) al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; para que ellos te vuelvan a convidar, y te sea hecha compensación. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos, los ciegos; y serás bienaventurado; porque no te pueden pagar; mas te será pagado en la resurrección de los justos” (Lucas 14:12-14 SEV).

Pocas semanas después, Dios produjo una verdadera conmoción entre estas pobres gentes que vivían en los alrededores de la misión, pues ellos mismos fundaron una pequeña congregación. Normalmente, conseguían trabajo en las haciendas vecinas durante la época de la recolección de la cosecha de arroz y, prácticamente, esto era todo lo que ellos podían hacer. En ese año se perdió la cosecha, por lo cual no habían tenido ingresos y se encontraban aguantando

hambre. Papá tomó entonces la decisión de que cualquier persona que llegara a nuestra puerta, no se devolvería con las manos vacías. Si pedían alimento, compartiríamos con ellos lo que tuviéramos; si necesitaban dinero, le daríamos veinte pesos (del año 1.968) a cada uno. No sabíamos con cuánto dinero contaríamos mensualmente, pues la única entrada segura era el cheque de la misión, que nos llegaba a fin de mes; sin embargo, la mayoría de las veces, los ingresos y los egresos se igualaban, aunque en otras quedábamos con saldo en rojo, porque mi padre gastaba más dinero del que recibía normalmente, ayudando a la gente.

La afluencia de necesitados aumentaba cada vez más. Mi padre oraba por cada uno de ellos con el fin de sentir en su corazón lo que el Señor dispusiera en cada caso, para darles lo que pidieran o solamente algo de lo que teníamos en la casa. Algunos de los compañeros de misión decían que los pobres se estaba aprovechando de papá y que nunca podría librarse de ellos; otros le traían a mis padres billetes de veinte pesos para ¡ayudarlo en su empeño! Fueron muchas las personas que recibieron ayuda y ninguna de ellas regresó para pedir dinero por segunda vez. Cuando recibíamos nuestro cheque mensual, éste vino por la cantidad que normalmente nos correspondía, ¡más el total del dinero que mi padre había regalado!

Algunos días después vino a casa una señora que quería dejarle empeñado su reloj a mi madre. Ella decía que necesitaba el dinero para comprarle a su esposo un vestido presentable (sólo tenía ropa de trabajo rota y manchada) para que pudiera asistir a la iglesia a donde ella quería llevarlo, sin que sintiera vergüenza. Mi madre se negó a recibirle el reloj y le sugirió en cambio que oraran las dos sobre el caso. A los pocos minutos llegó uno de los misioneros amigos de mi madre con los brazos cargados de ropa que ya no le servía a su hijo. Los vestidos eran exactamente de la talla que la señora estaba

buscando y, de esa manera, pudo llevar a Miro, su esposo, a la iglesia esa misma noche. El tuvo un glorioso encuentro con el Señor, y un renacimiento espiritual se esparció entre toda la gente de la comarca.

Tiempo después, estos cristianos paupérrimos encontraron a un hombre enfermo de tuberculosis, que se encontraba en peores condiciones que ellos, y empezaron a ayudarlo. Nadie sabía que se trataba de un caso de tuberculosis, pero estaba muy enfermo y en estado de extinción avanzada. Mi padre lo llevó en el jeep de la misión a la clínica que funcionaba en los predios del campamento misionero. El médico que lo examinó dijo: “Chad, debe sacar a este hombre de aquí, pues está tuberculoso y podría contagiar a otras personas. No me importa lo que usted haga, pero deshágase de él.” Papá le replicó: “¿Quiere decir que no va a hospitalizarlo? ¿Que no lo atenderá?” “¡No!, ¡no podemos arriesgarnos al contagio! ¡Sáquelo de aquí! Regréselo al lugar donde lo encontró.” Mi padre le contó dónde lo había encontrado, y el doctor le dijo: “No lo lleve allí tampoco, pues contagiará a esa gente también, y tendremos un epidemia de tuberculosis entre manos. Mándelo de regreso a su casa para que muera allí.”

De nada valieron las súplicas de mi padre y las de algunos otros misioneros que estaban presentes, pues no pudieron conmovier al doctor. Mientras papá se devolvía en el jeep con el enfermo (sintiendo en su corazón que el Señor Jesús hubiera manejado de modo muy distinto la situación), trató de explicarle a Miro, el nuevo converso, la actitud del médico de la misión, lo mismo que el peligro que el caso representaba para él, su esposa y sus hijos por estar en contacto con el enfermo. Miro dijo: “No podemos hacer eso. Si él no puede estar en la clínica, tiene que quedarse en mi casa. De hecho, ya le di mi cama.” Cuando llegaron a la casa de Miro, mi padre siguió insistiendo: “Pero, Miro, usted no entiende. Este hombre tiene tuberculosis y su casa ya es bastante antihigiénica de por sí, para agregarle esto. Muéstreme su

cama.” La cama de Miro consistía en un saco de yute puesto sobre el piso sucio en un rincón de la pequeña choza en que vivía. Eso era lo que él le ofrecía a ese hombre que estaba en peores condiciones que las suyas. Miro iba a dormir sobre la tierra desnuda. Mientras papá salía de la casita, Miro le dijo: “Mi hermano murió de tuberculosis, y sé exactamente en lo que me estoy metiendo.” Sin embargo, estaba un poco confundido por la actitud de los misioneros que no parecía estar de acuerdo con lo que él había leído en la Palabra de Dios.

Mi padre salió y reunió a la pequeña comunidad de creyentes paupérrimos, y todos oraron por su compañero enfermo. Luego, hicieron una recolecta para él y reunieron dinero suficiente para enviarlo al sanatorio del gobierno en la capital del Departamento. Al enfermo lo acompañaba un hijo suyo de doce años, que estaba sano. Ambos fueron embarcados en un bus de servicio público pero, a mitad de camino, ¡el Señor curó al enfermo! El hombre le dijo a su hijo que ya se sentía curado, pero, continuaron el viaje hasta llegar al sanatorio, donde los médicos le tomaron radiografías, ¡sin encontrar rastros de tuberculosis! Al día siguiente regresó a nuestro centro misionero, y mi padre ni siquiera reconoció al hombre (pues estaba perfectamente sano), ¡hasta cuando él se identificó!

“Cuando compartas tu pan con el hambriento, y albergues al pobre sin abrigo, y vistas al desnudo, y no vuelvas a tu hermano la espalda...” (Isaías 58:7, Paráfrasis).

Dios ha hecho realidad este versículo en nosotros, pues es impresionante ver la forma en que El ha provisto nuestras necesidades. Mi esposa, Marina, es la hija intermedia de una familia típica colombiana de nueve hijos. Tenemos muchos parientes, y hubo una época en la que tuvimos que hacerle frente a algunos de los problemas que tenían. No acabábamos de ayudar a uno, cuando aparecía otro que

se encontraba en peores o en iguales circunstancias. Una vez fracasó un negocio que tenían del cual dependían cuatro de ellos, y quedaron sin trabajo. Cuando esto ocurrió, nos pusimos en oración, y el Señor nos mostró la forma de ayudar a tres de ellos; sin embargo, lo único que podíamos hacer por el cuarto era cambiar nuestro carro por un taxi, para entregárselo a él con el fin de que lo trabajara y con el producido sostuviera a su familia y ayudara a mi suegra. Anteriormente, habíamos estado sin carro durante dos años, hasta cuando el Señor nos proporcionó uno. Sentía, de corazón, que debíamos proceder así, y lo mismo pensaba mi esposa, pero, ella temía que, si lo hacíamos, nos quedaríamos sin carro, y lo necesitábamos para el ministerio. Esto hizo que nuestra decisión no fuera fácil.

Finalmente, le dije una noche a mi esposa: “Acabemos con esto. ¿Vamos a ayudar a tu familia? Sí, o no. Si vamos a hacerlo, hagámoslo en la mejor forma.” Así lo hicimos, y la respuesta del Señor fue casi inmediata. Llevamos el carro al distribuidor por la mañana para efectuar el cambio; y por la noche, el Señor ya nos había proporcionado otro carro mucho mejor que aquel del que nos habíamos desprendido. No sabíamos lo que iba a pasar cuando hicimos entrega de nuestro carro, pero el Señor fue muy bueno con nosotros.

“Entonces nacerá tu luz, como el alba; y tu sanidad reverdecerá presto; e irá tu justicia delante de ti...” Recuerde que justicia también significa obrar en justicia, o hacerla, como también ser la clase de personas que Dios quiere que seamos. Porque si lo somos, obramos del modo como Dios quiere.

“...Irá tu justicia delante de ti, y la gloria del SEÑOR te recogerá.” Ni siquiera tenemos que defendernos de un ataque por la espalda, pues Dios estará protegiéndonos.

“Entonces invocarás y oirás al SEÑOR; lo invocarás y El te responderá: Aquí estoy. Si haces desaparecer toda opresión, si no insultas a los otros, ni levantas calumnias; si das de tu pan al hambriento y sacias el alma del indigente, tu luz brillará en la oscuridad, y tus tinieblas se convertirán en luz de mediodía.” (Isaías 58:9,10, Paráfrasis).

Si nuestra noche va a ser como el mediodía, ¿se imagina cómo será el mediodía? No podemos imaginarnos siquiera las cosas que Dios quiere para nosotros, en nosotros y por intermedio nuestro. La mayoría sólo hacemos uso de una partecita de la gracia que Dios nos ha concedido en nuestras vidas cristianas. Nunca hemos sobrepasado los sacrificios iniciales de renunciar a nuestro propio camino; hasta ahora no hemos llegado a ese momento donde nuestra luz brille como la aurora, donde nuestra salvación aparezca, donde nuestra justicia vaya delante de nosotros, y la gloria del Señor proteja nuestras espaldas. Y que cuando lo llamemos, El nos responda: “Aquí estoy.”

“Si haces desaparecer toda opresión...” He aquí por qué es tan importante que estemos seguros de que ninguno de nosotros está oprimiendo a los demás. Tenemos que estar seguros de que si necesitamos intervenir en un problema que afecte la vida de otra persona, lo hagamos con un corazón lleno de clemencia y de amor. No debemos señalar con el dedo acusador, pues, si no fuera por la gracia de Dios, eso mismo nos pudiera estar sucediendo a nosotros. Debemos ponernos en el lugar de esa persona, y obrar en consecuencia.

“Y si derramares tu alma al hambriento, y saciares al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía; y El SEÑOR te pastoreará siempre...” (Isaías 58:10-11 SEV). ¿Algunas veces?, ¿de vez en cuando? El Señor dice que siempre nos guiará.

¿Puede examinar su vida y decir que el Señor le ha guiado siempre?
¿Siempre que usted invoca al Señor, El le responde: “Aquí estoy?”

“...*En las sequías saciará tu alma, y engordará tus huesos...*” (Isaías 58:11 SEV). Si somos verdaderos servidores del Señor en medio del tremendo conflicto espiritual que se agita en torno nuestro, entonces, no hay tiempo para amontonar la abundancia. El Señor ha prometido proveer nuestras necesidades. Siempre que El nos dé más de lo que necesitemos, debemos emplearlo para proveer las necesidades de aquellos que nos rodean, con el fin de darle mayor honra y gloria al Señor, y ver cómo avanza Su obra, mientras El descansa en nuestros corazones. No debemos insistir en lo que queremos, sino en buscar el Reino de Dios y Su justicia. En mi caso, Dios muchas veces me bendice dándome cosas mejores que las que yo creía necesitar realmente. Resulta que no es necesario pedirle lo necesario para cumplir con el trabajo que El me ha encomendado. Cuando mis necesidades han sido satisfechas, no puedo aparecerme con otra lista de deseos; no puedo gastar dinero en golosinas para glorificarme, en lugar de comprar municiones para atacar al enemigo. Si usted fuera soldado y estuviera metido en una trinchera, y se le estuvieran acabando las municiones, ¿qué preferiría?: ¿Que le dieran un helado o que le suministraran cartuchos? ¿Preferiría tener un colchón de plumas o disponer de lo necesario para enfrentar al enemigo? Hay que escoger lo fundamental. Jesús dijo:

“Mas buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33 SEV).

Satanás es el “príncipe de este mundo” y tiene acaparados la mayor parte de sus recursos. Piense en lo que podría hacerse si tan sólo algunos de nosotros estuviéramos dispuestos a permitirle a Dios que obrara con verdadera libertad en nuestras vidas a través de lo que

poseemos; a estar dispuestos a buscarlo no sólo para pedirle lo que necesitamos, sino también a buscarle para lo que queremos hacer. Si estuviéramos dispuestos a pedirle que nos mostrara lo que El quiere que hagamos con nuestros recursos, podríamos dar comienzo a una dinámica de bendiciones. Dios quiere bendecirnos realmente. Hay verdadera prosperidad en Jesucristo, pero no es una prosperidad egoísta, pues El quiere hacernos progresar espiritualmente para que podamos descubrir a Dios Padre ante los ojos de aquellos que todavía no han podido verlo, con el fin de que puedan glorificarle, viendo nuestras buenas obras,(Mateo 5:16).

En el Sermón de la Montaña, Jesús nos dice que somos la sal de la tierra y la luz del mundo; que somos una ciudad que no puede esconderse porque está en lo alto de una colina. Después dice: “... *Para que (los hombres) vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*” (Mateo 5:16 SEV). Esto es lo que Dios busca. No podemos contentarnos solamente con predicar a Jesucristo, y negarle a alguien nuestra ayuda material, pues de ese modo el mundo no podrá ver a Dios Padre. Algunas iglesias predicar a Cristo, pero, nunca ayudan a nadie; mientras que otras hacen muchas buenas obras, pero, nadie sabe por qué. Algunas iglesias predicar y enseñar sin la unción del Espíritu Santo, y por eso su obra no prospera. Dios quiere poner todo en su sitio.

Me he dado cuenta de que muchos cristianos son victimas de un error (el reordenamiento de la verdad) que se desliza sutilmente en el cristianismo y produce errores como pensar así: 1) El primer paso de su vida cristiana es aceptar a Jesús como su Salvador. 2) Más adelante, como resultado de su perfeccionamiento cristiano, debe experimentar una “segunda manifestación de la gracia,” al ser ungido por Cristo con Su Espíritu Santo (unos llaman a esto “santificación,” y otros, “bautismo en el Espíritu Santo”). 3) Todavía queda un tercer

paso (opcional por supuesto), reservado para un grupo escogido de santos, que hacen de Jesucristo el Señor de sus vidas; y que, normalmente, es un estado que sólo alcanzan aquellos que son llamados al apostolado misional, a la clerecía, o para ejercer alguna clase de ministerio especializado.

La verdadera doctrina necesita aplicarse, en la práctica de nuestra vida cristiana, en la siguiente forma: 1) Recibir a Jesucristo como Señor y Salvador para dar el primer paso de nuestra fe cristiana, sometiéndonos a Su autoridad desde el principio y renunciando a nuestro propio camino (y a los caminos del mundo), para que podamos seguir únicamente Su camino. 2) El nos enviará al Consolador (el Espíritu Santo) para guiarnos en el conocimiento de la verdad y para investarnos (equiparnos) de la verdadera naturaleza y del poder de Dios (ver segunda epístola del apóstol San Pedro, capítulo primero). 3) El Espíritu Santo limpiará y purificará nuestros corazones para que así podamos entrar en una perfecta relación como hijos de Dios Padre.

Solamente los de corazón puro verán a Dios (el Padre). Es solamente mediante una perfecta relación con el Padre como podremos vivir siempre una vida triunfante en Cristo y ganar la batalla contra los ejércitos del mal. Son los hijos de Dios (el Padre) los que serán coherederos del reino de Jesucristo, y los que difundirán la paz del Padre en un mundo extraviado y agonizante. Son los que infundirán esperanza a los que viven en las tinieblas.

Veamos lo que pasará:

“Y el SEÑOR te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y engordará tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manadero de aguas, cuyas aguas nunca faltan”
(Isaías 58:11 SEV).

Los que estén con nosotros tendrán esperanza y verán nuestro ejemplo y querrán imitarnos. Querrán tener lo que tenemos: la paz y el júbilo de conocer a Dios. Querrán poder ayudar a otros para que sigan el camino que les hemos señalado. Nos mirarán y dirán: “Sí, estos están haciendo lo que es justo. Esta es la verdadera, la única justicia. Queremos ser como ellos.” Jesús desea que los que estén en el mundo puedan ver nuestras buenas obras (de fe) y glorifiquen a nuestro Padre celestial, en lugar de decir: “No queremos ser como esa manada de locos fanáticos. No podemos dejarnos conducir por caballos desbocados.” Si no somos portadores de esperanza para el mundo, y los hombres no pueden ver a Dios en nosotros, no querrán escucharnos cuando intentemos predicar el Evangelio.

Más adelante dice Isaías:

“Tu pueblo reconstruirá las viejas ruinas y afianzará los antiguos cimientos; y te llamarán reparador de muros caídos, reconstructor de casas en ruinas.” (Isaías 58:12, Paráfrasis).

A menudo, mucho de lo que Dios quiere se encuentra en ruinas. La Iglesia, que empezó por lo alto, se vino abajo después de unas pocas centurias. De cuando en cuando, ha surgido un verdadero renacimiento en la dirección correcta. Sin embargo, a todo lo largo de la historia de la Iglesia, cada uno de estos movimientos de Dios ha terminado por ser institucionalizado o reducido a una simple denominación. Los hombres ponen cadenas donde Dios quiere libertad; construyen una jaula, ahí donde El quiere que Su Espíritu Santo obre libremente. De ese modo apagan el fuego, y los sagrados planes de Dios se convierten en viejas ruinas, tal como aconteció con el pueblo de Israel. Pero el Señor quiere reconstruir esos escombros, y nos convoca para que afiancemos los antiguos cimientos y los reconstruyamos de acuerdo con el proyecto original.

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesús, el Cristo” (1 Corintios 3:11 SEV).

Lo que no se construye obedeciendo a Jesucristo no resistirá cuando lleguen las tormentas. Muchas y grandiosas organizaciones religiosas han edificado sobre la arena. Si deseamos conseguir el cumplimiento de las gloriosas promesas de Dios consignadas en este pasaje de Isaías, debemos “afianzar los antiguos cimientos.”

“Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo” (Juan 12:32 SEV).

“Serás llamado Reparador de portillos.” Las murallas construidas alrededor de las ciudades defienden a los moradores del enemigo. Hoy, las murallas espirituales de Dios, que sirven de protección a nuestras familias, a nuestras iglesias y a la sociedad, se encuentran derribadas y en ruinas. En efecto, en cierto sentido, se supone que el Pueblo de Dios, Su Iglesia, es esa muralla espiritual que impide que nuestra sociedad sea destruida por el enemigo.

Si cumplimos las condiciones de este tremendo compromiso, el Señor dice que podremos reconstruir, afianzar y restaurar lo que Dios quiere. Podremos reconstruir las antiguas ruinas de la verdadera fortaleza de Dios; podremos afianzar los viejos cimientos. Podremos afianzar a Nuestro Señor Jesucristo como el Amo de todos nosotros y de todo cuanto nos pertenezca; podremos reconstruir las murallas derribadas e impedir el asalto del enemigo contra el Pueblo de Dios; podremos reconstruir las casas en ruinas, y reconciliar a nuestras familias.

El SEÑOR alejó tus juicios, echó fuera tu enemigo; El SEÑOR es Rey de Israel en medio de ti; nunca más verás el mal.
(Sofonías 3:15 SEV).

Y serán como valientes, que en la batalla pisan al enemigo en el lodo de las calles; y pelearán, porque el SEÑOR será con ellos; y los que cabalgan en caballos serán avergonzados. (Sofonías 10:5 SEV).

Nos estamos acercando cada vez más al momento en que regresará el Señor Jesús, y todo lo que el hombre haya hecho basado en la hipocresía humana, será destruido. No estamos hablando de una renovación de los métodos humanos, sino de ver la forma como el Señor redime a Su pueblo y lo libera de la esclavitud en que lo han sumido sus propias y “buenas” ideas para que podamos, de ahora en adelante, edificar Su Reino de acuerdo con Sus planes, en lugar de querer hacerlo según los nuestros.

“Serás llamado Reparador de portillos, Restaurador de calzadas para habitar.” Una de las cosas que Dios quiere restaurar bajo Su unción y protección es nuestra familia. Ella constituye la estructura básica del edificio de la sociedad y de la Iglesia. La Iglesia no será suficientemente fuerte sino hasta cuando las familias lo sean también. Satanás ha atacado a la familia con todas sus fuerzas, tratando de destruir nuestros valores, fomentando la perversión sexual, abriendo una “brecha generacional,” promoviendo el aborto y destruyendo el matrimonio. Pero, antes de que usted tire la toalla ante la inminencia del asalto, ¡escuche las promesas de Dios!

“Respetar el día de reposo; no te dediques a tus negocios en mi día santo. Considera este día como día de alegría, como día santo del Señor y digno de honor; hónralo no dedicándote a tus asuntos, ni buscando tus intereses y haciendo negocios. Si haces esto, encontrarás tu alegría en mí, y yo te llevaré en triunfo sobre las alturas de la tierra y te haré gozar de la herencia de tu padre Jacob. El Señor mismo lo ha dicho.”

(Isaías 58;13-14, Paráfrasis).

Usted recuerda que bajo la Nueva Alianza, el día sábado, que tiene que ver con el descanso de Dios, debe ser todos los días de la semana para nosotros. El Señor quiere que descansemos de sentirnos nuestro propio dios, que descansemos de tomar nuestras propias decisiones y de luchar por seguir nuestro propio camino. El quiere que descansemos en El todos los días. El quiere que tomemos, por lo menos, un día para nuestro descanso físico. Pero, para nosotros, todos los días deben ser como un día sábado. Debemos entrar y vivir en el descanso del Señor, pidiéndole que nos conduzca, que nos guíe, que libre nuestras batallas y que vaya delante de nosotros. Necesitamos anteponer Su voluntad a la nuestra y hacer solamente aquellas cosas que El nos tiene reservadas.

Oremos:

Padre Nuestro del Cielo, te pido que puedas convertirnos en vencedores tanto individual como colectivamente. Señor, mientras nos apartamos de aquello que sabemos que está mal en nuestras vidas y mientras revisamos las relaciones personales que sabemos necesitan mejorarse, Te pido que nos libres del más grande de todos los problemas. Esto es, de las cosas que nos parecen buenas; de aquellas cosas que creemos son maravillosas; de aquellas cosas que nos gustan y nos complacen, pero que pueden ser una abominación delante de Ti. Cosas que nos gustan, pero, que a Ti no te agradan. Señor te pido que obres en nuestros corazones. Purifícalos hasta cuando podamos sentir de la misma manera que Tú lo haces sobre todo lo que no anda bien en nosotros. Que el enemigo no pueda engañarnos, como lo haría con los mismos elegidos, si ello fuera posible, hacién-

donos creer que algo es bueno y que procede de Ti, cuando la realidad es bien distinta.

Señor, te pido discernimiento. Te suplico que me des Tu unción y Tu poder para seguir adelante. Te imploro que hagas de Tu cuerpo místico una bien entrenada unidad de combate para que forme en el frente de batalla y logre la victoria, y para que llegue hasta los demás y los ayude en Tu nombre. Que pueda levantarse y brillar como una luz resplandeciente que ilumine el sendero para que los que están afuera puedan encontrar su camino hacia Ti. Que aquellos que permanecen aferrados al mundo puedan ver Tu esperanza en nosotros y se sientan inclinados a abrirte sus corazones. Permite que todo cuanto hagamos sea para glorificarte, Padre Santo. Amén.

EL PLAN DE DIOS PARA LA BATALLA

Las siete recriminaciones de Jesús a los fariseos

El ministerio público de Jesús empieza con la proclamación de las Bienaventuranzas y termina con las siete recriminaciones dirigidas a los líderes religiosos de Su época, que confirman el rechazo por parte de ellos a Su mensaje y a Su ministerio. Después de la triunfal entrada de Jesús en Jerusalén, el Domingo de Ramos, el pueblo estaba dispuesto a proclamarlo como su rey, hasta cuando El entró en el templo y arrojó de allí a los compradores y a los vendedores. Su decisión de limpiar el templo, volcando las mesas de los cambistas, precipitó el conflicto con los jefes de los sacerdotes, los escribas, los fariseos y otros líderes religiosos. Si Jesús hubiera llegado a ser rey realmente, habría tenido que dismantelar toda la corrupta maquinaria religiosa que impedía una apropiada relación del pueblo con Dios. Además, el desorden y el bullicio que hacían los compradores y los vendedores obstaculizaban la comunicación con el Señor dentro del templo.

“Y les dice: Escrito está: Mi Casa, Casa de oración será llamada; mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho”
(Mateo 21:13 SEV).

El pueblo quería que Jesús fuera su rey, pero a condición de que limitara Su ministerio solamente a la realización de Sus milagros. Querían ser alimentados y sanados, pero, no aceptaban la supresión radical de su modo de vida religioso. Muchos de ellos se sentían más seguros materialmente cuando obraban en forma habilidosa para conseguir sus ofrendas y sacrificios al precio más conveniente. Estos

eran los compradores a quienes Jesús arrojó del templo. Los vendedores, autorizados por los líderes religiosos, dependían aún más de su actividad comercial realizada en la Casa de Dios, ya que esa era la principal fuente de sus ingresos. Cuando Jesús interrumpió el flujo de dinero precisamente en el tiempo de la pascua (la época más lucrativa del año), ellos reaccionaron violentamente. Después de oír algunas de las agudas parábolas del Señor, aquellos hombres perversos trataban de atraparlo haciéndole preguntas difíciles, pero, fallaban continuamente en su intento. La Escritura dice:

“Y nadie le podía responder palabra. Ni osó alguno desde aquel día preguntarle más” (Mateo 22:46 SEV).

“Entonces habló Jesús a la multitud y a sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os dijeren que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras; porque dicen y no la hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; mas ni aun con su dedo las quieren mover. Antes, todas sus obras hacen para ser mirados de los hombres; porque ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman el primer lugar en las cenas y las primeras sillas en las sinagogas; y las salutations en las plazas, y ser llamados por los hombres Rabí, Rabí. Mas vosotros, no queráis ser llamados Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo; y todos vosotros sois hermanos. Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro

siervo. Porque el que se ensalzare, será humillado; y el que se humillare, será ensalzado” (Mateo 23:1-12 SEV).

A continuación, Jesús proclamó las siete recriminaciones que corresponden exactamente la antítesis de las primeras siete Bienaventuranzas del capítulo quinto de Mateo. Con la proclamación de estas recriminaciones, Jesús deja en claro que los escribas y los fariseos no sólo lo rechazaron a El, sino también a Su mensaje, y que persistían en hacer precisamente lo contrario de lo que decían. Estudiemos estas recriminaciones comparándolas una por una con las Bienaventuranzas.

La primera recriminación:

“Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque cerráis el Reino de los cielos delante de los hombres; que ni vosotros entráis, ni a los que están entrando dejáis entrar” (Mateo 23:13 SEV).

La primera Bienaventuranza:

“Bienaventurados los pobres en espíritu; porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mateo 5:3 SEV).

Estos orgullosos líderes religiosos no solamente se niegan a entrar en el verdadero Reino de los Cielos, sino que se atraviesan en el camino para impedir que los demás puedan entrar en él. Cuando los que se hallan afuera observan a estos “representantes” de Dios, no ven otra cosa que la hipocresía, la avaricia y la gula, dando motivo para que muchos de ellos rechacen el Evangelio. La era de la Iglesia va a terminar con una severa recriminación para aquellos líderes de la Iglesia que se rehusan a entrar en el Reino de los Cielos por la puerta estrecha y que, al mismo tiempo, impiden que otros lo hagan; igual para los que hayan hecho solamente un compromiso aparente con Dios y que enseñen a los demás a hacer lo mismo. ¡El Señor limpiará

primero Su Iglesia antes de juzgar al mundo! Realmente, no podría culparse a muchos de los que pertenecen al mundo por el rechazo que hacen de la Iglesia, dado el grado de egoísmo y corrupción que hoy predominan en ella.

La segunda recriminación:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque rodeáis el mar y la tierra por hacer un prosélito; y cuando fuere hecho, le hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros” (Mateo 23:15 SEV).

La segunda Bienaventuranza:

“Bienaventurados los que lloran (enlutados), porque ellos recibirán consolación” (Mateo 5:4 SEV).

Los que, en verdad, han escogido seguir a Cristo, han abandonado muchas cosas que les eran queridas para tomar su cruz y seguirle. Ellos son el verdadero Templo de Dios. “...*el que perdiere su vida por causa de mí y del Evangelio, éste la salvará*” (Marcos 8:35 SEV), dice el Señor. El que muera a su propio camino para seguir a Cristo también experimentará el poder de Dios que levantó a Jesús de la muerte; y será consolado, porque recibirá al Consolador, que es nada menos que el Espíritu Santo de Dios. Los que tienen el Espíritu Santo están signados por Dios, y obran con Su autoridad. Los que lloran son sinceros con Dios, no son hipócritas.

Los consolados son los que sólo atienden a la tenue y suave voz de Jesucristo y son convertidos a Cristo. Los “escribas y los fariseos,” por su parte, reclutan prosélitos sólo para su secta, orden o denominación. Los consolados prestan atención a los procedimientos del Señor y comprenden (como Moisés) que es mucho más importante el cómo hacemos realidad el Reino de Dios (nuestro modo de obrar), que buscar el cumplimiento de nuestros planes y ambiciones para

Dios. Los prosélitos que los escribas y fariseos han conseguido para el humanismo religioso, creen que el fin justifica los medios, y solo piensan en convertir la ley en un instrumento para la realización de sus planes y de sus desmedidas ambiciones en nombre del Señor.

La tercera recriminación:

“¡Ay de vosotros, guías ciegos! Que decís: Cualquiera que jurare por el Templo es nada; mas cualquiera que jurare por el oro del Templo, deudor es. ¡Insensatos y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, el oro, o el Templo que santifica al oro? Y: Cualquiera que jurare por el altar, es nada; mas cualquiera que jurare por el presente que está sobre él, deudor es. ¡Insensatos y ciegos! Porque, ¿cuál es mayor, el presente, o el altar que santifica al presente? Pues el que jurare por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él; y el que jurare por el Templo, jura por él, y por Aquel que habita en él; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por Aquel que está sentado sobre él” (Mateo 23:16-22 SEV).

La tercera Bienaventuranza:

“Bienaventurados los mansos; porque ellos recibirán la tierra por heredad” (Mateo 5:5 SEV).

Por su parte, los escribas y los fariseos están ocupados tratando de salvar sus vidas y sus tesoros. Carecen de la autoridad de Dios en sus relaciones con los demás, pues el verdadero Espíritu Santo no está con ellos y por eso no pueden ser mansos. Esta es la razón por la cual tienen que apelar a los juramentos. Jurarán por el oro del templo (por sus “buenas” obras), pues, jurar por el templo no significa nada para ellos; lo harán por la ofrenda del altar, pues consideran que el juramento por el altar no es obligatorio. Por no tener el Consolador no pueden pagar el costo que significa ponerlo todo en el altar y lle-

gar a ser parte integrante de ese gran templo que no ha sido hecho por la mano del hombre y que Dios está edificando para que sea Su morada (Su Pueblo).

En el Sermón de la Montaña, Jesús nos dice que no hagamos juramentos por ninguna cosa; que sólo digamos sí, cuando sea sí, y no, cuando sea no, pues, cualquier otra cosa que agreguemos a esto procede del maligno. Cristo debe tener plena autoridad sobre nosotros, para que podamos hablar en nombre de Su autoridad. Los que no lloran sobre sus propios planes nunca recibirán el Espíritu Santo; nunca podrán ser mansos ante Dios y nunca hablarán con la autoridad verdadera, procedente de Dios. Por eso caerán en la trampa del demonio, y justificarán sus actos con juramentos en apariencia piadosos. En la época actual, nadie puede hacer un juramento por el oro del templo o por la ofrenda del altar, porque todo eso quedó abolido, precisamente, como resultado del cumplimiento de las palabras proféticas de Jesús, consignadas en esta parte de las Escrituras. He oído jurar por la Biblia en Norteamérica; y, en Suramérica, por nuestra madre (o por la madre de Jesús). Esto es lo que ocurre cuando no se tiene la autoridad de Dios.

Los mansos son aquellos que movidos por el Espíritu de Dios ponen todos los aspectos de su existencia bajo la Potestad de Jesucristo. Los guías ciegos hacen lo contrario, pues interpretan los preceptos de Dios según su propio criterio o de acuerdo con la doctrina de su confesión religiosa.

La cuarta recriminación: causa

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejasteis lo que es lo más importante de la Ley: el juicio y la misericordia y la fe; esto era necesario hacer, y no dejar lo otro. ¡Guías

ciegos, que coláis el mosquito, mas tragáis el camello!” (Mateo 23:23,24 SEV).

La cuarta Bienaventuranza:

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o rectitud), porque ellos serán saciados.”

La rectitud, que es la manifestación de la justicia, la misericordia y la buena fe en nuestras vidas, sólo se hace presente cuando el Espíritu Santo mora en nosotros. La rectitud está integrada por estos dos componentes: 1) Ser (mediante la gracia de Dios) la clase de persona que Dios quiere que seamos, y 2) Realizar (por medio de la fe en Jesús) aquellos actos de justicia y de misericordia que el Señor quiere que hagamos. Es decir, siendo justos y haciendo el bien. Esto es, precisamente, lo que los legalistas religiosos nunca serán capaces de lograr, a pesar de los esfuerzos que hagan por conseguirlo. Ellos siempre están preocupados por pagar el diezmo de la menta, del anís y del comino (las hierbas más pequeñas del huerto), mientras descuidan las virtudes fundamentales de la fe cristiana. Llenarse de la presencia de Dios es la única forma de estar en paz y de sentirnos satisfechos al servicio de los demás. Los legalistas nunca se sentirán satisfechos, a pesar del número de “buenas obras” humanas que traten de realizar o de la cantidad de “excelentes” principios cristianos que traten de cumplir por sus propios medios.

La quinta recriminación:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo que está de fuera del vaso o del plato; mas por dentro están llenos de robo y de incontinencia. ¡Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera se haga limpio!” (Mateo 23:25,26 SEV).

La quinta Bienaventuranza:

“Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5:7 SEV).

Demostrar misericordia significa tratar a los demás en la misma forma en que quisiéramos ser tratados por Dios; es estar dispuestos a perdonar y a restituir a nuestro hermano que nos ha hecho mal; es sentir el amor divino al sacrificio que mana de un corazón tierno, lleno de compasión por los necesitados. La extorsión y la codicia son los extremos opuestos a la misericordia, pues consisten en aprovecharse de los que tienen necesidad. Los religiosos hipócritas tienen externamente una apariencia piadosa, pero, están listos para juzgar y devorar a los demás, siempre que eso les reporte alguna ventaja. Existen algunas obras “caritativas” que viven de los pobres que supuestamente están ayudando.

La sexta recriminación:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres; mas por dentro, llenos estáis de hipocresía e iniquidad” (Mateo 23:27,28 SEV).

La sexta Bienaventuranza:

“Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8 SEV).

Se necesita tener un corazón puro para ver a Dios. El corazón es el espejo del alma, creado para reflejar la imagen de Dios. Si está sucio y manchado por la hipocresía y la iniquidad, nunca reflejará Su imagen. Esta es la consecuencia de la ceguera espiritual. La razón por la cual Jesús llamó “guías ciegos” a estos líderes religiosos, respetables

sólo en apariencia, era porque sus corazones estaban dañados hasta el fondo. Jesús dice que si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo. (Ver Lucas 6:39).

La séptima recriminación:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si estuviéramos en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas. Así que, testimonio dais a vosotros mismos, que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo evitaréis el juicio del infierno?”
(Mateo 23:29-33 SEV).

La séptima Bienaventuranza:

“Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9 SEV).

Aquí tenemos a los verdaderos “hijos de Dios,” de un lado; y del otro, a los que dan testimonio contra sí mismos al decir que son “hijos de los que mataron a los profetas.” Los corazones limpios de los hijos de Dios irradian paz (integridad). Los corazones dañados de los hipócritas (que están llenos de extorsión y codicia), son causa de muerte y violencia para los que intentan iluminarlos con la verdad de Dios.

Por tanto, he aquí, yo envío a vosotros profetas, y sabios, y escribas; y de ellos, *a unos* mataréis y colgaréis de un madero, y *a otros* de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad. Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre

de Zacarías, hijo de Berequías, al cual matasteis entre el Templo y el altar. De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra Casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mateo 23:34-39 SEV).

Compare este texto con las dos Bienaventuranzas siguientes del capítulo quinto de Mateo.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (o rectitud), porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando os vituperen y os persigan, y se dijere toda clase de mal de vosotros por mi causa, mintiendo. Gozaos y alegraos; porque vuestro galardón es grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas que estuvieron antes de vosotros”

(Mateo 5:10-12 SEV).

La persecución es la señal de filiación que distingue a los verdaderos hijos de Dios, pero ¡ay de aquellos que los persiguen! Los hipócritas perseguirán siempre a los verdaderos hijos de Dios. Las tradiciones religiosas de los hombres siempre contradicen la verdadera revelación de Dios. Normalmente, los profetas no afrontarán serias dificultades mientras no traten de expulsar del templo a los mercaderes. Cuando se les dice a los “compradores” que pueden prescindir de los intermediarios del templo e ir directamente hacia Dios Padre con sus problemas y sus asuntos si cuentan con la mediación de Jesucristo; cuando se reprocha a los “vendedores” haber establecido sus propios

reinos en nombre del Señor, al hacer uso de las cosas de Dios para llenarse los bolsillos y para exaltar sus propios nombres (o el nombre de su congregación) en lugar del nombre del Señor; cuando el montaje religioso existente se ve amenazado por la profética Palabra de Dios, entonces, ¡cuidado!, pues, ese es el momento en que atacará la “raza de víboras.” Atacarán siempre que se vean acorralados o cuando sus reinos se vean amenazados. Los que pretendan hacer la obra de Dios por medio de procedimientos humanos, siempre perseguirán a los que hacen la obra de Dios por medios divinos.

“Y salido Jesús, se iba del Templo; y se acercaron sus discípulos, para mostrarle los edificios del Templo. Respondiendo El, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no será dejada aquí piedra sobre piedra, que no sea destruida”
(Mateo 24:1-2 SEV).

El Antiguo Testamento termina con la total destrucción del templo en el año 70 D.C. Después del incendio, los soldados romanos removieron los escombros piedra por piedra, buscando los metales preciosos que se habían fundido con el fuego, escurriéndose entre las grietas. Toda la falsa maquinaria religiosa que rechazó al Señor fue completamente destruida. No quedó piedra sobre piedra. No quedó ni una onza del oro del templo, (símbolo de las buenas obras humanas) por el cual hacían sus juramentos los fariseos. Aunque la destrucción de Jerusalén fue casi total en bienes y en personas, todos los cristianos escaparon ilesos. En medio de la confusión reinante durante el sitio de Jerusalén por los romanos, dos facciones enemigas de judíos lucharon encarnizadamente por la posesión de la ciudad-ela del templo. Los cristianos interpretaron este hecho como la señal dada por el Señor (la abominación de la destrucción de que habla el profeta Daniel), y huyeron a tiempo.

Ahora nos estamos acercando cada vez más al fin de la era de la Iglesia (la era del Nuevo Testamento). Jesús continúa diciendo: Bienaventurados, Bienaventurados, Bienaventurados a los que llegan hasta El con pobreza de espíritu para recibir el perdón de sus pecados y para proclamarle como Señor de sus vidas. Pero, también sigue diciendo, ¡Ay de vosotros!, ¡Ay de vosotros!, ¡Ay de vosotros! a los que se atraviesan en el camino de aquellos que quieren entrar por la puerta estrecha que lleva a la vida. El continúa repitiendo, ¡Ay de vosotros!, ¡Ay de vosotros!, a los santurriones hipócritas que siguen haciendo exactamente lo contrario de lo que se promulga en Su Evangelio con las Bienaventuranzas. No cesa de decir, ¡Ay de vosotros!, ¡Ay de vosotros!, a los que continúan persiguiendo a Sus profetas con el fin de conservar sus reinos humanos y su tradición.

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo, serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella están, serán quemadas. Pues como sea así que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿no conviene que vosotros seáis en santas y pías conversaciones, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos siendo encendidos, serán deshechos, y los elementos siendo abrasados, se fundirán? Pero esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus Promesas, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:10-13 SEV).

No nos equivoquemos. Solamente resistirán las casas cuyos cimientos se afiancen en la roca (Jesús) cuando lleguen las lluvias y los ríos crezcan y los vientos golpeen contra los muros de la casa que el hombre ha levantado en nombre de Dios...

“...Mirad que no rechacéis al que habla, porque si aquellos que rechazaron al que en la tierra les hablaba, no escaparon al castigo, mucho menos nosotros, si desoímos al que desde el cielo nos habla, cuya voz en aquel entonces estremecía la tierra, y ahora hace esta promesa: “Una vez más, yo conmoveré no sólo la tierra sino también el cielo.” Al decir “una vez más,” se entiende que se quitarán las cosas creadas, lo que puede ser movido, para que permanezca lo incommovible.

Por lo cual, ya que recibimos el reino de lo incommovible, demos gracias por esto, y adoremos a Dios con la devoción y reverencia que le agradan, porque nuestro Dios es como un fuego que todo lo consume”

(Hebreos 12:25-29, Paráfrasis).

EL PLAN DE DIOS PARA LA BATALLA

Venciendo la maldición

“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta Profecía, y guardan las cosas que en ella están escritas, porque el tiempo está cerca” (Apocalipsis 1:3 SEV).

Sabía usted que hay siete Bienaventuranzas esparcidas a lo largo del Apocalipsis? ¿Y que es sorprendente la correlación que existe entre ellas y las Bienaventuranzas del capítulo quinto de Mateo? Me gustaría terminar este libro haciendo una comparación entre estas Bienaventuranzas, a la luz del Padrenuestro (que también tiene siete partes).

Las Bienaventuranzas son la síntesis del mensaje del Evangelio predicado por Jesucristo. El Padrenuestro es la respuesta que brota de los corazones que Jesús desea en nosotros cuando oímos y recibimos Su mensaje. Las Bienaventuranzas del Apocalipsis son una ampliación posterior de las abundantes ramificaciones de ese mensaje. El Apocalipsis nos da una idea de cómo está organizado el Plan de Dios para la Batalla en el invisible mundo espiritual y cómo, a su vez, este plan repercute en el mundo material que percibimos con nuestros cinco sentidos.

Los recientes acontecimientos mundiales han hecho que se dispare una racha de literatura cristiana basada en el Apocalipsis, junto con un interés creciente por lo que ocurrirá cuando llegue el fin de los tiempos. Se hace evidente también que muchos creyentes temen los castigos catastróficos descritos en el Apocalipsis del apóstol Juan. Gran número de “cristianos” paranoicos malgastan su tiempo tratando de

evadir los efectos de la maldición, en lugar de aferrarse por medio de la fe a las Bienaventuranzas de Dios. Lo esencial de las interpretaciones que muchos comentaristas hacen de este libro, parece centrarse en complicadas explicaciones teológicas sobre la alternativa que se le ofrece a aquellos que se adhieren a su doctrina o línea de pensamiento, quienes estarán así exentos o protegidos durante “la gran tribulación,” y serán exonerados del “juicio del gran trono blanco.” Puesto que muchas de estas “explicaciones” se contradicen unas a otras, el efecto más generalizado de esta controversia ha sido el de sumir a la Iglesia (el cuerpo de Cristo) en una especie de extremado terrorismo intelectual, pues hemos olvidado que:

Dios es amor, y el que vive en el amor, vive en Dios y Dios en él. La perfección del amor en nosotros se muestra en que tengamos confianza en el día del juicio, porque como es El, así mismo somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, pues el amor perfecto echa fuera el temor, porque el miedo supone el castigo, y el que teme no es perfecto en el amor. (1 Juan 4:16-18, Paráfrasis).

En el fondo de toda esta viciosa controversia hay un motivo fundamental en lo que se refiere a la interpretación de lo que acontezca en el juicio final. Aquellos cuya seguridad se basa en sus doctrinas, atacarán desesperadamente a cualquiera que intente expresar una opinión contraria. Debemos recordar que nuestras doctrinas no pueden salvarnos (aun cuando sean verdaderas). En el capítulo anterior vimos que la doctrina verdadera no fue suficiente, por sí sola, para salvar a los escribas y a los fariseos. Nuestra única esperanza es la de mantener una verdadera relación con Nuestro Señor Jesucristo (que, a su vez, nos llevará a lograr una apropiada relación con nuestro “hermano”).

Nosotros amamos porque El nos amó primero. Si alguno dice: “Yo amo a Dios,” y al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues si uno no ama a su hermano, a quien ve, tampoco puede amar a Dios, a quien no ve. Y El nos ha dado este mandamiento: Que quien ame a Dios, ame también a su hermano. (1 Juan 4:19-21, Paráfrasis).

Jesucristo no es un terrorista. El es llamado Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y hace la guerra (ver Apocalipsis 19:11). Los que permiten que sus temores por el futuro les impongan sus doctrinas sobre la escatología, podrían no entender la tenue y suave voz del Señor cuando El nos llame a todos para seguirle al único y verdadero lugar de protección. El mismo es nuestro escudo de protección y anhela reunirnos como reúne la gallina a sus polluelos bajo sus alas (ver Mateo 23:37). ¿Permitiremos que lo haga? ¿O seguiremos empecinados en nuestras propias doctrinas de seguridad, elaboradas por el hombre? Para los que se han refugiado en Cristo, las siete Bienaventuranzas del Apocalipsis prometen esperanza, paz, protección, recompensa eterna, liberación del temor, victoria sobre el mal y jaccesso al árbol de la vida! Dejemos a un lado nuestros temores preconcebidos con respecto al Apocalipsis y descubramos las grandes y gloriosas promesas de Dios.

La primera Bienaventuranza:

“Bienaventurados los pobres en espíritu; porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mateo 5:3 SEV).

La primera línea del Padrenuestro:

“...Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre” (Mateo 6:9 SEV).

La primera Bienaventuranza del Apocalipsis:

Bienaventurado el que lee las palabras de esta profecía, y bienaventurados los que la escuchan y guardan en su corazón

lo que aquí está escrito, porque la hora se acerca. (Apocalipsis 1:3, Paráfrasis).

Hemos visto que la puerta estrecha es la única entrada al Reino de los Cielos. Debemos preferir ser pobres de espíritu y dejar en las manos de Dios nuestra soberbia. Debemos arrepentirnos de haber seguido nuestro propio camino para recibir el perdón de nuestros pecados. Nuestra propia justicia es como un trapo sucio delante del Señor. Es Su Nombre y Su camino los que deben ser santificados y glorificados, no los nuestros. El camino para recibir las bendiciones de Dios empieza cuando leemos, escuchamos, y guardamos en nuestro corazón la revelación (el Apocalipsis) de Jesucristo. El solo conocimiento intelectual de Dios, no es suficiente. Debemos tener Su Revelación en el corazón para lograr Su bendición. ¿Conoce usted a Cristo de corazón, o sólo intelectualmente?

La segunda Bienaventuranza:

“Bienaventurados los que lloran (enlutados), porque ellos recibirán consolación” (Mateo 5:4 SEV).

La segunda línea del Padrenuestro:

“Venga tu Reino...” (Mateo 6:10 SEV).

La segunda Bienaventuranza del Apocalipsis:

“Y oí una voz del cielo que me decía: Escribe: Bienaventurados son los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansan de sus labores; y sus obras los siguen” (Apocalipsis 14:13 SEV).

Mucha agua ha pasado bajo los puentes entre la primera y la segunda Bienaventuranza del Apocalipsis. Permítame hacerle un breve resumen de esos catorce capítulos. Ha tenido lugar la revelación (Apocalipsis) de un Jesucristo resplandeciente, lleno de gloria y de poder. Su íntimo amigo, Juan, lo ha visto y ha caído a Sus pies,

¡como si estuviera muerto! Esto es lo que debemos hacer nosotros también, si vamos a recibir la revelación del poder, de la autoridad y del triunfo del Salvador resucitado que tiene las llaves de la muerte y del infierno, y la vamos a transmitir a los demás.

Inmediatamente, Cristo le dictó a Juan siete cartas. Estas cartas están dirigidas a siete iglesias determinadas, que representan a la Iglesia en general. Aunque las cartas rebosan estímulo y exhortación, el pecado y la apostasía de la Iglesia serán castigados. Tampoco serán toleradas la hipocresía, la pérdida del fuego del “primer amor,” y la tibieza. Los que toman parte en las “obras de los nicolaítas,” los que pertenecen a la “sinagoga de Satanás,” los que siguen la “doctrina de Balaam,” los que “toleran a Jezabel”, los que han “manchado sus vestiduras”, desconocen la Palabra de Dios y niegan Su Nombre, serán juzgados directamente por Cristo. ¡El juicio empezará por la Casa del Señor! (Ver I Pedro 4:17).

A los que van a triunfar en Nombre del Señor se les promete lo siguiente: Que comerán, realmente, del “árbol de la vida,” que no sufrirán la “segunda muerte,” les será dado el “maná escondido” y tendrán un “nuevo nombre;” se les dará autoridad sobre las naciones y la “estrella de la mañana;” tendrán vestiduras blancas y sus nombres nunca serán borrados del “libro de la vida,” y Jesús los reconocerá delante del Padre y de Sus ángeles; serán los pilares del templo de Dios, y que el Nombre de Dios, el Nombre de la Nueva Jerusalén y el nuevo Nombre de Cristo serán escritos sobre ellos; y, además, ¡tendrán el derecho de sentarse con Cristo en Su trono, así como Cristo se sienta en el trono de Su Padre, junto a El!

Luego, viene la gloriosa revelación del trono de Dios Padre en los cielos. La misión de Jesús en el “planeta Tierra” fue la de rescatar y redimir la creación, restituyendo todas las cosas a su verdadera relación con Dios Padre. Al caer, Adán le había firmado a Satanás “la escritura

de propiedad” de la primera creación. El título estaba sellado con siete “sellos” y no se encontraba a nadie que fuera digno de abrirlos, lo que causó gran aflicción a Juan. Por la victoria de Su muerte en la cruz, el “cordero que fue inmolado,” se hizo digno de abrir los sellos, y el título legal de la creación fue restituido a su legítimo dueño.

En el Antiguo Testamento, el concepto de redención se entendía de esta manera: Si un hombre vendía su propiedad a otro (dejando sin herencia a sus hijos), su pariente o deudo más cercano podía “pagar el precio” y redimir la propiedad. (Ver Levítico 25:23-28). La hipoteca se redactaba en un rollo de pergamino con las especificaciones de la posesión en uno de sus lados, y las firmas en el otro. Luego, era sellado. Cuando el “pariente redentor” (ver el libro de Rut) pagaba la hipoteca, se rompían los sellos y el título legal volvía a su verdadero dueño. En el caso de la Tierra, sin embargo, aunque Cristo rescató el título legal en la cruz, Satanás, el dueño ilegítimo, se rehusa a entregarla y debe ser desahuciado.

Mientras Cristo abre los sellos uno por uno y comienza el proceso de la redención, se libra una gran batalla espiritual contra el reino de las tinieblas. Los santos de Dios empiezan a poner en práctica Su Plan de Batalla. El Evangelio del Reino va a ser predicado a todas las naciones y la “cosecha” de la Tierra va a ser recogida antes de que llegue el fin. Los que reciban voluntariamente al Señor Jesucristo van a ser separados finalmente de los que no lo hicieron así. Una grave responsabilidad recaerá sobre los tibios en los tiempos venideros.

En medio del fragor de la batalla, Dios pondrá Su “sello” en la frente de todos los Suyos. El sello de Dios es el Espíritu Santo (ver Efesios 1:13). Por su parte, Satanás también pondrá una “marca” en las manos y en la frente de los que lo adoran. Los que llevan la marca de Satanás obran y piensan del mismo modo que él. Ellos prefieren seguir su camino, pues no obedecen a Dios. En lugar de eso, persiguen a los

que llevan el “sello” de Dios. Sin embargo, nada puede alcanzar a los que están “muertos en Cristo” y sellados por el Espíritu Santo pues, aunque hayan padecido el martirio, ¡llegarán ilesos al trono de Dios para reinar con Cristo! De pronto, aparece una gran multitud, que nadie puede contar, procedente de todas las naciones, tribus, razas y lenguas que se detiene frente al trono de Dios con sus vestiduras blancas, agitando palmas en sus manos.

Cuando se abre el séptimo sello del título legal de la creación, Cristo, el verdadero dueño, se encuentra listo para desahuciar a Satanás, a sus huestes del mal y a todos sus seguidores. En este momento, en respuesta a las oraciones de “todos los santos”, las trompetas empiezan a sonar, anunciando este mensaje: El pueblo de Dios debe dejar a un lado sus reinos terrenales y sus diferencias de opinión para alistarse bajo la bandera de la Potestad y autoridad de Cristo y dar la batalla final. Los hijos de Israel hicieron sonar siete trompetas y marcharon alrededor de las murallas de Jericó hasta cuando Dios derribó las murallas del enemigo. Las trompetas congregan al pueblo de Dios, proclaman el derecho de posesión y la autoridad de Cristo sobre todos los hombres y sobre todas las cosas, e infunden miedo y pánico en los corazones del enemigo.

Cuando se acerca el momento en que debe sonar la séptima trompeta, aparece un “ángel” poderoso que coincide exactamente con la gloriosa descripción de Cristo en el capítulo primero del Apocalipsis, y que desciende de los Cielos a la Tierra, trayendo un “rollo” abierto (el título de propiedad de la Tierra) en Sus manos. Pone Su pie derecho en el mar y Su pie izquierdo en la Tierra (ver Salmo 95:5), y toma posesión legal de ella, “rugiendo como un león”. Observe que Cristo empieza Su obra de redención como un “Cordero que fue inmolado,” pero, regresa como un “león que ruge” para reclamar Su posesión y para desahuciar al enemigo. El Cordero de Dios es tam-

bién el León de Judá. Siete truenos retumban mientras El proclama que el tiempo se ha cumplido.

Suenan entonces, las siete trompetas, y

“...Los reinos de este mundo son reducidos a nuestro Señor y a Su Cristo; y reinará para siempre jamás” (Apocalipsis 11:15 SEV).

La revelación de Juan también comprende otros temas, tales como la “medición del templo y del altar.” A Juan se le permite presenciar la “guerra en los cielos,” mientras el dragón (Satanás) y sus ángeles son expulsados del cielo por el arcángel Miguel y las huestes celestiales. El “dragón” y sus seguidores son arrojados a la Tierra y no pierden tiempo para hacer la guerra contra los santos, mientras dominan el “mundo” por medio de un sistema múltiple de controles que involucra al poder secular, a las fuerzas económicas y a la religión falsa.

El reino del dragón se basa en el miedo, el terror, la codicia y la avaricia. Pero, al final, se derrumbará, porque “Un reino dividido contra sí mismo no puede perdurar” (ver Mateo 12:25,26). El monstruo de siete cabezas, el falso profeta y la gran ramera pueden dominar el mundo, pero, luchan continuamente entre ellos mismos. Todos ellos quieren seguir su propio camino y alimentar su egoísmo y su soberbia. La única forma de que el pobre Satanás pueda mantener unido su vacilante imperio es por medio de la fuerza. *“... Y los que adoran a la bestia y a su imagen, no tienen reposo día ni noche, ni cualquiera que tomare la marca de su nombre”* (Apocalipsis 14:11 SEV).

Si en verdad nos hemos apartado de seguir nuestro propio camino y hemos puesto nuestra voluntad en seguir a Jesucristo, debemos renunciar a las múltiples actividades mundanas que nos proporcionan usualmente los recursos económicos, el poder, el prestigio o el placer. El apóstol Santiago dice que la amistad del mundo es enemistad con

Dios. Si renunciamos al mundo para seguir a Cristo, seremos consolados. Dios nos enviará el Consolador, Su Espíritu Santo. Es solamente por el poder y la unción del Espíritu Santo dentro de nosotros como podemos esperar hacer siempre la voluntad de Dios, tanto aquí en la Tierra como en el Cielo.

Después de que nos hayamos librado de nosotros mismos, Dios quiere purificarnos y llenarnos de El mismo. El va a ser nuestra justicia. Vamos a ser vestidos con blancas vestiduras. Su Espíritu es el Espíritu Santo. Después de que nos hayamos despojado de nuestra soberbia, renunciando a nuestra propia justicia, (ver Isaías 64:6). El nos limpiará interiormente y nos cubrirá con la justicia de Jesús. Nos cubrirá con Su Espíritu.

Cuando Jesús venga de nuevo, seremos puestos al descubierto tal como somos. Si verdaderamente hemos sido crucificados con Cristo, entonces, estaremos muertos para el pecado y vivificados por medio del poder resucitador del Espíritu Santo para vivir por Cristo. Los que no se han compenetrado con el verdadero Espíritu Santo de Cristo, serán puestos al descubierto en forma vergonzosa cuando se produzca sorpresivamente Su regreso.

“Y entró el rey para ver los convidados, y vio allí un hombre no vestido de vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestido de boda? Y a él se le cerró la boca. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadlo de pies y de manos tomadle, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mateo 22:11-14 SEV).

Las instituciones de este mundo van a ser destruidas. Todo lo que pueda ser sacudido, será estremecido. El Apocalipsis habla de siete “copas” de la ira de Dios que serán derramadas para limpiar la Tierra

y para conseguir la destrucción de la “bestia” y de su reino. Pero lo que es oscuridad y tinieblas para los hijos de las tinieblas, será gozo y luz para los que estén revestidos del Espíritu Santo de Dios. (Ver Joel 3:12:16). Cuando la tierra de Egipto fue devastada por las diez plagas, la región de Gessen (donde vivía el pueblo de Dios) no sufrió daño.

“Dice el Señor Todopoderoso: Se acerca el día, ardiente como un horno, en que todos los soberbios y malvados arderán como paja en una hoguera. Ese día que ha de venir los quemará y nada quedará de ellos.

Pero para vosotros, que me honráis, mi justicia brillará como la luz del sol, que con sus rayos trae salud. Y vosotros saltaréis de alegría como becerros que salen del establo. Ese día que estoy preparando, vosotros pisotearéis a los malvados como si fueran polvo” (Malaquías 4:1-3, Paráfrasis).

Justamente ahora, cuando estamos próximos al final de la Era de la Iglesia, es el tiempo propicio para la cosecha. Los campos fructíferos blanquean, y el Señor quiere enviar obreros para la recolección de la preciosa cosecha de almas antes de que llegue el fin. Es indispensable que estemos revestidos del Espíritu Santo para que podamos infundir esperanza a un mundo descarriado y agonizante. El mundo está cansado de oír a los hipócritas representantes de la religión elaborada por el hombre; de aquellos a quienes se refiere el Señor, llamándolos “sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero llenos por dentro de huesos de muertos y de toda suerte de inmundicia”, y que han sido incapaces de impedir que las puertas del infierno prevalezcan contra sus “iglesias”. Pero, el Señor está poniendo en pie a una brigada de vencedores, revestidos de Su justicia y guiados por Su Espíritu, que prevalecerán contra las fuerzas de las tinieblas.

La tercera Bienaventuranza:

“Bienaventurados los mansos; porque ellos recibirán la tierra por heredad” (Mateo 5:5 SEV).

La tercera línea del Padrenuestro:

“...Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10 SEV).

La tercera Bienaventuranza del Apocalipsis:

“He aquí, yo vengo como ladrón: Bienaventurado el que vela, y guarda sus vestiduras, para que no ande desnudo, y vean su fealdad” (Apocalipsis 16:15 SEV).

Los mansos son los que se someten al Amo y esto no es posible sin el Espíritu Santo. Ellos son como el caballo en el que puede confiarse, pues obedece de buena gana a su amo aún en lo más recio del combate. Lo que los mansos se proponen ver es el momento en que llegue el Reino de su Amo. Así es como ellos heredarán la tierra. Pero, para salir triunfantes, los mansos deben renunciar (morir) a su propio camino. Deben dejarlo todo, aún sus mejores ideas, posesiones, dones y aptitudes en el altar y “descansar de sus (propios) trabajos.” Esta Bienaventuranza no sólo se refiere a los que han muerto físicamente conociendo al Señor, sino que es de suma importancia para los que todavía están vivos, pues es la clave para conseguir la victoria.

“Porque somos sepultados juntamente con El a muerte por el bautismo; para que como el Cristo resucitó de los muertos a gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente en El a la semejanza de su muerte, también lo seremos a la de su resurrección; convencidos que nuestro viejo hombre juntamente fue colgado en el madero con El...” (Romanos 6:4-6 SEV).

“...Porque el amor de Cristo gobierna nuestras vidas, desde que sabemos que uno murió por todos y que, por consiguiente, todos han muerto. Y que El murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó” (2 Corintios 5:14,15, Paráfrasis).

La cuarta Bienaventuranza:

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o rectitud), porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6 SEV).

La cuarta línea del Padrenuestro:

“Danos hoy nuestro pan cotidiano” (Mateo 6:11 SEV).

La cuarta Bienaventuranza del Apocalipsis:

Y El me dice: “Escribe: ‘Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero’”. Y me dijo: “...Estas son las verdaderas palabras de Dios” (Apocalipsis 19:9 SEV).

Los que han nacido del Espíritu de Dios, los que han nacido de nuevo, se dan cuenta de que tienen deseos y apetitos diferentes a los que tenían antes. Tienen hambre y sed de agradar a Dios, que promete llenarlos de Sí mismo. Esto está simbolizado por la cena del Señor y se refiere a la Nueva Alianza, que significa Cristo en nosotros, la esperanza de la gloria.

El Padrenuestro hace mención a nuestro pan de cada día, y las Escrituras dicen que

“...No con sólo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale por la boca de Dios” (Mateo 4:4).

Jesús dice que, “A menos que comas mi carne y bebas mi sangre, no podrás ser mi discípulo.”

En otro lugar dice:

“...YO SOY el pan de vida; El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Juan 6:35 SEV).

Los que están invitados al “banquete de bodas del Cordero,” ¡estarán llenos y saciados con la presencia del Señor por toda la eternidad! El Apocalipsis hace expresa mención de dos mujeres: De una parte, Cristo volverá por una esposa “sin mancha, ni arruga;” por otra parte, Babilonia la Grande, madre de prostitutas y de toda clase de abominaciones, será completamente destruida. Las abominaciones son totalmente incompatibles con la presencia de Dios; pues lo uno, excluye lo otro. El inminente regreso de Cristo precipita un final catastrófico en “la misteriosa Babilonia.” Al pueblo de Dios se le dice que “salga de ella, a menos que quiera compartir su destrucción.”(ver Apocalipsis 18:4).

Por la destrucción de Babilonia hay gran júbilo en el Cielo. Pero, se trata de una doble celebración. La celebración de la destrucción de Babilonia es también la celebración del banquete de bodas del Cordero.

Una gran multitud grita en los cielos:

“...Alelu-JAH. Y su humo (de Babilonia) subió para siempre jamás. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro animales cayeron sobre sus rostros, y adoraron a Dios que estaba sentado sobre el trono, diciendo: ¡Amén! ¡Alelu-JAH! Y salió una voz del trono, que decía: Load a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una gran compañía, y como ruido de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decían: ¡Alelu-JAH, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso ha reinado! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; Porque son venidas las bodas del Cordero, y su mujer se ha aparejado. Y le ha sido

dado que se vista de tela de lino finísimo, limpio y resplandeciente; porque el lino finísimo es la justicia de los santos”

(Apocalipsis 19:3-8 SEV).

Encuentro gran similitud entre este texto y la parábola del trigo y la cizaña:

“Es semejante el reino de los cielos a uno que sembró en su campo semilla buena. Pero mientras su gente dormía, vino el enemigo y sembró cizaña entre el trigo y se fue. Cuando el trigo creció y dio fruto, apareció la cizaña.

Acercándose los criados al amo, le dijeron: Señor, ¿no has sembrado semilla buena en tu campo? ¿De dónde viene, pues, que haya cizaña?

Y él les contestó: Eso es obra de un enemigo. Dijéronle: ¿Quiéres que vayamos y la arranquemos? Y él les dijo: No, no sea que al querer arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad que ambos crezcan hasta la siega; y al tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, y recoged el trigo para guardarlo en mi granero”

(Mateo 13:24-30, Paráfrasis).

Jesús mismo era la semilla que cayó en la tierra y murió para que pudiera fructificar con gran abundancia. Su trigo, o sea la Iglesia, ha sido mezclada con la cizaña desde el principio de esta nueva era. Sin embargo, observe que cuando llegue el momento de la siega, El va a coger primero las malezas para quemarlas; y luego, recogerá el trigo para guardarlo en Su granero.

Pongamos atención a la explicación que da Jesús sobre esta parábola:

“El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo, y la buena semilla son los hijos del reino. La cizaña son los hijos del maligno, y el enemigo que la siembra es el diablo. La siega es la consumación del mundo, y los segadores son los ángeles.

Del mismo modo como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será cuando llegue la consumación del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y a todos los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego, donde habrá llanto y crujiir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga” (Mateo 13:37-43, Paráfrasis).

Dios se está alistando para limpiar la casa. El extirpará de Su Reino (la Iglesia) todo lo que sea motivo de pecado y todo lo que conduzca al mal.

La quinta Bienaventuranza:

“Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5:7 SEV).

La quinta línea del Padrenuestro:

“Y suéltanos nuestras deudas, como también nosotros soltamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12 SEV).

La quinta Bienaventuranza del Apocalipsis:

“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad en éstos; antes serán sacerdotes de Dios y del Cristo, y reinarán con El mil años” (Apocalipsis 20:6 SEV).

Aquellos a quienes invite Cristo a compartir Su trono, serán compasivos canales de Su amor y de Su misericordia. Consolarán al afligido, pedirán libertad para los oprimidos y abrirán las puertas de la prisión a los cautivos; y no se aprovecharán de nadie. Quien sienta amargura en su corazón o esté interesado en pedir venganza, no podrá ser “un sacerdote de Dios,” ni “reinar con Cristo.” Jesús personifica la misericordia, al mismo tiempo que es justo, fiel y verdadero. Después de haber limpiado Su Iglesia, según Su misericordia, El juzgará al mundo. La demostración más grande de Su misericordia será la de librar al mundo del egoísmo, la rebeldía y la soberbia que son la causa de tanto dolor y tanta desgracia. La verdadera misericordia consiste en pedir, con lealtad, que se haga justicia con aquellos que no se defienden a sí mismos, porque no pueden o porque no quieren tomarse la justicia por sus propias manos. Jesús limpiará al mundo de los que lo han llenado de extorsión y de codicia. El les devolverá la pelota, y los últimos serán los primeros y algunos de los que ahora están arriba, se vendrán abajo.

“Vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, porque con rectitud juzga y hace la guerra. Sus ojos brillaban como llamas de fuego, llevaba en la cabeza muchas coronas y tenía un nombre escrito que solamente él conocía. Iba vestido con ropa teñida de sangre, y su nombre era: Palabra de Dios.

Lo seguían los ejércitos del cielo, vestidos de lino fino, blanco y limpio, e iban montados en caballos blancos. Le salía de la boca una espada afilada, para herir con ella a las naciones. Las gobernará con cetro de hierro. Las juzgará como quien exprime uvas y las pisa en los pies, y las hará beber el vino del terrible castigo que viene del furor del Dios Todopoderoso.

En su manto y sobre el muslo lleva escrito este título: Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:11-16, Paráfrasis).

La sexta Bienaventuranza:

“Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8 SEV).

La sexta línea del Padrenuestro:

“...no nos metas en tentación, mas líbranos del mal...” (Mateo 6:13 SEV).

La sexta Bienaventuranza del Apocalipsis:

“Y he aquí, vengo presto: Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (Apocalipsis 22:7 SEV).

Los de corazón puro están llenos de integridad. Se han despojado de sí mismos para ser rebosados por el Espíritu Santo. Fuentes de agua viva fluyen de sus almas, y reflejan la paz de Dios. Ellos son los únicos que podrán “guardar las palabras de la profecía de este libro.” (La palabra que aquí se emplea para “libro” es *Biblion*, que es la raíz del término *Biblia*). Solamente los de corazón puro pueden resistir las tentaciones del maligno; solamente los de corazón puro pueden vivir una vida que pueda compararse con los patrones establecidos por la Palabra de Dios. Jesús es la única persona que tiene un corazón puro, y El quiere vivir en nosotros y darnos Su corazón, pues, nosotros somos el templo de Dios.

Los de corazón puro verán a Dios cara a cara. Satanás no podrá escapar al juicio, y los muertos serán juzgados. ¡Todo será hecho de nuevo! Habrá un nuevo cielo y una nueva tierra. La nueva Jerusalén, la esposa de Cristo, bajará de los cielos. Y Dios morará en medio de los hombres.

“No entrará en ella ninguna cosa sucia, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27 SEV).

“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En el medio de la plaza de ella, y de un lado y del otro del río, el árbol de la vida, que lleva doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol son para la sanidad de los gentiles. Y toda cosa maldita no será más...” (Apocalipsis 22:1-3 SEV).

Este es el resultado final de las Bienaventuranzas. El río de la vida fluye del trono de Dios. Una vez redimida y regenerada, la humanidad tiene acceso al árbol de la vida, lo que dará como resultado la salud de las naciones. La bendición de Dios ha vencido la maldición. El Plan de Dios para la Batalla ha logrado vencer al enemigo, y una eternidad de paz aparece en el horizonte. La ciudad de Dios contrasta con nuestras ciudades “modernas” que sólo producen polución, miseria y desesperación.

“Y toda cosa maldita no será más; sino el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán. Y verán su rostro; y su Nombre estará en sus frentes. Y allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de lumbré de lámpara, ni de lumbré de sol: porque el Señor Dios los alumbrará; y reinarán para siempre jamás” (Apocalipsis 22:3-5 SEV).

La séptima Bienaventuranza:

“Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9 SEV).

La séptima línea del Padrenuestro:

“...porque tuyo es el Reino, y la potencia, y la gloria, por todos los siglos. Amén” (Mateo 6:13 SEV).

La séptima Bienaventuranza del Apocalipsis:

“Bienaventurados los que hacen sus mandamientos, para que su potencia y potestad sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la Ciudad” (Apocalipsis 22:14 SEV).

Los hijos de Dios heredarán el reino, pues son coherederos con Jesucristo. Nuestras vestiduras deben ser lavadas con la sangre del Cordero. Debemos morir diariamente a nuestros propios planes y ambiciones y vivir para El, si vamos a tener acceso al “árbol de la vida” y a compartir verdaderamente la paz de Dios con aquellos que no la tienen.

“Pero fuera quedarán los pervertidos, los que practican la brujería, los que cometen inmoralidades sexuales (adúlteros y homosexuales), los asesinos, los que adoran ídolos y todos los que aman y practican el engaño.

Yo, Jesús, he enviado mi ángel para declarar todo esto a las Iglesias. Yo soy el retoño que desciende de David. Soy la estrella brillante de la mañana.

El Espíritu Santo y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que escucha diga: ¡Ven! el que tenga sed, y quiera, venga y tome del agua de la vida sin que le cueste nada”

Apocalipsis 22:15-17 (Versión: Dios Habla Hoy).



Martin Stendal

Martín Stendal, es un ex-rehén de la guerrilla colombiana. Ha sido misionero durante toda su vida en las selvas de Colombia.

Martín, va a donde el Señor lo guíe, ya sea para hablar con un presidente o entrar al interior de la selva para ayudar a los que se encuentran en problemas. Martin tambien es el editor de La Biblia de el Jubileo 2000 que nace de los manuscritos de la Reformation.

Puedes encontrar mas libros de Martin Stendal en todas las plataformas de ventas de libros electronicos como Amazon, Googlebooks, Apple, etc.

Para escuchar mas podcasts y mensajes de Martin Stendal lo puedes encontrar en cualquier pagina de streaming de podcasts como Spotify:

<https://open.spotify.com/show/0dXGEr2HjI4DtWs64eVsoq?si=0vdo4VI8SZ-QQIwCROYICQ>

Y tambien Podbean en <https://podcastscpc.podbean.com>

Para mas informacion y Libros de Martin Stendal entre a la pagina:

<https://ransompressinternational.com/>